



SALVADOR ROMERO PITTARI

El nacimiento del intelectual

2009

Portada: Rafael Loayza, a partir de la
obra de Salvador Dalí

© Rolando Diez de Medina, 2013.
La Paz - Bolivia

ÍNDICE

Prólogo

CAPÍTULO I:

EL NACIMIENTO DEL INTELLECTUAL EN BOLIVIA

- .El origen de un neologismo útil.
- .El establecimiento del intelectual en Europa y en Bolivia.
- .Las circunstancias nacionales en la emergencia del intelectual.
- .Los dilemas de la política militante.
- .Pelos hirsutos y manos regordetas. Lo cholo entre los intelectuales.
- .El indio en la mira de los intelectuales
- .¿Quiénes fueron estos intelectuales?
- .La implantación del intelectual en Bolivia y en Europa.
- .La formación del intelectual.

CAPÍTULO II:

CON QUIÉN ME MIDO Y QUIÉN ME LEE.

- .El intelectual nacional, la aflicción de las influencias y el público lector.
- .Los modelos de los intelectuales
- .Otras lecturas, otros maestros
- .Los viajados y los provincianos
- .La incomprensión de Arguedas
- .De vuelta a los parroquiales y a los desarraigados.
- .Las tensiones del estatus en los intelectuales
- .La percepción de los coterráneos de la personalidad de los intelectuales.

CAPÍTULO III:

LA OBRA DE LOS INTELLECTUALES EN LA SOCIEDAD BOLIVIANA DE LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX.

- .La recepción de la obra
- .Los lectores de los intelectuales y las lecturas de la época.
- .El papel del grupo en la formación del intelectual.
- ."El Círculo de Paris".
- .Entre la Churubamba y la Grecia Clásica:
- .El estilo y el carácter de la palabra de los intelectuales.
- .Conclusiones: la posteridad de los intelectuales

ANEXO I

Extractos del diario de A. Arguedas

BIBLIOGRAFÍA

PRÓLOGO

Este texto tiene un largo proceso de germinación que comenzó cuando en los años 90 me interesé por la génesis de algunas ideas del pensamiento boliviano, preguntándome por qué se siguieron ciertas corrientes literarias, artísticas y científicas, en especial en las ciencias sociales, en lugar de otras igualmente posibles. Hallé como parte de la respuesta, no única ni determinante, el papel de las editoriales de entonces que daban mayor presencia y visibilidad a algunos escritores y libros. Asimismo me pareció relevante la formación de grupos, asociaciones, donde se manifestaban microclimas intelectuales, favorables a la selección de unos y no de otros autores.

Fruto de esas primeras investigaciones fue un pequeño libro, *La recepción académica de la sociología en Bolivia*. Ahí quedó clara la porosidad de las elites intelectuales para recibir ideas. Pero no todas las ideas escogidas fueron las de mayores y mejores posibilidades para hacer avanzar la disciplina. Varias de las puestas de lado mostraron con el tiempo que tenían aproximaciones más útiles para acercarse a la realidad.

Las investigaciones continuaron con el análisis de la novela escrita al "voltear el siglo XX": *Vida Criolla de Arguedas*, *En las tierras del Potosí de Mendoza*, *Celeste*, *La Candidatura de Rojas*, *La casa solariega y la Virgen del Lago de Chirveches*, *Aguas estancadas de Canelas*, *El cholo Portales de Finot* y otras en las cuales se expresó la sensibilidad moderna, ganada a las nuevas corrientes artísticas y morales, a la razón y la ciencia positiva. La mayoría de los personajes eran intelectuales o, por lo menos, aficionados a los libros que traían las orientaciones novadoras. Manifestaron sus preferencias por ciertas lecturas que probablemente fueron también las de sus creadores, así como sus enredos con el medio social, con las prácticas morales pacatas y restrictivas, con el oscurantismo de las creencias y la debilidad de los principios de la política, su oportunismo. Fustigaron las pretensiones de los personajes en ascenso social, de los nuevos ricos y de los poderosos del día, faltos de gusto por las artes, la literatura. Dieron cuenta con ironía de la textura enrevesada de las pequeñas ciudades y pueblos del país a horcajadas entre dos épocas. En cierta forma reflejaron los problemas de sus autores, sin ignorar la diferencia entre la narración y la realidad.

Varios de esos personajes modernos, distintos de los héroes históricos o románticos del pasado no muy lejano, aparecieron afectados por "El Mal del Siglo", es decir por un pesimismo, un cansancio de vivir, una falta de voluntad, persuadidos de la inutilidad de cualquier empeño, que los hizo vulnerables, aunque esto parecía no importarles.

Se sintieron el fin de una raza, ya no más habitada, por los valores recios, firmes de sus antepasados, "agonizando en las breñas andinas." Tuvieron mucho de los personajes de la narrativa francesa finisecular, en el estilo de *Des Esseintes de A contrapelo* de J. K. Huysman, aunque tenían profundas raíces en los conflictos nacionales. El triunfo de la Revolución Federal, que asentó los Poderes Públicos en La Paz y acarrió la decadencia última de las elites del Sur, que pretendían ser de raigambre española, junto al ascenso social y político de los cholos, de los mestizos, contribuyó a propagar ese estado de ánimo. Algunos de los escritores provenían de allí.

Los héroes decadentes hallaron en unas cholos, fuertes de carne y espíritu, las *Claudinas*, título de un segundo libro, personajes de las ficciones de *Medinaceli*, *Mendoza* y *Costa Du Rels*, tomadas de manera genérica, la oportunidad de engendrar una progenie de hombres de carácter, luchadores, hábiles políticos que se mostraron inclinados en el ejercicio del poder hacia la novelaría, hacía las innovaciones ideológicas e institucionales, mucho más radicales que las practicadas por otras elites de la región, más conservadoras, más cautas. Incapaces políticamente de legitimarse en la tradición, en la estirpe se legitimaron, tanto en la ficción como en la realidad, en las novedades, sometiendo al país, el más mediterráneo del Continente, a drásticos cambios, transformaciones, rupturas y a continuos recomienzos. Algunos de éstos ayudaron a mejorar la

suerte de sectores importantes de población, ciertos hicieron mucho ruido y dieron pocos resultados.

Esta fue la materia de los estudios previos, presentada de manera muy impresionista, con tesis apenas esbozadas, carentes de respaldos contundentes, sin ningún punto final, destinada a despertar controversias, nuevas investigaciones, echando una mirada a aspectos poco considerados de la vida nacional como las lecturas, las editoriales, el envés de los textos que también tenían un revés.

La ventaja de tomar como ejemplos para acercarse a la realidad a personajes de ficción es que su vida revela con nitidez aspectos que en los hombres de carne y hueso se encuentran o muy desperdigados o son muy difíciles de aprehender en las conductas, recubiertas por las armadura de las ideologías y por la pretensión de racionalidad y coherencia que todos afirman en su actuar. Son pues como caricaturas que con algunos rasgos marcados descubren el físico y hasta el alma del modelo. No son el modelo pero ayudan a entenderlo mejor, vale decir que en ellos no se pretende racionalizar las irracionalidades de la vida y la historia, Como dijo J. N. Shklar. Por supuesto nada se presenta como acabado, tampoco Como definitivo.

Así, recurrí al procedimiento de ilustrar planteamientos generales con hechos y personajes de las novelas, aunque tal vez lo hice con demasiada frecuencia. Los autores estaban movidos por inquietudes comunes, aunque cada uno las expresaba en forma propia, pertenecían a la misma generación.

En esos textos quedaron muchos cabos por atar que podían anudarse de distintas maneras, una de ellas apuntaba hacia el nacimiento de los intelectuales que tal vez nunca me hubiese aventurado a trabajar de no mediar un par de acontecimientos propicios. El primero fue la lectura del Diario de don Alcides Arguedas, que me prestó generosamente el nieto del autor Enrique Ackerman, donde encontré la atmósfera de la época animada además por sus actores, varios de los cuales ya me eran familiares. El segundo fue el pedido de la Universidad Católica de dar un curso sobre las ideas políticas y sociales en el país para un diplomado del Instituto para la Democracia. Su preparación me llevó a revisar mis notas y releer a varios de esos escritores. El curso no se realizó, pero el interés permaneció. Una primera versión del Nacimiento de los intelectuales se publicó en la revista Ciencia y Cultura de la Universidad en el N° 19 del año 2007.

El nacimiento del intelectual en Bolivia. De La guerra del Pacífico a la Guerra del Chaco. descubre el parentesco de ideas e inquietudes que unió a un grupo de personas, nacidas en los años del conflicto con Chile, que asumieron una función nueva entre nosotros la del intelectual, concebida como una categoría social de hombres dispuestos a poner en juego su nombre en las disputas y polémicas que atravesaron la sociedad de entonces.

La atención se centró menos en el contenido de las ideas o de las obras que en la manera de actuar de los intelectuales, de relacionarse entre ellos y con la sociedad así como con sus lectores, en la acogida que se brindó a su obra y las percepciones que sus coterráneos tuvieron de ellos. También se exploró los nexos con los paradigmas del extranjero, las oposiciones entre "los desarraigados" y los pueblerinos.

El lapso que cubre la obra va de la Guerra del Pacífico 1879 a la posguerra del Chaco. El resultado de la primera condujo a esa juventud a preguntarse por las causas de la derrota, forzándola a mirar su sociedad y su tierra de lejos y a lo lejos. La segunda, el conflicto con el Paraguay sacudió al país y estalló en el triunfo de la Revolución de 1952. Los intelectuales del grupo inicial, que aun quedaban, actuaron el periodo de la posguerra hasta mediados de los 40, marcado en Bolivia por la vuelta de las dictaduras militares y en el mundo por los enfrentamientos con los grandes totalitarismos del siglo. Ahí surgió otro grupo de intelectuales, más ideologizados y militantes que sus predecesores que también se dedicaron a la política, pero muchos de ellos la hicieron sin dejar de lado las exigencias éticas de la acción, con sus restricciones e imperfecciones.

Varios de ellos son objeto de críticas cada vez más frecuentes, también las tuvieron en su tiempo, pero ahora la posmodernidad aparentemente choca con sus planteamientos, si bien mucho de lo que dijeron, escribieron o hicieron merece una reconsideración. Su vida nos permite sopesar los difíciles problemas morales que provenían de las tareas que se impusieron y de su encuentro con la política, sus exigencias, en un medio social pequeño.

Cierto la época actual multicultural, multiétnica establece distancias con la herencia de la ilustración, con su pretensión de universalidad, que los intelectuales de aquel momento hicieron suya. Sin embargo no todo lo hecho por ellos puede considerarse caduco. Su lenguaje y métodos quizá pecan de añosos y sus obras no lograron escapar a las contradicciones en los planteamientos, ni evitar una impresión de inconclusión, pero estoy persuadido que hay en ellos, en sus ideales y sus actos, claves valiosas para entender y moverse en el mundo de hoy.

Agradezco a la Universidad Católica San Pablo y a sus autoridades por dejarme benevolentemente emplear parte del tiempo del Instituto para la Democracia a fin de concluir el libro. A Maestrías para el Desarrollo por cobijarme en sus instalaciones.

A Enrique Ackerman Arguedas, que tuvo la confianza de prestarme el Diario de su abuelo, sin cuya lectura el texto hubiese perdido una buena parte de su interés.

A mis colegas de la Universidad, con quienes discutí algunas de las ideas aquí avanzadas, aunque nunca me animé a darles la pesada carga de leer el trabajo en su integridad. Sus opiniones fueron siempre útiles.

A mi hija María Úrsula, lectora entusiasta y crítica de todos mis papeles, cuyo apoyo no me faltó nunca. A Salvador Ignacio Romero Ballivián, mi hijo, y a Rafael Loayza que han tomado la responsabilidad de publicar mis textos, éste y otros, con buena voluntad y no pocos sacrificios. A mi mujer, Florencia Ballivián, quien corrigió una de las versiones del trabajo. Su robusto escepticismo con mis tesis y argumentos me obliga en permanencia a revisarlos.

A Iván Vargas que corrigió la primera presentación del texto destinado a la Revista Ciencia y Cultura, poniendo además su criterio de editor en la selecciones de las páginas del Diario de Arguedas, que hicimos conjuntamente.

El libro, que fue posible por esos respaldos y algunos más, estudiantes, secretarías, personal de apoyo de las Maestrías para el Desarrollo, sigue machaconamente varios temas de los ya expuesto en las obras señaladas e igualmente en algunos artículos dispersos, pero aquí más que en estos hay profundizaciones, cambios y aspectos nuevos de los que me hago cargo por entero, hasta la próxima versión.

Salvador Romero Pittari.
La paz- Obrajes 2008.

CAPÍTULO I

El nacimiento del intelectual en Bolivia

El origen de un neologismo útil.

El tema de los intelectuales, como una categoría social específica, ha sido poco examinado en el país y afuera. En las últimas décadas ha comenzado a concitar el interés de los investigadores sociales e historiadores, aunque de una manera distinta a la de los autores de las historias tradicionales del pensamiento. Se trata menos de presentar las concepciones de los escritores que de ocuparse de éstos en sí mismos. Siguiendo tal enfoque de trabajo, aquí no se encontrará una historia de las ideas o de las ideologías políticas en Bolivia, si bien ellas puedan aparecer de manera indirecta, ni de ramas de las humanidades como arte, filosofía, literatura sobre las cuales existen obras como las de E. Finot, F. Diez de Medina, G. Francovich para citar algunas entre las pioneras. Tampoco de la cultura en su sentido tradicional que se refiere a las creaciones superiores de la actividad humana.

El propósito es de analizar las condiciones de aparición del intelectual, su formación, sus modalidades de acción y compromiso, la difusión y recepción de la obra, los estilos de relación con los pares, con la sociedad, sus reclamos de estatus, de legitimidad. El surgimiento de los intelectuales en las distintas sociedades, donde el hecho se manifestó, presentó a la vez rasgos propios, particulares, ligados a la historia, a la cultura de cada país y otros comunes, compartidos, que exigirían una aproximación comparativa. Sin embargo, la dimensión reducida del texto impide efectuarla ni siquiera para la región, si bien algunos cotejos serán inevitables para aprehender mejor lo propio del fenómeno entre nosotros. Junto a las comparaciones macrosociales existen las que los escritores establecen de sus trabajos con los efectuados por otros autores. Como tales miradas al quehacer de los colegas gravitan en las creaciones personales, resultan insoslayables en el ensayo. Pues como observó Ch. Charle, los intelectuales pasan lo mejor de su tiempo a parangonarse unos con otros, a clasificarse en escalas de méritos, de virtudes o de deméritos.¹

Ni los latinoamericanos ni los bolivianos fueron la excepción a la práctica. El joven A. Arguedas escribió con franqueza y preocupación en las páginas de su Diario, hasta ahora inédito, que tenía predisposición a ocuparse “mucho de los hombres y, sobre todo, de sus defectos, no para perdonarlos, como la piedad me lo ordena, sino para condenarlos, compararlos con los míos y sentir luego algo así como una superioridad sobre los otros.”² Sería un juicio equivocado ver en estas líneas una actitud crítica y autosuficiente, la intención fue distinta: confrontar las acciones y realizaciones propias, con las que hacen los demás, para valorarlas y juzgarlas como se desprende de la lectura del Diario en su conjunto. En esos años de juventud, él tenía un objetivo urgente para alcanzar: construir las bases de la confianza en su valor personal. La elaboración era, sin duda, un tanto rudimentaria, carente de las sutilezas que podrían añadirse luego. Por el momento, lo importante era de ver sus fortalezas, sus disposiciones frente a las de los otros.

¹ Ch. Charle, *Les intellectuels en Europe au XIX siècle. Essai d'histoire comparée*, Points, Ed. Seuil, Paris, 2001, p.11.

² A. Arguedas, *Diario*, 27 –XI-1906. Todas las referencias al Diario llevan sólo la fecha de entrada, pues el número de los volúmenes varía entre la copia aquí empleada y las colecciones entregadas por Arguedas, en mayo de 1941, a las bibliotecas y museos que se distribuyeron así:

Un original para las hijas. Copias para el Museo Británico, Biblioteca Nacional de Francia, Biblioteca del Congreso, Washington, Biblioteca Nacional Buenos Aires, Argentina. Probablemente, el ejemplar consultado es un borrador, con indicaciones a mano de las correcciones que se debían introducir en el texto final, hechas por el autor.

Cada colección consta de 12 volúmenes en formato grande y un índice de nombres y materias, además de indicaciones sobre el ordenamiento del material. El autor puso como condición que las colecciones se abran al público 50 años después de su muerte. Lastimosamente, ese deseo no ha sido cumplido.

La copia que se ha utilizado, en este ensayo, es la de la familia, tiene 12 tomos, varios dobles. Como las otras fue copiada en distintas fechas del manuscrito original.

La implantación social del intelectual conllevó una imagen nueva del hombre de letras, del sabio y del artista. ¿ A quien se llamó intelectual? No hubo ni hay una definición única. En este caso la figura retenida, que empezó a dibujarse en el momento de su reconocimiento público, en los años del Affaire Dreyfus, fue la de un escritor o académico de reputación que interviene en un debate público, en nombre de la moral, apoyado en su prestigio. El concepto más tarde se amplió. S. M. Lipset, lo aplicó al especialista en el manejo de símbolos culturales³. El ensanchamiento del significado de la voz no quitó los atributos que presidieron su nacimiento: la aptitud para participar en las controversias acerca de cuestiones morales políticas, sociales de alcance colectivo, más allá de su competencia, respaldado en su notoriedad e invocando principios éticos universales⁴, notas estas últimas que lo distinguen, sin exagerar el corte, de los creadores de cultura que lo precedieron.

El terreno donde se mueve el intelectual está claramente delimitado desde el proceso Dreyfus. Es un neologismo, centrado en valores, postulados por el pretendiente al título y por todo o una parte de la sociedad a la cual se dirige, que supone una convicción compartida: la autoridad de aquel⁵. Esta última es en el fondo moral, aunque no pesa menos que la sustentada en cualquier otra forma de constrictión. Por eso los personajes que encarnan esa autoridad, que la ejercen y en oportunidades la hacen sentir a los demás, suelen enfrentar el rechazo o la antipatía de un segmento de su audiencia. Arguedas que creyó que golpeando fuerte iba a transformar las prácticas en el país o Tamayo que cuando hablaba lo hacía desde una altura que lo colocaba muy por encima de sus coterráneos experimentaron esas reacciones.

El radio de acción de ellos inicialmente fue la ciudad y en ella los segmentos medios y altos a los cuales se unieron vanguardias reducidas de artesanos y obreros letrados. Los intelectuales locales, a diferencia de sus modelos franceses decimonónicos, que defendían posiciones políticas, pero se resistían, en su mayoría, a tomar partido o, por lo menos, a asumir posiciones de gran relieve y responsabilidad en las agrupaciones partidarias, los nacionales lo hicieron todos, posiblemente a fin de poder plasmar en la realidad, por medio de la política, las ideas que proclamaban en sus escritos. Esta nota caracterizó la intelectualidad en su versión primera. Más tarde aquí y allá la adhesión a tiendas políticas, unida a un compromiso fuerte con las ideologías y acciones del grupo se generalizó.

Por otra parte, en el plano local fueron agentes innovadores con vocación práctica, particularmente en ciencias sociales. En Bolivia, a la caída del los conservadores, se establecieron las primeras cátedras de sociología en las universidades, 1902 en La Paz y en 1903 6 Cochabamba, antes que en otros sitios del Área y aún de Europa, lugar de nacimiento de la disciplina, pero que tardó más de una década antes de introducirla como materia oficial en la enseñanza universitaria, como sucedió en Francia y Alemania.

Los intelectuales bolivianos no apuntaron con su obra y actos a una cultura de masas, en su sentido moderno, referida a esferas amplias y heterogéneas de población que reciben pasivamente mensajes, informaciones, productos culturales a través de los medios de comunicación masivos: radio, televisión, etc., divulgación que hubiesen visto con enorme recelo cuando no con alarma, como lo hicieron con las masas de su tiempo tal como las mostraban los estudios de G. Le Bon: una suerte de patología del orden social, donde el individuo una vez dentro de ellas se comportaba, inclusive el bien educado, de forma torpe, violenta, privado de sus facultades críticas, contagiado por la acción de los demás, manipulado por el conductor. O más

³ S. M. Lipset, *Political Man*, Doubleday and Co., 1961, p.311

⁴ El criterio de universalidad vale aun para los actuales "intelectuales étnicos" que suelen destacar la originalidad de los valores de su propia cultura, sin embargo la búsqueda de una sociedad justa, equitativa conduce a tomar esos ideales morales de alguna de las corrientes filosóficas presentes hoy en los debates generales sobre el tema.

⁵ Cf. P. Ory, J. F. Sirenelli, *Les intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours*, A. Colin, Paris, 1992, p.9.

⁶ S. Romero Pittari, *La recepción académica de la sociología en Bolivia*, Fac., de Ciencias Sociales, U.M.S.A., Plural Ed., La Paz, 1997.

tarde los ensayos de J. Ortega y Gasset, quien, en *La rebelión de las masas* las descalificaba por su vulgaridad, carencia de ideales, por su incompreensión de las realizaciones superiores del espíritu. La cultura de masas de hoy les fue totalmente desconocida. Las generaciones posteriores, como la del Chaco, algo entrevieron de su aparición, de sus posibilidades y de los riesgos. Si bien, los jóvenes escritores del grupo original guardaron relaciones estrechas con la prensa para ampliar el alcance de sus planteamientos.

Las intervenciones del intelectual son públicas no se cantonean en el espacio privado. Los mensajes vehiculan conceptos, normas, ideales de elevado nivel de generalidad, no necesariamente acuñados por los autores. El uso corriente basta⁷.

Sin embargo, los intelectuales de Europa y América no siempre aceptaron el universalismo abstracto de los principios, de los valores que se les achacaba y que con frecuencia motivaba la crítica de sus actos en los grupos a los cuales se dirigían. La acusación que venía a menudo era la de caer en el idealismo, ajeno a la realidad o, a la inversa, en los intereses materiales de la política. De ahí que muchos se definieron ante todo con relación a los criterios en juego en su propia sociedad, sin negar que también se percibían como interpretes de la verdad y la justicia, fuera de considerarse como agentes de difusión de ideas y prácticas cosmopolitas, que se interesaron asimismo por plasmar en las políticas públicas.

Arguedas, uno de los primeros en el país en aceptar, no sin algunas reticencias, la designación intelectual y sentirse como tal, planteó, en su *Diario* estos dilemas. Descubrió dos tendencias en los autores franceses, una, “reaccionaria” adherida al dogma, a las tradiciones. La otra ganada a un humanitarismo universal, al predominio del derecho y la justicia. ¿Con cual se sintió más próximo? La última corriente despertaba su admiración, “era más justa y más acomodada a la razón, pero todavía no ha hundido sus raíces lo bastante hondo en el corazón de los hombres”. Por eso consideraba la primera más afín, a la idiosincrasia de los pueblos. “Consciente del egoísmo generalizado de los hombres especialmente en su patria”, no se sentía por entonces ciudadano del mundo. Al contrario, “la tierra a pesar de sus deficiencias, a pesar de su gente lo atraía”⁸. Y añadió que: “una obra literaria debe reflejar el medio en que ha sido concebida, única manera de contener un vasto sentido de humanidad.”⁹ La anotación produce dudas. Podría entenderse en sentido de aceptar una práctica moral supeditada a intereses circunstanciales o recibir una lectura distinta, que reconoce a los principios su validez universal, pero admite la dificultad exigirlos en una sociedad donde la mayoría de la población permanece ciega hacia ellos. Lo que no significó socapar en sus escritos las mentiras, el engaño, los abusos, la mendacidad de sus compatriotas. El asunto se volverá a plantear con motivo de la oposición entre los intelectuales cosmopolitas, desarraigados y los locales, folklóricos, así como de la caracterización del público objetivo y hasta de la selección de los modelos de pensamiento y escritura. Temas sobre los que se regresará adelante.

Sin embargo, conviene detenerse un momento en los dilemas arguedianos. La sociología convencional postulaba una correspondencia término a término entre las posiciones ideológicas, la obra y las relaciones entre los dominantes y dominados, las dos primeras eran “un reflejo directo, puro” de las últimas. Hoy la visión ofrece mayores sutilezas, toma en cuenta además otros elementos: el ansia de modificar un estado de cosas aun a costa de las propias ventajas materiales, la vanidad, el coraje o la cobardía, las ideas meditadas o el oportunismo, el deseo de reconocimiento y otras razones. Arguedas ilustra bien el tema: tiene ideales pero reconoce los límites de su aplicación por la estrechez del ambiente social de su patria. El papel de los intelectuales resulta así complejo, producto de múltiples causas que por otra parte pueden cambiar a lo largo de la vida.¹⁰ De hecho cambiaron.

⁷ Cf. P. Ory, J. F. Sirenelli, op. cit., p.9.

⁸ A. Arguedas, *Diario* 22-VII-1919.

⁹ A. Arguedas, *Ibid.*

¹⁰ Véase sobre el tema M, Winock, *Le siècle des intellectuels*, Points-Seuil, Paris, 1999.

El término intelectual fue, pues, un neologismo usado para referirse a un grupo de personas que ejercieron un magisterio moral y gozaron de una autoridad en la sociedad, que no iba en todos los casos sin contestación y que en Bolivia además participaron activamente en los partidos políticos. El escrito fue su bandera de lucha, la política el instrumento de su praxis renovadora.

El bullado asunto Dreyfus, que alcanzó un eco mundial, implantó el vocablo, aunque ya su empleo había aparecido antes. En Bolivia, M. Baptista alrededor de 1900, se sirve de él para descalificar a periodistas, leguleyos de orientación liberal opuestos al régimen tradicional y a la Iglesia que recurren “a la autoridad de pensadores franceses, ingleses en particular sociólogos como A. Comte, H. Spencer o historiadores como H. Taine, “por quien nuestros intelectuales juran como sus antepasados juraban por Voltaire.”¹¹ Baptista señaló igualmente la falta de originalidad de los letrados de Sud América que “toman de cada voltereta francesa una copia inmediata y atropellada.”¹²

Baptista por su itinerario de orador, político, escritor, polemista, por su afán de influir en la opinión pública, por sus tomas de posición frente a los problemas nacionales, por su moralismo católico, fue un intelectual antes del afinamiento del término, si bien él mismo le dio un significado peyorativo de novelaría iconoclasta.¹³

Por ese entonces, a pesar del uso restrictivo y negativo de Baptista, el concepto de intelectual comenzó a reemplazar al de polígrafo, al de publicista, que estuvieron muy en boga en la época para aludir al hombre de pluma o al sabio que abarcaba muchos campos del saber. No fue solo una innovación terminológica fue también una manera diferente de entender un oficio, menos centrado en la creación, en la originalidad, no despreciables por supuesto, o en el valor del escrito en un medio social donde el acto de escribir, de publicar era raro, más dirigido a resaltar la capacidad de dar opiniones, de terciar en los debates públicos.

En Francia donde la idea se forjó, en su sentido actual, empezó a aclimatarse a principios de 1890.¹⁴ C. Medinaceli, en un artículo de 1927 sobre la personalidad intelectual del novelista J. Mendoza, señaló que le daba tal título por la naturaleza de su obra, en particular de la novela, En las tierras del Potosí, publicada en 1907, donde sobresalía su inclinación por aportar ideas sensatas, opiniones meditadas a los problemas nacionales. Allí se reflejaba asimismo la sinceridad de su pensamiento, es decir el apego a la veracidad, que le concedía autoridad a sus juicios y planteamientos.¹⁵ La citación testimonia que el concepto se hallaba completamente admitido en su acepción específica en la fecha de aparición del ensayo mencionado. No son otros los rasgos atribuidos al intelectual desde Dreyfus. Otras aplicaciones anteriores destacan ante todo los roces entre el intelectual y su entorno social.

Los diccionarios Castellanos de esos años, por ejemplo el de E. Vera y Gonzáles de 1889, con todas las voces sancionadas por la Academia de la Lengua, definieron intelectual como una facultad de la mente y no como un comportamiento de personas y grupos. Arguedas rompió con esas definiciones y lo caracterizó en su Diario como alguien consciente, libre por el pensamiento, soñador, enamorado de un alto ideal de justicia y ventura universales, abnegado y algo ingenuo...

¹¹ M. Baptista, “La empresa jacobina en Bolivia”, en La cuestión social, Tomo III de las Obras Completas, Renacimiento, La Paz, 1932, p.315.

¹² M. Baptista, “Novadores” en La cuestión... op. cit., p.405.

¹³ La expresión novelaría iconoclasta no es de Baptista. Los diccionarios definen la novelaría como una afición por las novedades, pero aquí se le da una acepción más restringida que se refiere a la aceptación de teorías, planteamientos por el hecho de encontrarse de moda en ambientes académicos o artísticos de influencia internacional, sin una revisión seria de sus posibilidades analíticas o heurísticas en las sociedades que las reciben. Baptista hubiera aceptado la caracterización.

¹⁴ P. Ory, J. F. Sirenelli, op. cit., p.7.

¹⁵ C. Medinaceli, “La personalidad intelectual de don Jaime Mendoza”, El Día, Potosí, 3-VI-1927, recopilado en C. Medinaceli La alegría de ayer, Imp. Artística, La Paz, 1988, p.158.

porque cree en la dignidad humana.¹⁶ Ya había empleado el término en su nueva acepción en *Vida Criolla* (1905), una narración de las vicisitudes del periodista Ramírez, donde construye la imagen del intelectual en contrapunto con las opiniones del común. Hábil con la palabra pero no para hacer discursos huecos, como aparece en el pasaje donde se le pide diga algo de circunstancia para ofrecer una cena. La respuesta cortante, seca del periodista se contrapone al verbo incoherente de un tercer comensal. En otro diálogo, un amigo le aconseja abandone su proyecto matrimonial porque es un intelectual ajeno a los afanes jornaleros, dado a las cosas del espíritu, pero el aludido conoce el mundo, los ajeteos de las mujeres y de los políticos. Serán las opiniones acerbas en la prensa sobre la política, las instituciones que costarán a Ramírez el destierro.

El personaje que se creó, encarnación de un nuevo oficio y portador de comportamientos en ruptura con el pasado, debía ser diferente de sus predecesores. Una ojeada a *Vida criolla* permite ver cuánto se ha alejado Ramírez del héroe romántico o de los ideales del hidalgo español. Sus preocupaciones giran alrededor de la educación del pueblo, de la conducta de los gobernantes, de los candidatos a cargos electivos. Está enamorado pero su amor no es el de la pasión romántica. Tiene una idea escéptica del viejo honor y del valor. Está mejor formado que la mayoría de sus conciudadanos y asigna al periodismo una función intelectual y política. Expone sus ideas con franqueza y no carece de valentía para encarar a la opinión pública. Empero falla en sus propósitos porque carece de voluntad de lucha, de pelea, aunque tampoco se muestra complaciente para transar sobre sus principios.

Vida Criolla tuvo continuación en dos novelas no publicadas, sobre las cuales trabajó intermitentemente pero hasta el final de su vida. La primera quedó sin título, el autor la revisó íntegra entre 1938 y 1939 y luego más tarde, la retocó, pero no la consideró aún lista para su impresión. Jugó con dos nombres: El "Inadaptado" y "Polvo eres..." (1929), no se resolvió por ninguno. En 1939, después de la revisión, pensó en dos otros títulos: "Lodo" y "El triunfador vencido"¹⁷. Esas dudas reflejan, en cierta forma, las ideas del escritor respecto a la actividad intelectual en su tierra. Ansioso por cambiar el estado de cosas, incomprendido por sus coterráneos, a veces cuestionando sus propósitos. Se inclinó, sin llegar a resolver las vacilaciones, por la última designación que dejaba flotar la ambigüedad del fracaso entre la personalidad de Ramírez para ajustarse a las expectativas sociales del medio y los aspectos del ambiente que le llevan a abandonar la ciudad. La última novela inédita, *Crepúsculo de oro*, narra un amor otoñal del personaje en París donde ha vuelto después de fallar en el intento de reestablecerse en La Paz.

Otros escritores de las primeras décadas del siglo XX, como A. Chirveches, D. Canelas y más tarde C. Medinaceli atestiguan asimismo la difusión del concepto, poniendo igualmente en escena intelectuales, letrados poco adaptados al ambiente social e impregnados de un pesimismo que frenaba sus acciones, tomado de héroes novelescos especialmente franceses, afectados de ese mal. Los personajes enamorados de las Claudinas, cholas voluntariosas y engreídas, salvo la pintada por J. Mendoza, fueron de esa laya. La crítica se manifestó pronto contra ese tipo de héroe. Aun en Francia, según Sánchez Bustamante, se execra el extravío de las jóvenes inteligencias decadentes, lanzadas a buscar "los misterios y quintaesencias a través de un lenguaje de sostenida reverberación."¹⁸ I. Prudencio Bustillo compartió el juicio, calificándolo de "snobismo intelectual llegado del viejo mundo".¹⁹ J. Lemaitre, un escritor francés, dijo de los

¹⁶ A. Arguedas, *Diario*, 27-IX-1907.

¹⁷ A. Arguedas, *Diario*, 17-II-1939 y 17-X-1929, para la primera referencia.

¹⁸ D. Sánchez Bustamante, "¿Algo sobre modernismo?", 1898, en *Opiniones y discursos*, Imp. Velarde, La Paz, 1905, p.69.

¹⁹ Prudencio Bustillo atribuyó el snobismo intelectual de la simulación de enfermedades mentales, así como el empleo de términos raros, alambicados a la influencia de M. Nordau, autor de *Degeneración*, donde presenta las psicopatologías con erudición y novedad. En él como en su maestro Lombroso se hallan opiniones antojadizas, apenas demostradas, sin probidad científica. Eso sí ingeniosas. Tal influencia perniciosa se deja sentir en Bolivia y afecta hasta al autor de *Pueblo Enfermo*. "El Snobismo intelectual en Bolivia" en *Páginas dispersas*, Universidad San Francisco Xavier, Sucre, 1946, p.167 y ss. Arguedas tuvo aprecio intelectual por Nordau que luego de conocerlo personalmente se fue atenuando, como se ve en su *Diario*.

iniciadores de la moda entre sus compatriotas, que “manejaban la lengua a su guisa. No como los maestros, sino como los niños...dando a las palabras sentidos inexactos. Así se creen los artistas más delicados...”²⁰. M. Baptista pensó en parecidos abusos del lenguaje y los responsabilizó del despiste de los intelectuales acunados por el liberalismo.

Los novelistas nacionales que mostraron esos personajes también fueron acusados de decadentistas, si bien ellos no buscaban los juegos de lenguaje, pretendían criticar el conformismo del medio, la indiferencia hacia la cultura. Los que escriben y los que piensan encuentran vacío el teatro, sino está allí el solitario Beckmesser, encarnación del vulgo, sostuvo Sánchez Bustamante²¹.

La asociación entre el inconformismo y la falta de voluntad para cumplir con sus propósitos marcó al intelectual de las ficciones, pintado en un sentido próximo al de Baptista, como un idealista, iluso, poco práctico, extraño a su contexto social, desafiando las prácticas contraídas de un moralismo de fachada. No al de la vida real empeñado en cambiar ese estado de cosas, aunque tal vez desesperado al no poder conseguirlo.

Sin embargo, los personajes no eran sólo importados, la situación social del país apoyó su aparición. La revolución de 1898 acarrió lo que algunos críticos percibieron como el ascenso del cholaje y el declinar de las viejas estirpes. Escritores como Medinaceli de la generación de Gesta Bárbara que se consideraron el fin de una raza agotada, incapaz de defender los valores fuertes, recios que caracterizaron sus antepasados, constituyen, junto al protagonista de *La Chaskañawi* con sus ribetes intelectuales, un ejemplo del sentimiento de abatimiento, de inutilidad, de apatía de algunos sectores sociales, muy probablemente influido por el triunfo del liberalismo.

El término intelectual entró en los usos y pronto todo hombre capaz de escribir se consideró como tal. La popularidad del vocablo molestó a Arguedas y Sánchez Bustamante que juzgaron inadecuada su aplicación de manera concreta a muchos periodistas tanto por la pobreza de sus trabajos, cuanto por la falta de moral en su conducta y sus publicaciones. Juicio valorativo sin duda, pero que muestra el uso y abuso de la expresión. Según M. Leymarie el antiintelectualismo actual es un resultado de la abundante e inapropiada difusión del vocablo en Europa y en otras partes.²² Empero, no se debe pasar por alto que la asociación del intelectual naciente y el periodista, expresada en la novela y en la realidad. La vinculación no fue puramente caprichosa ni excesiva, pues entre ambas actividades se tendieron pronto en el país útiles pasarelas que resultaron durables.

° El establecimiento del intelectual en Europa y en Bolivia.

La función del intelectual en Europa, en los Estados Unidos o América Latina existió antes de la aplicación del término a ciertos individuos y grupos, pero la novedad de su reconocimiento explícito se vincula en primer lugar, al fortalecimiento de una cultura crítica y de una conciencia pública que hunde sus raíces en la filosofía de Voltaire, Rousseau, los enciclopedistas, los utilitaristas anglosajones, pero también en el pensamiento alemán de Schopenhauer, Nietzsche. La expresión de Baptista acerca del influjo de Voltaire primero y más tarde de Taine en los pensadores bolivianos fue una apreciación correcta de las deudas de éstos. Luego a la apertura progresiva de un espacio de debate público democrático en Francia, Inglaterra, así como a la paulatina secularización de la sociedad, que también, en cierto grado, se produjo en estas tierras. Sin embargo fue el “Yo acuso” de Zola, durante el *Affaire Dreyfus*, el que fijó el sentido y contenido al papel de los intelectuales en Francia y en el mundo.

²⁰ J. Lemaitre, citado por D. Sánchez Bustamante, art. cit., p.70.

²¹ D. Sánchez Bustamante, “¿Por qué se escribe en Bolivia?”, en op. cit., p.61.

²² M. Leymarie, *Les intellectuelles et la politique en France*, P.U.F., París, 2001, p.8.

Varios jóvenes bolivianos se encontraban en París en aquel momento y aunque juzgaron de diferente manera el conflicto no permanecieron indiferentes al papel desempeñado en los acontecimientos por los escritores, periodistas, profesores, estudiantes, que tomaron como modelo con distinta fuerza para sus trabajos e intervenciones en su propia sociedad.

He aquí el asunto: En 1898, el comandante Esterhazy, autor del falso documento que condenó al capitán Dreyfus a prisión, salió absuelto del Consejo de Guerra en medio de fuertes sentimientos antisemitas que atravesaban la sociedad francesa. E. Zola, un novelista de fama, convencido de la inocencia del oficial judío, publicó en el periódico *L' Aurore* su artículo: "Yo acuso", comprometiendo su prestigio en el debate. Fue secundado por un grupo de revisionistas L. Herr, bibliotecario de la conocida Escuela Normal, L. Blum, político socialista, L. Lévy Bruhl, filósofo y antropólogo, J. Jaurès, político socialista y una alianza heteróclita de estudiantes, obreros, socialistas que poco a poco se depuró y se separó. La movilización de los intelectuales obtuvo finalmente la declaratoria de inocencia para Dreyfus en 1906. Fue un triunfo de la justicia sobre la razón de Estado. Los participantes de un bando y el otro se comprometieron en el combate sin seguir necesariamente sus preferencias partidarias unos a favor de Dreyfus, otros en contra. Sin embargo, la derecha se colocó masivamente en oposición a la absolución y la izquierda tomó la opción contraria.

Arguedas se hallaba en París y anotó en su Diario, en la línea de J. Benda,²³ ensayista y filósofo de prestigio, quien creía en la existencia de una profunda división de Francia en dos segmentos separados y antagónicos originados antes que en la ética en la naturaleza por la biología, la profunda, que creyó que expresaban, más allá de la coyuntura, del caso Dreyfus, las facetas del espíritu de ese pueblo. Por un lado, se formó La Acción Francesa, encabezada por M. Barres, P. Bourget, J. Lemaitre, que exaltó los ideales nacionalistas, monárquicos y conservadores, el orden, la tradición y lo francés. Por el otro, los defensores del derecho, de los valores universales, de la República, de la libertad y la igualdad. Arguedas destacó el papel de A. France,²⁴ en la segunda corriente. El novelista bien conocido del público boliviano, había pasado a finales del Siglo XIX del escepticismo amable de sus primeros libros hacia una crítica áspera de los abusos y prejuicios sociales que la cuestión de Dreyfus aceleró su decantación.

La prensa nacional siguió las noticias de cerca. El Diario, periódico de La Paz, del 14 de julio de 1906, señaló que "la generalidad (de los franceses) encuentra justa la sentencia de la Corte de Casación y (que) la simpatía por Dreyfus se hace cada día más arraigada." Otras reseñas sobre los homenajes y premios al militar rehabilitado aparecieron en las ediciones sucesivas. La condecoración entregada por la Escuela Militar desató ovaciones adentro y afuera del recinto de una multitud de gente, registró el cotidiano pacheño, en uno de los últimos números sobre la restitución del oficial, añadiendo que recibió la pública felicitación del literato A. France.²⁵

El asunto Dreyfus fijó el estilo de actuación de los intelectuales en Francia y en el mundo. El peso moral ganado con la obra de los escritores y profesores se puso del lado de los derechos humanos, contra el fanatismo, contra el espíritu de capilla. La fuerza del modelo atrajo a los jóvenes bolivianos con pretensiones de intelectual. Percibieron en ese papel la dimensión filosófica del combate por principios, pero además las implicaciones políticas y culturales del enfrentamiento con los poderes civiles, con las autoridades eclesiásticas, con los notables locales. Por eso constituyeron en las sociedades no desarrolladas una figura de la modernidad cuyo prestigio e influencia provenía no de las instituciones tradicionales, tampoco de su origen familiar o de las redes de parentesco en las cuales se hallaban inmersos sino de la calidad de su obra. Frente a los estatus sociales traídos desde el nacimiento, ellos encarnaron los estatus obtenidos

²³ J. Benda desarrolló el planteamiento de "las dos razas morales" en Francia, señalando que el affaire Dreyfus más que un tema de ética era "un asunto de interés biológico, una expresión de la aptitud o ineptitud a la vida." (1899). Luego amplió la perspectiva teorizando sobre la lucha de las dos razas en todas las crisis de la historia. Fue partidario de la inocencia de Dreyfus. Citado por M. Winock, *Le siècle...* op. cit., París, p.65 y notas.

²⁴ A. Arguedas, Diario 13-VI-1907.

²⁵ El Diario, La Paz, del 14-VII-1906 al 25-VII-1906.

por la capacidad personal, que quedaron limitados, por la falta de educación, por los prejuicios existentes únicamente a ciertos segmentos de la sociedad, como se examinará luego.

° Las circunstancias nacionales en la emergencia del intelectual.

En el caso boliviano, el nacimiento de esta categoría social obedeció igualmente a circunstancias específicamente nacionales. La derrota del Pacífico sacudió profundamente la nación. La certeza dolorosa de sentirse sin atenuantes por primera vez del lado perdedor, la ocupación de los territorios del litoral por el vencedor que luego se quedó con ellos, cortando al país el acceso al mar, produjo en los bolivianos un estado de ánimo frustrado, crítico, pero a la vez deseoso de transformaciones, de superar los errores del pasado, notorio ante todo en las generaciones que nacieron y se formaron alrededor de 1879, año del conflicto con Chile. Esa actitud sería de la juventud se volcó al conocimiento de la geografía, de la historia nacional, de la cultura, de las riquezas naturales del suelo y de las potencialidades de la población, tanto más que al voltear el siglo se cernían las amenazas de los Estados limítrofes en todas las fronteras. “De ahí que las manifestaciones más numerosas del pensamiento se encuentren en los escritos de polémica internacional...”²⁶ Una expresión de esta tendencia fue la creación al despuntar el siglo en varias capitales de departamento de las sociedades geográficas y de historia que publicaron revistas y anuarios. Los temas geopolíticos continuaron concitando la atención en los años de madurez de los escritores. Mendoza y Sánchez Bustamante presentaron importantes ensayos sobre el asunto: El macizo andino como fuerza telúrica en la conformación del país y el papel del Pacífico en el desarrollo nacional, respectivamente.

Los jóvenes indagaron asimismo con instrumentos y conceptos nuevos, las razones de la derrota. Hallaron parte de la respuesta en el pasado anárquico, repleto de golpes de Estado y cuartelazos, en las autocracias personalizadas de militares ignorantes, en la falta de instrucción del pueblo, en la pervivencia del dogmatismo y de la moralidad encogida e hipócrita, reñida con la ciencia moderna, en la estrechez de las relaciones sociales que se basaban en el nacimiento y la herencia, en los rangos.

Arguedas, Finot, Gutiérrez, A. Guzmán, Rojas y algunos otros se entregaron en la cumbre de su carrera literaria a los estudios históricos. Quisieron hacer obra distinta a la de los memorialistas del pasado. Recurrieron al documento y a otras fuentes históricas, pretendieron ser objetivos respecto a los hechos y a los hombres de los que se ocuparon, pero no pudieron evitar juzgarlos, a partir de sus propios valores. ¿Acaso Arguedas no sostuvo que la historia era la moral en acción?

La renovación de la historiografía constituyó uno de los rasgos de identificación de esa generación. En Gutiérrez y A. Guzmán tomó la forma de un ensayo que interpreta los hechos históricos primordialmente a partir de fuentes secundarias. En Arguedas, con mayor apego al documento, a los papeles expresó la ambición de hacer de la historia una ciencia empírica, respaldada en testimonios escritos u orales, sin privarse de enjuiciarlos. El primero de los nombrados dejó translucir en la descripción de los sucesos su fuerte personalidad, cuidando las exigencias propias de la disciplina. El segundo no le fue a la zaga. El interés en ninguno de ellos fue gratuito, puramente académico o científico, pues como señaló C. Rojas en su Historia financiera, triste tarea sería esta de inventariar las desgracias nacionales y de buscar su significación económica, sin un fin práctico, provechoso.²⁷Arguedas coloreó su obra de un tinte moralizador y sentencioso.

²⁶ D. Sánchez Bustamante, “El pensamiento de Bolivia en 1897”, en D. Sánchez Bustamante, op. cit., p.30.

²⁷ C. Rojas, Historia financiera de Bolivia, Ed. Universitaria, La Paz, 1977, 2º Ed., p.319. Por aquel entonces aparecieron otros textos históricos escritos por personas de mayor edad que no pertenecían al primer contingente intelectual, en los cuales se expresan también las nuevas preocupaciones. Entre estos se encuentra el de J. Sanjinés (1843-1913) sobre el presidente Morales (1898), El Bosquejo de historia de Bolivia (1912) de M. Ordoñez López (1872-1923) y L. S. Crespo (1872-1935), Episodios Históricos de Bolivia de L. S. Crespo que sólo salió el primer tomo (1934). La historia del Alto Perú, Bolivia(1919) de L. Paz (1858-1924) Los primeros cien años de la República (1925) de A. Morales (1872-1935). Las dos

Hubo, en la vida del grupo, fuera de la historia, otras disciplinas importantes que concitaron su atención e informaron el pensamiento redondeando su función como la economía política, la popular sociología a través de la cual miraron los temas de las diferencias raciales en el país. A principios del siglo XX, ella no había adquirido aún el significado banal, a decir de B. Lacroix,²⁸ de ciencia de la sociedad que tiene ahora. El programa sociológico ofrecía una cuádruple orientación: práctica, moral, reformadora y política, que venía desde A. Comte,²⁹ y coincidía con las ambiciones de los intelectuales locales, razón de la amplia acogida que recibió entre éstos. La sociedad revistió a Arguedas y a Saavedra con el título de sociólogos, que las malas lenguas se complacían en deformar en sochólogos. Sánchez Bustamante y Tamayo fueron profesores de la materia en la Universidad de San Andrés.

Finalmente la educación constituyó otro campo al cual se aplicaron. Aquí, tanto como en el de la sociología, depositaron todos ellos una gran confianza para mejorar a los hombres y a la sociedad. Sin embargo, no se encontraron de acuerdo en cuanto a la manera de encararla, menos todavía en cuanto a la filosofía que debía orientarla.

La misión pedagógica belga, contratada por los liberales y dirigida por el profesor G. Rouma, que sostenía, entre otros planteamientos, la coeducación, la escuela laica, la importancia de los estudios empíricos de la niñez, contribuyó a atizar la polémica entre la juventud intelectual. F. Tamayo encabezó la reacción nacional contra la pedagogía extranjera. F. S. Guzmán tomó la posición contraria. G. Rouma estuvo menos presente en la controversia directa, aunque, sin duda, sus ideas sobre la pedagogía y la educación formal, que eran matizadas y no ignoraban la influencia de los distintos medios sociales sobre el alumno, pesaron en la formación del maestro,³⁰ lejos del determinismo que algunos adversarios le atribuyeron. Eso sí, fue firme en la defensa de los principios ético-filosóficos que presidían la Reforma.

Así los jóvenes autores concibieron para ellos un papel crucial, diferente, inspirado en las ciencias sociales, renovador en las diversas actividades a las que se entregaron. El intelectual de nuevo estilo atrajo a un conjunto de muchachos nacidos en años cercanos, no todos los iniciados perseveraron en su práctica.

En 1905 F. Vaca Chávez resumió la intención que los animaba en la columna Palabras Libres de un periódico paceño, donde hacían sus primeras armas varios de los iniciadores de la carrera de intelectual: "Nos hemos propuesto los que ocupamos esta sección de El Diario escribir sobre temas nacionales con la franqueza y la sinceridad que debe caracterizar al escritor en esta época de realismo."³¹

El drama de Los maestros cantores de R. Wagner fue evocado por Sánchez Bustamante como una metáfora de la rebelión de los noveles escritores en Bolivia contra la tradición. El compositor escenificó en la ópera la batalla que libra el espíritu novador a las viejas ideas. Beckmesser, fiel guardián de la rutina, representación "del vulgo, del filisteo, del burgués, del paquidermo, busca abatir a la joven poesía palpitante de verdad," de independencia, de ideales transformadores. "Reina Beckmesser en Bolivia", sin lograr, según el ensayista nacional, frenar la aparición de hombres penetrados de arte, literatura, de ciencia, de pedagogía.³² Para Arguedas la tarea fue una suerte de vocación laica, una exigencia, un deber, antes que búsqueda de la fama

últimas contemporáneas a la obra de A. Arguedas. J. M. Camacho (1865-1951) publicó uno de los compendios de la historia de Bolivia que alcanzó numerosas ediciones.

²⁸ Cf., B. Lacroix, Durkheim et la politique, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Presses de la U. de Montreal, Paris 1981, p. 89 y s.s.

²⁹ B. Lacroix, op. cit., P.89.

³⁰ Cf. G. Rouma, *Pedagogie sociologique. Les influences des milieux en éducation*, Delachaux et Niestlé, Neuchatel, 1914.

³¹ Citado por J. Albarracín, A. Chirveches, Ed. Réplica, La Paz, 1979, p.94.

³² D. Sánchez Bustamante, "¿Por qué...?", art. cit., p.54 y ss.

o el dinero en un país atacado de graves dolencias y anomalías, como anotó en su Diario³³. El empeño de construir una buena sociedad o, en palabras de Sánchez Bustamante, de “poner un grano en la obra de la cultura patria,” fue común a Mendoza, Tamayo, Saavedra, Gutiérrez, Finot y al resto de la partida.

Aunque no fueron sino un puñado de personas, en medio de una sociedad casi analfabeta y mayoritariamente campesina su peso se dejó sentir en la opinión.

A principios del siglo el círculo de lectores se amplió con relación a las décadas pasadas. Poco a poco se instalaron en las principales ciudades del país librerías y editoriales de cierta envergadura como Arnó Hnos., Gonzáles y Medina, Lakermance, Renacimiento en La Paz, varias con sucursales en las ciudades del interior, Sucre, Cochabamba, Oruro, que servían a lectores de clases medias: profesionales, universitarios, funcionarios, políticos hacia los cuales aquel grupo dirigió sus escritos.

Las mujeres de posición social alta y media, como revelan las novelas y la prensa de la época, se interesaron en la lectura especialmente en el género novelesco en castellano y lenguas extranjeras, así como en la poesía.

Todo ese conglomerado constituyó el público de la primera tanda de intelectuales. Sin él, ella no se hubiese dado. Parte de la herencia de esa juventud estudiosa, rebelde desmantelada luego por la crítica, por el avance de las ciencias, por los cambios de sensibilidad en la sociedad, aún permanece y ciertos planteamientos se releen y debaten.

Hay que señalar asimismo, la influencia en el desarrollo de tal conjunto social de la llamada Revolución Federal, orquestada por los liberales que trajo oficialmente la Sede de Gobierno de Sucre a La Paz, desde donde se había ejercido el poder la mayor parte del tiempo desde que se fundó la República. Sin embargo, el hecho acarrió importantes modificaciones en las relaciones entre las regiones, los hombres y los estamentos sociales. Ella abrió el horizonte de los jóvenes, intelectuales en ciernes, por su inclinación a la secularización de la sociedad, por su mayor atención a la instrucción, al desarrollo de las ciencias. En breve, por su anticonformismo. Asimismo brindó con los cambios que trajo a la sociedad algunos temas alrededor de los cuales se desarrollaron las polémicas.

Por otra parte, el credo liberal nutrió los años formativos de la juventud nacida con la Guerra del Pacífico, no tanto por los planteamientos de política económica o por las concepciones sobre el comercio cuanto por los ideales de autonomía individual, libertad, racionalidad como opuestas al oscurantismo, soberanía popular entendida como un rechazo a la tiranía, a las elecciones amañadas con voto comprado o impuesto por medio de prácticas violentas, abusivas, que vehiculó el liberalismo y que acuñó las actitudes, las inclinaciones ideológicas en las cuales aquella muchachada basó la pretensión de imprimir una orientación distinta a su actuar.

M. Baptista, en *La empresa jacobina en Bolivia*, vista como una acción revolucionaria, radical, atribuyó una influencia perniciosa en la formación de la juventud al discurso liberal. Se trató, según él de una retórica desatada, de una “hipérbole monstruosa” que sedujo a la gente nueva ofreciendo una libertad absoluta, exagerando hasta la caricatura las fallas del orden conservador. La operación, según él, fue posible entre mozos de corazón y espíritu cultivado, incapaces de vilezas salidos de hogares nobles, debido a las condiciones de la vida civil de horizontes morales reducidos, con bases de comparación para los estudios, cosas, personas nulas o inexistentes, donde surgen celos, rencillas frecuentes, pasiones tanto más violentas cuanto los intereses que las excitan son más monótonos³⁴. Ese conjunto de elementos dominado por el verbo enfático contribuyó a la catequización liberal de los jóvenes.

³³ A. Arguedas, *Diario*, 8-XII-1906.

³⁴ M. Baptista, “*La empresa...*”, art. cit., p.253.

B. Saavedra, alejado ya del liberalismo de sus mocedades, señalaba, en un texto de 1921, antes de hacer el duelo de esa corriente, las fortalezas del programa liberal de 1885: La libertad, considerada como legítima expansión de las actividades sociales encaminadas al progreso, la soberanía del pueblo, el sufragio popular consciente y depurado, la instrucción obligatoria y gratuita para el pueblo, la libertad de palabra, prensa, asociación³⁵. Todos esos principios, fuertemente anhelados por los ciudadanos, cautivaron las mentalidades y voluntades de aquellas personas en etapa de maduración.

Muchas de las lecturas de éstas, comercializadas por las librerías y editoriales como la España Moderna, D. Jorro, Sempere y Co. consistían en textos de los pensadores liberales o de las vanguardias inconformistas artísticas y filosóficas europeas, en novelas donde se respiraba un ambiente de libertad, de insurrección contra el tradicionalismo religioso y moral³⁶. La mirada crítica de Baptista da cuenta con sarcasmo del hecho diciendo que los adolescentes leían periódicos deformadores, novelas pornográficas, revistas ligeras que los revestían con la toga de letrados y de políticos puebleños.³⁷El revés de la observación del líder conservador descubre la afición por la lectura de libros no convencionales, distintos a las obras aleccionadoras de la moral corriente, de los muchachos ganados por las doctrinas racionalistas y liberales.

No existen indicaciones sobre los teóricos del liberalismo ni los libros que leyeron en sus etapas formativas. Quizá algunos clásicos, H. Spencer, El Individuo contra el Estado³⁸ ciertamente fue uno de ellos, al igual que algunos latinoamericanos como J. B. Alberdi cuyo texto: Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, inspirado, de acuerdo a sus propios comentarios en Spencer y A. Smith,³⁹ no le impedía considerar a su patria de sangre española y espíritu francés o D. F. Sarmiento, autor de Facundo, infatigable educador, defensor de la libertades y del progreso, en particular a su retorno de Francia, donde conoció a los políticos de mayor relieve del momento, entre éstos a M. Thiers, gran parlamentario y escritor francés de los años de La Restauración, a quién sorprendentemente describió físicamente como un boliviano: "un hombre chiquito, moreno y de cara redonda."⁴⁰ Qué cerca de su mente tenía a sus vecinos de las tierras altas y con qué estereotipos los miraba. Puede resultar sorprendente señalar una obra poco teórica, con un estilo narrativo impresionista, como uno de los escritos emblemáticos de un movimiento, pero Sarmiento no solo entusiasmó a la juventud por su apasionado entusiasmo civilizatorio de maestro sino por el anhelo libertario que allí brota. Arguedas tuvo una enorme admiración por la obra en su primera juventud e hizo eco posteriormente al subtítulo de Facundo: Civilización o barbarie en sus libros sobre los caudillos letrados y bárbaros. Las Garantías constitucionales de C. Alcorta pudo hallarse asimismo entre esas lecturas de iniciación.

No sería inverosímil que esos textos y otros del género favorecieran, por lo menos en algunos de los jóvenes, la creación de una filosofía, en el sentido dado a la expresión por .I.

³⁵ B. Saavedra, La democracia en nuestra historia, Gonzáles y Medina, La Paz, 1921, p.75.

³⁶ Estas editoriales jugaron un papel destacado en el desarrollo de los intelectuales nacionales y españoles, como lo expresan C. Rojas, G. A. Otero. La España Moderna surgió en 1888 de un "lance de amor..." entre José Lázaro y E. Pardo Bazán. Notable proyecto que cristalizó en la publicación de una revista notabilísima que contó con las mejores plumas de Europa y un fondo editorial con obras españolas y europeas de las cuales se alimentó la juventud nacional y encauzó en gran parte sus ideas. Cf., D. Thion Soriano Mollá, Pardo Bazán y Lázaro.1888-1919. Fund. Lázaro Galdiano. F. Sempere y Co. de Valencia tuvo igualmente un lugar destacado en la difusión de las novelas y estudios filosóficos de fines del XIX y principios del XX. Sus ediciones baratas, libros de bolsillo, en realidad, fallaban por las traducciones poco cuidadas. Estuvo activa aproximadamente desde 1885. D. Jorro, otra editorial española de fines del XIX, dio a conocer importantes autores del pensamiento de la época. S. Calleja, más especializado en clásicos españoles y libros para niños, fue otro editor español decimonónico cuyos libros influyeron en la formación de los intelectuales bolivianos.

³⁷ M. Baptista, "La empresa...", art. cit., p.354.

³⁸ El individuo contra el Estado tuvo prontas traducciones al castellano, hechas en España. probablemente la primera traducción data de alrededor de 1885.

³⁹ Citado por M. De Vedia Mitre, Historia general de las ideas políticas, Kraft, Buenos Aires, 1946, tomo XIII, p.172.

⁴⁰ M. De Vedia y Mitre, op., cit., p.207.

Prudencio Bustillo de forjarse una personal actitud frente a la vida que Prudencio Bustillo consideraba inusual entre la juventud del país.⁴¹

La bibliografía empleada en los textos de derecho, de ciencia política y sociales escritos en los años de madurez por Saavedra, Sánchez Bustamante o Gutiérrez, muestran un panorama más firme que permite inferir algunos autores y libros que influyeron en el pensamiento de los liberales en el país. J. S. Mill, resulta uno de los filósofos abundante y ampliamente citado, especialmente la obra *La libertad*, A. de Tocqueville es otro mencionado a menudo. Las referencias a autores contemporáneos son corrientes y dejan ver la familiaridad con el pensamiento de ese momento tales como C. Bouglé, un discípulo de E. Durkheim, *La démocratie devant la science* o A Fouillée *Liberté et déterminisme*, a quienes Saavedra, por ejemplo, leyó en el original francés, impreso por F. Alcan y comercializado en La Paz,⁴² Al lado de éstos aparecen en otros escritores bolivianos Ch. Benoist, T. B. Maculay, R. W. Emerson, W. James, ya puestos al castellano por las editoriales españolas.

° Los dilemas de la política militante.

Las relaciones con la política partidista, con el partido liberal y otros salidos de la misma vertiente, fueron diferentes, según las personalidades, el grado de compromiso con la asociación o con el oficio de intelectual. Entre los jóvenes que pasaron por el liberalismo estuvieron: A. Alarcón, A. Arguedas, J. F. Bedregal, A Chirveches, C. Rojas, B. Saavedra, D. Sánchez Bustamante, J. L. Tejada Sorzano. Algunos lo abandonaron en momentos de crisis, cuando las promesas se juzgaron incumplidas, otros perseveraron y se alzaron hasta las más altas esferas del Estado. Saavedra militó en el republicanismo y alcanzó la primera magistratura de la nación. Tamayo fundó el Partido Radical y llegó a ser Presidente Electo de la República. Tejada Sorzano continuó en el partido liberal y fue designado primero vicepresidente de la República y luego Presidente tras el golpe militar contra Salamanca.

La participación política siguió diferentes modalidades de involucrarse y dedicarse. Algunos como Arguedas, Bedregal, Chirveches, Tamayo, Tejada Sorzano manifestaron hacia la disciplina militante reticencias, sentimientos encontrados, desgarres, en repetidas ocasiones pusieron por encima de la consigna partidaria, la independencia de pensamiento, la valoración de la misión del intelectual. Saavedra, por su parte, plegó su visión y sus acciones a su organización política, el republicanismo. Imprimió a su régimen un sello caudillista. Mientras el autor de *Pueblo enfermo*, sostiene R. Ballivián, un escritor que lo conoció bien: “en algunas ocasiones de su vida llega a ocupar funciones públicas. Fue ministro de Estado, parlamentario, diplomático, etc., pero él consideraba siempre estas situaciones como transitorias e intrascendentes. Incluso llegó a menospreciarlas.”⁴³

En una conferencia ofrecida a un grupo de universitarios sobre sus libros, Arguedas aconsejó: “mezclarse en política, participar de las inquietudes de la hora,” pero sin apasionarse, es decir evitando el espíritu de facción, intolerante, propenso a entregarse al caudillismo.⁴⁴ De esos hombres cuya vida discurrió entre las letras, la política y la diplomacia, algunos escribieron libros que han resistido al tiempo, otros dieron mucho al periodismo con artículos, editoriales que quedaron desperdigados y a paso ligero han sido olvidados. Muchos iban y venían entre la prensa y la política sin cansarse de señalar los defectos de una y otra actividad. Unas veces regresaban desengañados de la primera, para luego lamentar su paso por la política. Combinar las tareas y algunas otras fue común entre ellos. Actuaron como políticos de nota, intelectuales, periodistas, diplomáticos. Aunque nada queda definitivamente ganado ni los triunfos ni el oprobio, aun para los

⁴¹ I. Prudencio Bustillo, “Al margen del bergsonismo,” (1913) en I. Prudencio Bustillo, Páginas dispersas, Universidad San Francisco Xavier, Sucre, 1946, p.161 y ss.

⁴² Poseo en mi biblioteca el ejemplar de *Liberté et déterminisme* que perteneció a B. Saavedra subrayado por él y otro de *La démocratie devant la science*, también trabajado por su propietario.

⁴³ R. Ballivián, *Entreactos*, Ed. Universo, La Paz, 1961, p.136.

⁴⁴ A. Arguedas, *La danza de las sombras*, Obras Completas, tomo I, Ed. Aguilar, Madrid, p.679.

que en su día fueron reputados y hasta hoy les dura, o para los que ahora apenas son recordados. La posteridad siempre es melindrosa. Qué importancia. Todos quisieron cambiar el país por la palabra escrita u oral y por las acciones políticas. Durante su vida pasaron por triunfos, penas y desilusiones. Sin embargo, los de mayor nombre trataron de no perder totalmente una distancia crítica con los compromisos que asumieron. A diferencia de los intelectuales que vendrían después.

Tocqueville, en el Antiguo régimen y la Revolución observó que en Inglaterra las personas ocupadas de los asuntos públicos, es decir la gente de pluma, también estaban en el gobierno introduciendo ideas nuevas en las prácticas o cambiando las ideas como resultado de la experiencia, mientras en Francia el mundo político separaba, dividía en provincias separadas y sin comercio entre ellas a políticos y escritores. En la primera se administraba y en la segunda se establecían los programas abstractos para administrar desinteresándose de todo lo que no eran soñar, construir un deber ser.⁴⁵ Entre nosotros sucedió algo distinto. Los intelectuales ingresaron en la política y el gobierno, pero a menudo se sintieron no escuchados, tomados con desconfianza, suspicacias que no iban en un solo sentido.

Arguedas, Tamayo, Saavedra fueron jefes de sus agrupaciones partidarias aunque el poder y la influencia que ejercieron sobre ellas no fue el mismo. De los tres, el primero tuvo el radio de acción más reducido y a la vez la posición más crítica con el partido. El segundo, que gozó de gran audiencia política en su círculo, tampoco ahorró sus acerados dardos en contra de sus conmlitones. El último ejerció un poder férreo sobre sus seguidores.

Por lo menos, cuatro de esa generación literaria y política escalaron hasta la Presidencia de la República: F. S. Guzmán, Saavedra y Tejada Sorzano. Tamayo quedó electo sin lograr asumirla. Un quinto, C. Rojas, la bordeó muy de cerca. Un número enorme para un grupo tan pequeño, sin embargo hasta los más arriba colocados guardaron una conducta no siempre complaciente con los equipos partidarios, con las consignas militantes, incluido Saavedra. Pero, en general, las doctrinas, los planteamientos ideales quedaron lejos de las prácticas, que tampoco se corrigieron por la participación de los hombres de ideas y la desilusión fue común al intelectual en política y al político con la intelectualidad.

No fueron, pues, intelectuales orgánicos en el sentido dado a esta expresión por Gramsci. Pero tampoco como la prensa y los propios políticos intentaron mostrarlos con una imagen caricaturesca unos ingenuos u oportunistas, siempre descontentos, en contra de todo, poco realistas, perdidos en un reino de vaguedades. “Lo que esta querida patria quiere son hombres prácticos y de acción no soñadores que viven en el mundo de las quimeras...” prevenía un periodista a Ramírez en Vida Criolla.⁴⁶ A menudo lo que se pedía a los noveles escritores era una actitud cómplice o de aceptación hacia las acciones tomadas por el grupo político al cual adherían o entregaban su simpatía, no todos se plegaron, al contrario señalaron las fallas.

Los políticos desde el advenimiento de la República apenas orientaron sus actos por principios doctrinales que, en el mejor de los casos, sirvieron para encubrir las intenciones reales de la conquista del poder: los privilegios y las ventajas de su ejercicio. Los conservadores y liberales estuvieron más imbuidos de una visión global del hombre y la sociedad. Sin embargo una vez conseguido el gobierno también ellos, en su mayoría, se volvieron tan pragmáticos como sus predecesores. Los jóvenes liberales molestos por la marcha de la política chocaron con los dirigentes y censuraron sus actos. Arguedas en Pueblo enfermo juzgó que las luchas políticas en el país surgían “por el deseo inmoderado de los hombres por mandar, no con vistas a proseguir la realización de un ideal...que sea un reflejo del ideal colectivo sino para satisfacer vehementes impulsos de vanidad personal primero y de lucro en segundo lugar, porque... los gobernantes por

⁴⁵ Citado por M. Winock, *Les voix de la liberté*, Ed., du Seuil, Paris, 1999, p. 12.

⁴⁶ A. Arguedas, *Vida criolla*, Ed. Camarlinghi, La Paz, 1975, p.221.

atavismo son inclinados a rodearse de una fastuosidad reñida, mas que con la democracia, con el gusto. Para ellos el prestigio se impone por los ojos y en esto no andan equivocados dado el elemento étnico predominante en el país”⁴⁷. No desconoció a los personajes de excepción, pero tampoco ahorró las recriminaciones a los correligionarios llegados al poder. Tamayo hizo lo propio en los artículos de prensa después reunidos en *La creación de la pedagogía nacional*, sacudió a sus conmlitones del radicalismo por el pongueaje, el servilismo con los mandones. Bedregal en los diálogos de *La máscara de estuco* repletos de picardía golpeaba con fuerza a los gobernantes de turno. Chirveches mantuvo una distancia prudente con el partido.

Los escritores que vinieron después, con una educación ideológica más sistemática y exigente hicieron gala de su compromiso político o partidario, sin quedar completamente a salvo de volteretas llamativas de posición.

En breve, la intervención de los primeros intelectuales en las actividades políticas, su crítica de la mismas, los planteamientos en los temas de atención colectiva, aun si no seguían a la mayoría, prueban que no desdeñaron mezclarse en los asuntos de la sociedad, lejos de cualquier torre de marfil, intentando no dejarse arrastrar por el puro espíritu de facción. Sin embargo su desempeño en la política, que integró su imagen del oficio, tuvo un peso enorme que contradice la idea muy general en el país de haber sido siempre gobernado por gente sin formación ni cualidades intelectuales. A la modalidad corriente de actuación partidaria que tuvo la intelectualidad que puso el contenido a la tarea habría que añadir a presidentes como D. Salamanca (1868-1935) que también fue un hombre de ideas y palabras y a H. Siles (1882-1942), un jurista, autor de varios textos legales.

° Pelos hirsutos y manos regordetas. Lo cholo entre los intelectuales.

Los cambios del liberalismo en el poder desasosegaron a los intelectuales del partido que vieron en la alteración de las relaciones de clases oportunidades y riesgos. Saludaron el avance social del hombre de talento con independencia de su origen familiar. Arguedas elogió a algunos políticos salidos de hogares con padres de poncho y ojotas. También lo hizo Finot. Pero consideraron la subversión de rangos, el ascenso de los cholos, vale decir de los mestizos, cuyo comportamiento explicaron con una mezcla ambigua de racismo duro, biológico, que marcaba el alma antes que el físico y sociologismo cultural, un peligro para la sociedad y la política por su chatura intelectual, por su ceguera hacia el arte y la moral, por su excesiva ambición de poder y dinero. Para ellos guardaron el nombre de filisteos, lo que apuntalaría en parte la hipótesis de que a pesar de no haber podido escapar del todo a las percepciones usuales, al lenguaje tradicional, a las ciencias finiseculares teñidas de prejuicios, de un determinismo racial, la crítica del cholaje en ascenso mostró elementos de contenido social, cultural y sobre todo moral. En ese tema, uno de los dominantes en el quehacer del grupo, la percepción de Arguedas y Tamayo fue prácticamente coincidente,⁴⁸al encuentro de las ideas corrientemente afirmadas.

Empero, el fenómeno del avance social del cholo, el tipo más representativo del mestizaje en palabras de Arguedas, no era nuevo. Antes de 1898 otros hombres de procedencia popular, del medio cholo, se hicieron del poder gracias a los cuartelazos. La República incorporó tempranamente a mestizos de baja extracción en puestos administrativos inferiores. La novedad del hecho, razón del interés del intelectual, radicó quizá en la envergadura que tomó la movilidad de los cholos que ocuparon funciones públicas en lo alto de la escala de jerarquías y obtuvieron cargos electivos en el sistema democrático censatario donde revelaron dotes y habilidades para obtener votos, que en la perspectiva de sus detractores eran expresión de sus vicios, antes que

⁴⁷ A. Arguedas, *Pueblo enfermo*, Ed. Isla, La Paz, 1979, p. 225.

⁴⁸ El mestizaje produjo, según Arguedas, a veces resultados estupendos, en otras ocasiones contradictorios por su carácter cerrado a la moral, entendida como la armonía de actividades para el bienestar general. Cf., A. Arguedas, *Pueblo enfermo*, Cap. III.

virtudes. Muchos de los políticos liberales paceños fueron considerados por las elites conservadoras del Sur del país como pertenecientes a ese estrato social.

Las críticas de los intelectuales de la primera fase como Arguedas, Tamayo, Chirveches al mestizaje, equiparado en forma gruesa al cholaje, se refería principalmente a los recién llegados, que pateaban, según éstos, las puertas con pugnacidad, sin reparar en la decencia y el decoro. Pero, por otro lado, descubría que ese estamento social ya se encontraba tiempo ha bien instalado en toda la gama de ocupaciones, en especial en la actividad pública y había penetrado, por la vía del matrimonio, una de las barreras más firmes de las sociedades estamentales y de clases, todos los grupos sociales, aunque las alianzas maritales no dejaban de espantarles, sobre todo cuando les tocaba de cerca. Finot trató de distinguir entre el cholo y el mestizo, aquel era el prototipo del hombre carente de ética, de ideales, éste, resultado de la fusión de razas, realizada en un ambiente familiar legal y educado, podía ser distinto. Varias grandes personalidades inatacables en su comportamiento moral constituyen el ejemplo del mestizo: A. de Santa Cruz, según Finot, E. Villazón, de acuerdo con Arguedas, solo para citar a dos presidentes de la República. Hubo más.

El ataque al cholo era pues común en los ensayos de los autores de la generación, combinaba planteamientos de las ciencias de la época y consideraciones referidas al carácter, juzgado poco permeable a los ideales superiores del espíritu. Pero tal vez en el fondo el antimestizaje, transparentaba, tanto la alarma de compartir la familia, el poder con personas arteras y mañosas, de rostro y figura autóctonos, sin límites a sus ambiciones cuando podían ponerlas en ejecución, como el miedo velado, crecido en los pliegues más oscuros de la conciencia del grupo, a la habilidad del cholo para adoptar las modalidades de pensamiento⁴⁹ y comportamiento occidentales, borrando las diferencias con los sectores tradicionales de privilegio., cuyo dominio provenía del monopolio que tuvieron de esos comportamientos. Por eso cuanto más asimilados más peligrosos. ¿No fue acaso el cholo letrado el que despertó mayores críticas y rechazos? Tamayo estimó la porosidad mental del mestizo no como un beneficio sino como un defecto que conducía a la imitación del Otro, a la pérdida de identidad.⁵⁰ La otra cara de la moneda señalaba implícitamente la afirmación del cholo en la sociedad y su progresiva negación a continuar otorgando el reconocimiento al que estaban habituados los grupos estamentales superiores del país. La sociedad de la época se abría, los intelectuales contribuían a golpear el carcomido andamiaje no sin recelos de verse arrastrados por el sacudón. Por esas ambivalencias recibieron críticas severas, entre las que se destacaban las acusaciones de racismo.

El término cholo aludió a la persona de sangre mezclada de indio y español que fue cargado con taras morales estigmatizadoras, muchas de ellas inscritas en los genes, que se le atribuían no sólo en el país sino en otras partes del Continente, responsables del desorden político, del estancamiento de la sociedad. “Los cholos condenados a vivir entre dos contradicciones con los atavismos indolentes de su origen y muchos de los orgullos del europeo, postergado en ciertas Repúblicas por el blanco como inferior, considerado en otras por el indio como espurio, el mestizo vegeta y multiplica en zonas vagas que su misma falta de ilustración hizo quizá fatales,”⁵¹ dijo de ellos M. Ugarte, uno de los fundadores del socialismo en la Región y gran impulsor de la unidad latinoamericana. Y añadió: “El mestizo carece de iniciativa...De ahí las dos corrientes la que induce a la pereza y a la superstición sin límites y la que empuja a romper toda la legalidad y con las leyes para desafiarlo todo”⁵². Finot mantuvo una posición que apuntó sobre todo a la deficiente o ausente formación cultural y social del mestizo que así caía en el cholaje. Se trató para él más que todo de un símbolo para designar una idiosincrasia específica, producto

⁴⁹ F. Tamayo sostuvo que el mestizo se caracterizaba por la persistencia de rasgos físicos autóctonos y “la aparición de formas y caracteres intelectuales de origen y naturaleza europeos.” Cf., F. Tamayo, Creación de la pedagogía nacional, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, La Paz, 1944, p.110.

⁵⁰ F. Tamayo, *ibid.*, Ahí también deploró la falta de carácter en la inteligencia del mestizo, p.115.

⁵¹ M. Ugarte, *El porvenir de América Latina*, Ed. Indoamérica, Buenos Aires, 1953, p.13. 1ªEd., 1913.

⁵² M. Ugarte, *op. cit.*, p.14.

del ambiente moral que se respira en los sectores populares, pero que puede contagiar a las clases altas.⁵³

Pero la categoría no discriminaba bien, ni en el plano de la teoría ni en el de los hechos. ¿Cómo distinguir un cholo de un caballero cuando la ropa y los modales se equiparaban? En oportunidades el más pintado experto fallaba. Por ejemplo ¿Se incluía en ella a los descendientes de caciques y peninsulares que detentaron desde la Colonia elevados estatus sociales y desempeñaron funciones de importancia política tal los Calahumanas, Guarachis, Cusicanquis, Siñanis y algunos más, o sólo se reservaba la apelación a aquel que permaneció en lo bajo de la escala? Si esto no fuera así, la acepción del término puramente racial quedaba desvirtuada. La insistencia de Finot de separar al cholo del mestizo, clara en los conceptos no tenía el mismo valor en la práctica y frente a los prejuicios. Uno nacido de una relación irregular y mal educado, dominado por vicios del ambiente donde crecía, podía ser un peligro, como ya señalaban las fuentes coloniales citadas por el historiador. El otro salido de un matrimonio correcto era “muy atendido por las leyes”. La legislación colonial no condenaba la mezcla de razas, sino “54ª forma como venían al mundo y se educaban los mestizos.” “A nadie se le ha ocurrido ...llamar cholo al mariscal Santa Cruz prototipo del mestizo bien nacido moral e intelectualmente cultivado”, recalcó Finot,⁵⁵ La categoría dejó flotar muchas ambigüedades en su uso.

La desconsideración del mestizaje revestida de argumentos y descripciones que variaban de un autor a otro se encontró en la mayoría de los escritores de inicios del nuevo siglo. Pero Arguedas pagó el precio más alto por señalarla, tachado, por la crítica del momento y por la que vino luego, de racista duro, de pesimista biológico, de hacer del cholo un “producto biológico degenerado.”⁵⁶

Sin duda, él empleó argumentos para explicar el fenómeno del cholo de corte biológico y de alcance determinista. No estuvo sólo en ese tratamiento. Pero no fue un teórico sistemático, hombre de sistema, ceñido a una coherencia de las proposiciones sin fisuras, como tampoco los demás.⁵⁷ El acercamiento a la realidad estuvo marcado, innegablemente, de un cierto fatalismo racial y geográfico tomado de los científicos decimonónicos, diferentes de los pensadores del siglo XVIII más centrados en las instituciones, que entró en contradicción con sus anhelos de transformación, de cambio social, bajo los cuales inició su carrera, junto al resto de la generación.

En rigor sería necesario analizar Pueblo enfermo y los ensayos nacionales sobre el mestizaje en tres planos: primero las teorías, sobre todo las sociológicas, sostenidas por Arguedas y algunos más, que provenían de los años formativos de esa disciplina, teorías que ellas mismas albergaban contradicciones, luego, las opiniones y percepciones comunes al mundo social de los autores y en fin las intenciones, los fines que perseguían cada uno de ellos y que los condujeron a adherir a partidos políticos. La adhesión en sí constituye una prueba que ni el determinismo ni el fatalismo eran totales. El ejercicio de distinguir los niveles, entrecruzados en las prácticas de Arguedas y de los intelectuales, entre los cuales se hallaba Tamayo, pondría poner de manifiesto las lógicas distintas que los gobernaban, debilitando la sistematicidad de las ideas y los actos. La constatación no supera los reproches, pero si limita su alcance y derivaciones.

Por otra parte, no se puede pasar por alto que la sociología de Pueblo enfermo, de la Historia de Bolivia y la filosofía de corte germánico de La creación de la pedagogía nacional de

⁵³ E. Finot, El Cholo Portales, Ed. Juventud, La Paz, 1977, p.40. 1º Ed., 1926.

⁵⁴ E. Finot, Nueva historia de Bolivia, Ed. Juventud, La Paz, 1984, 2 ed. p.82 y ss.

⁵⁵ E. Finot, *Ibid.*

⁵⁶ J. A. Arze, “La sociología en Bolivia, Paraguay y Uruguay” en G. Gurvitch y W. Moore, Sociología del siglo XX, Ateneo, Buenos Aires, 2º ed., tomo II, 1965.p.232. La cita de Arze es solo una ilustración de una posición frecuente en los autores nacionales y de afuera sobre Arguedas.

⁵⁷ Así en Pueblo enfermo, Arguedas afirma que “El medio geográfico y la raza son a primera vista los factores determinantes...para que Bolivia...haya llevado una vida sin relieve y llena de agitaciones estériles y destructoras en el campo de la política.” p. 181.Páginas adelante (220) cambia el determinismo por la predominancia. Que no son lo mismo desde el punto de vista causal. No fue la única vez que los argumentos se modificaron, amortiguando su fuerza.

Tamayo, para dar una ilustración de dos autores conspicuos, operaban en un alto nivel de generalidad, de abstracción planeando muy por encima de las descripciones de la realidad empírica, recogidas, en buena dosis, de las imágenes vehiculadas por la sociedad, rara vez pasadas por un tamiz teórico o metodológico.⁵⁸ Tales sutilezas parecieron no interesar demasiado a la crítica de ese entonces.⁵⁹

Por estas razones parece un error de apreciación exagerar el papel de las afirmaciones étnicas y de su valor en la explicación, como las vertidas reiteradamente en los textos de Arguedas sobre el cholo, el mestizo, culpado por producir muchas de las patologías de la sociedad. La obra no se debería juzgar únicamente por las abundantes apreciaciones sobre el mestizaje que al final de sus días modificó,⁶⁰ sino por la voluntad manifiesta de sacudir las prácticas que preservaban la antimodernidad, el oscurantismo, los abusos y arbitrariedades del poder. La prevención vale también para los planteamientos que formularon con expresiones propias Tamayo en sus ensayos, Finot, Chirveches en sus novelas. Junto a la fuerza de la raza, del medio físico se introdujeron otros ingredientes en la explicación de la llamada conducta chola, que también alcanzó a otros sectores de la sociedad, más culturales, sociales como las características de la convivencia social en los ambientes limitados y estratificados de los pueblos y ciudades del país, la falta de empleos, de industrias, el escaso avance de la educación, la pervivencia de los rangos, la lentitud de la movilidad social que la Revolución Federal modificaba e impulsaba.

Los conceptos de la intelectualidad novel no carecían, pues, de hendiduras por donde la esperanza de las transformaciones se colaba, cuando no los subvertía. Si la creencia en el poder de la herencia o del espacio físico no hubiese admitido que el hombre, la sociedad pudiesen cambiar, vana, inútil, sin razón, hubiese sido la política que ocupó a toda la generación. ¿Para qué intervenir en ella si los juegos están hechos de una vez para siempre? Las explicaciones riñeron así con los propósitos, con las intenciones de los noveles autores. ⁶¹

La carta prólogo de R. de Maeztu para Pueblo enfermo (1909) contiene elementos importantes que ayudan a circunscribir las ideas de Arguedas, que él pareció compartir. Previno contra una interpretación fatalista del texto “El patriotismo, amor al cabo, ha de ser grillete no ceguera, razonó el prologuista. Hemos de ver a nuestra patria tal como es, pero no quererla por ser como es, pues entonces seguiría siendo eternamente así”. Añadió líneas abajo “... ¿Por qué no anda la gente...¿ Por qué no ando yo? ... y ¿qué se adelanta con que yo ande, si los demás no me

⁵⁸ En la época, solo G. Rouma efectuó investigaciones empíricas socio-pedagógicas donde los conceptos teóricos definían la manera de ver el campo de las observaciones. Las descripciones de Arguedas y de los otros ensayistas para verificar sus tesis provenían de observaciones impresionistas, aceptadas por el grueso de la población que no tenían un carácter sistemático.

⁵⁹ En verdad, Arguedas no consiguió ni en su sociología ni en su Historia echar una mirada a los hechos, no declaratoria, sino efectiva articulada a la lógica científica a la cual adhería. Sin duda no ignoró la necesidad de observar, de apoyarse en hechos, documentó su Historia pero además de las teorías que empleó que eran limitadas, los métodos, aunque corrientes por entonces, eran insuficientes para el propósito. Tampoco existió una preocupación lógica y metodológica en Tamayo, Saavedra o Sánchez Bustamante. Finot intentó ser más coherente en esos aspectos, sin lograrlo completamente. Casi todos creyeron en las virtudes del eclecticismo ajenos a sus limitaciones.

⁶⁰ A. Arguedas, Diario 24-IV-1943

⁶¹ Arguedas sigue recibiendo críticas hasta hoy por las referencias a la raza y el medio en la interpretación de la sociedad boliviana, en particular por el desmerecimiento del mestizo, del cholo. Se ha sostenido que en los últimos años de su vida, acentuó su conservadurismo, su pesimismo, su racismo, dolido por el desastre del Chaco. Ahí se levantaron los fantasmas más temidos por el escritor. Sin duda en la última versión de Pueblo enfermo eliminó las propuestas para curar los males del país y fustigó con mayor fuerza al cholo, al hibridismo étnico hasta invocar a fin de apoyar sus planteamientos los discursos de Hitler. Pero se ignora que, en ese mismo momento, descubrió la capacidad de asimilación del indígena, por su intervención en el conflicto con Paraguay. Más todavía, la II Guerra Mundial igualmente trajo vientos huracanados que desmantelaron sus afirmaciones sobre las virtudes de la raza blanca que ya no parecieron más como inmodificables. Se llenó de horror por la barbarie teutónica, así como por los sistemas totalitarios. Y terminó por definirse como mestizo. “Lo que harían estos arios asesinos con nosotros, los pobres mestizos desarmados e indefensos”, anotó en su Diario, 24-IV-43. Los acontecimientos mundiales acabaron así resquebrajando las creencias en las razas y la geografía. El cambio, cierto tardío, tuvo enorme significación, por lo menos íntima. El que antes se auto-tituló español de América, ahora se definía como mestizo, por razones más morales que teóricas. Se podría especular sobre el rumbo que hubiesen tomado sus escritos después de este reconocimiento de haber vivido el autor algunos años más.

siguen?...Las cosas son así... por la raza, y por la geografía y por la historia... un impulso misterioso acaba por decirnos: Pero si yo me reformo, ¡también los otros pueden reformarse! Y concluyó: "ya no somos hijos del pasado, sino del futuro"⁶². El prólogo de Maeztu no puede sino mitigar, disminuir el determinismo a raja tabla que se atribuyó a Arguedas. Indudablemente, al afirmar la educación, como medio de progreso, que es una ciencia y al mismo tiempo una expresión de las políticas, al valorar la ciencia y el arte, cierto no negaban la existencia de los factores raciales, del medio pero el rigor se aflojaba. El recurso a estos últimos, desde el inicio, no formó en el ensayo ni en los textos históricos un bloque granítico en lo que respecta al blanco, al indio o al cholo, cuya ascensión social se hizo evidente con el advenimiento de la democracia después del conflicto del Pacífico y de la Revolución Federal.

No es pues arbitrario señalar que en la mente de Arguedas, como en la de los otros de su generación los genes y el medio estuvieron lejos de constituir una causa única, redondeada, inatacable e inmodificable. No se trató, pues, de émulos de Tiresias, profeta de Tebas, enceguecido como castigo de Atenea por mirón. Le quitó la vista pero le dio el don de la profecía, de ver el futuro, mas sin poder cambiarlo. Los ensayistas nacionales fueron políticos porque estuvieron convencidos que el cambio era posible.

Así, la posición con relación a los grupos populares, al cholaje, la antipatía por los pelos hirsutos, las manos cortas y regordetas, los rostros herméticos fue parte de "la teoría" y de los estereotipos dominantes, manejados por la intelectualidad en formación, así como del temor a las amenazas al estatus del que gozaban. Era evidente el asalto a la fortaleza por parte del contingente cholo rara vez preparado para tal responsabilidad, apoyado por el aumento de su peso político transparentado en el crecimiento del voto popular, que la revolución liberal y el inicial desarrollo urbano traían consigo. Todo ello apuntaló un cierto aire de pesimismo de la juventud letrada, visible en sus escritos. Empero, a través de otra faceta de su misión intelectual apareció una esperanza abierta al cambio por medio de la voluntad, de las posibilidades de la política, de promover la educación y de difundir una moral para los tiempos. Una especie de ambivalencia se asentó en el pensamiento de los jóvenes donde el pesimismo chocó con sus anhelos de transformar su entorno social y político, casi sin conocimiento de los interesados. De ahí surgió una vocación y un oficio, rico en promesas y decepciones. Una parte de ellos nunca logró deshacerse de esa ambivalencia.

° El indio en la mira de los intelectuales

El indio también estuvo en el centro de sus desvelos. La Revolución Federal, debido al papel que en ella tuvo la sublevación de Zárate, "el temible Willca", atrajo sobre él las miradas, a menudo bizcas, de la sociedad. El cholo urbano era un aliado viejo de los liberales, el indio que mostró su potencial fuerza, aunque no era la primera vez que ponía en vilo al mundo andino, despertó miedos y al tiempo la conciencia de la urgencia de desarrollar un trato distinto al del pasado.

A los intelectuales les atingió enormemente la situación de los indígenas, su pobreza material y espiritual, su degradación, examinada nuevamente a la luz de las ciencias sociales de la época. De esta manera, la cuestión social, uno de los ejes de las controversias en el país, giró en torno al cholo y al indio respecto a los cuales se publicaron polémicos ensayos, novelas, artículos de prensa.

La educación del indio, sus condiciones de vida y trabajo alimentaron enormemente las inquietudes y disquisiciones de los escritores. La matanza de Mohoza y el posterior juicio contra los responsables produjo un fuerte impacto en la consideración de los intelectuales sobre el indio. B. Saavedra fue el abogado defensor de los indígenas procesados, aliados de los liberales durante el conflicto con los conservadores, que habían asesinado cruelmente a los soldados de

⁶² R. de Maeztu, Carta prólogo a Pueblo enfermo, op. cit., p. XV y XVI.

una tropa federal, liberal. La defensa para tratar de salvarlos, utilizó el argumento de una violencia salida del atavismo de la raza, “de una cierta perversidad ingénita en complicidad con el medio” que impulsaron la masacre hecha por los indios.⁶³ Sin embargo, invocó también a G. Le Bon y sus tesis sobre las masas, según las cuales la responsabilidad individual se diluye por el contagio de sentimientos dentro de la muchedumbre, y al criminólogo italiano E. Ferry quien afirmaba que los crímenes colectivos o son atávicos o producto de una evolución, en uno u otro caso no se podía llevar a los indios al banquillo de los simples asesinos. ⁶⁴Saavedra creía que el problema de la raza indígena en decadencia podría superarse a través de la educación. Hubo otras opiniones acerca de la raíz de la violencia del indígena.

Así, en *Wuata Wara*, una novela primeriza, Arguedas justificó el asesinato de unos patrones abusivos por parte de los colonos nativos víctimas de las humillaciones y ofensas seculares recibidas de los propietarios. Raza de Bronce asume de forma más elaborada la misma posición.⁶⁵ Pueblo enfermo lamenta el carácter odioso de los asesinatos de Ayoayo y Mohoza cometidos por los indígenas, sin embargo “justificados, hasta cierto punto,”⁶⁶ pues fueron una reacción contra la sañuda persecución que el Ejército Constitucional de Sucre les hizo sufrir, porque no hicieron suya una causa que no les pertenecía.⁶⁷ Sin embargo, en *Pueblo enfermo* se alineó sobre las posiciones convencionales respecto al indio. “El aspecto físico de la llanura (el altiplano), el género de ocupaciones, la monotonía de éstas ha moldeado el espíritu (del aymara) de manera extraña. Nótase en el hombre ... la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas...La condición natural de éste es ser malo y también de la naturaleza.”⁶⁸

En cuanto al quechua los defectos que lo dominan no son innatos, los ha adquirido por contagio (de sus dominadores): huraño, hosco, desconfiado, entregado al alcohol.⁶⁹ Pese al vigoroso alegato para cambiar la condición del indio desde *Wuata Wara*, y *Raza de bronce*, siguió las percepciones corrientes de la sociedad boliviana respecto a él que obstinadamente mostraban las deficiencias y los vicios de su raza, de su ubicación geográfica, de la dominación blanca y mestiza. Pero la lista de defectos que se les atribuyó podía verse con otra clave como las estrategias que seguían los indios a fin de enfrentar la explotación, los atropellos, el despotismo de los dominadores, entre ellas: la crueldad, el hermetismo y la sumisión, la irresponsabilidad, e hipocresía. Tal vez esta interpretación encuadraba mejor en los hechos o con mayor prudencia en ciertos de ellos. De esta suerte, el mundo de significados de uno y otro estamento era completamente distinto tornando imposible una comunicación franca y efectiva. Aunque por otro lado, la divergencia de sentidos probablemente favoreció una percepción del intelectual menos enconada que la dada al cholo, competidor más inmediato por los privilegios sociales. Mas la distancia, la incomprensión de los blancos respecto al indio comenzaba a acortarse, por lo menos eso creía el escritor, debido en parte al trabajo lento pero firme de sus novelas y de la educación que se manifestaba por aquí y por allá.⁷⁰ Vargas Llosa encontró la técnica de presentación de los personajes de Arguedas arcaica, movidos como emanaciones de la naturaleza, lo que no es del todo equivocado, pero aún si se acepta esa lectura, ella da mayor fuerza a la pretensión de éste de haber influido en la suerte del indígena, pues que puede ser más contundente que la naturaleza

⁶³ Citado por E. Paz Soldán, Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma, Plural, La Paz, 2003, p.50.

⁶⁴ B. Saavedra, *El Ayllu*, Imp., Velarde, Aldazosa, La Paz, 1903, p.209.

⁶⁵ Choquehuanka, el sabio indio de las novelas de Arguedas, se dirigió a su pueblo después de la muerte de *Wuata Wara*, una bella india, asesinada por unos patrones lujuriosos, diciéndole “...He dicho lo que tenía que decir y ahora a ustedes les corresponde obrar. Únicamente repito si quieren que mañana vivan libres sus hijos, no cierren nunca los ojos a la injusticia y repriman con inexorables castigos la maldad y los abusos; si anhelan la esclavitud, acuérdense entonces en el momento de la prueba que tienen bienes y son padres de familia. Ahora elijan ustedes...” *Raza de bronce*, Losada, Buenos aires, 7ª Ed., 1979, p. 264. En realidad hay dos Choquehuanka, el de *Wuata Wara* y el de *Raza de Bronce*, se diría que el último es menos espontáneo, más reflexivo que el primero.

⁶⁶ A. Arguedas, *Pueblo...* op.cit., p.42 y ss.

⁶⁷ *Ibid*, p.43.

⁶⁸ A. Arguedas, *Pueblo...* op., cit., p.34.

⁶⁹ A. Arguedas, *Pueblo...* op., cit., p.51.

⁷⁰ A. Arguedas, *Pueblo...* op. cit., p. 54.

clamando por la dignidad humana.⁷¹ Saavedra coincidió en la presencia de tales vicios entre los indígenas, pero vio en ellos un arma de defensa resultado de la selección darwinista.⁷²

Sánchez Bustamante en sus Principios de sociología 1903, que fue probablemente el primer o segundo manual de enseñanza de la disciplina escrito en América Latina, desarrolló respecto a las razas en general argumentos más abiertos y prometedores que los de sus contemporáneos. Definió la raza como una mezcla de elementos transmitidos tanto por los genes como por la sociedad y la cultura. No vio en ella ninguna fatalidad que la educación y las oportunidades no pudiesen superar, por consiguiente se desprende del planteamiento que si un grupo racial ocupaba una posición inferior dentro de una sociedad habría que atribuir el hecho en gran medida a la falta de instrucción, a los obstáculos institucionales. No habló en concreto del indio, pero el tratamiento abstracto de las razas también se aplicó a él. Además, a diferencia de muchas de las concepciones de otros intelectuales, Sánchez Bustamante proclamó el mestizaje como biológica y socialmente positivo, consideración general que, sin forzar sus tesis, se podía extender a los procesos de mezclas étnicas del país, es decir al cholaje.⁷³

Tamayo, en su polémica con la misión educacional belga, convirtió al indio en el depositario de las energías de la nación, subrayando la necesidad de edificar una pedagogía propia para su educación. Tamayo, que se definía a sí mismo como indio sin mezcla alguna, criticó la apreciación sesgada de su pueblo y enalteció su capacidad de trabajo, pero dudó de sus habilidades para moverse en el campo del pensamiento abstracto, no manual, tema que a él personalmente parecía no tocarle, motivo por el cual, sin duda, no quiso dar a ese hallazgo un alcance globalizador, general. A todas luces admitía excepciones. Avanzó ideas para cambiar el orden vigente a través de una pedagogía educativa, con un sello específicamente nacional, en la que también confiaban sus adversarios, aunque se apoyaban en premisas filosóficas diferentes. F. S. Guzmán, por ejemplo, abogó por una estrategia educacional con un método y un contenido imbuido por los recientes aportes que acarrearían las investigaciones acerca del niño, del medio familiar y social, así como de las técnicas de enseñanza

Las tomas de posición sobre el indio, el cholo y sus actos no se encuadraron, entre los ensayistas, necesariamente en las líneas fijadas por las agrupaciones partidarias, aunque buscaban influirlas. Si la percepción del cholo tuvo fuertes ingredientes de determinismo, la del indígena en particular en lo concerniente a la educación fue menos acentuada. Se halló dominada por la idea de elaborar políticas para ayudar a transformar, en alguna medida, la miseria de la raza.

Las posturas asumidas por la intelectualidad liberal, luego republicana en particular en materia de participación política de las masas, del indio podrían considerarse contradictorias con los ideales de igualdad, de soberanía popular acarreados por esas corrientes. ¿Se tratará nuevamente de la ambivalencia antes indicada? o “¿serán un expresión del manido eclecticismo del pensamiento (boliviano) latinoamericano de entonces?” De acuerdo con J. L. Romero, la singular mezcla de ideas excede la calificación de eclecticismo, se lee y se selecciona de múltiples fuentes, según las demandas y requerimientos de la realidad americana⁷⁴, que guía la adopción e interpretación de los puntos de vista. De esta suerte, el tema de la igualdad, de la soberanía del pueblo, como señaló Saavedra, en la práctica del liberalismo se hizo bajo la modalidad de cambio paulatino, no de revolución inmediata. Los principios igualitarios y populares fueron supeditados al avance de la educación para los sectores que carecían de ella. El sufragio se alcanzaba a medida que se llenaban las condiciones de instrucción, propiedad o renta⁷⁵. De igual manera el poder debía ser ejercido por los mejores desde el punto de vista intelectual y moral. De ahí la repulsa hacia los aprovechadores, los oportunistas que simulaban esas cualidades, rápidos en la alabanza,

⁷¹ M. Vargas Llosa, Diccionario del amante de América Latina, Paidós, Barcelona, 2006, p.16.

⁷² B. Saavedra, El Ayllu, op., cit. p. 171.

⁷³ Cf. D. Sánchez Bustamante, Principios de sociología, Imp. Artística, La Paz, 1903, p.72.

⁷⁴ J. L. Romero, “Ilustración y liberalismo en Iberoamérica”, en F. Vallespin, Historia de la teoría política, tomo III, Alianza Editorial. S.A., Madrid, 1995, p.448.

⁷⁵ B. Saavedra, La democracia..., op. cit., p.144 y ss.

en el servilismo, en la complicidad con los poderosos; contra éstos, muchos calificados de cholos, Arguedas escribió cantidad de páginas de su Historia y se desfogó en las anotaciones del Diario.

Las polémicas acerca del camino a seguir a fin de superar la situación indigenal que para todos pasaba por la educación, eran comunes, llenaron columnas de la prensa, de las revistas. Estas involucraban igualmente los métodos y las ideas directrices. Ahí se ilustra la inclinación hacia la acción, orientada a producir políticas que desde el comienzo acompañó la tarea del intelectual, base sobre la cual se justificó la pretensión de intervenir en los asuntos públicos.

°¿Quiénes fueron estos intelectuales?

La elección de los primeros años del siglo XX, como el momento de la manifestación de la intelectualidad nacional, sin pretender establecer un período con precisión rigurosa, no es tampoco un capricho. Fuera de las razones anotadas, la derrota del pacífico, el avance de la filosofía liberal, el uso incipiente término, como testimonian los severos artículos de Baptista, existen argumentos socio- demográfico según los cuales la entrada en la escena de un nuevo conjunto de hombres de letras, se hace cuando la mayoría de los predecesores ya ha cumplido los 40 años o ha desaparecido. Alrededor del 900, los escritores más notables, nacidos en los años 60 o antes, habían pasado el límite: G. R. Moreno, N. Aguirre, J. L. Jaimes, J. Lemoine, S. Vaca Guzmán, R. Villalobos, A. Zamudio.

Pero además, refuerza del planteamiento del surgimiento del intelectual, el examen de sus itinerarios, de sus biografías, la observación de las redes de contactos sociales, de amistad⁷⁶ como la creación en los primeros años del siglo XX, en las principales capitales del país de cenáculos literarios juveniles, donde se discutían de autores, obras, donde se presentaban las primicias de sus miembros. Se consagraban maestros o se decretaba la caducidad de otros. En esos microclimas intelectuales se aglutinaban personalidades con inquietudes culturales, indispensables para la circulación de ideas innovadoras. El número de participantes era pequeño. "No llegábamos a doce, recuerda A. Alarcón, y sin embargo parecíamos aquel todo, un mundo; y cómo no."⁷⁷ Allí se leían poetas como Verlaine, Mallarmé, Heredia, Baudelaire...Dario, Silva, Martí; novelistas Zola, Flaubert, Bourget, France...Se representaban parodias, se intercambiaban bromas. Se escuchaba música. ⁷⁸ La universidad proporcionó asimismo un ambiente propicio al desarrollo de los ideales comunes y de los lazos de amistad. Varios miembros de ese círculo pasaron por sus aulas en la misma época.

En La Paz, Palabras Libres, una asociación informal de jóvenes escritores, estuvo conformada por Arguedas, Chirveches, Alarcón, Vaca Chávez, Emilio Finot, todos liberales. En Sucre, el grupo se constituyó con J. Mendieta, C. Peñaranda, G. Reynolds, O. Molina, más inclinados a la poesía y a la bohemia⁷⁹. Cochabamba cimentó la Sociedad 14 de Septiembre, una verdadera academia, a decir de Sánchez Bustamante, donde la juventud iba a pulir sus ensayos, a coordinar trabajos. En ella se formaron A. Méndez, E. Viscarra, I. Vázquez, R. Urquidi y otros más⁸⁰. En Santa Cruz la Sociedad Geográfica y de Historia aunó un grupo de intelectuales que en 1904 escribió un memorándum pidiendo, con argumentos de peso, formulados en severas expresiones, la vinculación nacional. Se publicaron revistas literarias, de geografía e historia en las cuales se promovieron vocaciones y se apoyaron nacies prestigios.

La edad promedio de los jóvenes en el momento de la entrada en la escena literaria fue de veinticinco años. Los integrantes de Palabras Libres tenían esa edad cuando dieron inicio a su columna. Se trató más del bautizo del grupo que de las personas pues algunos como Arguedas, Chirveches ya tenían un cierto recorrido. Habían publicado novelas, poesías.

⁷⁶ Cf., J.F. Sirenelli, "Generation intellectuelle. Khâgneux et normaliens dans l'entre- deux guerres", Fayard, Paris, 1993

⁷⁷ J. Albarracín Millán, A. Chirveches, Ed. Réplica, La Paz, 1979, p.,167.

⁷⁸ J. Albarracín Millán, Ibid.

⁷⁹ Enrique Finot, Historia de la literatura boliviana, Ed. Gisbert y Co. S.A., La Paz, 1955, p.285.

⁸⁰ D. Sánchez Bustamante, "Cochabamba intelectual" (1898) en Opiniones..., op. cit., p.138.

Se puede admitir que la mayoría del grupo concluyó no sólo su trabajo alrededor de los 60 años sino sencillamente su vida. Tamayo, Alarcón, Canelas, Rojas fueron más longevos, pero la obra fundamental para la mayoría estaba acabada al comenzar la década de 1940.

La afinidad de ideas literarias, políticas fomentó la formación de los grupos que el tiempo desgastó o soldó con mayor firmeza. No fue raro encontrar con el tiempo a los amigos de antes en bandos contrarios o verlos hasta el final, unidos por inquietudes compartidas. Mas no fueron estos intereses comunes por la literatura, la filosofía o la política, donde se dan acuerdos y oposiciones, los que fundan la categoría de intelectual, aquí el vínculo que permite aplicar la etiqueta a jóvenes con ideas y visiones del país, de la sociedad no siempre coincidentes, es más bien la manera similar de concebir el oficio, el convencimiento de la responsabilidad moral que allí se juega y la arena pública donde la juegan.

Entre los primeros hombres de letras de nuevo cuño se encuentran especialmente: Abel Alarcón(1881-1954), Alcides Arguedas (1879-1946), Juan Francisco Bedregal (1883-1944), Demetrio Canelas (1882-1964), Armando Chirveches (1881-1926), Emilio Finot (1882-1914), Felipe Segundo Guzmán(1879-1932), Jaime Mendoza (1874-1939), Casto Rojas (1879-1973), Daniel Sánchez Bustamante (1870-1932) Franz Tamayo (1879-1956), José Luís Tejada Sorzano (1882-1938), Fabián. Vaca Chávez (1881-1941). A ellos pueden sumarse algunas personalidades de la generación precedente, pero que por las fechas de publicación y el contenido de los escritos, de los debates se inscribieron en el marco de orientación establecido por el concepto de intelectual. Entre estos aparecen: Alcibíades Guzmán (1862-1924), Bautista Saavedra (1864-1939), Alberto Gutiérrez (1863-1927). Y el joven Enrique Finot (1889-1952),⁸¹ próximo al núcleo del grupo desde los tiempos de su hermano Emilio, uno de los iniciadores de Palabras Libres.

El conjunto de personalidades más allá de sus diferencias de edad, de intereses, tienen en común la voluntad de tomar posiciones públicas con referentes éticos y poner en el tapete un prestigio naciente o ya ganado al servicio de las causas en las que se van a comprometer. Por eso la lista dejó de lado algunos notables hombres de pluma que no participaron de la movida. Sin duda, hubo otras personalidades con anhelos parecidos, pero con una obra de menor envergadura pública.

La intelectualidad naciente abarcó, pues, dos generaciones la mayor nacida alrededor de 1865, la siguiente en los años de la Guerra del Pacífico o inmediatamente después. Todos los integrantes se conocieron e interactuaron entre sí, sin llegar a formar un grupo cohesionado ni siquiera entre los más amigos. El más alejado fue J. Mendoza,⁸² tal vez por vivir principalmente en Sucre y por su carácter.

Recelosos unos de otros por las divergencias sobre temas importantes, por las pequeñas envidias, los celos, las rivalidades, coinciden no obstante en la necesidad de jugar un papel distinto al de sus predecesores, lo que no significó una acción concertada, salvo en raros momentos como por ejemplo en los años iniciales del grupo Palabras Libres. En los debates relevantes algunos tomaban una posición coincidente que defendían a través de artículos personales antes que en conjunto, otros adoptaban la posición contraria y operaban de manera similar. Varios se sintieron siempre solitarios y actuaron como tales, frecuentemente incomprendidos aún por su familia. Chirveches, que según sus amigos, sufría de una fuerte misantropía, se suicidó en París, Arguedas, como mencionó repetidamente en su Diario, en su correspondencia, juzgó sus intenciones mal apreciadas en su patria. Tenía pocos amigos en los cuales confiaba

⁸¹ Enrique Finot diez años menor que la generación de 1879 aparece mencionado en el texto como uno de los intelectuales de la época, haciendo una excepción con relación a los demás de su edad, debido a los lazos inicialmente desarrollados por su hermano Emilio con Palabras Libres, a su filiación política y a la intención para escribir que animó al diplomático e historiador. Salvo indicación en contrario las citas del texto no precedidas del nombre se refieren a él.

⁸² Cf., M. T. Soria, Armando Chirveches, novelista boliviano, Hiran College, Ohio, 1962, p.24.

sinceramente⁸³ Se sintió con frecuencia traicionado. Tamayo disfrutaba de la soledad en sus fincas del altiplano. J. Mendoza, de carácter tímido, no se entregaba espontáneamente en la vida social.

Quizá fue para el intelectual una parte del precio a pagar, más duro en la tierra por la estrechez del ambiente cultural, si bien tales estados de ánimo también fueron comunes afuera. No cabe duda que los primeros intelectuales no prodigaron su amistad ni su intimidad fácilmente y a menudo se creían no reconocidos, sin embargo tampoco desdeñaron las actividades sociales, las tertulias, las reuniones de aparato con políticos, diplomáticos, pares, menos la actividad política a pesar de sus reticencias y oposiciones con las manifestaciones que chocaban con sus ideales. No vivieron en una "torre de marfil", al contrario los asuntos públicos les atraían, pero no como para convertirse en tribunos del pueblo, es decir buscar la popularidad demagógica. Quizá Saavedra fue el más cercano a ese modelo de conducta, con aficiones populistas, sobre todo desde que llegó al poder.

° La implantación del intelectual en Bolivia y en Europa.

El proceso de surgimiento de la categoría de intelectual en el país probablemente debió más a Europa que a los demás países del Continente que también tenían la mirada al otro lado del Atlántico. Presentó algunas semejanzas con lo ocurrido en otras regiones del área ibérica y en particular con España. Ésta ofreció pensadores, escritores de la misma lengua que, unidos a los elementos culturales compartidos con Bolivia y Latinoamérica, hicieron de ellos un modelo para sus émulos de estas tierras. Igual pasó con el pensamiento y el arte francés, país del que, sin embargo, el mundo hispanoamericano difería en aspectos esenciales como el grado de desarrollo político, económico y social, en la importancia que allí tuvieron las vanguardias artísticas, en el temprano reconocimiento dado al intelectual por el poder político y la sociedad. Así de Francia se tomó además de modelos, la concepción del papel del intelectual desarrollado durante el proceso Dreyfus.

España, en despecho de su proximidad con Francia y de los innegables intercambios de ideas entre uno y otro país, a fines del siglo XIX, no mostraba un cuadro favorable a las tareas intelectuales, se acercaba más a Bolivia y en general a la Región, en razón de su retardo económico, del analfabetismo, de la ruralidad de la población, del peso de la Iglesia en el gobierno, en la sociedad, del retardo en la enseñanza superior, articulada alrededor del derecho y la teología, carente de investigación científica⁸⁴. Sin embargo allá y aquí se levantaron los intelectuales alentados por otras circunstancias, sin empujar demasiado la comparación.

La pérdida de las últimas colonias en América y Asia, como consecuencia de su derrota frente a los Estados Unidos, produjo también un sacudón entre los jóvenes españoles que buscaron reinterpretar España, luchar por el desarrollo de la educación apoyada en las ciencias empíricas, por modernizar las instituciones.

España al despuntar el 900, aún tenía casi el 65 % de analfabetos y la misma proporción de gente en el campo. Las cifras eran más elevadas entre nosotros: 84 % carecía de instrucción y 73 % era rural. Como el intelectual boliviano, el español debía conquistar un público, romper el provincialismo de sus ciudades. El establecimiento de editoriales, entre las que figuraron La España Moderna, Sempere y Co., D. Jorro, M. Soler, S. Calleja,⁸⁵ el aumento de periódicos, la amplitud de los debates políticos compensaron los obstáculos y los escritores ganaron un espacio propio.

⁸³ Arguedas señala en repetidas entradas de su Diario la amistad que lo une con J. F. Bedregal quien también estuvo estrechamente ligado a Chirveches. Había pues en el grupo núcleos de amistades fuertes.

⁸⁴ Cf. Ch. Charle, op. cit., p.328 y ss.

⁸⁵ Sobre estas editoriales véase la nota 111

España de ese tiempo constituyó un espejo para los hispanoamericanos, éstos no sólo reconocieron a los pensadores y escritores peninsulares, sino que defendieron el casticismo de la lengua como patrimonio común amenazado por la penetración del francés. Sánchez Bustamante deseaba un pacto entre españoles y americanos, “ellos para radiar intensa y nuevamente y nosotros para mantener el brillo castellano en nuestra cultura”⁸⁶. Frase en la cual hay una confesión implícita de la superioridad de los autores hispanos sobre los del Continente.

Se ha sostenido que a fines del siglo XIX y las primeras décadas de la siguiente centuria América se afrancesó. Sin duda la influencia de este país marcó desde la arquitectura hasta la gastronomía, en la región, pasando por la literatura. Pero España siempre guardó un lugar de privilegio en el pensamiento y en el sentimiento de los intelectuales, quienes no dejaron de referirse y de buscar el reconocimiento de aquella. La posición inversa fue mucho menos entusiasta y no exenta de paternalismo. Un crítico francés de Blanco Fombona, el escritor venezolano amigo de Arguedas, señaló que “(España) se contenta con ser la proveedora intelectual de América, cuyas necesidades son más considerables que las de la península. América Latina remunera generosamente sus novelistas y autores dramáticos (peninsulares)... (pero) éstos admiten difícilmente lo recíproco”⁸⁷.

La crisis española de 1898 fue una coyuntura favorable para la reflexión de la juventud y para el lanzamiento de un proyecto de regeneración social, de apertura a las ciencias de la época. La expresión aceptada de Generación del 98, bajo la cual se cobijaron: Azorín, Baroja, Maeztu, Unamuno y otros dio una etiqueta común a los escritores, sin borrar las diferencias. La obra, el carácter combativo, la rudeza de la españolidad ganó el aprecio de la emergente intelectualidad boliviana.

En resumen, las condiciones para la aparición de los intelectuales bolivianos y latino americanos presentaron algunas semejanzas, mutatis mutandis, con las de los españoles, si bien las relaciones no fueron simétricas. Las mismas asimetrías aparecieron en los lazos con otros países centrales. La poesía podría considerarse una excepción. Darío revolucionó el vocabulario y la sonoridad. Jaimes Freire planteó la métrica, para destacar dos entre los más conocidos.

Con respecto a otras sociedades europeas el proceso difirió mucho más. En Inglaterra los académicos desempeñaron un papel capital en la toma de conciencia de los intelectuales. En Rusia en razón de las enormes distancias estamentales, de la represión y falta de libertades del régimen zarista, la intelectualidad escogió en gran número la acción violenta, revolucionaria, anarquista, que la diferenció del resto de Europa. Dostoievski pintó en Los poseídos magistralmente el retrato de esos predicadores de la muerte⁸⁸.

Arguedas conoció en París un trío de estudiantes rusas con las cuales simpatizó y desarrolló una amistosa camaradería, admiró su dedicación, el sacrificio, la solidaridad con los desfavorecidos de su tierra, pero rechazó la intransigencia agresiva que animaba a las muchachas⁸⁹. El brutal suicidio de un intelectual ruso vecino de piso en París, “joven rubio de rostro afeitado y ojos azules”, con una mentalidad singular, complicada, incomprensible para nosotros y las noticias de los atentados y asesinatos cometidos por mozos fanatizados, miembros de células anarquistas lo apartaron con horror de esa corriente política⁹⁰. La inteligencia rusa recorrió un camino distinto al compromiso de los intelectuales franceses, españoles o de América Latina en sus comienzos, más violenta no desdeñó dirigirse directamente al pueblo⁹¹.

⁸⁶ D. Sánchez Bustamante, “Algo sobre...”, art. cit., p.65.

⁸⁷ J. F. Juge, Juicio crítico en R. Blanco Fombona, El hombre de hierro, Garnier Hnos., París, 1913 (¿?), p.259.

⁸⁸ Ch. Charle, op. cit., p.295. Ver también : B. Tuchman “The idea and the deed” en B. Tuchman, The Proud Tower, Ballantine Books, New York, 1996, PP.61-113.

⁸⁹ Cf. A. Arguedas, Diario 27-IX-1907.

⁹⁰ A. Arguedas, Diario 10-V-1909.

⁹¹ R. Blanco Fombona sostuvo una opinión diferente. Los rusos por lo general son apasionados, idealistas, sentimentales, con un sentimentalismo activo, violento, que no es el de los alemanes, nosotros también. En Rusia “el fenómeno imperante

El anarquismo radical no tentó en Bolivia a la primera generación de intelectuales, se manifestó sobre todo en algunos dirigentes del movimiento sindical y se tradujo en algunas modalidades de organización colectiva. En cuanto al socialismo cobró gran fuerza después del Conflicto del Chaco con la eclosión de partidos socialistas, comunistas. El nacionalismo ya estaba en el escenario algunos años antes. Las corrientes indigenistas también afianzaron su presencia por ese tiempo, abriendo en el país el periodo tipificado por A. Rama como de “la cultura modernizada nacionalista”, cuya influencia aún se deja sentir.⁹²

En la misma época y en condiciones parecidas se afincó en otros países del Continente la función del intelectual. Ahí también la gravitación en torno a Europa, en especial respecto a Francia, sirvió como catalizador de inquietudes, de descontentos con el estado de cosas en la sociedad. Según Rama el hecho se situó en las décadas finales del siglo XIX hasta las postrimerías de la primera Guerra Mundial. La intelectualidad de este tiempo manifestó un ansia de modernizar su mundo, de cambiar el orden tradicional arrastrado de la Colonia antes que por medios revolucionarios, en forma gradual, en unas regiones con mayor fuerza, en otras de manera más atenuada. Las ideas venidas del extranjero le dieron un giro cosmopolita y novedoso al proyecto.

En la Argentina, Brasil y México el paso del hombre de letras hacia el intelectual precedió a los otros países del área. Los dos primeros países descubrieron en la guerra que los opuso al Paraguay (1865-70) las debilidades de su organización política, los problemas del crecimiento urbano, el retardo de la educación y en el Brasil además la persistencia de la esclavitud que motivaron variados ensayos. México, después de la caída del Emperador Maximiliano, derrotado en Querétaro (1864), echó los cimientos de un Estado moderno, laico y progresista.

En estos países, pequeños grupos de personas ilustradas, intelectuales antes de la aparición del nombre, denunciaron las instituciones caducas. Unieron en sus estudios la racionalidad de las nuevas corrientes del pensamiento social a la observación de las realidades propias, convencidos de la necesidad de romper con el tradicionalismo político, religioso, de ampliar la libertad⁹³.

° La formación del intelectual.

La primera camada de intelectuales no estuvo preparada para su tarea de manera sistemática, formal, procedía en su mayoría de las aulas universitarias, de la carrera de derecho, aunque pocos ejercieron la profesión.⁹⁴ Tenían la inquietud no los instrumentos. Mendoza, médico de formación, admitía que el oficio de escribir era: “...la tentativa temeraria de quien sin tener la preparación y cultura indispensable para tratar materias de esta índole ha abordado su estudio...”⁹⁵ Casi todos reconocieron la debilidad de la enseñanza profesional más allá de los

es el cesarismo... entre nosotros se impone a menudo la dictadura... Los rusos poseen escritores personales, intensos, desesperados de un sarcasmo aplastante, menos finos que la ironía francesa, menos circunspecto, regocijado que el humor británico. Nosotros también poseemos poetas, pensadores que no se confunden con nadie”. Letras y letrados de Hispanoamérica, Ollendorff, París, 1908, p. XIX y XX. Una generación más tarde, G. A. Navarro, Tristan Marof, a través de uno de los personajes de su novela, Los cívicos, concordaba con Blanco Fombona, afirmando: “Francamente en América Latina había mucho paralelismo con Rusia... Existían grandes almas y almas pequeñísimas, imbéciles sin alma. Al lado de tiranías canallescas se levantaban protestatarios hombrunos... Muy cerca de Rozas vivía un Alberdi, un Mármol frente a C.. Castro...” Los cívicos, Arnó Hnos., La Paz, 1918.

⁹² A. Rama, La ciudad letrada, Edic. del Norte, Hanover, 1984.

⁹³ Cf. A. Martínez, “La ilustración latinoamericana y la modernización de la sociedad”, en B. González et Al., Esplendores y miserias del siglo XIX: Cultura y sociedad en América Latina, Monte Avila, Equinoccio, Univ. S. Bolívar, Editores, Caracas, 1995.

⁹⁴ A. Arguedas salió de la Escuela de Derecho en la promoción de 1901 junto con F. S. Guzmán. Al año siguiente egresaron A. Alarcón y J. F. Bedregal. En la promoción 1903 estuvieron J. L. Tejada S. y A. Chirveches. Un año más tarde F. Vaca Chávez y finalmente, en 1906: F. Tamayo. Cf. J. M. Salinas, Historia de la Universidad Mayor de San Andrés, Imp. San Andrés, La Paz, 1967, p.p 199-206.

⁹⁵ J. Mendoza, “Hónrame” en P. Díaz Machicao, Prosa y verso de Bolivia, Ed. Los Amigos del Libro, La Paz, 1966, p.177.

códigos, procedimientos y el ejercicio de la práctica forense que iniciaba al escrito y la oratoria legal. Arguedas no señaló en su Diario a ninguno de los catedráticos universitarios, agradeciéndole un papel cualquiera en las etapas de desenvolvimiento educativo.

Tampoco el hogar fue propicio para alentar en los novicios la escritura, la lectura o los intereses artísticos, por el ejemplo, mas cuando éstos se manifestaron recibieron el apoyo familiar para desarrollarlos. Quizá una de las excepciones fue Tamayo quien creció en un ambiente donde escribir era una actividad relativamente corriente. Su padre fue un polémico periodista y político. Un buen número aprendió por su cuenta o completó la enseñanza académica a través de la lectura. F. Tamayo tuvo poca instrucción formal, estudió con maestros en su casa. La experiencia de los viajes y la afición por los libros constituyeron su bagaje principal, si bien siguió algunas materias de leyes y se recibió de abogado. C. Rojas se hizo al oficio de abogado practicando en un bufete y a la escritura leyendo, según sus inclinaciones. Arguedas y su grupo se prepararon en París en contacto con los escritores, hombres de prensa, profesores y en el ambiente cultural de la ciudad. G. A. Otero, ensayista y novelista, más joven que los anteriores, cuenta en sus Memorias su pasión por los libros. Leía desde niño todo lo que caía en sus manos. No tenía ningún plan preconcebido⁹⁶. C. Medinaceli, igualmente de una generación posterior, fue otro autodidacta ávido de libros. En el campo de la escritura todos lo fueron. La poesía, no sólo calmó los ímpetus juveniles, sino que constituyó para no pocos de ellos la vía privilegiada para el aprendizaje y maduración de la escritura. El taller de prensa desempeñó el mismo papel.

La universidad local tuvo poco que ofrecer al intelectual. En el mejor caso, un lugar propicio para desarrollar la amistad y algo de organicidad en el pensamiento, no lo suficiente para impedir las inconsistencias en sus textos. Sánchez Bustamante, uno de los impulsores de la reforma educativa liberal, hizo críticas severas a aquella, al contenido de los programas, a la manera de transmitir los conocimientos. Bedregal, que años más tarde ocupó el rectorado de la Universidad de San Andrés, repleto de ironías, declaró abiertamente que allí no se ofrecía alimento espiritual alguna para los universitarios.⁹⁷

Arguedas, por su parte, señaló en diversas oportunidades, la pobreza de los centros académicos, la ausencia en ellos de una educación del gusto artístico, la baja capacidad para incitar a los estudiantes y aun a los profesores a los hábitos de lectura, para discriminar entre los buenos autores y los irrelevantes. Pero él mismo cayó en el error de dejarse encandilar por prestigios pasajeros y descuidar los pensadores que encauzaron la historia, la sociología, ramas del conocimiento en las cuales trabajó. Ocurrió algo parecido con varios de los críticos y novelistas por quienes sintió admiración, pero que la posteridad ignoró.

Para los jóvenes al cambiar el siglo, el viaje al exterior, París, Madrid, Londres, Berlín, era una necesidad para familiarizarse con la cultura dominante de la época a fin de acabar su formación y aprender por el ejemplo el arte de escribir: Alarcón, Arguedas, Chirveches, Vaca Chávez, Gutiérrez, F. S. Guzmán, Mendoza, Tamayo pasaron por París. Los del grupo de Palabras Libres se dieron cita en la capital francesa, para relanzar sus actividades pero acabaron disolviéndolo. Tamayo sintió mayor afinidad con la cultura y los pensadores alemanes. Saavedra fue a España, conoció Francia y leyó el francés con facilidad, luego se familiarizó con el pensamiento anglosajón.

En Europa entraron en contacto con los literatos, los artistas, filósofos y científicos del momento. De éstos tomaron los patrones de pensamiento y hasta de comportamiento. La escuela libre de Ciencias Sociales de París, donde Arguedas se inscribió y asistió como alumno regular, le brindó la oportunidad de escuchar en la cátedra a académicos, filósofos, naturalistas de gran

⁹⁶ Cf., G. A. Otero, Memorias, Lit. e Imprentas Unidas, La Paz, 1977.

⁹⁷ J. F. Bedregal, La máscara de estuco, Arnó Hnos., La Paz, 1924, p. 55.

prestigio, así como a periodistas.⁹⁸ Le gustaba ir a las exposiciones acompañado de otros compatriotas, entre ellos don Ismael Montes. Apreció mucho los comentarios del ex-presidente por su buen sentido, y su realismo. En los años 30 se creó en La Paz una escuela con el mismo nombre. Allí el escritor ofreció algunas charlas sobre el pensamiento francés.

En aquel tiempo, aparte de las influencias librescas, los contactos con el exterior eran restringidos, el conocimiento directo de otras personalidades culturales de afuera bastante raro. Con esta generación las relaciones se abrieron hacia escritores, artistas, profesores universitarios europeos. El libro perdió el monopolio, ya no fue el único camino de relacionamiento con los creadores extranjeros, éste se hizo frecuentemente personalizado.

El descubrimiento de Europa interpeló a los jóvenes, crecidos a la sombra de la derrota del Pacífico. En sus diversos recorridos físicos y culturales la vocación adquirió forma y consistencia. Los autores y artistas con quienes alternaron alimentaron el deseo de escribir y la voluntad de cambiar la modosa existencia de los pueblos y su gente. Comprendieron el alto costo de la desunión nacional, de la debilidad institucional y se tornaron hacia el examen del papel de la moral en la vida social. Se compenetraron de los problemas de la política. Ahí el proyecto de lanzarse a las tareas intelectuales adquirió la fisonomía de una terapéutica nacional que se reflejará en las obras más importantes de los miembros del grupo.

Todos ellos ganaron una mundaneidad cosmopolita. Y las ideas novadoras fluyeron con rapidez afectando sobre todo en las capas altas de la sociedad. Contenían indudablemente mucho de moda, de novelaría, de adorno de la superficialidad, lo que no impidió que la producción intelectual del exterior se difundiera en la academia y el público, infiltrando poderosamente la creación local, lo que no ocurrió sin levantar oposiciones internas. Su entrada en el oficio debió mucho a los viajes y lecturas.

La Paz se convirtió no sólo en el corazón político del país también concentró a los intelectuales venidos un poco de todos los departamentos y provincias. La tendencia se acentuó en los años posteriores. Librerías y editoriales facilitaron las publicaciones, a la vez que ampliaron la importación de libros nuevos y revistas culturales.

El medio común de difusión de las ideas fue el artículo de periódico, tipo ensayo corto, la poesía, el comentario de actualidad. También publicaron libros, así como folletos, manifiestos cuando querían llegar a un público más amplio. La práctica del manifiesto o la carta abierta se mantuvo hasta mediados del siglo XX. Tamayo hizo circular en los años 30 uno sobre la pena de muerte, que se considera como una pieza maestra del género. Arguedas difundió una carta mecanografiada contra el presidente, coronel Busch que lo había maltratado físicamente por sus ataques al régimen.

Las modalidades de difusión de las ideas seguidas por los intelectuales muestra el valor del libro como el producto más representativo y acabado de su actividad, empero el periódico y sus sucedáneos, con los cuales mantuvieron relaciones ambivalentes, conscientes de que publicar en él tiene un costo en cuanto a la libertad de expresión, a la oportunidad de entregarse a tareas más consistentes, pero a la vez convencidos de que ofrece un espacio indispensable para llegar a públicos extensos, es ya un medio del que no pueden pasarse. Esta generación entendió el cambio fundamental operado en el trabajo del intelectual por la importancia de la prensa como vehículo de comunicación y de formación de la opinión política y cultural, antes cantoneada a un segmento pequeño de elite. Pero estuvo lejos de imaginar y comprender lo que serían los medios modernos de comunicación y las clientelas que alcanzarían., cuando las ya alcanzadas les producían dudas serias.

⁹⁸ En los cursos de periodismo aprendió más que el arte de escribir los deberes morales que rigen ese oficio con el que se mostró exigente. Pueblo... op., cit., p.138.

Los periódicos se podían dividir en dos categorías gruesas los oficialistas y los de oposición, pasaban de una a otra siguiendo la suerte de los gobiernos o los arreglos que la dirección hacía con los partidos. Las adhesiones políticas de la prensa no eran firmes se modificaban con facilidad. Así el lugar dado a los intelectuales estaba determinado por la orientación del periódico. Ya que los directores dejaban entrar en sus columnas los artículos que no interferían ostensiblemente con las posiciones, con los compromisos en el tablero político. Pero siempre se podía encontrar un espacio. Los escritores se acomodaban a las volteretas de los medios, saltando de un órgano a otro, pues la prensa era la forma de llegar a un público más extenso.

Entre esas limitaciones y las ventajas de tener lectores, los jóvenes se manejaron en los periódicos desbrozando un campo para su actuación. La prensa, a su vez, cumplió tareas en la difusión de sus ideas, en la enseñanza del oficio, además de ofrecerles empleos, a veces poco significativos, a veces de mayor envergadura y responsabilidad. Pese a las muchas restricciones de la época y que todavía no han sido completamente superadas, los intelectuales de la primera generación encontraron en el periodismo una escuela indispensable para sus propósitos.

Arguedas aconsejaba a los aprendices de escritor pasar por el periódico, pero no quedarse allí, con tanto mayor motivo que tomó a la prensa como una de las enfermedades nacionales, como un factor de corrupción colectiva. Los jóvenes no debían contagiarse de la venalidad, ineptitud de ese medio⁹⁹, donde los escribidores son unos ganapanes, “serviles, injustos, ingratos, olvidadizos,” pero “alardean de independencia de criterio, honradez de conducta, limpieza de intenciones”, “siendo sus directores logreros, oportunistas, trápalas y negociantes”¹⁰⁰. Un requisitorio en forma contra la prensa, sin embargo vista como una suerte de noviciado para quienes anhelaban escribir.

Cierto, sacaron a ventilar las ideas fuera del claustro universitario, del cenáculo literario o del libro, antes modalidad casi exclusiva consagración, aunque éste nunca perdió su valor en la presentación final de la obra. En las columnas de prensa expusieron para un público mayor sus planteamientos. Varios de ellos consagraron lo mejor de su tiempo al periódico, como Canelas, Gutiérrez Vaca Chávez, Tamayo, Rojas. Arguedas colaboraba regularmente en la prensa nacional e internacional con artículos. Sin embargo todos ellos paradójicamente, como se señaló, desconfiaban del lector vulgar, corriente, como de la misma prensa. Sus concepciones artísticas no buscaban amoldarse a las de una audiencia amplia, así la celebridad les hubiese llegado por los artículos de los diarios, como fue el caso de Tamayo. El libro donde expuso con mayor vigor sus ideas sobre el país Creación de la pedagogía nacional, reunió los editoriales publicados en El Diario, 55 en total, entre el 3 de julio y el 22 de septiembre de 1910. Allí aparecieron los grandes problemas de la sociedad boliviana, no sólo los educativos. Se preocupó del indio, del cholo, pero el texto no estuvo escrito para ellos. Tampoco lo hacía el resto de sus pares, Tamayo, al igual que los demás, sospechaba del éxito popular y de las grandes masas. La intelectualidad naciente atisbó la presencia de ellas, probablemente no ignoró el papel que en las siguientes décadas asumirían modificando la esencia y el contenido de los mensajes, más aún parte de sus escritos se centró en debatir el estado de esos sectores sociales, no fue a ellos, empero, que dirigieron sus artículos y ensayos de prensa, menos los libros, sino al lector instruido. Sin duda el estilo y el contenido de los trabajos no fue el de sus predecesores, mas la inclinación por las minorías selectas no desapareció.

Vale la pena señalar que después de la Guerra de 1879, cuando los novicios se encaminaban hacia la faena de escribir, la libertad de expresión, el debate democrático ganaron mayor espacio social, lo que, sin duda, favoreció la materialización del proyecto. Pero las viejas prácticas de censura, amordazamiento, sobornos a la prensa, no terminaron de morir.

⁹⁹ A. Arguedas, La danza... (Aguilar), pp. 690-691.

¹⁰⁰ A. Arguedas, Pueblo..., op. cit., p.127.

CAPÍTULO II

CON QUIÉN ME MIDO Y QUIEN ME LEE

° El intelectual nacional, la aflicción de las influencias y el público lector.

Es un hecho conocido en la historia de las ideas que el pensamiento, la obra propia, cuando se los consiguen, se elabora en la confrontación con lo ya existente. H. Bloom llamó a este fenómeno en el ámbito de las letras “la angustia de las influencias”, que es, según P. de Bolla, una lectura reinterpretativa de otros autores, mas no únicamente de clásicos o canónicos, como afirma éste, que modela el impulso creativo con una mezcla de relaciones psíquicas, históricas, de imágenes, gracias a las cuales se establecen los nexos entre los textos. Se trata pues de un fenómeno intertextual.,¹⁰¹ con aspectos personales y culturales indisociables. La última afirmación intenta tomar distancias con las interpretaciones predominantemente freudianas hechas por algunos críticos del fenómeno de las influencias o de su reducción a relaciones determinadas por las clases, en el cual intervienen fuera de la irreductible ecuación personal, elementos sociales como la rebeldía de una generación hacia sus predecesores literarios, la visibilidad y difusión de las obras que sirvieron como guías, las nuevas sensibilidades grupales, etc. El enfoque último ampliado da mayor peso a las lecturas. Hay en el fenómeno de las influencias continuidad y ruptura, aceptación y reto. Algunos lo superan, otros quedan como discípulos, seguidores mayores o menores del autor con el cual se midieron.

La comunicación con los congéneres excepcionales, la toma de figuras sobresalientes como paradigma, permiten al intelectual desarrollar normas de excelencia y de desempeño¹⁰² que no son sólo apreciativas, son igualmente conflictivas, defensivas. Además manifiestan la identificación con corrientes literarias, ideológicas, con estilos de escritura y en oportunidades con tradiciones culturales. Ese parece ser el papel de las constantes referencias de Arguedas a Cervantes o de Tamayo a la antigüedad clásica. Las grandes creaciones, decía con ironía Emerson no son originales, revelan cómo el creador pide lo prestado.¹⁰³

Para los miembros de ese contingente de escritores bolivianos los modelos con los cuales se enfrentaron provenían en su generalidad de afuera, principalmente de Europa. Si bien no siempre fueron mencionados de manera explícita.

El tema adquiere complejidad particularmente para los intelectuales que estuvieron en el extranjero. Los autores nacionales de entonces para escribir su obra se dirigieron en su gran mayoría hacia escritores, pensadores que vivieron en el último tercio del siglo XIX y principios del XX en los países centrales, que incluían a los innovadores autores eslavos. Pero además encaraban, por otra parte, a un público local y a un grupo de referencia, es decir a lectores especiales cuyo respeto, juicio y aprobación buscaron y a quienes enviaron sus libros a fin de tener un juicio. El grupo de referencia estuvo conformado por los pares, sobre todo por aquellos que gozaban de renombre, del reconocimiento de la crítica, que eran leídos ampliamente y se hallaban a tono con la sensibilidad de la juventud intelectual. En otras palabras, era una suerte de censor que radicó para no pocos pretendientes a escritores en el mundo exterior. Arguedas, Mendoza, Saavedra tuvieron, por ejemplo, en Rafael Altamira un referente al cual solicitaron opiniones advertidas, juicios y prólogos para sus obras.¹⁰⁴ También ingresaron en esa categoría

¹⁰¹ P. Bolla, *Hacia una retórica histórica*, Citado por H. Bloom, *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 1995, p.17 y ss. El planteamiento de P. Bolla, aceptado por Bloom, ha sido modificado en el texto, dándole una mayor amplitud, para, yendo más allá de las figuras del canon.

¹⁰² L. Coser, *Hombres de ideas*, F. C. E., México, 1968, p.19.

¹⁰³ H. Bloom, *op.cit.*, p.21.

¹⁰⁴ A. Arguedas, *Epistolario*, La Generación de la amargura, Fundación M. V. Ballivián, La Paz, 1979, Prólogo. de J. L. Roca, p.159 y ss.

un puñado de raros y selectos de colegas nacionales, entre los cuales se escogieron asimismo, en alguna ocasión, los modelos a quienes se miraba ante todo por sus ideas, por sus formas de expresión calificadas de ejemplares. G. R. Moreno tuvo ese papel para Arguedas, Finot, Gutiérrez y otros historiadores de la época. El propio Arguedas probablemente fue un modelo para la novelística de Chirveches. El tercer actor era el público lector corriente que se encontraba principalmente en la patria.

Dicho en términos claros, aquella generación adquirió en buena medida el oficio orientado por los modelos y por “los interlocutores privilegiados,” es decir los lectores críticos que fueron sobre todo ensayistas, filósofos y novelistas, con quienes existieron ciertas modalidades de relacionamiento.

En tanto que con los modelos, grandes figuras del pensamiento, de las letras como Flaubert, Taine, Guyau, o más atrás Cervantes para indicar personalidades cuya obra tuvo un valor paradigmático para los intelectuales nacionales, no hubo un acercamiento personal o muy rara vez, sobre todo con los del exterior, los modelos tampoco fueron sus lectores. Sólo permanecieron como modelos. En cambio, los literatos iberoamericanos del llamado “Círculo de París”, con los cuales varios bolivianos interactuaron y les pidieron criterios acerca de sus escritos o los autores españoles a quienes solicitaron pareceres, páginas liminares, apoyos para la difusión, si eran considerados como lectores especiales, como referentes. Esa igualmente fue la función de ciertos críticos, escritores locales, pocos de ellos se tornaron en modelos, pues pareciera que esa calificación requería de una admiración distanciada

Junto a éstos hubo la audiencia nacional que presentó otras características, era anónima, aunque de extracción social y cultural cercana a la de los intelectuales. A ella apuntó la intelectualidad con sus libros y artículos, con las poesías y ensayos.

El aprendizaje de la escritura requirió como todo proceso de iniciación, que los principiantes se den vuelta hacia los Otros significativos, para poder volver a sí mismos, aunque ya cambiados. Siguiéron y enfrentaron a los modelos, fueron a buscar pares críticos, especialistas a los que enviaron sus trabajos a fin de darles resonancia y de recibir opiniones. Pero más allá de la búsqueda de cánones, de apreciaciones, hubo implícito en esa emulación un reto, en particular con relación a aquellas figuras investidas del título de modelos, al que respondieron de acuerdo con sus fuerzas y empeños. El retorno a lo propio después de leer lo ajeno, de dar respuesta a los desafíos de las lecturas, modificó la manera de verse y de concebir su tarea y hasta la aproximación al público local, que en todo momento constituyó el interés central de sus afanes.

Las personas que tomaron en cuenta para forjar la obra eran un conjunto no homogéneo de maestros ejemplares, de colegas geniales o, al menos, sobresalientes en el momento, de especialistas, distinto del lector común, que también contó. La imagen que se formaron como intelectuales, después de encontrarse con todos ellos, pesó en su desempeño como autor, como intelectual. Pero se trató de un proceso subjetivo, no objetivado necesariamente por el escritor. No todos los modelos fueron reconocidos, citados. La influencia se percibe, sin encontrar, en todos los casos, la deuda intelectual contraída.

Arguedas, Chirveches, Gutiérrez, Mendoza, Saavedra, Sánchez Bustamante, Tamayo buscaron los pares de referencia, no el modelo, entre distinguidos escritores europeos, nacionales y latinoamericanos, varios de los últimos también se movían en el viejo continente, como los reunidos en el “Círculo de París”, que fue para algunos un grupo de pertenencia, además de un grupo de referencia.

Ese juego de miradas, reflejos, préstamos, acercamientos y distanciamientos con gente de afuera y de adentro, en el que nada permanece igual, como lo entendió Alicia en el país de las maravillas, a través del cual llegaron los cánones, las modas artísticas de latitudes y culturas

distintas, puso su sello a la primera generación de intelectuales, con matices e intereses propios en cada caso.

Los autores nacionales que dirigieron la vista hacia lectores críticos de otros lados, entablaron un diálogo con ellos, que no fue gratuito, desearon recibir apoyo, información, simpatía, valoraciones y a su vez ellos contribuyeron a realzar el nombre y la obra de sus referentes. En el intercambio adquirieron una percepción más crítica de su propia producción, de la realidad, donde descubrieron aspectos que parecían obvios, irrelevantes para la mayoría de sus compatriotas, pues su sensibilidad ganó al tomar en cuenta un horizonte histórico y cultural amplio y multinacional.

Lo que para muchos en el país eran los malos hábitos de sus compatriotas, tal vez censurables, aunque tan enraizados que parecían fatalidades, para los noveles autores, cosmopolitas, se mostraron como anomalías sociales, objeto de crítica. Dejaron entonces de ser guisados cotidianos, hechos comunes para ser aprehendidos en sus conexiones, en su génesis causal, comparados con lo que sucedía en sociedades distintas. Dieron, pues, lugar a percepciones renovadas, menos complacientes, más sopesadas. Su originalidad consistió no tanto en lo que veían sino en la forma como lo hacían.

En palabras de M. Vargas Llosa en García Márquez: Historia de un deicidio, los autores del Continente en el momento que daban sus primeros pasos en la escritura faltos de una tradición literaria, se forzaron "a inventarse" y hallaron, en cada recodo, con riesgo de extraviarse, una cantera abierta de la cual sacar los materiales para su difícil tarea. Librados a sus propias fuerzas, "no tuvieron más remedio que sentirse dueños de la cultura universal."¹⁰⁵ La afirmación resulta más cierta para los escritores que vivieron medio siglo atrás.

Así, la permanencia afuera, el conocimiento de otros trabajos contribuyó, en la mayoría de los casos, a agudizar la mirada. No se los puede comprender ni analizar poniéndolos al margen de "la angustia de las influencias".

Al lado de las influencias, de las figuras ejemplares, de las críticas, hubo la del lector nacional, no personalizado como los anteriores, pero tampoco desconocido, pues era parte de la misma sociedad y cultura de donde salía el escritor, mas todavía, por lo general ambos pertenecían al mismo medio, con expectativas también comunes a las cuales respondía en cierta forma, el autor. Este siempre tuvo esa audiencia en mente, si bien la relación con ella fue a menudo difícil.

R. Scarpit señala que los lazos entre la audiencia local y los escritores eran en todas partes muy estrechos, tejidos con elementos culturales, sociales compartidos por ambos¹⁰⁶. A. Huxley con ironía comparó los nexos entre el público y el autor con la hojeada de un álbum de familia en el que unos y otros encuentran las imágenes conocidas y veneradas. En poblaciones donde predominaban las relaciones personalizadas eran el abuelo severo y exigente, las tías querendonas, la doncella que lo despreció cuando era un adolescente con acné. Arguedas libró en su Diario la clave de algunos de los personajes de las novelas

En cada época, la cultura de la sociedad a la que pertenecía el autor presentó rasgos específicos que aparecían en la obra. A principios de la República los valores cristianos y las alusiones a Grecia y Roma clásicas abundaban en los artículos, novelas, ensayos nacionales. El lector familiarizado con ellos descifraba el simbolismo allí contenido. El Cóndor de Bolivia, uno de los primeros periódicos nacionales, en sus columnas hacía mención a los héroes mitológicos y a sus hazañas, a la Biblia como un valor entendido para los lectores. Juan de la Rosa de N. Aguirre

¹⁰⁵ Citado por J. Marco, La literatura hispanoamericana: Del modernismo a nuestros días, Austral- Espasa Calpe, Madrid, 1987, p.390.

¹⁰⁶ R. Escarpit, Sociologie de la littérature, P.U.F., Paris, 1964, p. 101 y ss.

ofrece un escenario donde el quechua, el español y latín eran corrientemente empleados por los personajes y donde los galicismos de los revolucionarios comienzan a desplazar al último idioma, sin sorpresa para el público. Setenta años más tarde las referencias a los escritores y filósofos modernos europeos, a los ideales del liberalismo, de las ciencias sociales en pleno desarrollo y a la estética moderna se convierten en la veta de donde salían las citas corrientes en las obras nacionales.

Los intelectuales buscaron la complicidad del lector del país alabándolo por ser distinto a los demás compatriotas, por no dejarse entrapar por el aborrecible Beckmesser, encarnación de la poltronería burguesa, de la soberbia necia, de la frialdad hacia al arte y las letras, puesto que tener un libro en las manos, lo ponía aparte de la masa de indiferentes, revelando intereses semejantes con el autor. ¿Acaso no compartía el mismo álbum de familia?

Sin embargo, los intelectuales se caracterizaron asimismo por su irreverencia hacia esas imágenes nobles y virtuosas que el lector común solía no apreciar, ocasionando en él resistencias y rechazos.

El público local, los lectores críticos y los modelos, se entrecruzaron y superpusieron las exigencias, generando tensiones en los escritores, especialmente vivas entre aquellos que se instalaron por algún tiempo en el extranjero. Si bien la permanencia en el exterior no era la razón única para experimentar las tiranteces, bastaba con que el escritor se diese vuelta hacia la producción de fuera para sentir las molestias de la acción. Tal el caso de Medinaceli quien nunca salió de la tierra, pero suscitó juicios a veces enconados por su conocimiento y alusiones a la literatura de otras latitudes.¹⁰⁷

En general, todos los creadores sufren de la contraposición de esos hitos de orientación, pero son menos agudos cuando el público, el modelo y los lectores críticos coinciden en la misma sociedad. Pero la obra misma puede sufrir por la pluralidad de referentes. Raza de bronce, La candidatura de Rojas o los poemas de Tamayo tuvieron como destinatario primordial a la audiencia del país, muchas expresiones, matices, de éstas creaciones probablemente se perdían en una lectura hecha por extranjeros, lo que complicaba todavía más el proceso de moverse en ámbitos tan distintos.

Con el paso de los años varios de los miembros del grupo pionero fueron solicitados para dar su opinión, escribir prólogos para escritores de la generación siguiente, convertidos en lectores privilegiados, modificando en algún grado la situación de los candidatos a letrados.

° Los modelos de los intelectuales

¿Por qué no echar ahora una ojeada más de cerca a los modelos? Arguedas consideró un ejemplo del género la novelística de Flaubert, juzgó su estilo insuperable, digno de imitar en su pureza, en su cuidado. No fue el único. Medinaceli, que nunca salió de “los pueblos terrosos” y ciudades del Ande del país, pero acompañó muy de cerca la evolución de la literatura, la filosofía, en Europa y América, años después pronunció similar juicio.¹⁰⁸ Los escritores nacionales admiraron al autor de Madame Bovary y reconocieron su deuda intelectual. Más todavía en él sintetizaron implícitamente el sentimiento de que para afinar la obra, en un medio considerado

¹⁰⁷ Así, F. Diez de Medina reprochó a Medinaceli no conciliar su conocimiento libresco, su erudición con un juicios desapasionado de las obras y autores que criticaba. Asimismo censuró la poca fe en el país y su gente, la negación disolvente que encontró en ese intelecto frío, lógico, en el divulgador de ideas que pretendió dar universalidad a las letras bolivianas, pero que careció de voluntad y constancia para conseguirlo. ¿Tuvo que ver esa visión de “los pueblos terrosos y las vidas derrotadas”, que campea en su obra, con esa incapacidad? Aunque F. Diez de Medina no lo afirma parece sugerirlo entre líneas. Cf., Literatura boliviana, Aguilar, Madrid, 1954, p.323 y ss.

¹⁰⁸ M. Proust Estimó el valor de la prosa de Flaubert, no en las metáforas en las cuales se fundaba, según Proust, la perennidad de un escrito que no encontraba en el autor de Madame Bovary ninguna que valga la pena, sino en la originalidad estilística del empleo de ciertos tiempos verbales a los cuales los nacionales no se refieren. M. Proust, Crónicas, S. Rueda, Ed., Buenos Aires, 1947, p.197.

como limitado y no pocas veces como hostil, donde la gente dedicada a la cultura y el arte era exigua, donde el boticario Homais se encontraba a la vuelta de cada esquina o Beckmesser acechaba en cualquier salón, debían ir a otra parte en busca de lo que localmente no podían obtener como criterios de perfección, de innovaciones estilísticas o temáticas. Flaubert fue, en razón del logrado realismo de su obra, así como por su maestría del estilo uno de los modelos elegidos.

Se trató pues de una generación que durante sus etapas de aprendizaje sufrió un malestar con su sociedad que no le daba plena cabida, que se mostraba despreciativa de sus anhelos y esfuerzos y que no ofrecía una cultura literaria sólida, pero donde radicaban los lectores que intentaban atraer.¹⁰⁹ De ahí que buscó con “avidez insaciable”, sus guías en autores y libros del extranjero que dejaron huellas en su producción y en el público que la seguía.¹¹⁰

Los modelos contribuyeron a fraguar las formas, los temas para las obras, los métodos de trabajo y hasta encauzaron las actitudes, las sensibilidades de los autores. No fueron extraños al estilo del ensayo de Tamayo las lecturas de Nietzsche y, en especial, el gusto por la provocación que tuvo este pensador. El mismo filósofo llenó parte del bagaje intelectual de Medinaceli, autor de un ensayo sobre el pensador alemán. En los debates a los cuales se entregó con entusiasmo Medinaceli hubo igualmente una intención de agitar, de chocar al lector que recuerda al Maestro alemán.

Arguedas, que dejó mucho de sus preferencias artísticas, literarias, científicas documentadas en su Diario, admiró la prosa de Flaubert y siguió en su Historia a G. R. Moreno, entre los nacionales, y al francés H. Taine, en el que encontró sus principales ideas acerca del medio, la raza y el momento para el estudio de la historia. Asimismo buscó imprimir en sus acciones las cualidades que admiraba en el ensayista francés, la calma, el espíritu metódico, las facultades de observación, el juicio serio y fundamentado.¹¹¹ Virtudes encomiadas con frecuencia en sus anotaciones. En el Diario se preguntó cómo desentrañar los comportamientos del presidente Montes de quien se halla muy cercano y vinculado por sentimientos de simpatía. La respuesta provino del historiador francés, de quién tomó la guía para escapar al círculo de pasiones que trataban de interferir en el examen de lo hecho por el hombre, por el gobernante. “Continuemos sin fanfarronerías pero sin ningún temor, nuestra obra; hagámonos testigos de nuestra época ya que otros se hacen los reformadores, los justicieros, los sin mácula, tratemos de ver claro aquí donde parece que un velo cubre la mirada de los más perspicaces”¹¹². Analicémoslo con la honradez, que es nuestra norma, descorramos el velo de sus acciones, recurramos a los pequeños actos significativos que tanto provecho dieron a Taine. Aunque, en ciertas circunstancias de su vida, pareció descuidar tales ideales.

En la Historia de la literatura inglesa de Taine, publicada en 1864, difundida en castellano alrededor de 1900 por La España Moderna de Madrid, apareció la teoría de los tres factores que intervienen en la gestación de una obra de arte, a través de su artífice, la raza que agrupó los caracteres hereditarios genéticos, el medio que comprendió las tradiciones y creencias, los saberes de un espacio geográfico y el momento histórico, vale decir la época, donde la herencia del pasado gesta el presente. De suerte que para Taine cualquier creación humana no se debe al azar, sino que está determinada. No obstante la multitud de referencias al ensayista e historiador francés, en los escritos de Arguedas, curiosamente su Historia de Bolivia fue dedicada a A. D. Xenopol, un

¹⁰⁹ Arguedas expresó a Otero, que tarde comprendió que “muchos de la tierra considera el trabajo intelectual como una ocupación de vagos y ociosos que no teniendo como matar sus ociosos, se dan a la fácil tarea de escribir libros...”. Carta 27-07-1922 en Epistolario de Arguedas, op.cit., p.109.

¹¹⁰ Diez de Medina menciona sobre todo para los poetas, filósofos y dramaturgos de la época algunos de los modelos de fuera. Tamayo regresó a fuentes helénicas. Jaimes Freire a la mitología nórdica. Guyau, Eucken, Croce interesaron a los filósofos. Otros fueron discípulos de Papini y ahijados de Lorrain. “De 1900 a 1932 hay una fiebre de lecturas (de escritores del exterior) que educa el gusto ambiente, según Diez de Medina. Cf., Literatura, op. cit., p.268.

¹¹¹ A. Arguedas, Diario 23-VI-1908.

¹¹² A. Arguedas, Diario 26-VIII-1911

historiador con algunos planteamientos cercanos a Taine, quizá de renombre en ese momento, hoy olvidado.

Taine conquistó en los pensadores nacionales una influencia significativa hasta mediados de los años 1950. Se refieren a él Enrique Finot, Saavedra, Sánchez Bustamante, Vaca Chávez, entre los primeros. Prudencio Bustillo, Medinaceli, F. Diez de Medina, entre los de posterior formación. De él provino una fuerte inclinación por las interpretaciones deterministas de la historia nacional, en oportunidades con mayor insistencia que en el iniciador. G. A. Otero, dado a la sátira, se burló de la fuerte presencia de Taine entre nosotros, imaginando a un Concejo Municipal discutiendo sobre el escritor¹¹³.

En Francia, su peso intelectual junto al de Renan marcó las décadas postreras del siglo XIX. "Se ve bien lo que los une (Taine y Renan), señaló M. Winock, una convergencia de convicciones esenciales, la necesidad de contar con una aristocracia, para Francia, de formar indispensablemente una elite, de desconfiar de una masa guiada por sus instintos. En fin, la coincidencia en el carácter abierto de esa aristocracia de talentos, definida por la voluntad de servir y por la competencia¹¹⁴. Los trabajos de Arguedas se hicieron eco de estos criterios. En una conferencia a unos estudiantes sobre sus libros les recomendó: "...realizar buenos propósitos, apasionarse por las ideas, no seguir nunca a los hombres; honrar y exaltar los méritos; dar constante preferencia a los mejores y más aptos, ser justos, verídicos y desinteresados... aceptar las jerarquías fatales."¹¹⁵

Lo mismo se puede decir de Medinaceli, quién en los años 1927 planteó ideas análogas, quizá ya con resonancias del pensamiento de W. Pareto y G. Mosca: "Toda sociedad necesita ser regida, de una minoría selecta que le imprima rumbos... (No ha sido el caso en Bolivia). La masa ha gustado siempre, de estar conducida por tipos que eran reflejo de ellas, por eso los encumbraban. De aquí ha dimanado la mediocrización de las minorías y el achatamiento de las masas". El mal, añadió Medinaceli, se ha prolongado no sólo por la cerrazón de las minorías en el poder, sino también porque las masas son ciegas para descubrir los talentos. Tampoco lo hacen los intelectuales, faltos de sentido crítico¹¹⁶.

La recepción de Taine no se redujo a los contenidos teóricos de su pensamiento, a sus concepciones estéticas, incorporó igualmente los aspectos ideológicos inseparables de los primeros y las modalidades de acción, que permitieron compaginar los ideales igualitarios de la intelectualidad con las fuertes reservas hacia las masas carentes de calificación para el voto y el ejercicio de otros derechos. Fue una ilustración clara de la autoridad de un modelo que provenía del extranjero.

J. M. Guyau (1854-1888), filósofo de la moral y la estética, prematuramente desaparecido y autor de una obra, pronto divulgada en castellano por las editoriales españolas, fue otro. Ejerció en materia artística y estética un magisterio innegable en los escritores bolivianos. Arguedas lo citó y compartió algunas concepciones sobre las funciones del arte en los pueblos.¹¹⁷ Sánchez Bustamante reconoció en sus Principios de derecho la deuda formativa,¹¹⁸ que tuvo hacia La moral inglesa contemporánea del filósofo francés, con quien concordaba además en la urgencia e importancia para quien escribe de observar el ritmo y la dinámica de la sociedad a fin de transmitirlos al público, embellecidos por la palabra. Ideal que parecía, de acuerdo al comentarista, no ser observado por nuestros novelistas y poetas. Medinaceli lo tuvo presente en sus disquisiciones sobre la educación y la estética, haciendo suya la mística del don de sí necesaria a la invención poética y a la liberación personal, así como la concepción de que el arte agranda la vida humana hasta hacerla coincidir con la del universo, ahí "la vida alcanza su máximo de

¹¹³ G. A. Otero, El honorable Poroto, "La Prensa", La Paz, 1921.

¹¹⁴ M. Winock, Les voix, op.cit., p.532.

¹¹⁵ A. Arguedas, Danza de las sombras, Sobs. de López Robert y Co., Barcelona, 1934, p.89.

¹¹⁶ C. Medinaceli, "El país de los ciegos", El Día, Potosí, 1927 en C. Medinaceli, La alegría... op. cit., p.139.

¹¹⁷ A. Arguedas, Pueblo..., op., cit., p.242.

¹¹⁸ D. Sánchez Bustamante, Principios de derecho, Gonzáles y Medina Ed. , La Paz, 1919, p.32.

intensidad y de expansión.”¹¹⁹ Ideales exaltados por el Guyau. Este creía que aquellos ideales terminarían por desplazar a la religión tradicional, como lo proclamó en La irreligión del porvenir. Las orientaciones de Guyau cobijaron la imagen del escritor que muchos creadores nacionales tuvieron de sí y de su trabajo. Lo que no significó aceptar toda la filosofía de aquel.

La selección de un modelo en lugar de otro es un proceso que no garantiza los resultados, a veces el elegido fue, en especial en las ciencias sociales, de menor potencial analítico y heurístico que otras alternativas disponibles y no consideradas.

El método de la Historia de la literatura inglesa ya había cumplido su tiempo cuando Arguedas escribió Pueblo enfermo e inició sus trabajos históricos. Durkheim, por ejemplo, opuesto a toda ingerencia de lo biológico, del clima en el esclarecimiento de los hechos sociales o F. Simiand, historiador, partidario de un enfoque multidisciplinario que luego desembocó en la Escuela de los Anales, para citar dos investigadores franceses que contaron en el desarrollo de la sociología y la historia actuales y que estaban en plena actividad cuando nuestro compatriota vivía por allá, no le llamaron la atención. Quizá de haberse familiarizado con ellos hubiese impreso un rumbo distinto a la obra, pero fueron prácticamente ignorados. Tampoco pesaron en los demás autores bolivianos de esa época y los siguientes. Su recuperación fue tardía. Arguedas recurrió en su ensayo a otras disciplinas criminología, psicología, genética en las cuales también siguió ante todo las versiones de éstas donde prevalecían los criterios raciales y geográficos, cierto no de manera exclusiva, ni excluyente en todos los casos. Prudencio Bustillo le reprochó enredarse con el pesimismo de Nordau y las teorías del criminal nato de Lombroso.¹²⁰

Sánchez Bustamante se proclamó en sociología discípulo de F. Giddens, un sociólogo norteamericano difundido por la España Moderna, pero también exploró otras escuelas, hizo referencias a Durkheim en los Principios de sociología y Principios de derecho sin entrar en el fondo de la teoría. Pero su posición se separó de los determinismos naturalistas. Saavedra en sus libros también lo citó, muy de paso. El sociólogo francés constituye un ejemplo de un eventual modelo, creador de una teoría y metodología de enorme potencialidad para el estudio de lo social, que fue desperdiciado, por razones que no están del todo claras, presumiblemente su publicación tardía en castellano fue uno de los motivos del hecho, al igual que el tinte colectivista que se le dio a su obra que no se avenía con el liberalismo del ambiente o simplemente los exigentes métodos de prueba que desarrolló resultaron difíciles de seguir en las universidades donde las ideas pasaban con más facilidad que los rigores de una investigación científica consistente.

No obstante, en el país, en las primeras décadas del XX, miembros de las sociedades geográficas y de historia, la Escuela Normal, realizaron trabajos de tipo empírico. Pero tuvieron pocos continuadores, algo en arqueología, antropología y educación. G. Rouma, quien dirigió el grupo de profesores que inició la reforma educativa liberal, fue un gran entusiasta de los estudios de campo, junto a sus colaboradores efectuó varias investigaciones en Bruselas, Gante, Sucre. De ahí concluyó en la necesidad de efectuar en Bolivia investigaciones parecidas a fin de asentar la enseñanza sobre bases más firmes. Tuvo pocos continuadores. La experiencia de terreno lo llevó a destacar la importancia del ambiente socio cultural, físico, con su variedad de agentes causales, que repercute en el aprendizaje del niño, (del indio).¹²¹ ¿Cómo utilizarlos para el bien de esos sujetos y de la sociedad? Los asuntos que inquietaban al educador belga encendieron la polémica entre los intelectuales del país. Sánchez Bustamante compartió en gran medida los puntos de vista empíricos acerca de la enseñanza de Rouma y mantuvo, por su parte, ideas

¹¹⁹ C. Medinaceli, La educación del gusto artístico, Cooperativa del Libro, La Paz, 1968, p.16.

¹²⁰ Cf., I. Prudencio Bustillo, El snobismo..., art. cit., p. 112.

¹²¹ “El niño, sostenía G. Rouma, es el producto de sus tendencias hereditarias cultivadas por el conjunto de influencias del medio que actúan sobre él. Y en el balance de influencias el total de fuerzas de los agentes del medio (físico y social) supera a los factores hereditarios” Esos factores operan desde el momento de la concepción y en forma variada lo que provocaba los problemas a los educadores. En ese texto no se ocupó específicamente del indio al cual consagró algunas monografías, pero sin duda las observaciones respecto a la influencia del medio en el niño se podría ampliar a la educación indígena. G. Rouma, op.cit., p.278 y ss.

mucho más matizadas sobre la raza, el clima que las del autor de Pueblo enfermo. Finot avanzó señalando que el problema de los pueblos autóctonos provenía antes que de la raza de la falta de educación, sin salir del campo declarativo.

Probablemente, la selección de teorías y autores entre los intelectuales nacionales debió más a la visibilidad, a la fama y disponibilidad de algunos de los escritores y textos en el momento en que producían sus trabajos, bajo el fuerte influjo de las casas editoriales, que a rasgos de su personalidad o a su condición social, como se ha dicho frecuentemente. Leían lo que podían. La personalidad no careció por supuesto de relevancia en la elección de modelos, pero para hacerla había primero que conocer los libros, en los que muy rara vez se caía por azar, aunque nunca desapareció el espacio para hacer una lectura desde su propio balcón. Arguedas leyó de manera muy distinta los autores rusos del XIX que G. A. Navarro, Tristán Marof (1896-1979), escritor, ensayista y polemista, fundador del Partido Socialista Obrero, años menor que aquel y uno de sus acérrimos críticos. Mientras el primero centró su atención en el drama de los personajes, en la narración breve y fuerte que pintaba el alma rusa en su dolorosa y "trágica desnudez",¹²² éste, a través del protagonista de Los cívicos, sentía crujir sus nervios con las enormes injusticias sociales que los literatos rusos relataban. Dostoiewski le arrancaba lagrimas con esas vidas sombrías,"de gente con hambre...sin pan, sin abrigo, sin casa... la tragedia de vidas idiotas, la frialdad de la estepa". "Y pensaba ... si ya era tiempo de comenzar la campaña aquí en América". "Una clase se elevaba paulatinamente ante la inconsciencia de otra esclava." "Francamente había mucho paralelismo con Rusia"¹²³ Arguedas no tuvo la misma opinión.

Los libros de ciencias sociales finiseculares mejor conocidos y difundidos en el país, como se evidencia en los catálogos de las editoriales, reservaban a la explicación biológica y física un espacio mayor que a los mecanismos específicamente grupales y culturales, aunque los textos de esta última corriente comenzaban a ganar terreno de más en más.

Los intelectuales locales no se presentaron como un grupo homogéneo en cuanto a las miradas de los hechos, aunque existió un parentesco marcado por las ideas y sensibilidades del tiempo y las formas de comunicarlas, así como por el desenvolvimiento histórico del país. Las situaciones políticas, sociales del momento pesaron más bien del lado de la diferencias que de las convergencias. Cada uno utilizó frente a ellas su bagaje de ideas, de conocimientos de manera propia.

Hay que recalcar nuevamente el papel en las preferencias hacia ciertos autores y libros de las editoriales¹²⁴, de los críticos, pocas veces examinado, al igual que la función de los grupos de pertenencia o de referencia. Todos estos factores, que daban la tonalidad, el colorido al nuevo siglo de los que pocas personalidades escapaban, eran una suerte de caldero donde se producía la alquimia de ensambalar ideas, pensamientos de fuentes parecidas y distintas. Los genios o los locos pueden ponerse por encima del tiempo, el intelectual, por lo general, reorganiza de manera idiosincrática los elementos venidos de aquí y de allá, con mayor o menor, brillantez, originalidad que hacen el resultado específico.¹²⁵

La educación formal fue parecida en la mayoría de ellos, como las lecturas que hicieron, el aparato crítico de las obras que escribieron descubre muchas citas en común de autores, editoriales, pero el santoral fue diferente, en otras palabras los modelos, ya indicados, fueron distintos, lo que da todo el interés al examen de las biografías particulares. Mientras, Sánchez Bustamante casó su sociología principalmente con la F. Giddings, Saavedra se cobijó en el Ayllu bajo la etnografía naciente, Arguedas se apoyó en la historiografía de Taine. Tamayo, Hechicero del Ande" miró hacia grandes mitologías universales.

¹²² A. Arguedas, Diario 12-V-1909.

¹²³ G. A. Navarro, Los Cívicos, op. cit., pp. 25-27.

¹²⁴ Ver arriba la cita sobre las editoriales.

¹²⁵ Cf. S. Romero Pittari, Las Claudinas, Ed. Caraspas, La Paz, 1998.

° Otras lecturas, otros maestros

Conviene señalar que hubo además de los modelos señalados otros autores y textos, tal vez modelos menores. En los años mozos de Arguedas, refiere Otero, su cuñado: "La base de sus impresiones literarias estuvo formada por la lectura de los Episodios de Benito Pérez Galdós, las novelas y Cartas americanas de don Juan Valera, las novelas de Pedro Antonio de Alarcón, José María Pereda, Fernán Caballero, las obras de Gustavo Adolfo Bécquer, la Pardo Bazán, Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Lamartine y sobre todo Zola."¹²⁶ Además de los juristas y criminólogos de sus estudios de derecho, entre los que abundaban las concepciones del criminal nato, atávico. También se apasionó por algunos escritores hispanoamericanos como J. Martí, D.F. Sarmiento, J. M. Vargas Vila, Rubén Darío, E. Gómez Carrillo, Fray Candil.¹²⁷ Se trató de un amplio abanico de obras, leídas con ardor, desorden, sin un norte fijo, mas no por ello evanescentes. Tal vez no les dio el valor de sus lecturas posteriores más meditadas, más seleccionadas, aunque ellas conformaron, una vez procesadas, el zócalo básico del joven lector a partir del cual desbrozó el camino hacia delante y con seguridad se encontraron en la génesis de las ideas políticas y de sus primeras ficciones de factura realista, Pisagua, Wuata Wara, Vida Criolla. Los modelos parecieron decantar en capas superpuestas sobre los antiguos se depositan los más recientes y la obra para el crítico atento manifiesta los distintos momentos formativos.

Algunos otros de ese grupo primigenio como Chirveches también señalaron las huellas de su inspiración, por los menos en las lecturas de sus personajes. El candidato Rojas pasaba sus horas de contendor electoral leyendo a sus autores favoritos: J. María Pereda, A. Palacio Valdés y admirando la representación pueblerina, aunque lograda, de Don Juan Tenorio de J. Zorrilla, cuyos versos apretaban el corazón de las muchachas del lugar ¿Eran igualmente las preferencias literarias del autor? Quizá. Leyó con arrobamiento al igual que otros de su tanda a Zola, Balzac, Flaubert, Valera, Alarcón, Galdós, la Pardo Bazán, Leopoldo Alas, Palacio Valdés, Blasco Ibáñez, que luego se reinterpretaron de acuerdo al ambiente local, según su biógrafo, M. T. Soria.¹²⁸ Varios de estos nombres coinciden con los de Arguedas. La generación se inclinaba por ciertas corrientes y personas, de donde salía su aire de afinidad intelectual. Hay abundancia de escritores españoles, no podía ser de otra manera dada la presencia de las editoriales de ese país. Empero los modelos se tomaron principalmente de la literatura francesa., a la cual los jóvenes intelectuales se acercaron cada uno con su personalidad propia. A Chirveches le molestó la comparación de sus novelas con otras del país y sobre todo con las de Arguedas, hecha por algunos críticos nacionales. Para seguir en arte a algún modelo, sostuvo con fastidio, hay que tomar a los verdaderos: Flaubert, Balzac o Zola. Sin embargo, ese conjunto no denigró el legado español, en contraste con otros intelectuales del continente. Al contrario se sintieron muy cercanos a esa cultura. Arguedas se proclamó español de América, Sánchez Bustamante batalló por la integridad del castellano. La excepción clara fue Tamayo, cuyo desprecio por lo hispano fue ante todo un ataque a las elites blancas del país.

Y con sobrada razón. El canon realista de las novelas de aquel momento proviene de estos autores, que en el último nombrado se mutó en naturalismo. Sometimiento de la imaginación a lo objetivo de la realidad, al determinismo de los hechos que también apareció en los ensayos. La corriente literaria realista se ajustaba al propósito de los intelectuales del momento de denunciar la realidad vivida que chocaba con su conciencia.¹²⁹

No todos lo que leían provoca admiración. Arguedas, Chirveches, Finot, Sánchez Bustamante, Tamayo mostraron su disgusto por ciertos autores, libros y corrientes literarias. El primero, por ejemplo, en Vida Criolla y en las anotaciones del Diario, expresó claramente su

¹²⁶ G. A. Otero, Figuras de la cultura boliviana, Tomo III, Ed. Juventud, La Paz, 1992, p.118.

¹²⁷ G. A. Otero, Ibid, p.119.

¹²⁸ M. T. Soria, op.cit., p.34.

¹²⁹ Cf. E. Anderson Imbert, "Teoría de la novela realista" Univ. De Antioquia, Medellín, 1955, XXXI, cit., por M. T. Soria, A. Chirveches, op.cit., p.33.

antipatía, no desprovista de cierta ambivalencia, hacia el escritor francés P. Bourget¹³⁰ muy popular en su patria, España y América, en particular por Estudios psicológicos y su novela El Discípulo. Coincidió con el tema de esa obra en que hay malos maestros y libros, perjudiciales para la educación de la juventud, aunque paradójicamente fue la misma crítica que recibió el personaje Ramírez por sus lecturas y que también se la hacían a él.

Sánchez Bustamante se mostró contrario al modernismo que atrajo a Chirveches en sus versos y en su primera narración, Celeste. Este detestó a las insulsas novelas de vidas ejemplares que se leían mucho por entonces. A Tamayo, por su parte, le gustó nublar o confundir, en lo medida de lo posible, sus orígenes intelectuales, sus marcas de identidad, salvo en sus referencias al mundo clásico. Pero señaló sus discrepancias con la escuela positivista, causa parcial de su desencuentro con G. R. Moreno sobre todo por el enfoque que éste dio al asunto del indio y el cholo y con Arguedas.¹³¹

La atmósfera literaria de fines del XIX en la Sede del Gobierno estuvo dominada por las pequeñas agrupaciones de los autores en ciernes, por la prensa y las librerías donde se comercializaban: "Las lecturas favoritas de esta generación...revistas procedentes de Madrid como Vida Nueva, La España Moderna, La Ilustración Hispanoamericana, Hojas Selectas, El Madrid Cómico y La Saeta"¹³². Editoriales como La España Moderna, Sempere y Co., Soler, Calleja inundaban el Continente con novelas, revistas y estudios diversos.¹³³ De Buenos Aires llegaba La Nación, Caras y Caretas, Pebete, La Nueva Revista editada por Rubén Darío, L. Lugones y R. Jaimes Freyre que influyó en el surgimiento del modernismo español y americano.¹³⁴

A la vera de su iniciación en el oficio los jóvenes encontraron los libros, los artículos de esas editoriales y revistas. C. Rojas y G. A. Otero juzgaron las publicaciones de La España Moderna una verdadera ventana abierta hacia el mundo. Probablemente los demás compartían el juicio. Por medio de esos textos decantó un ideal de escribir, un horizonte de vida en ruptura con las tradiciones y el orden conservador, no en vano Baptista aludió negativamente a las lecturas Otro vínculo de parentesco, que parcialmente resultó de esa formación literaria, como se dijo, fue la común simpatía por el liberalismo, al cual muchos de ellos adhirieron en el ciclo germinal de la carrera. Los problemas y las tensiones entre los miembros de ese contingente surgieron de la posguerra del pacífico, luego de la toma del poder por los liberales, de la firma del Tratado de Paz con Chile, del conflicto de El Acre, de la consolidación de La Paz como Sede del Poder Ejecutivo y Legislativo. La acción del grupo inicial, vigorizada por una mirada ilustrada, fue más allá de los microclimas intelectuales para desenvolverse en el ámbito del país, descubriendo en la escritura un imprescindible instrumento de combate.

° Los viajados y los provincianos

La apropiación y divulgación de los modelos extranjeros, el recurso a interlocutores privilegiados de afuera, que se abordó al considerar la angustia de las influencias, iba a despertar la reacción de los pares y lectores con orientaciones hacia lo nacional. El tema cuajó en una oposición entre los locales y los cosmopolitas.

Los primeros señalaban estas incursiones foráneas como una falta de capacidad para desarrollar pensamiento auténtico y ponían en duda la pertinencia de los planteamientos

¹³⁰ Otero señala lo contrario. Sin embargo el rechazo a la persona y las obras de P. Bourget está no sólo indicado en la citada novela sino en múltiples entradas del Diario sobre todo en la época del asunto Dreyfus. Mas, El Discípulo, una novela de ese autor influyó en algunos juicios de Arguedas sobre los intelectuales. Cf., G. A. Otero, Figuras..., op. cit., p.127

¹³¹ M. Baptista, Yo fui el orgullo, op. cit., p.167.

¹³² G. A. Otero, Figuras...op.cit., 117.

¹³³ La importancia de la editorial La España Moderna en el trabajo del intelectual aparece, por ejemplo, en el número de citas de libros al pie de página de Principios de derecho de Sánchez Bustamante, de cerca de 56 referencias, al menos 25 ,corresponden a esa editorial En Principios de sociología, publicado antes, esa cifra llegó a 13 de 75. Allí, la mayoría de las referencias corresponden a obras en francés, en especial de la editorial F. Alcan.

¹³⁴ G. A. Otero, Figuras...op.cit., p.118.

importados de una realidad distinta: la europea. Los segundos, influidos por los moldes extranjeros, no cesaban de luchar contra tales opiniones tratando de dar un alcance universal a sus préstamos, al paquete de modelos que manejaban colocándolos bajo el paraguas de la ciencia, de las corrientes innovadoras. El énfasis se puso del lado de la amplitud, de la riqueza que conllevaba el conocimiento de individuos y culturas distintos a los nacionales.

Las críticas provincianas, localistas mencionaban ante todo a los escritores que residían o estuvieron en Francia, España, Alemania, Inglaterra o se inspiraban del pensamiento de esas regiones a quienes llamaban “desarraigados” y procedían de los escritores celosos de lo propio, aunque no sólo de ellos, también se sumaron a ellas los políticos y periodistas. Sin embargo, no era necesario haber partido al exterior para militar en esa corriente, muchas personalidades literarias que vivieron solo en el país adhirieron a ella. Los intelectuales viajeros fueron únicamente la cabeza de playa del cosmopolitismo. Las acusaciones iban de pedantismo, falta de percepción clara, definida de la realidad, de uso de palabras raras traídas por el prurito de exotismo,¹³⁵ de acarrear ideas disolventes, corrosivas para la sociedad y hasta de plagio. Tamayo casi puso en la categoría de imitadores al grueso de los autores del país.¹³⁶

Las citas de los modelos importados era, pues, mal vista por el común y perjudicaba la imagen de los escritores jóvenes, mundanos, irritaba a los autores locales que a menudo tampoco escapaban a las influencias externas y las dejaban entrar, sin quererlo, en sus obras. Los desarraigados sobraban para algunos en el ambiente nacional, que, sin duda era pequeño y mezquino.¹³⁷

Los reproches expresaban la preocupación por la pureza de los términos y locuciones usados, provenían del viejo fondo del casticismo castellano. Los otros que destacaban el desajuste social entre los hombres e ideas que procedían de Europa y el país, el papel nefasto de los filósofos antirreligiosos, nihilistas, de la ciencia positivista ¹³⁸salía del pensamiento conservador, como el de Baptista o monseñor de los Santos Taborga. Si bien la última posición era asimismo la manifestación de una actitud fuertemente difundida en corrientes ideológicas, que a través de los años, se revistieron de signos contrarios: la derecha tradicional, primero y el nacionalismo revolucionario, después, que afirmaron el carácter único, la singularidad de la sociedad boliviana, rasgo que condenaría al fracaso todo intento de verla a través de lentes importados o de intentar difundir ideas y valores incompatibles con los originales.

La concepción nacionalista era por entonces de reciente aparición en el país, estaba aún articulándose. Hacia 1880, el término y el concepto acababan de entrar en el vocabulario del francés, inglés, castellano, en reemplazo del viejo patriotismo que era una expresión de amor al terruño, a la tierra donde se había nacido. En tanto, el nacionalismo era más agresivo, veía en el extranjero el origen de muchos de los males nacionales, si no de todos. La derrota del Pacífico contribuyó a su aparición entre las elites bolivianas. Después de la Guerra del Chaco se convirtió

¹³⁵ D. Sánchez Bustamante, “Algo sobre...”, art. cit., p.67.

¹³⁶ La crítica era frecuente para todos los escritores cosmopolitas. Blanco Fombona igualmente la recibió en su tierra. Pero no se amilanó. Respondió con soltura. “Dicen de uno pertenece a tal escuela de la cual jamás se preocupó. O bien es discípulo de fulano y zutano, a quien quizá no ha leído uno...Nadie nace por generación espontánea, pero no se es discípulo de fulano y zutano, sino sucesor de esos y otros autores.” Irónicamente añadió que él era un hombre, nota discordante en el concierto del servilismo...Orgulloso de ser él mismo. R. Blanco Fombona Letras..op.cit., p.309.

¹³⁷ R. Ballivián, op. cit., p.134.

¹³⁸ El reproche que dirigen sus amigos en la prensa a C. Ramírez, el periodista de Vida Criolla, recoge todos los clichés del bando conservador respecto a los pensadores extranjeros que impulsaban : “...los manejos anarquistas... el espíritu de destrucción ... contaminados del gangrenoso virus de las ideas disolventes que se fundan en los principios de Renan, Schopenhauer, Nietzsche y otros”. Vida Criolla, op. cit., p.221. Esta desaprobación ilustrada, probablemente relacionada con la de El Discípulo, la sufrieron en particular Arguedas, Chirveches, por la acción de algunos personajes de ficción que se referían a estos pensadores. Aunque, Arguedas mencionó a Schopenhauer, en varias ocasiones y puso una citación bastante anodina de El mundo como voluntad y representación en el prólogo de Historia de Bolivia: 1825-1925, enarbolando su afinidad con el filósofo alemán.

en una de las ideologías dominantes de las luchas políticas, sociales, económicas y culturales, con notas locales propias.¹³⁹

Varias de las personas que militaban en el bando local eran asimismo pensadores de nuevo cuño, ni siquiera mayoritariamente apegados a los ambientes tradicionales, aunque también los había entre éstos. Sánchez Bustamante, que hizo parte de la primera generación de intelectuales, efectuó críticas de esa naturaleza, no por mezquindad, ni por folklorismo, tampoco por conservadurismo político, sino porque aspiraba a crear una literatura nacional propia, como Tamayo quería hacerlo con la pedagogía y más tarde Medinaceli con la estética.

Sánchez Bustamante, quien muchas veces se vinculó con la posición recelosa de la fuerte presencia de fuera en la producción del país, recriminaba, al igual que Tamayo, a la mentalidad boliviana de “no haber tenido vida propia. En todas las ramas del saber...no se ha hecho otra cosa que importar libros o textos extranjeros, olvidando que la educación debe dirigirse por una idea matriz a formar el hombre, la inteligencia, el carácter para que puedan desenvolverse... en el grupo en que se vive”.

Había en esta corriente una ambición de crear algo auténtico, moldeado por la vitalidad de las fuerzas interiores, lo que no quiso decir volver al pasado precolombino o a formas de cultura exclusivamente arraigadas en el espacio rural indígena¹⁴⁰. Lo popular urbano y campesino se expresó principalmente en versos, coplas, canciones.

Sánchez Bustamante no se libró de caer en el hecho que censuraba, pues como muchos intelectuales que atacaban las importaciones culturales, no desconocía las ideas denunciadas de las que no dejó de servirse en sus estudios. Su preocupación descubrió el apego a la pureza del castellano en riesgo por la abundancia de neologismos de otros idiomas y a la forja de un estilo nacional. El tema también ocupó a Blanco Fombona, a García Calderón, el ensayista peruano del llamado “Círculo de París”. En estos casos tampoco se trató de un estrecho nacionalismo, sino de una propuesta de mayor envergadura referida a la jerarquización de culturas, a su conflicto, que el contacto con el exterior ponía en evidencia, unida a la intención de afirmar una cultura hispanoamericana y su lenguaje privativo.

La aspiración de construir una literatura o un arte genuinamente propio estuvo presente en toda América incluido los Estados Unidos, pero la tarea sin los contactos de fuera, sin criterios de valor internacional, en lugar de afianzarse hubiese terminado empobrecida. Los desvelos de Sánchez Bustamante, Blanco Fombona revelan, pues, la aspiración de impulsar el potencial creativo del boliviano, en un caso, del hispanoamericano en el otro, antes que defender lo local por lo local. Tamayo compartió tales preocupaciones. Pero el problema no se limitaba a la literatura abarcó también el asunto de los cambios de la sociedad, de los hombres y sus costumbres por medio de la nueva ciencia y la filosofía. Ahí los opositores se reclutaban en el segmento más conservador y apegado a la religión. Para el gusto de éstos las ideas, los héroes de la novela, creados por los intelectuales, iban en contra las tradiciones, la religión, además de ser una concesión a las modas foráneas

Por otra parte no les faltaba razón cuando combatían las burdas copias. No fue el caso de los escritores de ese grupo en cuyos trabajos existe una innegable elaboración personal y un esfuerzo para aplicar y enraizar en medios distintos las ideas recogidas en otras sociedades, no siempre de manera sistemática. También se envanecían y proclamaban ambiciosamente su voluntad de colocar y divulgar en el mundo exterior el pensamiento boliviano y latinoamericano.

¹³⁹ Cf., J. Lukacs, *Democracy and Populism, Fear and Hatred*, Yale University Press, New Haven-London, 2005, p.35 y ss.

¹⁴⁰ Cf. D. Sánchez Bustamante, “Prólogo para Derecho minero de E. Mallea Balboa”, en D. Sánchez Bustamante, *Opiniones...*, op. cit., p.173.

El tiempo de permanencia en Europa de los jóvenes aspirantes a escritores y los estudios que hicieron varió de uno a otro, así como los pasajes posteriores, Pero todos los viajeros en mayor o menor grado sintieron un desgarramiento entre la atracción del cosmopolitismo de las ideas en boga y la necesidad de no olvidar lo local, el álbum de familia que originó su interés por las tareas intelectuales, el dilema asimismo afectó a los locales que no salieron del país. Según el polo por el cual el escritor se inclinó pudo resaltar lo de fuera o lo de dentro. Si bien ni Sánchez Bustamante fue representante de un localismo exacerbado ni Arguedas de un afrancesamiento lejano al país, las diferencias tomaron en el grueso público, para quien un difuso nacionalismo hacía parte de actitudes que ganaban terreno, el giro de un abierto antagonismo, caracterizado por la imposibilidad de tender un puente o de conciliar entre un ideal orientado hacia lo universal y otro que se reclamaba de preocupaciones localizadas.

La mayoría de los autores no negó las dificultades de entretener las posiciones, convencida, empero, de la posibilidad de conseguirla. No obstante, las opciones fueron puestas en blanco o negro por los medios de comunicación, por la opinión y sirvieron para calificar o descalificar al intelectual que tuvo comercio sostenido con ideas y autores europeos, casi siempre por encima de la autoidentificación del interesado o del contenido objetivo de los trabajos.

El local no esquivó tampoco las apreciaciones ofensivas. Cargó con la denominación de encuevado, atraído por las nimiedades del terruño, indiferente a lo que se hacía afuera, extraño al pensamiento filosófico, a cualquier innovación, en los términos de R. K. Merton de estrictamente parroquiales. Es decir, lo contrario del cosmopolita, del desenraizado.¹⁴¹

Rara vez, como se dijo, la polaridad tomó ese cariz tan tajante en el sentimiento y en el ánimo de los actores, quienes buscaron en la práctica un balance entre los dos extremos. Nunca descuidaron la atención por lo nacional, ahí se hallaba el objeto de sus esfuerzos, de sus acciones y pasiones, la trama de sus novelas, además del grueso de los lectores, sin bien el molde de las obras, a menudo, la percepción de los hechos siguió muchos criterios de juicio, de interpretación en circulación en el mundo externo, del que en cierta forma se sentían integrantes. Canelas unía en sus editoriales un bolivianismo típico a una amplia cultura mundana.¹⁴² Blanco Fombona no se consideró un escritor lugareño pero tampoco un advenedizo en su tierra, se proclamó ante todo hispanoamericano, reconociendo sus deudas con el pensamiento universal. En el fondo, los escritores bolivianos no abandonaron nunca la tierra, sus paisajes y su gente que las grandes urbes europeas domesticaban, pero no borraban.

El localismo, que enrolaba a muchos periodistas, políticos, tampoco ponía todo lo de fuera al costado. Ambas modalidades de concebir el trabajo, por supuesto, no se referían ni se refieren al país en que desempeñan su actividad. Los dos tipos pretendían ejercer influencia en Bolivia. A medida que los planteamientos nacionalistas, socialistas después del conflicto del Chaco ganaban a la opinión, los cosmopolitas, los desarraigados llevaron la peor parte en la crítica.

° La incompreensión de Arguedas

El caso Arguedas, que concentró la virulencia del ataque y que muestra algunas paradojas, merece un breve aparte. Bolivia fue su ocupación única, la "sorgue" de su existencia más todavía fundó con sus novelas Wuata Wara y su versión final, que le tomó 14 años reelaborar, modificar, Raza de bronce, la corriente indigenista. Varios de sus contemporáneos pusieron en sus creaciones escenarios, personajes, mitos de fuera, pero fueron menos atacados de alienantes, de imbuidos de ideas e ideales del exterior, inclusive de anti-nacional que el autor de Raza de bronce,

¹⁴¹ La posición crítica con las ideas venidas del extranjero también se expresó en la época en Europa y en Francia donde M. Barrès en *Les deracinés* 1897, como antes lo hizo P. Bourget con *El discípulo* 1889, realizó el proceso de los autores ganados al idealismo alemán que refugiados en las abstracciones olvidaban al hombre concreto, vinculado a un territorio, a una historia.

¹⁴² W. Montenegro citado por O. Urioste, *Mi historia anecdótica de Bolivia*, Ed., América, Sucre, 1951, p.301 y ss.

quien por la recurrencia a teorías, criterios estrictos de apreciación de tipo más general, por la reiteración de los demoleedores ataques a las instituciones de la vida nacional, a los personajes históricos y en particular por su obra Pueblo enfermo, se le estigmatizó, como a ningún otro, de pesimismo, de enemigo y difamador de la patria.

Sociólogos de la talla de Durkheim, ensayistas españoles como A. Ganivet, R. Altamira y latinoamericanos como O. Bunge, M. Ugarte E. De Hostos avanzaron el tema de las enfermedades sociales, con criterios de demarcación, fundamentos y soluciones distintas. Durkheim, uno de los creadores de la sociología moderna, nunca citado por el boliviano, tal vez no lo leyó, opuesto a toda intervención de la biología o el clima en la explicación sociológica, juzgó que no tomar en serio la distinción entre lo normal y lo patológico era reducir la ciencia social a un juego banal, incapaz de servir en la práctica¹⁴³. De Hostos, un sociólogo dominicano, ampliamente difundido desde el inicio del siglo en el Continente gracias su Tratado de sociología, tiene un capítulo dedicado a las sociopatías, económicas, jurídicas, intelectuales, morales, de convivencia así como a su prevención y curación. Arguedas no inventó el problema, pero lo cargó en la tierra como si fuera el único. Su error visto con ojos actuales, aparece menos en la presentación de los males que en la imputación causal predominantemente racial y climática, pero en la época esas tesis eran corrientes en América y Europa.

También le dolía el reproche que le hacían de idealista, poco compenetrado de las realidades nacionales. Sin duda no se aplicó solo a él, alcanzó en general a todos los que efectuaban tareas intelectuales y propugnaban valores universales. El presidente Montes, un realista convencido en política con un toque de desengaño respecto a los hombres que actuaban en ella, le tenía un aprecio grande que el escritor retribuía, consideraba que éste y los demás hombres de letras eran unos idealistas, que no comprendían lo que ocurría en el pueblo, en la política¹⁴⁴. El juicio fue probablemente provocado por la fama de literato, de estudioso del personaje. Si éste se enorgullecía de su saber acerca de su pueblo, los adversarios, entre los cuales se encontraban no únicamente políticos, sino también periodistas, colegas, se alababan de comprenderlo, de entenderlo, desde adentro por contraposición a una mirada que se suponía incompleta, superficial, determinada por concepciones foráneas.

Se trató de una vieja querrela metodológica de las ciencias sociales adaptada a antagonismos del país, de ella procedían malentendidos, apreciaciones llenas de suspicacia entre unos y otros que pesó en la auto-estima del escritor. Pero en oportunidades, logró pasarla por alto, pues se sentía orgulloso de su obra y persuadido de su capacidad de saber y comprender a los hombres y a la sociedad boliviana. Eso sí estuvo dominado por un sentimiento sombrío, de esfuerzos perdidos.

Una corta excursión para aclarar el alcance del término idealista empleado para calificar negativamente a los hombres de letras. Quienes se servían de él no lo tomaban en su acepción filosófica. Para algunos, como se desprende del contexto, se referían con él a personas que daban una atención especial a las actividades de la cultura, en particular al libro, aun a costa de su bienestar material. Arguedas consideró el oficio de intelectual como un ideal al cual podía consagrar su vida, en tal sentido era un idealista, a su modo. Para otros, el objetivo era contraponerlo al realista, es decir al hombre cuya actuación sobre todo en la esfera pública tomaba en cuenta lo que estaba en juego en la situación que, en casos extremos, no raros, podía significar sacrificar los preceptos de la moral. Contra ese uso se levantaban los intelectuales, convencidos de la importancia de su tarea, para proponer un estilo distinto de hacer política.

¹⁴³ E. Durkheim, Les regles de la méthode sociologique, P. U. F., 15 ed., París, 1963, pp. 47 - 76

¹⁴⁴ A. Arguedas, Diario, 23-III-1911. Ahí el autor del Diario, reproduce unas palabras exaltadas de Montes refiriéndose a unas cartas enviadas por Sánchez Bustamante y Saavedra: "Es la eterna oposición entre la práctica y la realidad de esos espíritus nutridos por los libros, al subir, tienen que sentir siempre desengaño por ver que sus concepciones no responden a la sociedad...la realidad es otra. Son los intereses los que dominan y siempre los intereses. Unas veces interés por ideales; otras, por algo; otras por un hombre; pero siempre es el interés que se impone, la gracia es hacer algo con esos elementos, fundar alguna cosa, constituir. No hay que maldecir al Congreso ni políticos profesionales."

Así la acusación de incompreensión en su caso aludía no tanto a un defecto en la percepción de lo social sino a la manifestación de un ethos en el escritor, compartido por algunos otros del oficio, que le impedía cruzar ciertas barreras, en el campo donde la política se enredaba con la moral. El dilema radicaba en los intelectuales, en las restricciones internas que se daban ellos mismos, fijando los linderos más allá de los cuales se negaban transitar, al contrario de quienes manejaban los negocios estatales, las agrupaciones partidarias, es decir los políticos que solían atravesarlos con consciente realismo que servía para justificar cualquier acto,¹⁴⁵ según la opinión de aquellos.

La actitud de suspicacia de varios escritores hacia el quehacer político se exteriorizó en distintas oportunidades, abriéndoles un abismo de desconfianza con los partidos y sus miembros, donde se contaban muchos amigos y correligionarios. "Los mandones criollos... torpes para comprender, ligeros para juzgar, omniscientes y engreídos, pasan desdeñando a los otros sin acordarse o sin saber, por falta de cultura y capacidad de razonamiento, que en la pasta humana hay grados de diferencia; que existen otros pudores que los virginales, como son esos de no pedir, no ofrecerse, no mostrarse..." advertía Arguedas¹⁴⁶, quien no se halló sólo en su respeto por las normas éticas, otros colegas expresaron juicios parecidos, sin caer tampoco en la generalización de que todos los políticos estaban dispuestos a transar con el diablo para alcanzar el poder o mantenerlo.

El Diario, en varias fechas, revela la posición del autor acerca de la veleidat de los políticos, señalando en concreto a las personas que en el llano predicaban unos principios y en el gobierno los olvidaban o hacían lo opuesto. Se mostró contrariado y desilusionado por la débil o inexistente sanción de la sociedad., al contrario de lo que sucedía afuera donde las condenas sociales podían destruir a los políticos. Tamayo efectuó críticas análogas en sus artículos y folletos. Tejada Sorzano llegó a la presidencia pero no tuvo el poder, la moral fue su parapeto que algunos tomaron por debilidad, otros por puro pragmatismo¹⁴⁷ Los criterios morales constituyeron el instrumento con el cual el presidente se batió contra las ambiciones de los poderes fácticos.

Indudablemente, los intelectuales se creyeron armados para comprender y saber, es decir para descubrir las motivaciones personales y las causas generales de los comportamientos que analizaban. Pero además, no se privaron de levantar la moral pública y privada para estimar la política. Por eso, replicaban a la cantaleta de idealistas, incapaces de entender la idiosincrasia nacional, lanzada por los políticos calificando a éstos, a sus acciones de demagógicas, de enjuagues turbios, de oportunistas, de nepotismo, de falta de lucidez.¹⁴⁸

Indignado el diarista contra un ministro de Relaciones Exteriores que designó a un pariente sin las competencias para un cargo importante volvió a la carga, en esta ocasión, sobre Montes, por quien no obstante tuvo gran aprecio: "Para él, lo esencial es que los suyos tengan un puesto en la administración y es vano que grite la prensa, que se murmuren corrillos, que se produzcan interpelaciones en las cámaras...su epidermis endurecida en largos años de burocracia,

¹⁴⁵ Montes se defendía de los ataques y a su vez golpeaba repitiendo machaconamente: "Hay muchos espíritus pesimistas que no saben observar la realidad, se acobardan por lo que ven y reniegan de todo lo visto. Un político no debe asombrarse. La política es obra de hombres... susceptible de errores: tratar de atenuarlos es un deber pero sin renegar de ellos porque... se reniega de la condición humana. Aquí como allá gira siempre al alrededor de intereses y no hay hombre, de Cristo para abajo que no trabaja para el interés...unos trabajan por intereses morales y otros por los materiales, depende de la cultura, de la educación, de los ideales de cada cual... pero siempre por el interés. Citado por Arguedas, Diario 1-XI-1911.

¹⁴⁶ A. Arguedas, Pueblo..., op. cit., p.233.

¹⁴⁷ Cf., O. Urioste, op.cit.

¹⁴⁸ A. Arguedas, Pueblo..., op. cit., p.100 y ss. Véase también F. Tamayo, "Los hombres de acción", en La Razón, La Paz, abril 1926 y "Una antigua calumnia", en La Razón, La Paz, 6 de junio de 1926. El artículo contiene un ataque contra A. Arguedas, pero de paso hace duras críticas a los dirigentes políticos. Se trata sólo de dos ilustraciones que aparecen de forma recurrente en los hombres de la generación intelectual de 1879. Los dos artículos citados por M. Baptista: Yo fui el orgullo: Vida y pensamiento de F. Tamayo, Ed., Amigos del Libro, La Paz, 1978, p.161 y ss.

muda su alma a los escrúpulos, esa su alma dura como la de su raza, pasa tranquilo por todo haciendo vagar por sus labios una sonrisa dulzona y socarrona de hombre para quien nada existe sino...la satisfacción inmediata, el triunfo efímero conseguido de cualquier modo..."¹⁴⁹. Los enjuiciamientos severos del historiador y sociólogo que no los guardó para sus anotaciones personales sino con frecuencia los hizo públicos le producían enemistades e inquinas durables, ataques a la obra y al hombre. La enumeración de defectos que establecieron sus conciudadanos fue larga, pero en ella aparecían con frecuencia la negatividad de su visión del país, su juicio duro de los hombres en oportunidades dominado por sus sentimientos no por la razón que, en su simplificación bordea la caricatura e ignora las imposiciones del medio y la circunstancias del acto criticado. Si el autor pecó de inmoderación en ciertas de sus apreciaciones, sus detractores no lo fueron menos, de ahí que Arguedas se sintió víctima de un complot de sus contemporáneos.

La dura opinión vertida en el Diario, contra el nepotismo del gobierno, toca un aspecto metodológico de su Historia donde se mezclan procedimientos difíciles de conciliar, que vale la pena echar una ojeada así sea de paso. Por un lado, se presenta a los personajes sobre todo como arquetipos, como producto de la herencia genética o del ambiente, en este sentido determinados en sus actos. Por otro se recurre y no raramente, a la biografía, calando hondo en las razones del actuar de las personas en las circunstancias en que se encontraban, es decir dotadas de un margen de libertad. La cita precedente, donde se conjuga la experiencia en la burocracia con la dureza de la raza, es una ilustración. Por último, desde la perspectiva determinista, que se enseñoreaba en los textos, el enjuiciamiento moral de las personas resulta por lo menos paradójico. El entrevero entre explicaciones deterministas, raciales y la comprensión de las motivaciones de los actores singulares o colectivos afectó a la mayor parte de los estudios históricos de la época, debilitando los enjuiciamientos morales, que tampoco se condecían con la cientificidad allí proclamada. La historiografía de Arguedas no sorteó lo quebradizo de tales enredos metodológicos.

En cuanto a la influencia de la cultura francesa, europea, otro motivo de crítica, el historiador y ensayista no la negó. Sostuvo que ella le proporcionaba los impulsos para escribir pero que el contenido de sus obras se dirigía a la tierra donde se crió y a su gente. Dicho en sus términos "La matriz de la obras era local, el estímulo de fuera."¹⁵⁰

Visto desde el ángulo de numerosos lectores locales su obra, en particular Pueblo enfermo, impregnada de las lecturas y de teorías del exterior, sin desconocer las experiencias del autor, apareció como una denostación del país y de su gente. El público en su aproximación a los demás textos no pudo poner de lado ese aspecto, así como lo que consideró el pesimismo del ensayista. Desconoció el propósito del estudio y la frecuencia con la que se publicaron otros de parecida naturaleza en el extranjero, ya que por esos años estuvieron de moda en muchas partes.

Tamayo se alejó de Arguedas porque juzgó que Pueblo enfermo fue escrito para dar satisfacción a los Blanco Fombona, García Calderón y a otros escritores del "Círculo de Paris,"según J. Espada,¹⁵¹ apreciación ligera que reduce la obra a pura novelaría pasando por alto su génesis y las convicciones del autor. A su vez, I. Prudencio Bustillo creyó la obra impregnada por el pesimismo de M. Nordau, al igual que Medinaceli. Tampoco parecen juicios verosímiles.¹⁵²

El historiador A. Gutiérrez, que igualmente vivió en el extranjero y se relacionó con muchos literatos e historiadores de su tiempo, sufrió de descalificaciones parecidas por esas mismas experiencias. Finot en su Historia de la literatura halló la obra de aquel insuficientemente orientada

¹⁴⁹ A. Arguedas, Diario 15-II-1912.

¹⁵⁰ A. Arguedas, Diario 8-IV-1929.

¹⁵¹ J. Espada, Entrevista en M. Baptista, Yo fui el orgullo... op. cit., p.135.

¹⁵² "Arguedas antes de escribir Pueblo enfermo leyó el libro tan en boga entonces Degeneración de Nordau, donde con el típico "resentimiento" judío utiliza la nascente psiquiatría, para desahogar sus odios ancestrales..." C. Medinaceli, Inactualidade de A. Arguedas, Ed., Los Amigos del Libro, La Paz, 1972, p.11. (Recopilación de Art.)

a lo nacional. La opinión no paró mientes en el contenido de la mayoría de los libros de Gutiérrez que tomó como tema principal momentos y actores de la historia de Bolivia. Sólo en algunos libros incursionó en asuntos y personajes de allende las fronteras. La crítica de Finot no deja de ser curiosa porque proviene de uno de los hombres más cosmopolitas del grupo, que pasó como diplomático mucho tiempo en el exterior y tuvo un buen manejo de las fuentes bibliográficas.

° De vuelta a los parroquiales y a los desarraigados.

La discusión se inició al señalar los tipos de público a los que el primer grupo de intelectuales se dirigía y trajo a colación la contraposición entre los desarraigados y los parroquiales, originada en el escogimiento de los modelos, de los lectores críticos, que los escritores nacionales admiraban y valoraban, pero que a la vez, por su progresiva maduración, los enfrentaban, tratando de afirmar la singularidad propia, la autenticidad, y en la incontrovertible presencia de los lectores locales.

La distinción entre cosmopolitas y pueblerinos se conoció en todas las literaturas del mundo y se admitió a uno y otro como un estilo de trabajo, como una de las formas de la sensibilidad que confería, en un momento dado, a un modo de ejercer el oficio la superioridad sobre el otro: Entre nosotros, la oposición tuvo una percepción polarizada. Ambas modalidades de escribir fueron enfrentadas. Los juicios acerca de ellas no permanecieron inmodificados, cambiaron de signo de positivo a negativo o la inversa en el transcurso de la historia.¹⁵³

En la posguerra del Chaco, la oposición se reinterpretó y se cargó de tintes políticos distintos, de un lado los nacionalistas, del otro lado, los defensores del imperialismo, los lacayos del colonialismo, que no era puramente económico, para emplear las expresiones fuertes de un texto clásico del pensamiento político boliviano. Los localistas fueron alineados del lado nacional, progresista, revolucionario, los mundanos casi siempre del otro. Así la disposición hacia el cambio, la transformación inicialmente sostenida por los cosmopolitas o hacia el conservadurismo, es decir, a la preservación de las especificidades del país, vinculado al bando parroquial, se invirtió. La reputación de los autores y de los grupos que los sostenían se trastrocó. El estatus del intelectual siguió las mutaciones.

Luego se implantaron otras contradicciones, envueltas en nuevos significados culturales, ideológicos, sociales, políticos, sin dejar de recordar a la de mundanos y locales: Moderno/Tradicional; Revolucionario/ Conservador; Alienado/Auténtico, Andino/Europeo; Lo ajeno/Lo propio; Kh`ara/Indio; Oriental/Occidental. El esquema interpretativo de pares opuestos se desplazó progresivamente de un sentido que aludía básicamente a la separación de corrientes de pensamiento inspiradas en Bolivia o en el exterior, hacia una contraposición económica, política, cultural. En una punta, los vistos como apoyo interno de una dominación que impedía a la nación boliviana alcanzar su plenitud, acusados de favorecer el saqueo de las riquezas del país, por la otra, los que luchaban por la construcción de la nación. El cosmopolitismo se puso como lo anti-nacional, el localismo como aliado del nacionalismo y abarcó a todos los grupos sociales que se suponía valoraban lo de adentro, opuestos a la penetración multiforme de las potencias colonialistas. La posición de los intelectuales se reordenó de acuerdo con las interpretaciones de esas líneas de ruptura.

La globalización contemporánea ha atenuado la distinción entre cosmopolitas y lugareños sin hacerla desaparecer. Pero por otro lado, ha profundizado y exacerbado las demás polaridades que se manifestaron siguiendo el surgimiento de recientes ideologías. La aparición en el país de sensibilidades como las posmodernas también les ha dado un encuadre distinto. Los intelectuales y las pretensiones que enarbolan ahora no son las de antes, pero ese es otro tema.

¹⁵³ P. Macherey, *A quoi pense la littérature*, P.U.F., Paris, 1990, p.18 y ss.

En los hechos las dos modalidades de desempeñar el oficio cumplieron su función y con frecuencia se unieron en un mismo autor, aun si el público no lo entendió de esta manera. Un localismo radical hubiese perjudicado la aparición del intelectual, bloqueado la difusión de las ideas, de las corrientes artísticas novedosas, constreñido la lectura a un grupo reducido de amigos. Se hubiese perdido la fuerza de lo universal, de las innovaciones que anidan en las comparaciones. A su vez, el abandono de lo local habría llevado a desviarse de la razón de ser primigenia que movió a la juventud a escribir, a actuar en política, a enseñar, se habría diluido el sentido de comunidad entre el autor y el público, cierto imaginaria, para invocar la feliz fórmula de B. Anderson, pero no por eso menos efectiva. Tampoco hubiese permitido el establecimiento del intelectual. Las referencias a las condiciones, a la naturaleza, contenido y forma de las creaciones de otras sociedades permitieron el anclaje social de la función del intelectual y la ampliación del horizonte de la sociedad boliviana.

Los libros y los personajes foráneos fueron sencillamente indispensables para el nacimiento de un género de actividad nuevo, en razón de la flaqueza de las tradiciones literarias propias, de la virginidad narrativa.¹⁵⁴ Y no fue menos importante el esfuerzo por destacar el parentesco de las obras de aquí y de allá, en particular de las novelas locales, resaltado por las comparaciones. Ahí se reveló que las experiencias y narraciones, los poemas nacidas en universos de creencias y sentidos distintos podían compararse por la similar referencia a principios éticos y artísticos compartidos en alguna medida, sin perder su sello propio. La intensidad de los celajes andinos podía evocarse poéticamente sin ceder en nada a los atardeceres de la campiña inglesa, no eran un reflejo empobrecido de éstos. La novela nacional tampoco era “un bostezo tardío” del realismo francés. Lo que no negaba y al contrario subrayaba, la existencia de un espacio para juicios generales.¹⁵⁵ Se admitió, pues, por parte de los escritores cosmopolitas que por encima de las visiones particulares había una idea común de la belleza, la justicia, la bondad. Estas creencias no resultaban sorprendentes ni pavorosas a al voltear el siglo, hoy los literatos conquistados por la posmodernidad las encontrarán horrorosas. Ellas no esquivaban a veces el surgimiento de malos entendidos, entre ellos y los pares del exterior, producido por el carácter muy abstracto de los principios susceptibles de apropiaciones particulares, es decir de una interpretación idiosincrásica de las normas universales. El recurso a criterios normativos generales de apreciación de una obra, no elimina las diferencias que separaban a la literatura y filosofía de los países centrales de los periféricos.

Por otra parte, los intelectuales nacionales o latinoamericanos en Europa no sintieron la existencia de una barrera infranqueable entre sus trabajos y los de sus colegas europeos. Sin ser muy numerosos se pusieron a tono con el medio en el cual se hallaban y conformaron una masa crítica que pesó en sus sociedades, y que Europa no dejó de considerar, sin darles empero, sino de manera excepcional, un reconocimiento de primer plano. En Francia, España, Alemania, se publicaron libros de autores del Continente con relativa aceptación como se señaló. Chirveches alcanzó inclusive una difusión masiva en París. Sin duda, los latinoamericanos sacaron más de los europeos que lo que éstos tomaron de aquellos. La excepción, ya se indicó, fueron los poetas modernistas. Sólo en los años setenta del siglo XX se puede hablar de entregas de envergadura de la literatura latinoamericana al mundo, aunque no se debe olvidar la avanzada que, abrió el camino para el boom, fuerte de un inspirado conjunto de poetas latinoamericanos admirados y seguidos por sus pares españoles y europeos, activos en la década del 30, tales como Neruda, Vallejo, Huidobro y otros más.

Los problemas de Arguedas, Chirveches, Finot, Gutiérrez, de los cosmopolitas, los tuvieron sobre todo del lado de su propia tierra, con los lectores locales. El trabajo de intelectuales puso a los jóvenes formados afuera a caballo entre dos mundos. estimaron, por una parte, los debates culturales, políticos, filosóficos que trascendían los límites de sus países, que penetraban

¹⁵⁴ Sobre el tema Cf., F. Unzueta, *La imaginación histórica y el romance nacional*, Ohio State University, Columbus, 1994, p. 219 y ss. (Mimeografiada)

¹⁵⁵ Cf. M. Walzer, “Les deux universalismes,” en *Esprit*, diciembre, 1992, p.130 y ss.

sus escritos, que inspiraban sus paradigmas literarios y por otra el lugar de nacimiento con sus prejuicios, a menudo huidizo, reticente para reconocerlos, para otorgarle una aceptación plena correspondiente a sus anhelos, pobre en actividades literarias y científicas. Más aún cuando la contraposición entre cosmopolita y local se cargó más fuertemente de significaciones ideológico-políticas con respecto a las cuales se ubicaron positiva o negativamente las obras y los autores.

° Las tensiones del estatus en los intelectuales

El intelectual necesita del reconocimiento social para cumplir con su tarea que se traduce en un reclamo de estatus en diferentes ámbitos de valoración, los mismos que no siempre coinciden unos con otros. El estatus social se refiere a la posición ocupada por una persona en las jerarquías establecidas por la sociedad, apreciada y estimada en cada una de ellas, según distintos criterios, por los demás componentes del grupo social. Las jerarquías más frecuentemente reconocidas son la del poder, la del prestigio social y la económica. La posición se dice equilibrada si los juicios positivos o negativos, dados en esas distintas esferas de estratificación son coincidentes. Cuando esto no sucede se habla de incongruencia de estatus que se manifiesta en un malestar individual o colectivo. Tal fue el caso de varios de los intelectuales bolivianos. Arguedas lamentó, en una carta a A. Ostria Gutiérrez de la manera cómo los compatriotas veían el oficio del escritor: suerte de “ocupación de vagos y ociosos que no teniendo como matar sus ocios se dan a la fácil tarea de escribir libros...” protesta que su corresponsal, autor de cuentos y novelas, igualmente la tenía por cierta y le afectaba. 156

Los “hombres de ideas” de esa generación se elevaron a altos puestos en el orden político, justamente por su papel de escritores. ¿Pero esto era así? La opinión pública siempre suspicaz no lo veía de esa manera. En 1904 durante el liberalismo en el poder, don José Carrasco fundó EL Diario, un periódico que dura hasta hoy, de orientación liberal, aunque dispuesto a sostener “con imparcialidad los intereses nacionales”. Se rodeó de las plumas prestigiosas. Ahí se abrió la columna de Palabras Libres. Después de años de leales servicios los columnistas y periodistas J. Carrasco, C. Rojas, F. Vaca Chávez, Arguedas y otros subieron de esa trinchera a elevadas posiciones en el Estado y la diplomacia. Ellos estaban convencidos que el reconocimiento era por los méritos propios, la gente lo atribuyó al favor político., disminuyendo la importancia de su labor de escritores.157

Sin ser gente rica por lo general gozaron de un buen pasar. A esas ubicaciones correspondían expectativas de elevada estima social, que también las alcanzaron. Lo que no acompañó a esas posiciones fue el aprecio del oficio de escribir y en parte de quien lo hacía, especialmente entre la gente de similar pertenencia de clase. Ciertamente ninguno de ellos fue de manera exclusiva escritor. Arguedas, Chirveches, Mendoza, Tamayo, a pesar de no vivir solo de esa ocupación vivieron principalmente para ella.

El problema no era tampoco el del origen de la familia. Todos provenían de las clases medias y altas sin tener el abolengo de las familias de mayor raigambre en la sociedad, pronto interactuaron con ellas y no tuvieron obstáculos para su aceptación, incluidos aquellos que se decía provenían del medio cholo, mostrando la porosidad de las clases altas. Donde el estatus hacía aguas era en los juicios acerca del oficio, Oficio que en despecho de todo catapultó al intelectual hacia arriba en la política, y otras dimensiones sociales, pero que apareció, por la pervivencia de los estereotipos y de algunos valores tradicionales, como desconsiderado en los segmentos altos y medios. El escribir estuvo bajo sospecha de aproximar a quien lo hacía a la bohemia, a la vida desordenada, a la bebida, a un vagancia tan pretenciosa como impecune, pero no todo era criticable ahí, la gente también se mostraba propensa a reconocer en esa labor la habilidad para manejar el lenguaje y la cultura, lo que suponía una familiaridad con el libro.

¹⁵⁶ A. Arguedas, Epistolario, op.cit.,p.109.

¹⁵⁷ Cf.,E. Ocampo Moscoso, Historia del periodismo boliviano, Ed. Juventud, La Paz, 1978. p.348.

De esta suerte, el escritor y su papel, daba lugar a evaluaciones de signo diferente., penetradas de ambigüedades. Por un lado, contribuía a abrir las puertas de la alta administración gubernamental que otorgaba, poder prestigio y privilegios. Por otro, era tomado por sectores de la sociedad, justamente los más afines a él, como una actividad de poca monta, quizá porque cuando se lo cumplía en exclusividad condenaba a la pobreza. No fue el caso de los hombres de esa generación, pero la imagen del literato, como desocupado, indigente, ocioso, amigo de las chicherías primaba. La serie de Vida criolla, incluyendo las dos novelas no publicadas que la continuaron, se tejió alrededor de esa percepción social negativa de los intelectuales, más acusada, en el segundo volumen, sin título, que describe las tribulaciones de un escritor, poeta, tomado del mundo real, entregado por sus desavenencias con la sociedad a la bebida y la disipación.

A los intelectuales por su intención de pesar en la opinión, les hubiera gustado ser populares, bien estimados por la sociedad, pero ahí estuvo su talón de Aquiles. Además de la desestima del oficio, los libros se valoraron con retaceos y reticencias o se los ignoró, como se vio en los capítulos precedentes. La queja sobre esta ceguera del medio se repitió en los autores y sus personajes. Ramírez de Vida criolla se sentía despreciado por sus amigos poco afectos a la lectura. A su vez, él les pagaba con la misma moneda, los creía incapaces de elevarse más allá de lo inmediato, indolentes para batirse contra los arraigados prejuicios. Gaspar de Silva, el protagonista de La Casa Solariega de Chirveches pierde a su novia, a sus camaradas, por la intolerancia hacia sus ideas genuinamente liberales y radicales, en un ambiente ganado al clericalismo.

El desencuentro se instaló entre unos y otros, atizado por las de miradas chuecas que se lanzaban la audiencia y el escritor. Ciertamente el hecho afectaba a unos autores más que a otros. Tampoco faltaban los buenos lectores pero los casos sonados de desestima que se producían bastaban para mantener los roces. Parte del público se dejaba llevar en sus apreciaciones por las representaciones vulgares de la actividad de los literatos, entre las que se hallaban las creencias de que éstos, que se mostraban iconoclastas, afectos a buscar cinco pies al gato y a cargar las tintas en lo que escribían, no eran buenos patriotas ni hombres de fe.

El patriotismo y la religiosidad estrecharon filas después de la derrota del Pacífico y de la toma del poder por los liberales que se orientaban hacia la laicización de la sociedad, fuertemente defensivos no gustaban de las críticas al país de esos personajes, de su internacionalismo, de su alejamiento de la tradición católica, veían las novelas y sus argumentos con animosidad. ¿Cómo no espantarse con Choquehuanka de Wuata Wuara cuando mirando el cielo descubría que “allí no debe imperar la bondad y la belleza y que el hombre marcha solo con su destino”. No había la voluntad soberana que debiera acompañarlo en sus sufrimientos y tribulaciones?¹⁵⁸

La Iglesia tomó posiciones muy duras contra quienes discutían sus arraigadas instituciones. Monseñor de Los Santos Taborga lanzó el año 1901, el “anatema sit”, contra unos periodistas tarijeños liberales que denunciaron el clericalismo. Los excomulgados tuvieron que abandonar su tierra. Doce años más tarde (1913), cuando el gran debate sobre de la educación aún no había amainando, Adela Zamudio, poeta y educadora cochabambina, que bien podía hacer parte de ese contingente de intelectuales por su combatividad y sus intereses pedagógicos, nacida una generación antes, inició una polémica en la prensa en defensa de la educación laica, respondiendo a fray Pierini, que luego fue nombrado Obispo de Cochabamba. El hecho repercutió en otras capitales y hasta en el extranjero. La población se dividió entre los partidarios de la profesora y los de la Iglesia. Dos años después otro artículo pidiendo el establecimiento de instrucción secundaria en Cochabamba para mujeres, volvió a agitar las olas. ¹⁵⁹ Los adversarios de la poeta lo eran también de la mayoría de los intelectuales, allí se reclutaba buena parte de los que desairaban los textos de los libre pensadores, anti-bolivianos y encima heréticos. “Carecemos

¹⁵⁸ A. Arguedas, Wuata Wara, Ed., América, La Paz, 1995, p.87. 1º ed., 1903.

¹⁵⁹ E. Ocampo Moscoso, Historia ...op.cit., p.382 y ss.

de buenos libros nacionales,"era una cantaleta que se repetía, poniendo a todos en el mismo costal. Así se pasó por alto lo bueno, afirmaba Medinaceli, añadiendo líneas adelante."El peor enemigo que tiene el escritor es su pueblo" y él mismo con sus desgarres, sus estados de ánimo cambiantes y sufridos. 160 El choque entre las instituciones arraigadas y los portadores de novedades constituyó otro factor que complotó contra la consolidación del estatus. Ahí no se trató del valor de un trabajo sino de orientaciones normativas en conflicto.

Muchos autores, por su lado, concebían a la audiencia como si tuviera los ojos vendados y los oídos tapados para comprender la propuesta contenida en los textos, pronta a mostrar el "mayestático desdén boliviano," por lo que su gente hace, Ni duda cabe las percepciones exageraban los hechos. Pero no impedía que los estos se sintieran mal estimados. No hubo, en razón de esas percepciones encontradas, coincidencia entre los sentimientos subjetivos que tenían los intelectuales acerca de los lectores y de su juicio, con el recibimiento real de ellos, ciertamente menos tajantemente adverso de lo que se inclinaban a pensar.

Tales desajustes estuvieron relacionados asimismo con la oposición entre lo local y lo cosmopolita, antes mencionada, motivo de los primeras desencajamientos en las actitudes de los intelectuales, la percepción de que ellos ventilaban ante el extranjero los males nacionales los perjudicaba con su audiencia local, a la que luego se añadieron otros motivos de desavenencias que tenían ver con las evaluaciones del lector nacional y del lector crítico, en particular cuando éste vivía en el extranjero. Los dos tipos lectores con sus opiniones, rara vez coincidentes, escindían la armonía del estatus, afectando las características que la obra tomó e influyendo en el ánimo de los interesados. Apreciaciones tan contundentes como: La ideología europeísta de Pueblo enfermo ha sido superada por el americanismo sustancial de Creación de la pedagogía nacional. El primero ya ha cumplido su tarea, la segunda está por empezar a realizarla, lanzadas por Medinaceli ponía en duda el significado de toda la tarea y rebajaba el puesto de los intelectuales.

El escritor frecuentemente enfrentaba la disyuntiva de complacer a su gente, que se traducía en la elección de temas y estilos más populares y convencionales o satisfacer a la crítica que esperaba planteamientos distintos, formas de expresión novedosas o al menos elegantes y si de estudios se trataba presentarlos con rigor, pruebas al apoyo. Las narraciones, donde los autores expresaban mucho de sus vivencias, mostraron los personajes pasando experiencias, duras, contradictorias como los Ramírez, los de Silva y otros, acosados a veces por la suspicacia a veces por la indiferencia, pero siempre tomados por peligrosos, disolventes, cayendo bajo las murmuraciones e intrigas de los amigos y conocidos, de las autoridades, de su pueblo. Debajo del conflicto aparecían ideales distintos de patria. Para unos ésta tomaba la forma de un proyecto que apuntaba al futuro, donde los yerros pasados para conseguir el objetivo debían superarse. La modernidad, que se nutría del extranjero, era un factor clave de la realización de sus intenciones, Para los otros desconfiados de las modas, de lo foráneo había que preservar la entidad de la patria protegiendo el legado común recibido. Proponer ideas o filosofías extrañas a él rompía su unidad y separaba al pueblo preconizando una moral alternativa, quienes lo hacían merecían la reprobación social. El sentimiento de los creadores, que conocían de ese hostigamiento, se reflejó en las criaturas de la ficción. Nuevamente, el estatus se resentía por la manifestación de expectativas inspiradas en valores diferentes.

La contraposición que surgió en los juicios acerca de las obras, fue más allá del signo positivo o negativo de las opiniones, afectaba la base sobre la cual éstas se emitían. Las del público local salían principalmente de las redes sociales en las cuales el escritor se hallaba inmerso, traspasaban las simpatías y antipatías, los celos y recelos, las envidias que allí se tejían, involucraban la personalidad, las afiliaciones políticas y hasta la familia de los individuos considerados. Mientras las apreciaciones del crítico, en especial el de afuera, solían ser más objetivas, menos personalizadas. El autor aspiraba a que los criterios de valoración de la obra

¹⁶⁰ C. Medinaceli, "Ejemplaridad de la vida de un escritor", en C. Medinaceli, Inactualidad de A. Arguedas, Ed., Los Amigos del Libro, La Paz Cochabamba, 1972, p. 49.

fuesen generales, similares a los empleados para cualquier texto de la misma especie, no particularistas, sacados de motivaciones extrañas al trabajo.

Pero además Lo que era significativo para el lector nacional no era para el colega del oficio. ¿No ocurrió esto con Celeste de Chirveches, vista por la crítica nacional como un poema antes que como una novela, influida por las modas internacionales del momento, ajena, de poco interés en el medio propio? De ahí R. Ballivián pareció inferir que la lenta difusión del libro, veinte años después de su lanzamiento seguía en librerías,¹⁶¹ se debió a la elección estética de Chirveches, quien se defendió personalmente, pero personalmente encajó el golpe.

Sin embargo, desde una perspectiva analítica, la línea que separa la crítica del profesional y la del lego antes y ahora se torna muy tenue. ¿Cuáles son los cánones universales de estimación? Ciertos críticos de la época los hallaron en las ciencias empíricas, modernas. Otros en las esencias inmutables tales como la verdad, la belleza, el bien, a las cuales un texto debía referirse. Pero tales criterios no solían ser otra cosa que una justificación de la subjetividad del evaluador, que al final no resultaban tan distintos de los dados por los lectores corrientes. Tal vez la diferencia radicaba en la forma de presentarlos, los pareceres de la generalidad de coterráneos, profanos en la materia, aparecían como apenas articulados teóricamente, con abundantes argumentos ad hominem, poco metódicos, espontáneos, en tanto que los dados por los especialistas, se recubrían de una terminología con ambición de ciencia. Mas nada de esto niega la importancia que la crítica tuvo en la evolución de los intelectuales del país, ni desconoce la contribución realizada por ella para difundir los libros nacionales y revestirlos, en ocasiones, del prestigio que gozaba el crítico.

El ensayo social, histórico fue para los miembros del grupo uno de los géneros que los caracterizó, para él reclamaron con firmeza del lector que reconozca su objetividad y naturaleza científica. Sin duda poseían una idea muy alta de la ciencia de la época, como algo definitivo, acabado, bien apoyado empíricamente. Probablemente tenían en mente para ese tema también a Taine, un ejemplo de la crítica científica, imbuida de conceptos sociológicos tales como el medio, la raza y el momento, a los que se podía añadir "la facultad maestra", una especie de carácter original de la persona de donde derivaban las cualidades particulares de las creaciones. La puesta en relación de la obra y el autor con esos factores apuntaba hacia un relativismo, pero que escondía bien en el momento de calificar el texto, la subjetividad soberana de quien profería la apreciación. Taine no consiguió y tampoco los seguidores, escapar al arbitrio personal del juez.¹⁶² Ni la creencia en la científicidad del ensayo postulada por los escritores nacionales ni la de la crítica resistió al tiempo que reveló la fragilidad e inconsistencia de la posición. Los lectores del país no se dejaron amilanar por el aparato crítico y lanzaron sus opiniones con libertad, hiriendo la sensibilidad de más de un historiador o ensayista.

Una buena parte del público, sin entrar necesariamente en el tema del carácter científico del texto, rechazó desde el inicio tal pretensión sea por causas ideológicas, sea por el convencimiento de la inaplicabilidad de los planteamientos con tintes foráneos a una sociedad considerada como única o por ambas razones a la vez y hasta por móviles aún más subjetivos. La controversia no tuvo un punto final.

Los intelectuales optaron distintas estrategias para amortiguarla, replegarse orgullosamente sobre sí mismos o hacer concesiones a los dos mundos, concesiones que no impedían la aparición de la sonrisa desdeñosa del par externo o de los malentendidos con los lectores de adentro, inclinados a mirar los textos de forma intencionadamente prejuiciosas. Los connacionales quizá molestos sobre todo por el lavado de la ropa íntima ante los ojos complacidos del extranjero, como se dijo de Pueblo enfermo y de los estudios de historia, que hasta hoy no se

¹⁶¹ R. Ballivián, Comentarios Marginales, La Paz, s/f. p.43.

¹⁶² J. C. Carloni, - J.C. Filloux, La critique littéraire, P.U.F., Paris, 1966, p.35 y ss.

perdona, recibieron prevenidos los libros. La historia tampoco puso a su autor a cubierto de lecturas negativas adversas.

El intelectual, sometido a ese tira y afloja de una y otra parte, sintió como una ojeriza pueblerina en contra su papel, de su afán de escribir, socialmente mal considerado, con la obra mal tolerada. Fue una marca de hombres como Arguedas, Chirveches, Finot, Mendoza, Sánchez Bustamante, Tamayo el tener viva conciencia de sus propósitos y el poder ejecutarlos en cierta medida como los concibieron. Esa intencionalidad que animó al grupo, probablemente lo predispuso a recibir con disgusto las opiniones adversas. Arguedas concentró con particular intensidad la inquina de sus compatriotas que restaba la coherencia a su estatus, visto así como poco firme.

A pesar de la encumbrada posición el campo político, social, de los intelectuales el problema, no fue para ninguno de ellos, marginal, contó en su carrera no sólo en el ámbito literario sino en los otros espacios de su vida, concretamente en la actividad política, los juicios iban y venían de un campo al otro. La situación no los llevó a refugiarse, en un coto de bohemios, díscolos, cortados del resto de los bien pensantes. Pero posiblemente generó en algunos una cierta misantropía hacia la sociedad.

Arguedas recordaba con insistencia que Pueblo enfermo en su aparición no solo tuvo una introducción de R. Maeztu, que se complacía en citar y destacar al autor¹⁶³, sino que otros escritores, hicieron notas para la prensa internacional destacando el interés del libro, entre ellos Unamuno escribió tres artículos elogiosos, publicados en Buenos Aires. En tanto la prensa del país lo acogió con hostilidad, indignación o, en el mejor de los casos, le hizo un vacío. Con motivo de la publicación de Raza de bronce anotó en su Diario: "He recibido algunas cartas de escritores extranjeros y dos o tres artículos de prensa con elogiosos comentarios...las cartas son entusiastas y algunas francamente admirativas. En cambio...no he recibido un solo elogio de nadie en mi país, nadie, nadie, nadie, me ha dicho nada de mi libro"¹⁶⁴. El primer volumen de la Historia de Bolivia halló el mismo silencio. Mientras en Chile El Mercurio recogió un extenso y encomiástico comentario. "¿Cómo, pues, no he de creer que en mi tierra gozo del triste privilegio de ser sistemáticamente negado y combatido con esa perversa arma del silencio concertado?"¹⁶⁵. Medinaceli, en despecho de no tenerle mucha estima dijo que su desgracia, al igual que la de G. R. Moreno, fue la de una inteligencia enfrentada a un pueblo acéfalo, su obra cayó en un ambiente de de sordos.¹⁶⁶ No se puede decir que Medinaceli no padecía de alguna misantropía.

Sin embargo, Otero tenía una impresión distinta de la apreciación de Pueblo enfermo, por lo menos en ciertos sectores del público. "A las juventudes bolivianas de hace treinta años Pueblo enfermo nos impresionó profundamente y casi se convirtió en un breviario para conocer los diversos aspectos de la psicología nacional...Se apreció que Arguedas con la publicación... cometió la verdadera osadía de presentar a sus paisanos el espejo de sus propios defectos porque en la profundidad de su alma creyó que por este medio podía transformar no adulando a su país, sino educarlo diciéndole las verdades crudas"¹⁶⁷. Otero señaló que el texto, negado y discutido por sectores de la opinión boliviana, por su valor le abrió al autor la puerta hacia las más altas funciones públicas. Tamayo y su círculo, de enorme influencia en los ambientes políticos y

¹⁶³ El asesinato de R. de Maeztu por los revolucionarios, al inicio de la Guerra Civil española, que Arguedas se enteró tardíamente, le produjo un gran dolor e indignación. Arrestado el 2 de agosto fue fusilado el 29 de octubre de 1936. Arguedas recibió en los periódicos franceses la escueta noticia. Se hallaba en su Finca: EL Ocaso y puso en su Diario un ataque fuerte contra el populacho ignorante y frases de sincera pena por don Ramiro, a quien le estuvo siempre muy agradecido por el Prólogo. Ahí hay melancolía y gravedad, que impresionan. "Dos veces solamente le ví, hace más de veinte años en Londres... aún le veo: alto, delgado, algo desgarrado, con el cabello largo y castaño, los ojos claros." "¿Cómo le mataron? ¿ Quién le mataría? ¿ Cómo supo morir?... Diario, 20-XII-1936.

¹⁶⁴ A. Arguedas, Diario, 11-IV-1920.

¹⁶⁵ A. Arguedas, Diario, 10-XI-1920.

¹⁶⁶ C. Medinaceli, Inactualidad...op.cit., p.43.

¹⁶⁷ G. A. Otero, op. cit., p.126.

culturales del país, no eran de ese parecer. Entendieron Pueblo enfermo como un resultado de las influencias y personas del exterior.

Las opiniones contradictorias eran lo común, pero cuando ellas se tornaban dominantes, la amargura del rechazo, la decepción se apoderaban del escritor, inclusive en hombres de otra generación. Chirveches, que en sus mocedades gustó de la compañía de sus camaradas, dicharachero y juguetón, por la crítica malevolente y los rumores que progresivamente enrarecieron el ambiente llegó a creerse obsesivamente odiado y perseguido. “Lo simpático y lo antipático que son adjetivos inseparables en la comidilla diaria, hubiera querido él desterrar para siempre del diccionario. Cuántas veces exageró la nota, al hablar de una imaginaria chirvechofobia!”¹⁶⁸ Los iniciadores de la movida intelectual no se encontraron solos con sus fobias.

El convencimiento de ellos de escribir principalmente para los lectores nacionales, para contribuir a sacudirlos, a moverlos con el tiempo se trocó en una especie de mortificación debida a la mala interpretación de sus intenciones o peor al desprecio que corroía la autoestima y la razón de ser de la obra *El Diario de Arguedas* testimonió permanentemente de tal malestar. Tuvo momentos de enorme desaliento, de dudas, de cuestionamiento de su trabajo, pero volvía a recuperar la fe, la convicción que su obra perduraría. También acusó el efecto de las querellas sostenidas con varios de los gobiernos que le dieron nombramientos, pero que él estimó como un deber señalar sus divergencias en público. Todo ello desembocó en un estado de ánimo dolido, en una disconformidad que le persiguió durante su vida.

Los intelectuales tampoco fueron inocentes: tenían en baja estima al lector común, como se dijo, a quien lo percibían en forma estereotipada. No todos eran como los imaginaban, poco cultos, sin criterio. Otero señaló lo contrario, es decir el discernimiento de muchos de ellos, desvelando su excesiva suspicacia, su sobreestima de la negatividad y uniformidad de los juicios de los lectores. El desencuentro fue de un lado y otro que se parapetaron en sus posiciones. Algunos escritores prefirieron alejarse aislarse, otros replegarse altivamente hacia la esfera personal. Ciertos, como Tamayo, se involucraron en su capa de altanería y arrogancia distante.

La pequeñez del espacio urbano entendido no únicamente en su sentido espacial y demográfico sino en términos morales y de convivencia, se mostró mezquino en el reconocimiento, encogido en sus oportunidades espirituales sin duda contribuyó a la separación del intelectual y su entorno social. Por eso apareció como tema recurrente en la literatura y en el sentimiento de los hombres de letras. G. Navarro describió su ciudad (Sucre) con un juego de contrastes como muy blanca y muy negra.” Ella tiene alma y cuerpo al igual que los hombres, siente y ama, sueña y besa, odia y quiere.”¹⁶⁹ De noche vive el romance, las melodías, a luz del sol “es muy mala.” “Con la aurora abren sus ojos los odios, yérguense las venganzas... los pigmeos vuélvense gigantes, las manos se endurecen... y los que pueden gozarse con la desdicha ajena tienen un espectáculo que no desearían ellos se concluya nunca.”¹⁷⁰ El personaje de *Los cívicos* aún muchacho sufría de los comentarios inagotables, de los chismes de vecindario, de las intrigas de baja mano que corrían a diario. Las miradas también despellejaban. “Eran miradas de mi pueblo cándido y contrito, ruin e infame a la vez. ¿Por qué me miraban?”¹⁷¹ Jaimes Freire, uno de los más poetas bolivianos de mayor renombre en el país y en el extranjero, que vivió mucho en el exterior, algo mayor que los hombres de la primera generación de intelectuales, a su retorno a la tierra excedido por los ultrajes y vilipendios que recibía de sus compatriotas respondió con total escepticismo y amargura al buen deseo de un escritor que le dijo: “El país tiene para con Usted una deuda una deuda” “¿El país?, exclamó el poeta, ¡Il s’en fiche pas mal.”¹⁷² Tal sociabilidad, tejida de relaciones extremadamente personalizadas que resultaba abrumadora, fue pintada con

¹⁶⁸ R. Ballivián, *Comentarios*, op.cit., p.69.

¹⁶⁹ G. Navarro, *Los Cívicos*, op. cit., pp., 9 y ss.

¹⁷⁰ G. Navarro, *Ibidem*.

¹⁷¹ G. Navarro, *Ibidem*.

¹⁷² ¿El País? ! Le importa un bledo! Citado por A. Costa du Rels “Una luz que ya no es luz”, en Prefacio a I. Prudencio Bustillo, páginas...op.cit., 18.

ligeras variaciones por casi todos los narradores de entonces, no solo nacionales. Blanco Bombona dijo de Caracas que fue siempre una fragua de calumnias e injurias contra el se elevaba sobre el nivel del común.¹⁷³

Los escritores buscaban escapar al medio, viajar a grandes capitales y si no podía hacerlo, voltearse altivos sobre sí mismos y sus tareas. Esa actitud pudo desembocar pero no lo hizo en la formación de un grupo articulado con pretensiones de aristocracia intelectual. Diferencias de carácter, de posiciones políticas, de estilos de sociabilidad la minaron desde adentro.

La problemática relación con la sociedad, para decirlo brevemente, embrolló el estatus del intelectual. Si por un lado obtuvo un importante reconocimiento como el que impulsó la carrera política, por otro la labor misma de escribir, de tener una audiencia creó dificultades, contradicciones jamás resueltas del todo entre los imperativos del oficio, poco considerado, y los intereses del público, por lo menos de algunos segmentos, que no eran opuestos en sí ni tampoco armonizables, conduciendo al escritor a la adopción de comportamientos de signos opuestos, mostrando ora una apertura hacia el medio ora un repliegue; en otros momentos un aprecio, una estima por el lector, por la gente, luego un rechazo lindante en la misantropía; en ocasiones un orgullo, una confianza en sí mismo y en sus acciones seguido de un cuestionamiento de la vocación, de hondas dudas éticas y prácticas sobre su quehacer, que no se las podían atribuir exclusivamente a su imaginación quisquillosa, hubo malentendidos reales de ambas partes. La suma de contradicciones se soldó negativamente. La sociedad no pudo desarrollar una actividad cultural, artística vigorosa que la hubiese fortalecido. Los que se entregaron a la escritura no ocultaron el mal que les causó esa situación, que probablemente cortó el impulso de los menos perseverantes.¹⁷⁴

Muchos de esos comportamientos resultaron difíciles de discernir porque no quedaron todos certificados y solo se manifestaron en actos circunstanciales, por eso fue más fácil mostrarlos a través de los personajes de las obras, de los que tal se abusó en las citas. Se ha repetido machaconamente que la literatura no es la vida. No es menos cierto que en ella se refleja gran parte de la experiencia de los creadores y que la conducta del héroe novelesco, que hace eco de la realidad, la expresa con mayor claridad, depurada de la ganga cotidiana.

Al revés de lo que sucedía internamente, los vínculos con el extranjero fueron gratificantes, sirvieron como elemento de prestigio, además de favorecer la transferencias de ideas y conocimientos entre las cultura de origen y la de afuera.¹⁷⁵

La simpatía ganada en España, Francia, los países vecinos resultó irónicamente una de las razones que impidió específicamente a Arguedas superar el san Benito de antinacional. Mientras a Tamayo, visto como más propio, le bastó con la Creación de la pedagogía para alcanzar la reputación de pensador nacional. Lo que no evitó las maledicencias, las murmuraciones de los grupos que animaban la vida social lugareña, de mirada corta y lengua ágil. Tampoco la reprobación de sus actos públicos, no desvinculados de su posición de escritor, por parte de asociaciones e instituciones.

En 1930, los estudiantes dieron un primer voto de desconocimiento y oprobio contra el poeta y el ensayista. El Municipio de La Paz en 1932 lo declaró ciudadano infame junto con el presidente Salamanca. En 1945, nuevamente el estudiantado reunido en Sucre decretó otra vez infamia y oprobio. Él tomaba un aire de indiferencia hacia estas reacciones que resquebrajaban la coherencia de su posición de intelectual. Diez de Medina señaló el resentimiento que de ahí derivaba.

¹⁷³ Citado por C. Medinaceli, *La inactualidad...* op.cit, p. 32.

¹⁷⁴ El epistolario de Arguedas muestra que el sentimiento de incomprensión que sentían del público y la opinión del país, fue común a Bedregal, Chirveches y aun a gente más joven como Ostría Gutiérrez. Cf. *Epistolario*, in passim.

¹⁷⁵ Ch. Charle, op. cit., p.28.

Por otra parte, la imagen que creaba la opinión interna, en oportunidades con fuertes pinceladas de malignidad, revelaba que la influencia que el intelectual intentaba ejercer en los asuntos cívicos era inferior a la que pretendía, que la base de la demanda de reconocimiento carecía del sustento total del público. Cierta la sabiduría, el arte de escribir dieron poder. Arguedas, Canelas, Finot, Gutiérrez, Saavedra, Tamayo, Tejada Sorzano, lo tuvieron. Pero el estatus del oficio permaneció bajo y terminó por perjudicar su desempeño en otras esferas como la propia política.

Las entradas en ese reino, donde escalaron altas posiciones, casi siempre concluyeron mal, vulnerando el estatus, esta vez no de escritor sino de político, excepto tal vez para Saavedra, en despecho de que su sucesor cambió las fichas del tablero. Su liderazgo sufrió pero no se perdió. Los demás se apartaron en diversas épocas de la política, pero buscaron que sus ideas continúen siendo consideradas, lo que sucedió aunque limitadas de más en más a círculos bien acotados de opinión.

Tamayo censurado por las representaciones estudiantiles gozó de la estima quebradiza de los partidos nacionalistas. Ocupó la presidencia de la Asamblea de 1944, afectando encontrarse por encima de los intereses en juego. "El 21 de noviembre del 44, la nación despertó estupefacta ante el aviso oficial que hasta la fecha habían sido fusilados...". El Presidente de la Convención reaccionó enseguida y pronunció su "Gran Discurso Cristiano," al que atribuyó haber salvado la vida de 60 otros condenados a muerte por el régimen de Villaroel. No bastó. Periodistas y universitarios lo acusaron de complicidad, de colaboracionismo. El 30 de abril de 1945, abandono todo. Presidencia y diputación, para no volver jamás a la Asamblea. Tal vez el error fue no renunciar en el momento de los fusilamientos, como le reprochó un político, a quien respondió "Y aquí una hipérbole lírica no exenta de pedantería: el león desde que nace siempre es león"¹⁷⁶.

Arguedas, que gozó del aprecio de los estudiantes, fue ministro y embajador durante el gobierno del general Peñaranda. Igualmente terminó deslomado en tales experiencias postreras, recargadas de los nubarrones que traía Pueblo enfermo y la Historia de Bolivia.

La vuelta al llano acrecentó la repulsa de la opinión adversa que hallaba en las caídas la confirmación de opinión devaluada que ya tenían de los personajes y de sus libros, quienes a su vez encontraron allí una justificación adicional a la animosidad que guardaban hacia la audiencia. En Tamayo rinde cuenta, su defensa, sin perder el arrogante desprecio por la opinión pública, advirtió a ciertos lectores que leen pero que no entienden mucho, que lo que escribió no era una defensa. Ni tenía que serlo. El autor de estas líneas se encuentra en ese conjunto de lectores poco lúcidos. La política contribuyó, en la mayoría de los casos, a las bajas y altas del estatus del intelectual.

Finalmente, los decires que señalaban a los intelectuales como personas poco prácticas también perjudicaban su imagen global y repercutieron en sus expectativas, estableciendo vallas a las ambiciones, tiñendo de dudas la idoneidad de sus actuaciones. Lo que la patria quiere son hombres prácticos y de acción, no soñadores, ni pesimistas le enrostraron a Ramírez, antes de forzarlo a irse de La Paz.¹⁷⁷ Sin embargo algunos le dieron la vuelta a esos prejuicios y utilizaron la figura del intelectual, su desprendimiento, la posibilidad de colocarse por encima de los pleitos de personas, de partidos como base firme para su actuar en política, en diplomacia hasta alzarse a la presidencia de la República.

En resumen, el estatus de los escritores aquejados del recelo de la sociedad contra el hombre de letras, enfrentados a públicos con distintas expectativas, lidiando con las interpretaciones de los lectores de adentro, con sus pares, con prejuicios de distinto origen, no

¹⁷⁶ F. Tamayo, Tamayo rinde cuenta, Ed., Don Bosco, La Paz, 1947, p.31

¹⁷⁷ A. Arguedas, Vida...op.cit., p.221.

cristalizó en un conjunto de valoraciones coherentes, lo que dejó un sabor áspero, de resentimiento, en muchos de los miembros de la generación del 79.

Probablemente en la ambigua aceptación de la tarea de escritor se halla una de las razones por la cual ninguno de ellos llegó a conformar una escuela de pensamiento, con verdaderos discípulos. Tuvieron seguidores, admiradores al lado de convencidos, de detractores, no continuadores de la obra.

° La percepción de los coterráneos de la personalidad de los intelectuales.

Los contemporáneos de los intelectuales evaluaron el oficio y construyeron imágenes de ellos. Entre las dos operaciones las líneas de separación fueron tenues y sobrepuestas. Las representaciones eran frecuentemente de tipo genérico, alguna tomó un carácter más personalizado, siempre resultaron fragmentarias e inacabadas. De ellas se tratará aquí. Si bien no se tiene mucha información sobre el tema, que es distinto al de la recepción y enjuiciamiento de la obra, se hallan ciertos comentarios en diarios, memorias, biografías que permiten aproximarnos al asunto. Este reviste interés pues las imágenes también interactuaron con los intelectuales, aunque algunos de ellos decían no interesarles. “Ni los honores me aumentan ni las injurias me disminuyen”, escribió Tamayo. Al contrario al autor de pueblo enfermo le importaban y mucho. Hubiese querido que el designio crítico de sus escritos no fuese mal comprendido o quedara en la indiferencia.

Se ha presentado la imagen de varios de los intelectuales del grupo inicial, tal vez con mayor insistencia de los que realizaron estadías afuera como gente con un ego desmedido, con una mirada desatenta hacia los demás, cuando no estaban afectados de un pesimismo estéril y una actitud de permanente queja de ser desconsiderados en sus países, pero que la visión ennegrecida y los lamentos desaparecían cuando se les otorgaba un cargo diplomático. “Entonces recuperaban la fe, se persuadían de que no todo estaba perdido y recomenzaban la faena con ímpetu inigualado”¹⁷⁸. La impresión no es del todo falsa, pero peca de simplificar y generalizar las conductas. Puede calzar quizá mejor a algunos como Gutiérrez que usaba su pluma de periodista combatiente cuando se hallaba en la oposición, sin puesto, que en general recuperaba pronto, y moderaba los ímpetus, siguiendo la apreciación nada benévola de Arguedas en su Diario.¹⁷⁹

Ni duda cabe, fueron egocéntricos, “yoistas,” unos más que otros. Esta actitud no perteneció en exclusividad a ellos. Fue una manía que recorrió Europa desde los comienzos del XIX. Terminado el absolutismo durante el cual toda manifestación fuerte de la personalidad era considerada como inapropiada, el poder político se democratizó en alguna medida y el ego se expresó con pocas limitaciones en los distintos campos de la vida, en particular en los reservados al arte. La libertad y la liberación se tomaron como las dos caras de la misma moneda. Los grandes músicos, como Beethoven, Liszt o Schumann fueron los abanderados de esa corriente, tuvieron biografías intensas, llenas de contrastes y excesos que creyeron un requisito para lograr la autonomía del yo, para expresar la libertad personal.

Ese estilo de vida que caracterizó el romanticismo en la música se extendió y alcanzó a otros artistas como los poetas, los novelistas y pensadores. Todos ellos estuvieron cercanos a creer que el resto de la gente giraba alrededor suyo. Se complacían en reseñar en sus textos los estados de ánimo de su ser. Basta señalar: Recuerdos de egotismo (1835) de Stendahl o Culto del yo (1885) de M. Barres, donde predicaba la continua exaltación del yo, unida a la necesidad de analizarlo con atención en sus distintas manifestaciones a fin de producir en la juventud una rebeldía contra el gregarismo y las normas impuestas. Más tarde revisaría dramáticamente su planteamiento.

¹⁷⁸ J. L. Roca, “Arguedas y la cofradía de “El Napolitano”, en Epistolario de A. Arguedas, Fundación Manuel Vicente Ballivián, La Paz, 1979, p.17.

¹⁷⁹ A. Arguedas, Diario, 30-X-1927.

Los diarios, autobiografías, confesiones y memorias que describían los sentimientos, las reacciones íntimas de los autores proliferaron por entonces. Varios de éstos llegaron al país, Arguedas comenzó su Diario influido por Amiel y Bashkirtsov. Si bien él puso allí menos de su vida interior que sus émulo extranjeros.

La época fue complaciente con el egotismo. Término que inicialmente tuvo un significado peyorativo, que el diccionario de lengua francesa de 1835 recogió: "El hábito condenable de hablar de sí". Luego adquirió un sentido positivo de afirmación de un yo fuerte. Pero quizá aludió a algo más: la convicción del escritor que expone su "yo" en escritos íntimos, diarios, biografías de que todo lo relacionado a su vida, a su obra tiene interés para el público.¹⁸⁰ El egotismo de los hombres de letras no se manifestó sólo en los géneros literarios íntimos, halló expresión asimismo en la narración, poesía y hasta el ensayo o el estudio histórico. ¿No constituye entre nosotros una prueba de la afirmación las concepciones de Gutiérrez y Arguedas acerca de la historia o los ensayos de Tamayo, en las cuales transparente la fortaleza del yo de cada uno? La corriente se manifestó entre los escritores nacionales de entonces favorecida por la mayor tolerancia que ganó el país al concluir el periodo de las dictaduras personalizadas. Lo que no quiere decir que los abusos del poder político hubiesen desaparecido. Tampoco los mecanismos de control social informal, cara a cara, que existían en las poblaciones del país. El oficio de escribir no dejó de tener riesgos, más todavía cuando el autor desvestía su personalidad abiertamente.

Por otra parte, los propios interesados admitieron el defecto del egotismo señalando que "Otra de las irremediables debilidades de nuestros autores criollos consiste en cultivar esmerosa y amorosamente su yo,"¹⁸¹ en términos de Arguedas, quién además considero tal propensión como una de las causas de "la esterilidad intelectual" del medio. La práctica de ensalzar el yo era común, pero se volvió más manifiesta, ostentosa y torpe, producía oleajes en el pequeño mundo social, donde se formaban "capillitas", a favor de uno u otro autor. El resultado, pensó Arguedas, no pagaba el costo del esfuerzo y ni de los sinsabores.¹⁸²

En estas tierras los escritos íntimos fueron menos frecuentes o se han perdido. De la generación, únicamente Arguedas tuvo durante su vida el Diario, del que se ha publicado solo algunos fragmentos.¹⁸³ El diarista no entregó mucho a sus anotaciones de sus dramas personales. Tampoco las referencias son inexistentes. Lo consideró una empresa de juventud, hecha bajo la influencia de algunos escritores europeos en boga por aquel tiempo. Si en el Diario las notas de contenido personal no abundan, en sus novelas las expresiones de estas cuitas son más comunes, ciertas casi transparentes para quienes conocen la biografía, como el mismo acotó en las páginas del Diario. Algunos más siguieron el molde, en sus relatos. Chirveches tiene mucho de esto en su narrativa. La crítica intenta separar lo biográfico de lo imaginado con menguado éxito pues la novela las confunde y las transforma en un mundo que no es más el de repetida cotidianeidad.

En sus entradas usuales del Diario, Arguedas borra mucho el pecado de vanidad que se le endosó, así como la propensión a dar opiniones malevolentes de sus conocidos. Fue crítico con sus contemporáneos, pero también con él y con sus escritos sobre los cuales volvía cada cierto tiempo, cambiándolos en el fondo y la forma. Tuvo una concepción exigente del oficio y de la moral individual y pública. Llevó el Diario como un libro de quejas para tomar la expresión de Bioy Casares. Por otro lado, como su personaje, Ramírez, reconoció las dificultades para entablar relaciones o iniciar una conversación con extraños. No le gustó hacer discursos o hablar en grupos numerosos, tampoco ponerse en primer plano. La presunta arrogancia era un estilo de

¹⁸⁰ A. Laurel, "Stendhal, De l'egotisme" en Magazine Littéraire, Mars-avril, 2007, N° 11, Hors Serie, p.45 y ss.

¹⁸¹ A. Arguedas, Pueblo... op. cit., p. 242.

¹⁸² Ibid, 243.

¹⁸³ Fuera de la Danza de las sombras, M. Alcázar publicó en Etapas en la vida del escritor extractos de entradas del Diario que toman los primeros años hasta 1907 y saltan luego a 1938 – 1945. Varias de las entradas son sólo fragmentos de las anotaciones de la fecha. Etapas en la vida del escritor, Talleres Gráficos Bolivianos, La Paz, 1963.

personalidad más retenida. El pesimismo procedía en parte de la triste convicción que se formó de la impermeabilidad de los hombres y de la sociedad a los reparos que hacía de los extravíos, de los errores de sus compatriotas y particularmente de los líderes y sus seguidores, poco sagaces, incapaces de percibir la complejidad de las situaciones locales e internacionales que no cesó nunca de lamentar con el ceño fruncido, sin importarle los inconvenientes que podían derivarse.

Su Diario fue el confidente de los intransigentes juicios sobre los personajes que le rodearon y algunos hasta le concedieron nombramientos, aunque a menudo no se confinaron a esas páginas, los lanzó a la opinión pública y a los interesados en misivas y manifiestos, ajeno a la voz de la cordura de familiares y amigos que le señalaban los riegos para él y los suyos.

Tuvo en vida un claro protagonismo intelectual, ocupó durante muchos años la escena pública y no sólo en el campo de las letras, al igual que Tamayo. El resto de los integrantes de la generación mostraron un perfil literario algo más bajo, con excepción de Chirveches, Mendoza, Finot. La encumbrada posición de la generación fue menguando paulatinamente después del conflicto con el Paraguay. Nuevos hombres, nuevas ideas llenaron el panorama. No se trató de intelectuales con mayor oficio que los precedentes sino de gente con mayor juego político. Su movida se hizo más a través de grupos que como individualidades.

La trayectoria de Arguedas revela el apogeo y la crisis de los integrantes del grupo pionero, que no siempre halló la partida fácil.¹⁸⁴ Tuvo momentos de duda, de desánimo, de cuestionamiento pero primó la convicción de que la posteridad sabría darle su lugar. “Yo sé que mis libros han de quedar como un monumento patriótico y de buena fe” ¿Orgullo? ¿Vanidad? No, más bien reflejo del desasosiego provocado por la insistencia con la cual volvía la acusación de destacar el lado denigrante del pueblo boliviano. En los momentos de optimismo quiso creerla fruto del desconocimiento de sus intenciones y de su obra. Vio allí una suerte de contagio, por la masividad de los juicios que aludían al hombre antes que al trabajo No en vano leyó a Le Bon. Lo que no evitó una suerte de ambivalencia emocional con su patria y un distanciamiento con su gente, distanciamiento tomado como soberbia que fue más evidente en otros que en el autor de Pueblo enfermo, uno de los pocos escritores nacionales a quien la obra le hubiese permitido vivir con decencia. De los hombres de aquella camada él encarnó al intelectual típico con sus luces y sombras.

Chirveches, en cambio, no pudo superar la depresión, el sentimiento de abandono que, probablemente, la recepción fría de sus últimas creaciones agravó hasta el suicidio. Tal vez hubo también algo de genético en su conducta, Pero el rasgo sombrío de su personalidad, que una parte de sus contemporáneos retuvo como dominante en él, apareció visiblemente en los últimos años de su vida.

La soberbia, vanidad, atribuida asimismo a Tamayo, Finot, Gutiérrez y otros tuvo mucho de cierto: “Yo fui el orgullo como se es la cumbre / y fue mi juventud el mar que canta”, escribió el primero en uno de sus versos. Las poses y la presunción que afectaba producían burlas típicas del entorno reducido. Se le calificaba de payaso.¹⁸⁵ De Gutiérrez se ha dicho que miró siempre desde arriba a sus coterráneos, que su actitud fue despreciativa hacia todos. Su pluma severa y contundente¹⁸⁶ confundía a los oponentes. Solo él valía, se condolieron algunos de sus contemporáneos. En las conversaciones privadas hacia gala de procacidad, gustaba de la burla e ironía que herían a los interlocutores. Esa fue la imagen que al menos Arguedas tuvo del hombre, que no era santo de su devoción.¹⁸⁷

¹⁸⁴ ... (Los) bolivianos no quieren comprender ni ver. Están ya convencidos de que yo soy un denigrador de la patria y siguen danzando su baile de negros en torno al palo donde se cuece la merienda, A. Arguedas, Diario 17-XII-1926.

¹⁸⁵ F. Diez de Medina, Tamayo: Hechicero del Ande, Ed., Juventud, La Paz, 3 ed., 1968. Ver también F. Diez de Medina, Para nunca, en E. Oblitas Fernández, La polémica en Bolivia, s/e, La Paz, 1992, p.465.

¹⁸⁶ G. A. Otero, Crestomatía Boliviana, Arnó Hnos., La Paz, 1928, P.112.

¹⁸⁷ A. Arguedas, Diario, 30-X-1927.

La soberbia tuvo que ver en los intelectuales con la afincada idea de considerarse parte de una elite, concebida antes como una figura abstracta que como una entidad real, es decir que no estuvo formada alrededor del origen familiar, de la clase, de las relaciones o de intereses materiales comunes, sino de similitudes del oficio, del trabajo. Y eso en despecho de los prejuicios, reproches y ataques que los acosaban como personas y como autores. Se trató de una elite que manejaba el conocimiento y el verbo a los que recurrían en los ensayos, en las polémicas y combates periodísticos, oratorios para aplastar sin contemplaciones a los adversarios. No se paró en pequeñeces Tamayo llamando “triple cretino”, además de “enano por onanista u onanista enano” a su biógrafo E. Díez de Medina, quien mostró, por su lado, que no le faltaba habilidad para responder. Vale la pena anotar, así sea de paso, que en el fondo de esa querrela que movía la vanidad herida de uno y otro se encontraba el tema de lo mestizo y lo indio. Tamayo se ufanaba de ser indio sin mixtura de birlochaje mientras, Díez de Medina se proclamaba mestizo. El país no ha acabado de exorcizar a los fantasmas familiares. La gente calificaba esas salidas de soberbia.

Las posturas de los escritores, las respuestas hechas con ingenio o contundencia en un ambiente urbano constreñido, donde el conocimiento directo de los personajes atizaba el chisme y contribuía a alimentar las antipatías, a veces heredadas de familia o simplemente provocadas por el hombre que se aleja del común, apuntalaron la percepción generalizada de que se trataba de personajes intratables, envanecidos.

Bedregal pareció escapar a esos defectos, tuvo la imagen de bonachón que cultivaba la palabra irónica. Salamanca lo llamó el bueno, no se sabe si por afecto o maldad. “Vivió en el triángulo de la pereza, la gracia y la ironía,” dijo de él uno de sus amigos.¹⁸⁸ Difícilmente se lo podía considerar como un hombre vanidoso.

Los intelectuales solían ser quejumbrosos en Bolivia y en otras latitudes. La percepción, esta vez, no era pura maledicencia. Siempre creían recibir menos de lo que merecían o pensaban se los atacaba injustamente. Aunque quizá no tuvieron la audiencia, la atención y la simpatía que reclamaban para sí y para su obra. Los golpes tañían cuerdas sensibles de la personalidad, en algunos más que en otros. Sin embargo, los debates públicos que suscitaron los estudios, ensayos de Arguedas, Saavedra, Tamayo, Sánchez Bustamante, Guzmán, Gutiérrez levantaron el interés de la opinión pública que no los dejó solos en el ruedo.

Tampoco fue cierta ni siquiera para los que pasaron mucho tiempo en el extranjero la idea del público de que vivieron frívolamente, dedicados a la caza de mujeres de pequeña honra. Arguedas asistió de manera sistemática a los cursos de la Escuela Libre de Estudios Sociales y trabajó con dedicación sus escritos. Las reuniones con los amigos del círculo de latinoamericanos en París eran menos de distracción que de obligación del oficio. Tamayo, por su parte, sacó provecho de los viajes al exterior y en La Paz. Más tarde, se aislaba en su propiedad del Altiplano para meditar y escribir. Mendoza se convirtió en escritor durante su estada en París. Chirveches, antes de su muerte, pasó su tiempo recluso en una pieza alquilada, redactando y revisando textos, cuando su aguda melancolía se lo permitía.

La bohemia tentó a algunos escritores afuera y dentro el país. Constituyó la imagen de marca de un grupo de poetas y escritores franceses finiseculares Baudelaire, Rimbaud, Verlaine que fueron muy imitados, por otros escritores decimonónicos y de inicios del siglo XX. En el caso boliviano, la generación de los primeros intelectuales apenas siguió ese estereotipo a diferencia de las posteriores, sobre todo de aquellas que se desarrollaron en pueblos pequeños, en los cuales “la chichería con gramófono” y tragos baratos constituyó el lugar de las tenidas de literarias y algo más. Medinaceli sucumbió allí.

¹⁸⁸ P. Díaz Machicao, *El ateneo de los muertos*, LA Paz, 1956, pp.47y ss. Citado por M. T. Soria, op.cit., p.25.

El término de intelectual aplicado a los escritores de comienzos del siglo XX se refiere a la aparición de una vocación, que fue una manera nueva de enfocar los problemas, de presentarlos al público, que algunos la llevaron hasta el fin, que no es lo mismo que lograr la meta: Alarcón, Arguedas, Bedregal, Chirveches, Mendoza, Tamayo fueron ante todo personalidades de pluma. Finot, Rojas, Canelas, Tejada Sorzano no la dejaron tampoco en medio de las ocupaciones políticas y diplomáticas. Aunque ninguno fue verdaderamente un escritor profesional, el diletantismo fue parte de su estilo de acción y los contemporáneos no dejaron de señalarla. Lo mismo ocurrió con los que vinieron después.

Los ideales de aquellos hombres encarnados en la palabra no fueron un vago mensaje, coloreado de las modas e ideologías de la época, a las que ciertas opiniones intentaron reducir la obra, estuvieron al servicio de su intención, cumplida en unos más, en otros menos, en algunos apenas esbozada. Quisieron revelar la realidad social, humana mostrando sus conflictos internos, criticándola. Ideología hubo, que escapó a su intención consciente. En los textos que circularon buscaron controlarla en su expresión partidaria, militante, que la mayoría condenó abiertamente. Una parte de los componentes del grupo con el paso de los años colocó las exigencias intelectuales en un segundo plano. El núcleo duro de Arguedas, Chirveches, Mendoza, Tamayo tampoco puso de lado la política, pero finalmente quedó supeditada a las exigencias de la vocación, sin dejar de desempeñar importantes funciones políticas.

La presencia en el ámbito público de estos escritores se prolongó por tres o cuatro décadas, durante las cuales se sucedieron varios regímenes políticos. Varios de ellos estuvieron siempre atentos a sus actos y a las posibles interpretaciones por parte de la opinión, sin conseguir eludir ser tildados de inconsecuentes y oportunistas, la misma acusación que ellos solían hacer a los políticos puros. Cuando el presidente Saavedra ofreció a Arguedas el consulado en París, éste efectuó una encuesta entre personalidades del medio político, social y cultural sobre la conveniencia o no de aceptar el ofrecimiento de quien había derribado al liberalismo. La gran mayoría de los interrogados respondió afirmativamente, pero luego cuando aceptó el cargo le llovieron las acusaciones de aprovechador, de inconsecuente. El gesto no dejó de sorprender en un mundillo acostumbrado a las traiciones, donde la volteretas eran pan corriente, en las reacciones se percibe la renuencia a admitir la honradez, la buena fe de la consulta, quizá ingenua, era preferible apegarse a la imagen común del tráfuga y pensar que se trató de una argucia para salir bien parado del transe. Pocos creyeron en la sinceridad y en el drama que tuvo Arguedas obligado por el deber partidario y por el interés nacional, amenazado por el asunto del Chaco, de representar al país, haciendo conocer en Europa su posición en el problema limítrofe. Asumió la misión sin dejar de poner en claro sus diferencias con el Gobierno del que finalmente se alejó.

La realidad novelesca o histórica expuesta en los libros sugirió un mundo descarnado, de fuerzas elementales, básico, a la vez, cautivante y mixtificador, realista y caricaturesco, en particular el de Arguedas, Chirveches, Finot, Mendoza, Tamayo, Gutiérrez., Ágiles para denunciar bulliciosamente, en nombre de principios generales, la corrupción de los gobernantes, su miopía, la mediocridad del medio no creyeron, empero, sin fracturas en la posibilidad de aplicar en un ambiente como el boliviano los principios generales del humanismo abstracto o los valores universales de verdad, justicia, lealtad, pero trataron de verlos plasmados en algún grado en la realidad., hecho que motivo las denuncias de inconsistencia ética y hasta de hipocresía.

Fue en nombre de principios morales que Arguedas, lejos de los achaques de oportunismo que también le dirigieron, no transigió en el contenido de su obra histórica y se despreocupó de las consecuencias. En la oposición hecha por M. Weber entre la ética de la responsabilidad y la de convicción, se inclinó por esta última opción. Tamayo también dio a sus posiciones la altura de una moral jamás rebajada. Sostuvo que "ciertos hombres no necesitan crecer porque han nacido crecidos". Se refería a él. Tuvo una alta idea de su carácter y de sus valores, aun cuando la crítica de sus contemporáneos por sus actos arreciaba. Tejada Sorzano en los difíciles tiempos de su presidencia prefirió no baratear sus convicciones por prolongarse en el poder.

Las largas carreras de estos hombres y los compromisos que asumieron difundieron las acusaciones de traicionar sus convicciones, de ponerse del lado del sol que calienta, se los vio como “pasa- pasas,” juzgados antes por las apariencias que por las razones que pudieron tener. En ciertos casos las representaciones correspondieron probablemente mejor que en otros. Gutiérrez, Vaca Chávez, por algunos llamativos cambios de lealtades, no recibieron gratuitamente el reproche de ceder sus principios para transar con los poderes políticos.¹⁸⁹ Los cambios de afiliación originaron las percepciones adversas. Pero las condenas, en general, tocaron a muchas personalidades sin mayores bases fácticas. La tacha caía sin conocerse las causas personales, las circunstancias de la decisión de un Gutiérrez o un Vaca Chávez, censurados primero, prescindiendo de la información mínima de las razones y las motivaciones de los actores comprometidos en el asunto. Ciertamente no vivieron en una “galaxia ética”, actuando entre desconocidos, la proximidad física y social en la cual se desarrollaron contribuyó a que esa imagen crezca con prontitud. Siempre se podría encontrar alguien que se consideraba traicionado por el amigo o el pariente.

La opinión rápida para endilgarles los pecados de soberbia, de oportunismo, de plañideros o tráfugas fue ciega para reconocer cualidades y rasgos personales que los ponían a la par del resto de sus compatriotas con sus manías, querencias, excentricidades, pero también con sus aptitudes para levantar vuelo por encima del promedio. Arguedas fue un fruticultor entusiasta, amante de los árboles. Le hubiese gustado que la Municipalidad se ocupe de arborizar los parques y plazas de la Sede de Gobierno. Tamayo exhibió en sus mocedades una inclinación por el dandismo no exento de una voluntad de provocación. Chirveches tuvo una pasión por los objetos refinados, de buena factura y calidad, por las ediciones raras y costosas de libros. Finot, como diplomático, le gustaba darle el relieve a la función puesta al servicio de los intereses patrios. Su desplante fue proverbial. Se comentaba entre bromas y elogios que hacía temblar el Departamento de Estado Norteamericano con pisada fuerte. Fue una personalidad jovial, generosa, franca. Poseedor de una gran cultura y hábil conversador producía simpatía e interés entre sus colegas en el extranjero.¹⁹⁰ Alarcón tuvo una veta de viajero, de aventurero que transparentó en alguna medida en sus relatos. Sánchez Bustamante manifestaba en sus actos y sus libros una enorme tolerancia, que no se confundía con la falta de convicciones. Bedregal era un conversador impenitente, pletórico de humor e ironía, iniciaba charlas con cualquiera que se le atravesaba al paso. Mendoza era de apariencia grave, hosca, tímido, pero era un tímido valiente cuya pluma era un escalpelo, de acuerdo a la imagen que de él retuvo Costa Du Rels.¹⁹¹ Dotado de una gran sensibilidad, pero que la ocultaba, no le gustaba exhibirla en público. Repleto de picardía y malicia calaba hondo en la percepción de cuerpos y almas que con expresiones risueñas y agudas exponía al público. Un abogado a quien el pueblo le puso el mote del “Maestro de baile,” excitaba la verba de Mendoza por su vestimenta a la moda del siglo pasado y la cadencia de sus movimientos, por el bamboleo de hombros y las inflexiones de torso, el ritmo de los brazos... Una figura venida de la Grecia clásica, pasando por la corte de los Valois, de los Borbones confiaba Mendoza al corro que le rodeaba. Esos pasos de contradanza sin música pertenecían a un personaje de leyenda disfrazado de burgués chuquisaqueño, a un alma cosmopolita emigrada en un cuerpo de mestizo. Mendoza no era un buen orador ni tenía palabra fácil. Leía mal con voz sorda y monótona, pero era un hombre de voluntad, esfuerzo y talento para escribir.¹⁹²

¹⁸⁹ Arguedas no tuvo simpatía por Gutiérrez, criticó sus defectos en el Diario, sobre todo después de la publicación de *Hombres Representativos*. Lo encontró insincero, pesimista y acomodaticio.

¹⁹⁰ J. Peñaranda Minchin, *Memorias (1902-1957)*, s/e, La Paz, 2000, p., 143.

¹⁹¹ A. Costa Du Rels, *Una luz...* art. cit., p.14.

¹⁹² A. Costa Du Rels, *Ibid.*, p. 15 y 16.

CAPÍTULO III

La obra de los intelectuales en la sociedad boliviana de las primeras décadas del siglo XX.

° La recepción de la obra

Los intelectuales que buscaron publicar, ser conocidos en el exterior no lo hicieron por pura vanidad, era un elemento de la construcción de su papel. Varios alcanzaron el objetivo que, si bien estuvo lejos de constituir un boon como el que tuvo más tarde la literatura del Continente, se expresó en una cierta acogida de los libros que produjo satisfacción, engrimiento en los autores. Publicar en Francia, en España, en el exterior constituyó uno de los motivos de los contactos con el extranjero para los escritores de esa generación. Alarcón, Arguedas, Chirveches, Mendoza, Tejada lo consiguieron entre los bolivianos, al igual que otros latinoamericanos. "Paris: la única ciudad de las consagraciones definitivas y la única que sabe enriquecerse dispensando la más sabia de las protecciones al extranjero," proclamaba un nostálgico personaje de Chirveches, 193 que sintetizó la opinión de muchos de ellos.

El hecho de ser leído en un sitio estimado como uno de los centros mundiales de la cultura ofrecía además de la gratificación personal, un elemento que repercutía en la recepción de la obra en la sociedad de origen, donde surgían, ya se señaló, sentimientos mezclados de orgullo y envidia, de admiración y de censura.

Alarcón, Arguedas, Chirveches no sólo fueron publicados en el exterior también se beneficiaron tempranamente de traducciones de sus obras al francés, en el último caso además en una importante casa editora y como folletín en un periódico de gran difusión.

La partida a Europa en pos de nuevos horizontes, donde varios aprendieron en parte el oficio, pagó la promesa, pero tuvo su costo, en ciertos casos tal vez muy alto, como se vio. Algunos se quejaron en la intimidad de no pertenecer a ningún mundo, con un reconocimiento frágil en el exterior, mal vistos en su pueblo, se sintieron abandonados en la batalla, cuando no fracasados¹⁹⁴.

Arguedas, uno de los más conocido en el extranjero de los de su tanda, gozó en Iberoamérica de una difusión significativa. En Francia, bien integrado socialmente, su obra no llegó a las cumbres de la aceptación ni de la divulgación. Sus libros se leyeron principalmente en el medio de los especialistas de América. En Bolivia, los ensayos y las novelas se vendían bien con criterios nacionales, figuraban según la librería Arnó, en la década del 20, entre los más solicitados. Pero una cosa era la venta, otra la crítica que a menudo los ignoraba o destacaba en ellos lo que consideraba antinacional en la obra. Chirveches, igualmente tuvo un buen recibimiento local y externo de sus narraciones. Celeste llamó la atención de la crítica por su concepción literaria novedosa, aunque no fue un éxito de venta. M. T. Soria, un académico actual, afirma que la novela, sencilla, casi ingenua fue una suerte de poema en prosa, cuyo valor no radica en el argumento "sino en la forma y el estilo de la narración"¹⁹⁵. Otros lectores significativos señalaron opiniones similares. La candidatura de Rojas le abrió una audiencia nacional e internacional. Sin embargo y a pesar de esa acogida, él pensó su trabajo poco apreciado, tal vez debido a la crisis personal que ya despuntaba en ese momento.

El disgusto de los políticos por las críticas al sistema electoral no fue ajeno a esa fría recepción.

¹⁹³ Citado por M. T. Soria, Chirveches... op. cit., p.41

¹⁹⁴ A. Arguedas, Diario, 15-III-1912.

¹⁹⁵ M. T. Soria, Chirveches...op. cit., p.55

La publicación en *Le Temps* de la candidatura de Rojas, bajo forma de entregas, no cambió significativamente el sentimiento de no ser bien entendido ni valorado por los lectores. Arguedas que le dio la noticia de la aparición de la novela en la prensa parisina, creyendo darle una alegría, se sorprendió de su impasibilidad. “Por sus labios finos, vagó una sonrisa discreta y distante, que bien podía ser de satisfacción o desapego...”¹⁹⁶ Tampoco modificó la aflicción que lo dominó en sus años finales, saberse publicado por la Casa Hachette de Francia en una colección de los mejores novelistas extranjeros, al lado de Dickens, Tolstoi Manzini. Ante una observación que Arguedas hizo de *Flor del trópico*, Chirveches respondió: “No me sorprende que el libro no le haya gustado...la obra debe haberle parecido frívola. Creo, como todo el mundo, que me planté en la candidatura de Rojas.”¹⁹⁷ La casa solariega constituyó un éxito de crítica Ballivián, Bedregal, Augusto Guzmán la tuvieron por su obra cumbre, “la novela de más garra.” No faltaron empero lectores descontentos, especialmente en Sucre donde se ambientó la narración, que desaprobaron la posición anticlerical, para algunos pasada de moda, una especie de diatriba contra los Jesuitas.¹⁹⁸ Para otros era mejor ignorarla a fin de dejar el avispero tranquilo.¹⁹⁹ La virgen del Lago, cuyo subtítulo da cuenta cabal de su propósito, una Crónica de una romería a Copacabana, la última de ambiente nacional. Los diálogos escritos con habilidad y oficio, irónicos, no consiguieron sortear la categorización de obra menor del autor.

Bedregal lamentó que su libro, *La máscara de estuco* que se vendía bien según el librero Arnó, se lea a hurtadillas y en voz baja.²⁰⁰ Puso en sus artículos recogidos como libros un humor relajado con tinte sociológico donde los problemas tratados adquirirían un aspecto novedoso, que el público gustó. No ahorró paradojas ¿El indio es un problema para el blanco o el blanco es un problema para el indio?²⁰¹ solía repetir.

Tamayo no publicó afuera. Los poemas se vendieron en el país y en el extranjero. Aquí y allá fueron estimados, pero nunca alcanzaron a una vasta difusión. Los lectores se concentraron en pequeños sectores que gozaba de alta educación. La crítica los saludó con aplausos y comparaciones hiperbólicas con poetas del exterior, pero también se manifestó reiteradamente señalando los defectos de los versos: obscuridad, pesadez, altisonancia, lenguaje hermético, erudición gratuita²⁰². Los artículos de prensa sobre la educación, consagrados a la creación de una pedagogía nacional apropiada para recuperar la energía de las masas indígenas, retomados bajo forma de libro, le dieron una sólida reputación en los grupos de avanzada. Provocaron una polémica y se consideran un hito en la formación del pensamiento nacionalista. Aunque ahí abundaron las alusiones, implícitas o explícitas, a autores y temas del extranjero y tampoco escapó al racismo ambiente. De los intelectuales de entonces fue el que el país consideró como el más suyo y al que en vida le dio la mayor estima, vista con cierta condescendencia por el propio personaje, si bien muchos de sus contemporáneos se negaron tomarlo en serio.

La creación de la pedagogía nacional tuvo para su difusión apoyo del Estado y conquistó una audiencia amplia de lectores y de opinión que forjó la imagen favorable del pensador que aún perdura.

Los dos escritores dominantes de la generación nunca mantuvieron entre ellos una relación afectuosa. Arguedas admiró algunas de las poesías pero detestó al hombre. Tamayo tampoco tuvo

¹⁹⁶ A. Arguedas, *La Danza de las sombras*, Sobs de López y Cia, Barcelona, 1934 p.96. Corresponde a el Diario, 12- XI, 1926.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p.100.

¹⁹⁸ Cf. M. T. Soria, *Chirveches...op., cit.*, p 10. Ver también E. Finot, *Historia de la literatura...op., cit.* Cap. Complementario, escrito para la segunda edición de la obra por José de Mesa y Teresa Gisbert donde señalan la orientación anticlerical de *La casa solariega*, en su opinión, ya superada.

¹⁹⁹ R. Ballivián, *Comentarios...*, op.cit., p.39

²⁰⁰ Carta a Arguedas: 21 de noviembre de 1924, *Epistolario*, op.cit., p.59.

²⁰¹ J. E. Guerra, *Itinerario espiritual de Bolivia*, Banco Central de Bolivia, La Paz, 1989, p.29 (1º Ed.,1933)

²⁰² D. Gómez de Fernández, *La poesía lírica de Franz Tamayo*, Ed.,Los Amigos del Libro, La Paz, 1968, p.8.

simpatía por aquel.²⁰³No entraron en debate directo pero se aludieron en las obras. Cada cual tuvo un público ideológicamente diferenciado. El uno y el otro han originado una importante cantidad de estudios, ensayos y biografías intelectuales. Sus planteamientos se enseñan y se discuten hoy en las aulas universitarias del país, Pero no tuvieron discípulos ni dejaron escuela.

Sánchez Bustamante, uno de los impulsores de la reforma educativa y de los fundadores de la sociología académica en Bolivia, tuvo una obra más diversa, desperdigada en artículos de prensa. Elaboró una tesis sobre Bolivia: su estructura y sus derechos en el Pacífico (1916), bien recibida por el público especializado, suscitó además controversias adentro y fuera: Vázquez Machicado apuntó la debilidad del planteamiento que no tomaba suficientemente en cuenta el Oriente boliviano.²⁰⁴ Mientras Otero destacó el idealismo de su propósito de buscar salidas a la mediterraneidad del país, así como la elegancia de la prosa, considerándolo un símbolo de la nueva Bolivia. Pero los juicios cambian rápidamente. Hacia el año 30, Medinaceli dijo que su caso recordaba el de J. E. Rodó. “No nos inspira más gran pasión ni nos arranca un grito de rebeldía.” Sánchez Bustamante debatió, por otra parte, como educador, como uno de los responsables de la contratación de la misión Rouma, respecto a la filosofía de la educación nacional con puntos de vista inspirados en los últimos avances de la pedagogía en Estados Unidos y Europa, pero recusó la implantación de reformas que desconozcan las características del boliviano. Escribió igualmente textos de enseñanza universitaria que sirvieron como manuales de aprendizaje para los estudiantes y profesionales del derecho.

Mendoza, fuera de la novela, descolló en la reconsideración de la geografía nacional, sus ensayos influyeron en los medios políticos e intelectuales, subrayando con argumentos geopolíticos la unidad del territorio patrio. En las tierras del Potosí, su novela primigenia, fue elogiada como una de las mejores narraciones nacionales, en el momento de su aparición. Rubén Darío señaló al autor como el Gorki boliviano. R. Altamira, prologuista de Raza de bronce, juzgó a Mendoza: “un novelista lleno de fuego, de color, de visión clara y precisa del paisaje y de la vida humana.”Aquí y allá con algún descuido.²⁰⁵ Páginas bárbaras (1914), Los malos pensamientos (1916), Memorias de un estudiante (1918) y otras ficciones, no consiguieron el éxito de crítica y de lectura de la primera obra. No sucedió lo mismo con sus ensayos.

Gutiérrez y Saavedra desarrollaron una obra histórica, política y sociológica reconocida como valiosa por sus contemporáneos. El melgarejismo antes y después de Melgarejo (1916) del primero encendió vivas controversias y réplicas en la opinión que todavía guardan el interés del lector actual. Según Otero se trató de un examen total de la vida política boliviana hasta las primeras décadas del siglo XX que giró en torno a una figura que sintetizó aspectos del carácter nacional.²⁰⁶ A. Guzmán respondió en Libertad o despotismo en Bolivia: El melgarejismo después de Melgarejo (1918), intentado presentar el fenómeno como un accidente de la historia nacional, antes que como un hecho estructural o cultural, en lenguaje actual. Guzmán fue autor asimismo de Los Colorados de Bolivia (1919) donde continuó con el asunto de los golpes militares a través de las acciones de ese regimiento emblemático del ejército nacional. El periodista Carlos Romero se unió al debate con un libro sobre las taras de la democracia boliviana.

Los estudios de Gutiérrez sobre la Guerra de 1879 buscaron de esclarecer los sucesos y respondieron a escritores chilenos con una imagen distinta de los hechos. La primera edición (1914) se agotó prontamente. Una segunda edición corregida y aumentada se publicó, para

²⁰³ Tamayo en Scherzos le dedicó a su rival una letrilla sin mencionarlo con el título de Filisteo. Nadie ignoró el destinatario. Arguedas no se quedó atrás, en su Diario emprendió con su viejo adversario anotando “comediante que durante toda su vida no ha hecho otra cosa que fingir actitudes lanzar frases impresionantes, pero que no ha obrado nunca con generosidad y desprendimiento... toda su vida no ha hecho otra cosa que... lanzar... puntapiés sobre las nalgas de otros tan mentecatos y vanidosos como él y ésta su habilidad en las patadas le ha creado un ascendiente que pocos escritores han tenido en este país desmemoriado y desorbitado”.

²⁰⁴ H. Vázquez Machicado, Los precursores de la sociología boliviana, Ed., Don Bosco, La Paz, 1991.

²⁰⁵ A. Arguedas, Epistolario, op.cit., 161.

²⁰⁶ G. A. Otero, Figuras...op. cit., p. 78.

satisfacer a la demanda, seis años después. Hombres representativos (1927) le ofreció la ocasión de manifestar su concepción sobre la historia comprometida. "(Esta) debe ser parcial en los acontecimientos que narra...apasionarse en un sentido o en otro es una cualidad inherente del patriotismo de verdad". "No se puede ser historiador sin amor u odio, sin una inclinación hacia aquello que se considera noble y justo." El texto si inscribió a contrapelo de las tendencias que propugnaban una historia positivista. Arguedas en su Diario anotó su desacuerdo con esa "historia censura." Pues creía que su autor no tenía derecho, por sus acciones, a erigirse en el portador estandarizado de tal posición.²⁰⁷El libro dividió la crítica que desbordó los aspectos metodológicos e incluyó la selección de personajes, considerada como sesgada.

El libro de Saavedra: La democracia en nuestra historia (1919) tuvo resonancia en su momento de la publicación como un aporte a la comprensión de la génesis y de la bancarrota del liberalismo criollo mostrando además la posibilidad de otras formas institucionales como el régimen parlamentario de corte inglés, distinto del presidencialismo característico nuestro, pero produjo un efecto bumerang cuando ocupó la presidencia.²⁰⁸Los constitucionalistas, juristas alabaron el texto y las propuestas que podían inaugurar una discusión para un establecer una democracia sólida pero lamentaron su olvido en la práctica del poder. El Ayllu (1903) fue visto en la época como la investigación más seria de las ciencias sociales sobre una de las instituciones más antiguas de la sociedad andina. Medinaceli se entusiasmó con su lectura y resaltó el uso de fuentes variadas, cronistas de Indias, leyes coloniales, libros contemporáneos.²⁰⁹ Hoy los trabajos modernos sobre el asunto lo han dejado atrás. Sin embargo ha tenido siempre lectores interesados.

Finot, además de escribir novelas, El cholo Portales (1926) un cuadro político y social del avance del cholaje en el período liberal y Tierra adentro (1947), narración costumbrista de Santa Cruz, produjo textos históricos y ensayos entre los cuales sobresalen: La reforma educacional en Bolivia (1917), la Historia de la conquista del Oriente boliviano (1939), la Historia de la literatura boliviana (1942) y la Nueva historia de Bolivia en interpretación sociológica (1946), las tres últimas, cuando ya se había alejado ideológicamente de sus amigos de Palabras libres, fueron inmediatamente puestas de relieve por el enfoque nuevo con el que fueron escritas. Todos se reeditaron. En la Nueva historia los temas de clases sociales y sus conflictos así como los relacionados con la cultura hicieron su entrada. El problema racial, que sostuvo era de naturaleza educativa antes que biológico o geográfico, también ocupó su lugar en el texto. Tal Posición confirmaba su alejamiento de los compañeros del primer momento. La Historia de la literatura no tuvo precedentes anteriores por la amplitud del tiempo considerado, desde la colonia hasta el momento en que se escribió y por las figuras incluidas, luego en la década del 50 fue reactualizada con un anexo preparado por los esposos Mesa- Gisbert. Los lectores la consideraron el primer trabajo serio sobre el asunto, así algunos la calificasen de catálogo comentado. En los años del Centenario escribió un manual ilustrado de historia destinado a los estudiantes, una suerte de pago a la deuda contraída con la Escuela Normal de la que salió graduado como profesor. Tuvo un prólogo de Rouma. El libro se adoptó texto oficial de enseñanza escolar.

Alarcón, un viajero impenitente y un escritor constante de novelas y poesías, tuvo siempre buena crítica en el país y afuera, así como lectores que permanecieron fieles a sus creaciones, en las cuales recogió episodios del pasado inca y colonial. Érase una vez...crónicas de Potosí en el

²⁰⁷ En su nota del Diario de 9 de febrero de 1927, Arguedas cree que Gutiérrez le hace en Hombres representativos una ataque casi abierto, pero además expresa su indignación con el autor y su posición: "No obstante estar yo de acuerdo con los que pretenden dar impasibilidad de piedra a la historia, yo me siento terriblemente parcial al escribir la de mi pueblo, pues pretendo nada menos que hacer ver y palpar la mediocridad, la indigencia moral, la cortedad de ingenio, y la estupidez, la bellaquería...de la mayoría de la gente que maneja los destinos de la pobre Nación. Pero Gutiérrez un descreído y un renegado y más todavía un odiador de la patria..." No tendría la moral para asumir ese planteamiento.

²⁰⁸ Arguedas refiere una anécdota sobre el particular: preguntado por V. Mendoza López, un familiar de Saavedra acerca del libro le respondió: "Como teoría, no hay nada que decir, excelente, ¡Lástima que como gobernante no pueda realizar lo que piensa!". El otro replicó: "Con una especie de asombro sonriente, qué quiere usted. ¡Si lo hiciera al día siguiente lo echaban de palacio sus mismos porteros!". Diario, 9-IX-1921.

²⁰⁹ C. Medinaceli, Medinaceli escoge, Antología, Ed., Amigos del Libro, La Paz, Cochabamba, 1967, p.254 y 311.

virreinato tuvo tres ediciones. C. Rojas aportó con ensayos sobre las finanzas del país. Su historia financiera fue y es todavía un texto de consulta sobre el tema. Incursionó asimismo sobre la administración del gobierno liberal y fue un columnista de prensa ágil apreciado por su público. Sobre la misma temática financiera elaboró sus ensayos Tejada Sorzano: Cuestiones económicas después de la crisis, impresa en Londres (1909) La reforma bancaria en Bolivia (1913). En 1934, presentó: El concepto liberal en la hora presente, que dada su condición de vicepresidente de la República obtuvo reacciones de partidarios y opositores que leyeron el texto en clave política.

Canelas fue ante todo un periodista. Autor de una novela: Aguas estancadas (1912), narración de la vida en un pueblo pequeño con personajes bien plantados, una intriga verosímil y escrita en prosa llana, sin artilugios innecesarios, Fundó en Cochabamba el diario Los Tiempos donde sus editoriales agudos, satíricos hicieron escuela. Tuvo igualmente una importante actuación en la política nacional.

W. Montenegro, un escritor de otra generación, en un largo juicio retrospectivo dijo de Canelas:..." Puede sin exageración decirse que es inconfundible. ¿Con quién podría confundirse a don Demetrio?...Un boliviano tipificado por todos los perfiles de la mentalidad nuestra, y por otra parte, los elementos de la universalidad que da la cultura...Se le ha acusado frecuentemente de ser destructor y de no construir nada...Así se ha interpretado su atributo esencial el análisis...una forma indirecta de construcción...Una figura incomprendida... (de quién) no se aprecian sus grandes méritos: valor civil ... (fue) el más brillante editorialista de la época..."²¹⁰ Vaca Chávez igualmente fue un periodista cuyos artículos eran temidos por sus adversarios.

Los demás autores después de un inicio llamativo como intelectuales, especialmente con artículos de prensa, poesías, ensayos, cuentos se entregaron de lleno a la actividad política realizando publicaciones de tiempo en tiempo.

° Los lectores de los intelectuales y las lecturas de la época.

¿Quiénes fueron los lectores en el país de los escritores? En los primeros años de 1900, La Paz, la ciudad con mayor población del país, contaba con 54.713 habitantes,²¹¹ los eventuales lectores alcanzaban a alrededor de 15.146, número que corresponde al total de personas que sabían leer y escribir, equivalente al 30% del total. Si se afina la cifra, no de manera muy exigente, para considerar los segmentos de población más cercanos al libro, como los profesionales liberales, los estudiantes, los artistas y profesores, los religiosos, un sector de los comerciantes e industriales, propietarios, así como el artesanado joyeros, relojeros, tipógrafos, calígrafos, se llega a cerca de 8.000 personas, algo más del 14% del total. En Cochabamba, Oruro, Sucre, con poblaciones del orden de los 20.000 habitantes, la proporción de lectores era parecida a la de La Paz. Las cifras evolucionaron a lo largo de la vida de los integrantes de la generación.

Se tiene información para la década del 20 del tiraje de los periódicos, fecha en la cual el grupo de escritores se encontraba en lo alto de su madurez y producción, que da una idea aproximada de los lectores que cotidianamente seguían la prensa y de la importancia de este medio con relación al libro. El Diario de La Paz, uno de los de mayor circulación en el país, sacaba en 1922 un promedio por día de 4500 ejemplares, de los cuales en la Sede de Gobierno se vendían alrededor de 2.000 y 1.800 en Oruro, el resto en los demás centros. Las ciudades del interior tenían su propia prensa y su propio público. Los periódicos de Cochabamba y Oruro tenían alcance nacional.

²¹⁰ Citado por O. Urioste, Mi historia, op. cit., pp. 301-303.

²¹¹ Cf. Censo Nacional de 1900, Boletín de la Oficina Nacional de Inmigración, Año I, No. 9 y 10, pp. 851 y ss. La cifra de lectores se ha obtenido aplicando a categorías como: comerciantes, industriales, propietarios el porcentaje general de población alfabetizada. El mismo procedimiento se siguió con el artesanado, salvo los oficios como tipógrafos, joyeros, relojeros, calígrafos que incluyeron a todos.

Sin embargo, no conviene confundir el lector de periódicos más fiel, habitual y cotidiano, sin olvidar que el mismo periódico corre de mano en mano en la familia, con el de libros cuya compra se hace de manera más esporádica y toca a un público más reducido, diverso y a la vez más cultivado, aunque un número importante de lectores se dirige al uno y al otro.

El libro exige un mayor esfuerzo de reflexión así como de formación a su público y al autor. Su escritura también pide mayor cuidado. Supone una cierta decantación del pensamiento, un esmero por el estilo, también se le reconoce indudable autoridad, una suerte de magisterio. Pone una distancia más amplia entre el texto y el lector que permite sopesarlo mejor. Mientras el periódico ofrece la actualidad inmediata en toda su viveza. Los distintos géneros que se expresaban en la prensa cotidiana son y eran ante todo llamativos, redactados al calor de los hechos, frecuentemente inclinados hacia las fórmulas sumarias. Los intelectuales tenían en un alto concepto el libro, pero no descuidaban la colaboración con la prensa. Aun si a menudo no se hallaban de acuerdo con sus estilos de trabajo, no dejaron de plegarse a sus dictados, todos pasaron por ella, en el país y corrientemente en el extranjero, yendo desde la crónica hasta la presentación y discusión de ideas de fondo. El folletín sirvió a la difusión de las novelas de Arguedas, Chirveches.

El grueso de los lectores se reclutaba principalmente en los sectores sociales medios y altos, de sexo masculino, universitario, profesional, si bien entre ellos existían preferencias diferenciales por las obras. Hecho que reduce considerablemente las cifras avanzadas arriba. Sin embargo las mujeres se estaban familiarizando de manera significativa con la literatura, algunas escribían y leían ya no más a hurtadillas versos, y con el libro, como se desprende de las ventas de novelas, no sólo en castellano. La inclinación no era de ese momento, lo que constituyó la novedad fue el aumento del número de mujeres y la mayor diversidad de sus intereses culturales y su mayor autonomía en sus gustos. Algunas librerías de La Paz, Oruro, Cochabamba traían corrientemente obras de ficción en francés e inglés como las entregas de la Colección Nelson en inglés cuyas lectoras eran generalmente jovencitas de alta sociedad.²¹² Si se quiere un dato impresionista de éstas con seguridad no pasaban de una veintena por ciudad. Uno de los personajes de Chirveches sostiene que a las mujeres del tiempo de Celeste no les agradan las lecturas de textos de meditación o filosóficos, pero se entusiasman por los relatos naturalistas que suelen leerlos a escondidas,²¹³ escapando a las tutelas que pretendían controlar las lecturas.

G. Rouma introdujo la coeducación en la Escuela Normal de Sucre, “con la prudencia pedagógica que comporta esta reforma,” que de manera general repercutió en provecho del desarrollo de las mujeres y en especial en el interés por la literatura. Gracias a esa disposición, las muchachas ganaron en “confianza, independencia y perdieron su timidez y frivolidad”. Cierta, ella no buscó empujarlas a la universidad y favorecer “la formación de sabias, neurasténicas y asexuadas”. Apenas una cubierta de cultura general que incluía la lectura, como recalcan sus impulsores.

En los años 1915 en Sucre, alrededor de A. Gehain, un educador belga, se congregó un equipo de jóvenes de una tanda posterior al primer grupo de intelectuales, entre los que se encontraban I. Prudencio Bustillo, A. Costa Du Rels, intentando elevar el nivel educacional de las mujeres, “sacarlas de la modorra colonial.” Así se fundó una Universidad Femenina Libre, a fin de familiarizarlas con las grandes corrientes intelectuales contemporáneas. Mendoza oficiaba de Decano. El esfuerzo duró dos años. Una conferencia de Gehain sobre Felipe II, malentendida,

²¹² Guardo en mi biblioteca un lote de novelas de esa colección compradas localmente que pertenecieron a las hermanas Rosa y Mercedes Aramayo Zapata, firmadas y fechadas en los años 1915. También se vendían obras narrativas en inglés de casas como Everyman's Libery, Cassell and Co. La poesía anglosajona: Poe, Burns tenía sus lectoras en el idioma original. Ciertos poemarios, en su encuadernación Art Nouveau de origen, servían como álbumes de dedicatoria donde amigos y suspirantes dejaban sus cuartillas en competencia con los poetas. Otras mujeres preferían el francés, las biografías, relatos, como se aprecia en los libros que dejaron con su firma.

²¹³ A. Chirveches, Celeste, op.cit.

desató una ola de chismes y murmuraciones. El auditorio comenzó a ralear y la Universidad cerró sus puertas.²¹⁴

En los segmentos sociales altos, la moda de las tertulias recobró interés. Las señoras de la casa abrieron sus salones a los artistas, escritores y políticos, ahí se hacía música y se hablaba de arte y libros.²¹⁵ Las tertulias se aproximaban al modelo del salón francés, menos las duquesas y princesas patrocinadoras de los artistas. Probablemente en ellas aparecían los mismos defectos que Proust satirizó al pintar el clan de los Verdurin o Moliere retrató en La crítica de la escuela de las mujeres, con mayor mordacidad. Sin embargo, la tertulia fue para las mujeres un lugar apropiado para comentar en las conversaciones sus opiniones sobre el arte y los libros, ahí las preferencias quizá seguían los imperativos de la moda, pero no se dejaban llevar por las llamadas lecturas para damas. El interés de las conversaciones literarias no fue pequeño para los autores, pues muchos de los chismes y cuentos que allí circulaban sobre ellos y sus obras contribuían a formar pequeños espacios de opinión que favorecían la difusión de las creaciones.

En las ciudades se comercializaban obras en francés de la Biblioteca Alcan de Paris, donde aparecieron los autores de mayor renombre en las ciencias sociales y la filosofía de Europa. Los personajes de La Virgen del Lago de Chirveches se enorgullecían de leer esas publicaciones en el original. Textos de un género similar, además de las traducciones, ofrecían La España Moderna, D. Jorro, Sempere y Co, que encauzaron decisivamente las orientaciones del pensamiento del país en las primeras décadas del siglo pasado, marcado por la presencia fuerte de versiones de autores franceses que constituían una mayoría en los catálogos de las editoriales, si bien la presencia del inglés ya era visible en las narrativa y el ensayo. El pensamiento y la novelística de España nunca perdieron el interés de los intelectuales ni del resto del público.

No todas las publicaciones eran de alta calidad, las ediciones baratas de Sempere de Valencia, hechas con ansia de lucro, mutilando los textos, produjeron la indignación de Arguedas. Fáciles de leer, de retener, con presentaciones simples de los hombres y la sociedad atraían a la juventud y a otra gente que se hacía fama repitiendo lugares comunes y banalidades. Procedimiento bien conocido entre los bolivianos para pasar por hombres fuertes y de ideas renovadoras.²¹⁶ Arguedas tal vez exageró la nota crítica de esa editorial porque sufrió en carne propia por la mala publicación de Raza de bronce en su segunda edición. En general las traducciones no sólo de esa editorial eran poco cuidadas, traían interpretaciones aproximativas.

Pero las ediciones baratas como las de Sempere y Co., eran como los libros de bolsillo actual, se dirigían a un público mayor, de ingresos bajos, universitarios. En las librerías de viejo se encuentran muchos ejemplares de esa colección, nunca encuadernados, como solían hacer con los libros considerados de valor por los lectores con medios económicos. En el mismo formato comenzaron a popularizarse libros de aventuras y románticos. Éstos por su estructura sencilla, repetitiva permitían un acceso fácil al escrito, especialmente a mujeres y adolescentes, como sostiene R. Chartier. No eran obras recomendadas por los maestros o los padres, pero hacían parte de los aprendizajes que se efectuaban en los grupos de pares, en ocasiones manifestaban un acto de rebeldía personal contra la familia o la clase o una iniciación a un mundo propio. Las críticas de los escritores a estos libros y lecturas no carecían de razón desde un punto de vista elitista de una cultura superior, de reproducción social, pero resultaban ciegas para las transformaciones de la familia, la sociedad que luego vendrían y que tales lecturas rebeldes anunciaban.

El asunto de los malos libros por la edición o el contenido y los malos autores volvió en varios de los escritos de Arguedas y constituyó asimismo una de las preocupaciones de los demás escritores del grupo que se transmitió a las generaciones siguientes. Pero, aparte de la complejidad

²¹⁴ A. Costa Du Rels, prefacio citado, p.12 y ss.

²¹⁵ M. Robinson, Bolivia, Barrie and sons, Philadelphia, 1906, p.46 y p.122.

²¹⁶ A. Arguedas, pueblo, op.cit., p. 128-129.

del fenómeno de las “malas lecturas,” una de cuyas facetas produjo la reacción de Arguedas, no todo el público aceptaba cualquier impreso fácilón. Hubo también el lector crítico y bien informado, capaz de distinguir entre un libro de buena factura, traducción esmerada y otro de pobre calidad.

Desde entonces muchas cosas han cambiado, las editoriales se han multiplicado y a su vez se han concentrado en un número menor de sociedades que las controlan, los viajes al exterior, la asistencia a programas formativos de las principales academias del mundo son moneda corriente entre los universitarios del país, los medios electrónicos de comunicación han ampliado la información disponible para todos, los intelectuales han adquirido un trato ágil con el mundo. Sin embargo, las casas editoras y sus políticas de publicaciones aún influyen en el desenvolvimiento del pensamiento boliviano. No se puede estudiar las movidas intelectuales recientes al margen de editores como Siglo XXI, el Fondo de Cultura de México o Alianza Editorial de España y muchas más. Sin intentar establecer una causa única, tampoco excluyente ni ahora ni antes, sólo insistir sobre un factor poco considerado en el momento de analizar las transformaciones de los intelectuales. ¿Cómo comprender la enorme presencia de P. Bourdieu en la sociología de los últimos años o de L. Althusser, alrededor de los 60 en la percepción del juego de causalidades en el marxismo y sus aplicaciones a la situacional nacional de la época, sin referirse a las compañías editoras? Asimismo la tardía aparición en el pensamiento y la política nacional de las corrientes marxistas y socialista puede atribuirse en parte a la poca y no confiable difusión editorial de dichas corrientes que cobran vigor a fines de los años 20, después del triunfo de la Revolución Rusa.

Para volver al tema, la revisión de los libros en circulación diseña el perfil del lector nacional de entonces como el de una persona letrada, antes que de gustos populares. Compartía con los autores los mismos horizontes sociales y culturales. Las lecturas de un joven estudiante sacadas de las indicaciones proporcionadas por Otero sobre los libros que leyó Arguedas, en sus mocedades, antes señalado, confirman la caracterización de ese lector, en la que probablemente se podría incluir al resto de sus compañeros. Si bien aquel ni éstos, en verdad, eran lectores corrientes, sino más bien gente que impresiona por la cantidad y variedad de intereses literarios. El mismo Otero en sus Memorias da un detalle de los libros que acicatearon su vocación. Pasando por alto los textos de geografía, gramática, aritmética, historia sagrada, todos ellos de la editorial Saturnino Calleja, Madrid, recomendados por los maestros, su primera novela sería fue Fecundidad de Zola, que no llegó a entender muy bien, apenas era un adolescente. A escondidas se dio mañas para acceder a El secretario de los amantes (?) y echar ojeadas a un libro de fisiología con laminas explícitas de los órganos internos coloreados, que le parecían cosa de magia. Alrededor de los 15 años comenzó a devorar los libros que encontró en el depósito de un sastre popular en La Paz quien recibió el lote como forma de pago: Ricardo Palma, Vargas Vila, Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Rubén Darío, V. García Calderón, Gómez Carrillo, un verdadero muestrario de los literatos latinoamericanos sobresalientes. Más tarde acometió con Darwin y dos libre pensadores antirreligiosos que le produjeron una crisis existencial. Luego vinieron las lecturas de Los Pereda, Palacio Vadés, O. Picón, La Pardo Bazán, Clarín, M. Ugarte, Flaubert, Maupassant, Gautier, France, además del fetichismo amoroso de Bidet y J. Ingenieros, por el que pasó una parte de su generación y varias de las siguientes. Leía compulsivamente, no tenía un plan serio, pero de ahí salió el narrador, el ensayista y el columnista.²¹⁷

Los dos ejemplos muestran lectores llenos de brío, que se apoderan de cualquier impreso que caía en sus manos. Leían y releían sin ningún hilo conductor, si bien esas experiencias desordenadas los condujeron hacia el arte de escribir: Como diría E. Faguet en una obra consagrada a la lectura, que circuló en francés en esos años y luego en español,²¹⁸ el libro servía para instruir, pero sobre todo para gozarlo y ese creía era el real motivo para acercarse a él, pero como el violín había que aprender a tocarlo para obtener el mayor placer posible. Arguedas y Otero correspondían a ese modelo de lectura lúdica que luego se transformó probablemente en una tarea constante, utilitaria e intencionada que no excluyó el placer de leer.

²¹⁷ G. A. Otero, Memorias, op.cit., p.52 y ss.

²¹⁸ E. Faguet, El arte de leer, El Ateneo, Buenos Aires, 1947. 1º Ed., francesa, Paris, 1912.

Hubo otros estilos de lectura también documentados a través de otros casos que no fueron únicos por ese entonces. Los libros en francés circulaban fácilmente, dos de ellos, *Democratie, Liberté et déterminisme* de A. Fouillée (1895),²¹⁹ de Alcan, también citado por Sánchez Bustamante en sus *Principios de derecho*, y *La sagesse et la destinée* (1911) Charpentier, Paris, de M. Maeterlinck, pertenecieron a B. Saavedra, ya iniciado en la política y la docencia, y lo descubren como un lector acucioso. Subrayaba todo lo que despertaba su interés, emprendiendo además discusiones con los autores, que las iniciaba al margen de las páginas, seguían en el borde inferior y llegaban hasta las hojas en blanco que separaban los capítulos. Los libros de su propiedad muestran siempre las mismas huellas de un trabajo cuidadoso del texto Delfín Eyzaguirre, algo menor en edad que los anteriores, abogado, Rector del Colegio Nacional Ayacucho, alrededor de los años 30, fue otro lector estudioso. Dueño de una gran biblioteca de filosofía y ciencias sociales, donde ya había hecho su aparición la editorial *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset, que difundió las ideas de los ensayistas y filósofos alemanes de la época, de innegable influencia en la formación del pensamiento boliviano de la posguerra del Chaco y de la primera Facultad de Filosofía en San Andrés. Los modelos se trasladaban en el campo filosófico de Francia hacia Alemania. Eyzaguirre tenía sus libros anotados a mano, con una cuidada caligrafía Palmer, haciendo reenvíos de un texto a otro e inclusive elaborando índices propios, mucho más detallados que los del original, a fin de encontrar con facilidad las referencias que seguramente necesitaba para sus clases. Desgraciadamente no dejó obra escrita publicada.²²⁰ Debió ser un gran maestro.

Chirveches muestra gustos exigentes en cuanto a los autores y la calidad de los libros, fue un amante de las bellas ediciones, caras, impresas en buen papel, exquisitamente encuadernadas.^{221A} Serrano, enamorado de Celeste, heroína de su primera novela, pasa horas leyendo *El mal del siglo* de M. Nordau, ilustrado por Doré, tiene además volúmenes de todo formato, incunables, poemarios impresos en fino papel holandés y papel japonés. Cita novelas, obras de meditación y filosóficas que seguramente indican las preferencias del escritor, ya impregnado del pesimismo de los autores europeos finiseculares.

El protagonista de *Los cívicos* de G. Navarro pertenece a otra categoría de lector, distinto de los primeros que toman textos de aquí y de allá, movidos por placer de leer, él selecciona sus libros y los lee en una óptica influida por las corrientes socialistas que claramente son las de su forjador, uno de los fundadores del Partido Socialista Obrero. “Cuando estuve en segundo año de leyes mi inteligencia atormentada y rebelde, ya tenía satisfacciones grandes al leer a los autores rusos.”²²² Confiesa el personaje, que seguramente sentía lo mismo que el novelista. Entre los nombrados figuran Kropotkin, Gogol, Dostoiewski, Turgueneff, Herze, Korolenko y Gorki.

²¹⁹ A. Fouillée (1833-1912), cuyas obras fueron publicadas en su mayoría por F. Alcan, un indicador de la consideración y prestigio que gozó, en la época, muchas de las cuales fueron traducidas por la España Moderna, ejerció un magisterio indiscutible en las primeras generaciones de intelectuales a quienes transmitió su filosofía de corte espiritualista, sin perder su dosis de positivismo. Para él toda idea es una fuerza, por eso quien se cree libre crea su propia libertad tiene una conducta distinta de quien se cree determinado.

²²⁰ La revisión de algunos inventarios de bibliotecas o colecciones particulares ofrece un panorama similar. En 1927, un estudiante en derecho, venido de Tarija a La Paz, mi padre, hizo el inventario de sus libros, prueba del valor que les daba. Era un conjunto relativamente pequeño, unos 100 títulos principalmente de derecho, ensayos políticos y filosóficos, algunas novelas, entre ellas un ejemplar del *Quijote* de 1905. Figuran también *La simulación de la locura* (1918), *El hombre mediocre* (1917), *Hacia una moral sin dogmas* (1917) de J. Ingenieros. Este autor influyó en todos los jóvenes de esa generación. Orientado por los planteamientos de K. Marx y, por lo tanto, por el papel de la economía en los fenómenos sociales, tampoco abandonó del todo las explicaciones por el medio y la raza de la sociedad. Un texto de S. Ramón y Cajal sobre investigación científica aparecido a principios de siglo, era la excepción, y no completamente, respecto a la inclinación predominante de la biblioteca. Los libros leídos estaban cuidadosamente subrayados. La biblioteca de D. Eyzaguirre tenía un contenido parecido. Ciencias sociales, filosofía, historia, bien que mucho mejor provista y con alguna miscelánea de ciencias naturales y formales. Poseo una parte de esta colección, así como los textos citados de B. Saavedra y otros más de personalidades de ese tiempo que constituyen pistas importantes de la lectura y los lectores.

²²¹ Chirveches tenía gustos muy refinados que lo acompañaron hasta el final. Poco antes de su muerte descuidó su vestimenta y arreglo personal, pero con una ironía macabra compró un juego de vajillas y un *necessaire* de la mejor calidad, en las vísperas de su suicidio. Ver A. Arguedas, *Diario*.

²²² G. A. Navarro, *Los cívicos*, op. cit., p.25

De los ejemplos de lectura presentados, se desprende la existencia de una cultura dominada por las letras, las ciencias sociales, la filosofía y el derecho. Ciertamente se trata de lectores que profesionalmente corresponden al mundo de tales disciplinas, en su mayoría escritores. La misma tendencia se encuentra en los catálogos de las librerías nacionales dirigidos principalmente a una clientela que provenía de ese ámbito. Arnó Hnos, alrededor de los años 20, en una lista de cerca de 100 libros puestos en las contratapas y solapas de las obras, apenas figuran unos cuantos textos de medicina, el resto pertenece a los campos indicados. No era el fondo completo. La misma orientación refleja La España Moderna especializada en humanidades en sentido amplio o Sempere, con uno que otro título de ciencias naturales. La oferta de textos de geografía, exploraciones, experimentos científicos, tecnologías, matemáticas era pobre. Los intelectuales se nutrieron de la vasta cultura humanística y, a su vez, con sus obras la afianzaron en el país, que por cierto caminó principalmente por esa vía, casi exclusivamente. Los lectores de los cuales un segmento significativo mas no numeroso se reclutaba en la universidad, compartían los gustos de lecturas de los escritores y de los intelectuales. La Facultad de Derecho de San Andrés no pasaba, por el año 1920, de unos 200 estudiantes. Cantidad algo más baja pero de orden similar se hallaba en las universidades de Sucre y Cochabamba.

La tarea de leer, así como la de escribir, entrañaba peligros ya que el desarrollo moral y cultural del público no siempre casaba con el del autor que podía ser mal entendido. La tesis saltó a la arena pública en varios momentos pero sobre todo con el asunto de los malos maestros, discutido en Francia después de la derrota de Napoleón III, a quienes se achacaba difundir un sentimiento de desesperanza entre la juventud que empujaba inclusive al suicidio, tomado de la filosofía alemana marcada de un acusado pesimismo. Basta recordar la novela de P. Bourget, El discípulo que tanto impresionó a Taine, que vio en el retrato de R. Greslou, el profesor de la narración a muchos de sus contemporáneos. Otros críticos y políticos franceses coincidieron con la denuncia de la obra, porque estaban persuadidos que esos pensadores estaban corrompiendo a la juventud francesa. El asunto tuvo un eco importante entre nosotros. Arguedas, que conoció a Bourget en París,²²³ dejó en el Diario algunas impresiones sobre él, un tanto ambivalentes, no era un escritor de su simpatía. Hizo una cita negativa de El Discípulo, en Vida Criolla aludiendo a la psicología pobre del autor. Pero paradójicamente a él y a Ramírez, el periodista de la narración, les cayó la misma acusación de esparcir ideas peligrosas, encima germanas, en la sociedad boliviana. Ramírez tuvo que abandonar la ciudad por ese motivo. Algunas personalidades de la prensa y políticos locales creían merecido el castigo para todos los que divulgaban pensamientos de esa naturaleza. Prueba del impacto que producían las nuevas lecturas filosóficas en la juventud. La ampliación de la lectura planteaba esas preocupaciones, pero el mercado del libro ya era un hecho real y no era fácil de controlar.

La misión Rouma renovó el interés en los libros infantiles. El educador belga insistía en que los profesores familiaricen pronto al niño con el libro. Asimismo, en el establecimiento de pequeñas bibliotecas en las escuelas, que constituyó otra de las innovaciones de la Reforma.²²⁴ Pero en ambos casos el educador belga pensaba en la existencia de un canon de autores y títulos juveniles que la escuela debía transmitir, pero los muchachos leían las aventuras de personajes como Buffalo Bill, Fantomas, como tiempo después harían otros adolescentes con Salgari y las historietas de Donald, Mickey o Superman, Mandrake, La pequeña Lulú, El Murciélago, El corazón de Julieta Jones. Emilio Finot, cercano a los normalistas por su hermano, y siguiendo la política oficial, dedicó uno de sus primeros esfuerzos a publicar una antología de la literatura nacional

²²³ A. Arguedas, Pueblo..., op., cit., p.137. El autor tuvo sentimientos encontrados con P. Bourget, en ocasiones juzgó mala su obra, en especial El discípulo, como en Vida Criolla, a través de los comentarios de los personajes, en otras como en la cita reconoció el interés del planteamiento. También abordó el tema en algunos artículos de prensa.

²²⁴ Según Rouma había que evitar a los niños las lecturas de los Hechos Diversos de la prensa, al igual que las narraciones repletas de aventuras extraordinarias como Buffalo Bill o Nick Carter. Sugería libros y autores que contribuyeran a realizar acciones generosas, nobles y bellas: d' Amicis, Angelica Brocca. Cf. G. Rouma, op.cit., P.239 y ss.

destinada a estudiantes,²²⁵ ilustrando una vez más la vocación educativa de los intelectuales en ciernes con los que estuvo tempranamente asociado. Las antologías de ese tipo se pusieron de moda. Otero publicó *Crestomatía boliviana*, Arnó, 1928 con una selección de autores y textos. Los textos de lectura respondían a la misma intención canónica.

Una fracción de la población de lectores muy reducida alrededor de unas 40 personas en La Paz, en una aproximación de nuevo impresionista, constituía, lo que se llamó, el grupo de referencia de los autores nacionales, vale decir el lector crítico, conformado por periodistas, profesores, escritores, editores cuyas opiniones sobre libros y autores influían en los lectores comunes y la opinión. Esta cantidad de personas hacía que el papel de crítico se convirtiera en una relación altamente personalizada, en lugar de seguir una orientación más general, más profesional. Motivo que obligó a algunos a buscar en el extranjero una crítica menos localista. Bedregal, en la *Máscara de estuco* en vena satírica, pero que ofrecía una buena imagen de la realidad, afirmaba que aquellos en el país no pasaban de “cuatro docenas y media”, que no los nombraba para no escarnecer a los damnificados o “para que los escasos lectores no se sientan humillados por la mala compañía”²²⁶.

Los tirajes corrientes de los libros eran de 300 a 500 ejemplares. Arguedas constituyó una de las excepciones. Para la publicación de *Raza de Bronce* (1919) efectuó un contrato con los libreros y editores González y Medina por mil ejemplares pagados anteladamente y cien para el autor²²⁷, un acuerdo excepcional para ese momento y aun hoy día. Los libros se vendieron rápidamente, en despecho de las fallas tipográficas, que arrancaron protestas indignadas de algunos críticos del exterior y del propio autor²²⁸. El éxito editorial lo decidió a publicar por su cuenta en los talleres Don Bosco el primer volumen de la *Historia de Bolivia: La fundación de la República*, mil ejemplares. La operación resultó un fracaso, ocho meses después de su lanzamiento, más de la mitad, 650, quedó invendida²²⁹. La cedió al librero P. Fernández quien desgraciadamente al poco tiempo quebró después de un incendio. Posiblemente algo del lote se salvó. En 1922, lanzó por medio de la librería Arnó hermanos, la *Historia general de Bolivia* en 5000 ejemplares, un tiraje récord.²³⁰ El libro recibió inicialmente una acogida favorable. La Cámara de diputados de inmediato compró 60 volúmenes para distribuir entre sus miembros. Sin embargo pronto los lectores, los críticos se disgustaron por los tajantes juicios acerca de la política, la prensa y sus actores y el recibimiento se fue enfriando. El editor cumplió con su parte y remitió el cheque de 2500 pesos con los cuales el historiador planeó viajar a Europa con su familia²³¹.

Arguedas entregó la mayoría de sus obras a casas editoras españolas a fin de extender su mercado. *Raza de Bronce* en su segunda edición, con un prólogo de R. Altamira, por Sempere de Valencia. El texto circuló poco debido a la mala impresión. Una tercera edición se hizo por Losada de Buenos Aires y alcanzó varias reediciones. Se publicó también una versión francesa, en una revista por entregas. Poco se sabe de la reacción del público francés.

Vida Criolla la primera publicación se efectuó en La Paz, donde también se imprimió Pisagua imprenta Velarde, novela primeriza del autor. Una segunda edición, corregida de *Vida Criolla* salió en París, Librería Ollendorf, en 1912.²³² *Wuata Wara* también se presentó en 1904,

²²⁵ Emilio Finot, *Antología boliviana*, Lackermance, Hnos, Ed., La Paz, 1913.

²²⁶ J. F. Bedregal, *La máscara de estuco*, op. cit., p. 57.

²²⁷ A. Arguedas, *Diario*, 1-VII-1919.

²²⁸ La segunda edición impresa por Sempere y Co. adoleció del mismo defecto, además de la mala calidad del papel, sin olvidar la tipografía minúscula y ceñida, capaz de desalentar al lector más corajudo. Cf. A. Arguedas, *Advertencia a Raza de bronce*, Losada, Buenos Aires, 1979, p.7.

²²⁹ A. Arguedas, *Diario*, 20-IV-1921.

²³⁰ A. Arguedas, *Diario*, 6-X-1921.

²³¹ A. Arguedas, *Diario*, 3-XI-1922

²³² “Por aquellos días París se encarga de esparcir por los países de América hispana sus propios valores, siendo uno de los focos radiosos la Casa Ollendorf.” Allí publicó su libro *Ráfagas* A. Zamudio, que obtuvo un éxito de público y crítica. G. A. Otero, Prólogo en A. Zamudio, *Cuentos breves*, Ed. La Paz, La Paz, s/f., p .XV.

un librito, presuntuoso y malo según dijo su autor, fue leído por Chirveches quien hacía parte del grupo de Palabras Libres, lectura que probablemente espoleó el encauzamiento de su obra hacia la novela.

Pueblo enfermo, apareció por primera vez en Barcelona, 1909, a cargo de la casa editorial Viuda de Tasso, donde se editó parte de los estudios de historia. El texto se difundió rápidamente entre los intelectuales de la Región y en el país. La segunda edición hecha igualmente en España circuló poco por su pésima impresión. La tercera versión, modificada con respecto a la primera, apareció en la Editorial Ercilla de Santiago de Chile. De ella se han tomado las sucesivas ediciones que se hacen hasta hoy.

Un fragmento de las Memorias con el título: La danza de las sombras se imprimió en Barcelona: Subs. De López, 1934. Algunos consideran su mejor obra. En Colombia, donde estuvo de Embajador y varios capítulos del libro corresponden a la experiencia allí vivida, tuvo una buena llegada con el público. Entre nosotros también se leyó y comentó ampliamente. Como dijo L. A. Sánchez, autor de las páginas introductorias de la edición de las Obras Completas, hecha por Aguilar, "Comenzaron no escuchándole, y acabaron pendientes de sus palabras."²³³ Ese fue uno de los textos más difundidos del escritor.

Arguedas fue un autor leído como se desprende del número de las reediciones que se hicieron en vida de sus libros y todavía se hacen. El público nacional estuvo ante todo constituido por profesionales y universitarios. Estos últimos lo proclamaron maestro de juventudes, mostrando que las ideas que el autor se hacía de sus lectores, como poco receptivos, no encajaba completamente con los hechos.

El Diario, que cubrió más de cuatro décadas de su vida, se distribuyó en copias mecanografiadas en cuatro bibliotecas del mundo, ahora a disposición de los lectores. Mientras lo escribió pocas personas lo conocieron. Algunos ejemplares fueron robados de su casa en los años treinta. No se supo el destino que corrieron. Contiene pocas anotaciones sobre la vida íntima del autor, que según dijo allí, la había puesto en parte en sus novelas, en especial, Vida criolla y su continuación en otras dos novelas que tampoco se resolvió a publicar, a pesar de continuar trabajándolas hasta poco antes de su muerte.

El Diario recogió notas de personas, de cosas banales, de sucesos importantes, de lecturas, de sus preferencias artísticas en el desorden de la vida diaria. Abunda en observaciones de la política nacional de los partidos, de sus adherentes. Los siguió con mirada preocupada y severa a momentos con esperanzas, en otros con rabia, desilusión, impotencia. Llenó varios volúmenes con anotaciones sobre la Guerra del Chaco, que la consideró un trágico error. La paz con el Paraguay y los regímenes militares que la siguieron motivaron opiniones fuertemente contrastadas. Se extendió sobre las misiones diplomáticas en Francia, Inglaterra, Colombia y Venezuela con vívidos relatos de la política y la sociedad, las costumbres, los pueblos y paisajes, la gente de arriba y los de abajo, los gobernantes, los literatos y los periodistas. Las relaciones con otros escritores ocuparon un lugar importante en el Diario.

Retrató a los hombres y mujeres que conoció o con los cuales convivió. Amó los viajes y anotó sus impresiones de las ciudades y poblaciones que visitó, los estilos de vida, los monumentos, museos, hoteles y fondas. Por ahí se filtraron algunos chismes, pero su personalidad retenida no dejó mucho espacio para ellos. Empero, no contuvo los juicios sobre los políticos, los intelectuales enmarcados en criterios éticos, si bien no exclusivamente. A veces los hizo con sentimientos exaltados. También reconoció los méritos y virtudes.

Los dos conflictos bélicos mundiales desasosegaron su ánimo, en particular el segundo. Hizo notas repletas de indignación por la barbarie, la crueldad de los beligerantes. Descubrió los

²³³ L. A. Sánchez, Prólogo a las Obras Completas de A. Arguedas, Aguilar, México, 1959, T. I, p.22.

efectos malignos del racismo y el totalitarismo de la Alemania nazi y los rechazó, tomando conciencia de su propio mestizaje. Muchas entradas están dedicadas a sus libros, al trabajo de corregirlos sin entrar en el detalle, a los problemas con los editores. El Diario fue revisado en varias oportunidades durante su vida. En los últimos años se arrepintió de haberle dedicado tanto tiempo, bajo el impulso de las lecturas y el vigor de la juventud, pero ya era un hábito difícil de dejar, a pesar que su salud era cada vez más frágil. Tal vez quiso hacer de él un estudio moral del la primera mitad del siglo pasado. El Diario en vida del autor fue conocido por muy pocas personas, todas ellas de su círculo íntimo o su personal de apoyo.

Una parte de las notas constituyó la Danza de las sombras, arriba referido. Posteriormente M. Alcázar publicó una selección de diversas fechas del Diario, pero especialmente de las últimas entradas, que rápidamente se agotó. Parte de la correspondencia también ha sido presentada con un estudio de J. L. Roca: Arguedas y la Cofradía del Napolitano, en Epistolario de Arguedas. Las cartas a los presidentes también se han reunido en volumen de edición popular.

Qué categoría de gente leerá estos papeles se demandó el autor del Diario, antes de enviarlo a las bibliotecas. Mucho más variada de la que él pensó sería la respuesta. En cuanto a las categorías sociales que le preocupaba pudiesen apoderarse del texto, con los años perdieron significación “¿Será un indio iletrado, un cholo indolente o un blanco con cultura?” se preguntó el diarista. La sociedad y sus cambios volvieron irrelevante la pregunta, pues la escritura y la cultura, tanto como la indolencia y la indiferencia hacia los libros se repartieron de mejor manera y más democráticamente que en su tiempo, aunque las clasificaciones raciales, han regresado ahora con fuerza, pero ya no establecen más jerarquías superiores o inferiores basadas en los genes sino diferencias entre culturas globales que se han vuelto fluidas, ideologizadas y manejadas como banderas de lucha política.

Arguedas tuvo lectores entusiastas que siguen hasta hoy su pensamiento y detractores convencidos. Ni las novelas ni los ensayos dejaron al lector indiferente.

Chirveches se destacó en la poesía, la crítica y la novela. Celeste, su primera ficción, apreciada como un retrato de la sociedad de entonces, agitó el mundillo de los críticos literarios desde el momento de su lanzamiento (1906). Su prologuista Lucas Jaimes, Brocha Gorda, la juzgó como una romanza sin música, no una novela, falta de trama, de intriga, una suerte de continuación de su poesía. Varios siguieron esa opinión.²³⁴ Tuvo defensores vehementes particularmente entre los miembros del grupo Palabras Libres. Pero él fue su propio paladín afirmando que quienes lo criticaban ignoraban las nuevas tendencias de la novelística. La obra de corte modernista resultó un éxito entre las personas cultas, pero se vendió lentamente.

Es probable que, al igual que los personajes femeninos de Celeste, lectoras a escondidas de relatos prohibidos, la novela también hubiese contado entre su público a numerosas mujeres, formadas dentro de rigurosos principios religiosos y morales, que siguieron las peripecias amorosas de la heroína a hurtadillas, modalidad de leer frecuente entre las chiquillas de entonces, como menciona uno de los personajes del relato. Pero si por razones religiosas las mujeres leían con incomodidad, los motivos mundanos las alejaban del libro, al menos de algunos o hacían que lo tomaran con renuencia.

M. Proust se alegraba cuando llegaban las epidemias a Francia, bien entendido no mortales, pues obligan a los pacientes a quedarse en cama y leer, en especial a las damas, más dadas a las conversaciones que a los placeres del libro, pues los resfríos, dolores de garganta eran una ocasión para la lectura.²³⁵ Para Arguedas el cinema era la razón del desapego femenino por los buenos libros.²³⁶ Así no sería de extrañar que el efecto de los resfríos hubiese sido

²³⁴ Ver nota 180.

²³⁵ M. Proust, Crónicas, op.cit.

²³⁶ A. Arguedas, Pueblo..., op.cit., p.162.

parecido en las ciudades bolivianas y entre las muchachas de sociedad, retratadas en Celeste, aunque el placer de leer ficciones, poesías ya tentaba a muchas.

La candidatura de Rojas (1908) consagró a su autor como el novelista más importante del país por esos años. La aceptación local tuvo eco afuera. En Buenos Aires se vendió en entregas diarias como hizo igualmente El Comercio de Bolivia²³⁷ y Le Temps de Paris. Las ediciones internacionales continuaron mucho después de la desaparición del escritor. La Casa Hachette de Paris en vida de Chirveches la incluyó en su colección de novelistas extranjeros. En 1964, la Editorial Universitaria de Buenos Aires la puso en su serie Nuevo Mundo, con una presentación de O. Cerruto. La casa solariega (1916) y La Virgen del Lago, sus dos últimas narraciones de ambiente nacional, fueron medianamente apreciadas por la crítica y los lectores. La revisión actual hace de La casa solariega la obra maestra del escritor, varias de esas lecturas subrayan el contenido ideológico del texto, fuera de su valor literario, que sus contemporáneos tomaron principalmente como un ataque a la Iglesia.. Hay también otras opiniones sobre las dos últimas novelas, editadas en Paris, A la vera del mar (1926) y Flor de trópico (1926), que en el momento de su lanzamiento fueron desconsideradas por el público local. Los comentaristas nacionales en su mayoría coincidieron en señalar que la inspiración de la tierra, que dio fuerza e interés a las obras precedentes, estaba ausente y en consecuencia la narrativa se empobreció, en su opinión. Los lectores del país tampoco se entusiasmaron con ellas. Sin embargo, los críticos posteriores como Augusto Guzmán, M. T. Soria, entre los nacionales, Barbagelata entre los extranjeros vieron en Flor de Trópico una obra lograda, de composición bien equilibrada, "de armonía y belleza natural."²³⁸ A la vera del mar, apareció asimismo a la crítica más reciente como una novela de tintes autobiográficos y premoniciones.

Mendoza publicó su novela En las tierras del Potosí en Barcelona. El juicio de la crítica del país y de afuera, así como la del público señaló sus virtudes narrativas y estilísticas. Páginas bárbaras salió en La Paz (Arnó Hnos., 1914), Los malos pensamientos (1916) y Memorias de un estudiante (1918) se imprimieron en editoras de Sucre de la misma manera que El lago enigmático, libro más tardío (1936) Todas ellas continuaron su novelística sin alcanzaron la misma recepción que la primera. En cambio, los estudios geopolítico e históricos lograron un a fuerte resonancia El Factor geográfico en la nacionalidad boliviana (1925), El Mar del Sur(1926) , La Ruta atlántica (1927) y El macizo boliviano, (1936), leídos especialmente por políticos y universitarios, engarzaron con las corrientes nacionalistas de la posguerra del Chaco, en particular el Macizo que defendió la fuerza articuladora de los Andes en una geografía que muchos imaginaban como delirante y dispersa.

Tamayo recurrió a las editoriales paceñas. Odas, su primer libro, se imprimió en La Paz en 1898, como La Prometheida o las Oceánides (1917) que tuvo una segunda edición, en 1948 en la Editorial Don Bosco, Nuevos Rubáyát, (1927) salieron en la Imprenta Artística. Scherzos (1932), Scopas (1939) y Epigramas griegos (1945), en la Escuela Tipográfica Salesiana. Entregó asimismo al público algunas conferencias y folletos. Los lectores de los poemarios, a diferencia del público de la Creación de la pedagogía nacional, distribuida como texto para los colegios, que tocó a una gran audiencia, se conformaron sobre todo de minorías selectas. R. Ballivián sostuvo que lo malo con la obra poética de Tamayo era que seguía siendo inédita para el público nacional, porque su depurado estilo clásico, su forma artificiosa y su contenido foráneo le impedían llegar a aquel.²³⁹ Pero los lectores reclutados en entre los conocedores de la poesía los elogiaron como la culminación de la poética nacional.

A. Gutiérrez presentó El melgarejismo antes y después de Melgarejo (Librería y Editorial Gonzáles y Medina) y La Guerra del Pacífico (Casa Bouret de Paris), en momentos en que el país cuestionaba las dictaduras de la última mitad del XIX, la suerte corrida en el Pacífico. ¿ Cuál fue la

²³⁷ J. A. Albarracín Millán, Chirveches, op.cit., p. 139.

²³⁸ Cf. M. T. Soria, A. Chirveches...op., cit., p.58-59.

²³⁹ R. Ballivian, op.cit., p.44.

parte del azar y la responsabilidad nacional? ¿Qué peso tuvieron los individuos de carne y hueso? El historiador respondió a las inquietudes con una mezcla de opiniones personales fuertes y seriedad en la indagación, a la cuales unió su abierta intención polémica que les aseguró la difusión pronta en el público deseoso de conocer los hechos, que no era tampoco masivo sino muy especializado, particularmente juristas e intelectuales capaces de valorar las tesis en juego, suficiente, empero, para asegurar una buena venta. A Guzmán sacó El melgarejismo después de Melgarejo y Los Colorados de Bolivia en la Editorial Gonzáles y Medina, como respuesta a Gutiérrez y como contribución al debate sobre el sexenio que ocupó la escena intelectual y la prensa en las postrimerías del régimen liberal. Un segmento cultivado del público tenía un interés por ese tipo de polémicas y siguió con fidelidad a la intelectualidad primigenia por esos caminos.

La masa de lectores no era enorme ni variada. Sin embargo, el negocio de librería e imprenta se expandió con la instalación de Casas editoriales en las principales ciudades, como se ve por las publicaciones señaladas. En La Paz Gonzáles y Medina fue una de las más importantes, hacia 1918 contó en su catálogo algo más de 120 obras bolivianas. Entre ellas figuraban las de A. Gutiérrez, A. Guzmán, B. Saavedra, A. Chirveches, A. Alarcón, D. Sánchez Bustamante. Una buena parte de los textos eran estudios históricos o manuales de derecho, disciplina que en ese tiempo concentraba el mayor número de estudiantes y profesionales. Ahí estaba el núcleo firme de la clientela de las librerías. La Universitaria de Arnó hermanos, fundada en 1904, construyó un edificio exclusivo para la librería, donde se halla actualmente la Librería Gisbert, con sucursales en Cochabamba Oruro y Potosí, tuvo en su fondo editorial un crecido número de autores bolivianos. Editó a Arguedas, Mendoza, J. M. Camacho. Lakermance Hermanos, publicó Emilio Finot, ofrecía a su clientela un amplio abanico de publicaciones. Renacimiento, otra librería e imprenta de La Paz, sacó varios textos entre los cuales figuran las Obras Completas de M. Baptista en siete tomos (1932).El librero Primitivo Fernández quebró a fines de 1921, arrastrando en el desastre un lote de libros de La fundación de Bolivia de Arguedas.

El personaje del librero- editor se implantó en el país en la primera década del siglo XX tomando para sí las tareas de publicar y difundir los textos en forma más empresarial. Coordinó aspectos de la edición, que bajo el régimen artesanal, antes predominante, permanecían separados: la fabricación, la venta y, en ocasiones, los riesgos de la publicación. Varios intelectuales se sirvieron de él, otros continuaron haciendo los libros en las imprentas artesanales responsabilizándose de la suerte del producto en el mercado, en ediciones por cuenta del autor.

¿Qué representó el negocio del libro para estos profesionales? Según R. Darton quien lo estudió en la época de su aparición, muchas molestias, correteos para obtener los originales de los autores, debidamente revisados, tarea improbable con gente de aguda sensibilidad, perfeccionistas, que modificaban el texto hasta después de las pruebas finales. Largas negociaciones de contratos con hombres geniales que siempre se consideraron mal pagados. Persecuciones políticas y con frecuencia confiscación de los impresos. Concebir decenas de proyectos de los cuales pocos se realizaban. Los libros publicados eran una parte pequeña con respecto a la literatura que no vio la luz jamás, sin tener nunca la seguridad del éxito de una edición.²⁴⁰El oficio se implantó definitivamente en Europa hacia 1830.Se halla entre sus más logradas encarnaciones Larousse, Hachette, Hetzel, grandes empresarios y aventureros, nunca a cubierto de los riesgos que corrían, pusieron su sello personal a las ediciones, Más tarde F. Alcan. En España La España Moderna, Sempere, Luego Labor, Revista de Occidente.

Parecidos problemas enfrentaba, en dimensión reducida, el librero local. No le era fácil concretar sus planes y los resultados económicos tardaban en llegar. Tampoco estuvieron libres de presiones y molestias políticas. La década de los 20, después de la caída del liberalismo, fue particularmente conflictiva. Se desató en el país una gran agitación social, luchas de grupos partidarios, en un horizonte internacional amenazado por el enfrentamiento con el Paraguay, que obligó a los gobiernos a imponer frecuentes Estados de excepción, censura de prensa y clausura

²⁴⁰ R. Darton, Gens des lettres, gens du livre, O. Jacob, Paris, 1992, p.178 y ss.

de periódicos que afectó al libro. La mentalidad chola en Bolivia publicado en 1928, produjo “una conmoción en el gallinero”, en palabras de su autor D. Pérez Velasco.²⁴¹ Desde que se anunció su salida, cundieron las intrigas y las desconfianzas. Los Servicios de Investigación conminaron a los libreros a no venderlo. Atenea, Cervantes, Arnó, Renacimiento recibieron visita de la policía prohibiendo la comercialización, porque el texto ofendía al Ejército Nacional. La editorial responsable suspendió la distribución, en despecho de las protestas de los estudiantes y de la prensa. No fue la primera vez que sucedió este atropello.

Varios de los impresores de la época eran extranjeros, en especial españoles: Gonzáles, Medina, los hermanos Arnó, Crespi, Vall, Gisbert y otros que encontraron en La Paz un campo pequeño, pero no sin interés. La Sede de los poderes públicos aseguraba un número importante de publicaciones de asuntos oficiales. Por otra parte, su condición de gente que trabajaba alrededor del libro les dio el prestigio social del que gozaba éste, como vehículo de cultura en los distintos sectores de la sociedad, así los compradores no fuesen muy numerosos, elevándolos en rango y consideración. Una ciudad de altura ofrecía además algunas ventajas relativas a la calidad de vida comparadas con las del trópico, amenazadas por aquel entonces por la fiebre amarilla, el paludismo, la malaria, aunque la agitación política repercutía en el negocio. Pero ella era común en prácticamente todas las villas de importancia del país. La Paz en el periodo liberal fue especialmente propicia para esas actividades. La población creció con gente venida de todos los departamentos del país, las clases medias profesionales se expandieron. El peso de la Sede de Gobierno aumentó con relación al resto del país. Muchos hombres de pluma se vinieron a residir en ella moviendo el ambiente cultural.

Se podría calcular para 1920 el número de librerías en el país a partir de los datos de La Paz, donde, en esos años, se hallaban establecidas por lo menos diez dedicadas principalmente al negocio del libro. El total seguramente bordeaba las 40 en todo el territorio nacional. Su papel fue importante en la circulación de las obras. No se limitaban a vender, aconsejaban a los clientes sobre las novedades editoriales y hasta a los propios autores, en especial a los que los tomaban como editores.

En la Paz, las librerías eran: El Siglo Ilustrado, que luego se convirtió en la Librería y Editorial Gonzáles y Medina, Arnó hermanos que más tarde se volvió la Librería Gisbert, Atenea de los hermanos Crespi, La Paz de J. Vall, Forgues y Tapia sucesores de Gerard y Forgues, instalada ya en 1857, Flores y San Roman, la Librería Moderna, la Cervantes La Mundial y la Económica. Además existían unas cuantas agencias de suscripciones que también comercializaron libros.

La cifra de 40 a 60 textos impresos por año en las distintas imprentas y editoriales parece verosímil a comienzos de la vida de intelectual de los jóvenes escritores en los primeros años del nuevo siglo. El tiraje total podría aproximarse a los 18000 ejemplares, incluida la folletería, pero no las obras escolares cuya venta era de mucha mayor importancia.²⁴² Todo el tiraje no estaba dentro del comercio, había material de distribución gratuita. Pero a su vez las librerías aumentaban el número de obras en el mercado con las que provenían de la importación, principalmente de España y Argentina. Por supuesto algunos textos excepcionales, como los de Arguedas, modificaban el dato estimado, ²⁴³ al igual que las ediciones escolares. El número de textos

²⁴¹ D. Pérez Velasco, Las parvas de humo, Ed. López, La Paz, 1928, p.63 y ss.

²⁴² En 1925 se vendían en el país 48.000 textos para escolares, la mayoría impresos en el exterior. Pocas imprentas nacionales querían embarcarse en la producción de libros para estudiantes de autores bolivianos. Según M. Legrand, 20 años después la situación había cambiado radicalmente, casi todos los textos escolares eran de procedencia nacional. M. Legrand, En pro de la cultura, La Paz 1944, citado por J. Barnadas, El libro espejo de la cultura,... p.114 y ss.

²⁴³ La cifra de 18.000 es una proyección estimada de un cálculo efectuado a partir de la bibliografía de G. R. Moreno que registró para 1901, año tomado al azar, un total de 45 publicaciones. Tal vez quedaron unas cuantas no consideradas. La mayoría eran documentos e informes oficiales, aunque también apareció ese año un libro científico: Flora Cruceña de R. Peña. Rara avis en la edición nacional. Los tirajes promedio eran del orden de 200 a 300 ejemplares que dan un total entre 9.000 y 13.000. Con el tiempo el número de las publicaciones aumentó. De ahí que la cifra avanzada no parece muy fuera

puestos en circulación aumentó moderadamente a medida que avanzaba el siglo, salvo los destinados a los colegios que lograron tirajes muy altos., con una amplia variedad de títulos y temas.

La cantidad de lectores subió desde la segunda décadas del siglo XX, pero seguía siendo baja, en términos comparativos en la Región. Sin embargo, se trataba de compradores fieles, pues el leer era entonces un acto valorado, no había muchos otros medios en competencia para acceder a la ciencia, a las ideas, a la cultura. Como afirmaba El arte de leer: la lectura era una manera de pensar con ayuda. Por consiguiente, tenía las mismas reglas generales que el arte de pensar. El libro se consideraba como un precioso instrumento del entendimiento, del espíritu que como se lo podía discutir con libertad, en un diálogo íntimo con el autor llegaba a ser enormemente provechoso para la formación del carácter, aunque tenía sus riesgos.²⁴⁴ Por eso la compra de un libro justificaba el sacrificio, sin duda todavía alto, a pesar de que las técnicas de impresión habían bajado considerable del costo.

El segmento de lectores femenino era aun proporcionalmente más pequeño, como se ha anotado antes. Según los observadores se inclinaba hacia la novela y la poesía, juzgada por aquellos, probablemente con una alta dosis de prejuicio, de calidad dudosa, prescindiendo de los efectos que esas lecturas tuvieron en la psicología y en el comportamiento de la mujer. Arguedas repitió el reproche a las lectoras, hasta en la última edición de Pueblo Enfermo en 1936.²⁴⁵

En los años posteriores al Primer Centenario de la Independencia la audiencia continuó en ascenso ampliando la cifra de lectores potenciales, gracias al avance de la educación formal, sobre todo en provecho de los sectores medios urbanos, como se desprende de los informes oficiales. El número de estudiantes se multiplicó por más de dos en La Paz entre 1900 y 1926, pasó de 5.109 a 12.864, de acuerdo al Censo de 1900 y la información gubernamental.

Sin embargo, hacia 1928, los librereros se quejaban de la disminución de las ventas o quizá éstas no respondían a sus expectativas. Arnó Hnos., vendió de Los caudillos letrados entre 1924 y 1928 un promedio de 47 libros por año, para La plebe en acción el número fue de 20, el mismo que para La dictadura y anarquía y eso que el historiador se encontraba entre los autores más demandados. El texto escolar era siempre una cifra muy significativa del comercio del libro, que permitía a las editoriales defenderse. La historia de Bolivia de J. M. Camacho, por ejemplo, alcanzó más de diez ediciones y tirajes de importancia, en la Librería Renacimiento y otro tanto en Arnó-Gisbert.

Fue corriente en la época por parte de los escritores considerar que la gente practicaba mal la lectura o leía poco. Faguet tuvo la misma opinión. Citó en la primera página del prefacio de su texto un epigrama de un autor anónimo del siglo XIX: "La suerte de los hombres es ésta:/Muchos llamados, pocos elegidos; La suerte de los libros, hela aquí; muchos deletreados, pocos leídos." ²⁴⁶ De igual manera, M. Proust tenía el sentimiento que sus contemporáneos no sabían leer,²⁴⁷ que era compartido por los librereros y los intelectuales de estas tierras. Cada uno tenía sus propias razones de queja, incluidos el Gobierno y la Iglesia, con sus ideales de lo que consideraban prácticas de lectura legítima y cuando hacían la crítica se referían principalmente a ellas. Pero los jóvenes, las mujeres, los estudiantes estaban sacudiéndose de las pautas establecidas, movimiento al cual los intelectuales, la propia enseñanza, el libro habían contribuido. Nadie sabe para quién trabaja el diablo.

de la realidad. G. R. Moreno, Bibliografía boliviana, Segundo Suplemento, 1900-1908, Fundación H. Vázquez Machicado, Sucre, 1996.

²⁴⁴ E. Faguet, op.cit., p.191 y ss.

²⁴⁵ Cf., A. Arguedas, Pueblo..., op.cit., Cap. VIII.

²⁴⁶ E. Faguet, op.cit., p.7.

²⁴⁷ M. Proust, op.cit., p.206.

El problema radicaba en considerar como una mala lectura a la que se hacía de los libros no consagrados, con “débil legitimidad cultural”, como sucede hoy con múltiples programas de televisión, blanco favorito de los padres, los psicólogos y pedagogos, pero en los cuales esos lectores encontraban satisfacción de acuerdo a su sensibilidad. Ciertamente más que atacarlos, se pudo haberlos utilizado para encaminarlos a entrar en obras de mayor profundidad humana y personal.²⁴⁸ Tampoco se puede ignorar que los intelectuales tenían razón en cuanto a las lecturas apresuradas que mal interpretaban el escrito.

Una encuesta de El Diario de La Paz (1927) señaló a las novelas como las de mayor atracción para la clientela. Encabezó la lista de las mejores ventas: V. Blasco Ibáñez, seguido por Ricardo León, Pío Baroja, H. Barbuse, P. Loti, en la Casa Arnó Hnos., todos novelistas extranjeros. Las preferencias eran parecidas en la librería Crespi: en primer lugar los dos escritores españoles, a los cuales se añadió enseguida M. Delly. ¡Ya! Flores y San Román, otros comerciantes en el ramo, presentaron resultados similares. Los autores nacionales tenían menor salida. Los más pedidos eran Arguedas, Gutiérrez y Chirveches, en ese orden.²⁴⁹ Arno y Crespi confesaban que los libros clásicos carecían de lectores. Conclusión de Arguedas en el Diario: es un público frívolo.

La aparición de M. Delly,²⁵⁰ con sus ficciones de corte sentimental, confirma el ascenso de las lectoras y parece justificar la opinión de los críticos acerca de la educación y gustos femeninos, aunque toda generalización es abusiva, pues por esos años el número de lectoras y escritoras de poesías, cuentos, novelas, con formación secundaria al tanto de la literatura, adquirió importancia, todas probablemente sabían lo que querían con esas lecturas. Si el fenómeno venía de tiempo atrás, mostró nuevas dimensiones en cuanto a la cantidad al alcance de los intereses y a la autonomía de las lectoras, como se indicó. Por ejemplo ya desde 1870, Adela Zamudio hacía lecturas afiebradas que alimentaban su imaginación literaria y encontraba en otras mujeres de Hispanoamérica y Europa los modelos para impulsar su obra: George Sand, Concepción Arenales, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Fernán Caballero, Carolina Coronado, Cesar Doayen, la inquieta Flora Tristán. Más tarde participó en las discusiones sobre la educación laica y la formación de la mujer. El hecho importante aquí no es tanto el número de autores, todas de sexo femenino, sino la independencia de la poeta con respecto a los tutores morales y religiosos de la época.

Las propensiones de los lectores más exigentes hacia los autores y géneros apuntados en los años iniciales del siglo XX, se mantenían un cuarto de siglo después. En tal marco de referencia se movieron los intelectuales, desarrollando causalidades en doble vía, los modelos penetraban su producción la que a su vez reforzaba el interés del público lector de los autores nacionales por libros que citaban, mencionaban o discutían. Sin poder ya evitar la aparición de otros gustos las excursiones por nuevos territorios.

No fue sino un puñado de personas que tuvieron a través de sus escritos una influencia en la escena nacional de entonces y que se ha prolongado hasta hoy, en varios casos. Hay quienes se proclaman Arguedianos o Tamayanos, sin ser discípulos, en sentido estricto, es decir que el aprecio no se tradujo en el desarrollo de trabajos que se inspirasen fielmente en la obra de éstos, quienes a su vez tuvieron modelos pero no maestros, ni Taine tan mencionado y seguido en sus ideas, pero de manera libre, puede considerarse como tal. Los estandartes levantados por uno u otro no significaron la continuidad de corrientes de pensamiento moldeadas por sus ideas. Apenas una simpatía por las visiones de la sociedad que aquellos tuvieron. En el primer caso, se trata de una creencia vaga en la persistencia de los tipos de personalidad regional, étnica descritos por el ensayista, sin necesariamente compartir las teorías sobre las cuales éstos se edificaron. En el segundo, es más bien una coincidencia ideológica con el planteamiento de movilizar las energías

²⁴⁸ Cf. R. Chartier, *Le livre en revolutions*, Textuel, Paris, 1997. p. 97 y ss.

²⁴⁹ A. Arguedas, *Diario*, 27-VII-1928 y 4-XII-1928.

²⁵⁰ M. Delly es el pseudónimo de dos hermanos franceses, una mujer y un hombre: Anne Marie Petitjean de la Rosiere (1845-1947) y Frederic (1876-1949). Juntos escribieron más de 100 novelas de aventuras y romance que obtuvieron una enorme difusión en revistas y para el público de clases medias sobre todo femenino.

de la nación para forjar ideas y técnicas propias, aunque en la actualidad los seguidores cuentan la historia con argumentos de su cosecha personal.

° El papel del grupo en la formación del intelectual. "El Círculo de París".

El oficio de escritor, sostienen algunos especialistas, madura mejor especialmente en la etapa formativa dentro de grupos de gente con intereses e ideas afines. Los círculos literarios formados en los inicios del siglo XX en varias capitales del país contribuyeron, como se señaló antes, a encauzar las primeras vocaciones, las lecturas iniciáticas, aun si su duración fue corta intervino en un momento en que el joven requería de contacto con gente de ideas afines para poder asentar las posiciones propias. Ahí halló el escritor el incentivo que el medio, la universidad y el estado no le brindaron para desarrollar sus intereses artísticos. Constituyó asimismo un espacio de interacción social en el cual lo que hacían no era objeto de burlas o de comentarios despreciativos como los que hacían los grupos sociales más amplios imbuidos por los prejuicios del ambiente hacia las actividades literarias. Allí se tejieron amistades durables y rencores irreconciliables, tales relaciones y sentimientos no carecieron de valor positivo para la obra en gestación.

El círculo que conformaban en Francia los autores latinoamericanos sirvió igualmente a este propósito. No tenía un número fijo de miembros, se renovaba constantemente con la llegada de unos y la partida de otros. Entre los residentes de mayor permanecía con los cuales Arguedas mantuvo un contacto regular y citó con mayor frecuencia en el Diario se hallan en distintas épocas a Hugo Barbagelata (1885-1971), uruguayo, escritor y periodista; Rufino Blanco Fombona (1874-1944), historiador y novelista venezolano; Luís Bonafoux (1855-1918), cronista español; Pablo Echagüe (1877-1950), ensayista argentino; Alfonso Hernández Catá (1885-1940), poeta y novelista cubano; Enrique Gómez Carrillo (1873-1930), prosista, ensayista guatemalteco-español, Rubén Darío (1876-1916), nicaragüense, uno de los poetas mayores de las letras castellanas; F. García Calderón (1883-1953), ensayista y crítico literario peruano; Gabriela Mistral (1889-1957), gran poeta chilena, premio Nobel de Literatura en 1945; Manuel Ugarte (1874-1951), ensayista y novelista argentino. La mayoría había nacido en fechas cercanas y tenían referencias culturales semejantes, constituían pues una generación, sobre esas bases se construyó una estructura de sociabilidad que se caracterizó por los acercamientos espontáneos, sueltos antes que codificados, pero relativamente regulares y frecuentes. El círculo fue ante todo un espacio de aproximación entre latinoamericanos a los cuales se sumaron algunos españoles. Hacia 1910, el núcleo más íntimo estuvo compuesto por Ugarte, Blanco Fombona, los hermanos García Calderón, Echagüe, Barbagelata, Hernández Cata.

Se reunían en cafés, restaurantes o se invitaban a las casas. El Napolitano, un café de propiedad de Gómez Carrillo, un español, era uno de los más concurridos. La asociación entre la literatura y los locales públicos ha sido estrecha. A veces un movimiento artístico se bautizó con el nombre del sitio habitual de la tertulia, que lo hizo famoso. No faltaban algunos lobos solitarios que rehuían las relaciones frecuentes con los demás latinoamericanos o aparecían esporádicamente como Vargas Vila o Chirveches, en sus últimos tiempos. Pero la influencia del círculo iba más allá de las fronteras físicas de la Ciudad Luz, se extendió hacia los países de origen y a otros de América Latina donde solían tomar a los participantes como un grupo. Los nombres de los integrantes eran familiares en Bolivia para los del oficio.

Arguedas conoció a través de amigos del círculo a importantes intelectuales franceses y europeos, se acercó a otros por iniciativa personal. El grupo organizaba cenas, almuerzos con distintos motivos, en esas ocasiones la concurrencia se ampliaba útilmente para sus componentes. En una comida de etiqueta ofrecida por los latinoamericanos de París a R. Darío que, en aquella oportunidad, exhibía un abdomen prominente, mal embutido en su frac y su pechera blanca que contrastaba con su rostro moreno, según el ojo crítico de Arguedas, que transcribió las impresiones en su Diario, éste trabó amistad con el periodista español Tingle Machado, corresponsal latino del Gaulois que hacía las reseñas de los trabajos de los autores americanos. Una tarea apreciada y

cotizada por todos los que compartían la mesa. El personaje resultó muy amigo de F. Guachalla y M. Pinilla quienes le habían ofrecido traerlo a Bolivia.²⁵¹

Las reuniones sociales de copete de los residentes eran corrientes y constituían una de las modalidades de contactarse. Arguedas, por lo menos en las primeras épocas, no las disfrutaba, pero no dejaba de ir. “¿Será porque me siento por mi carácter solitario y mi falta de verbosidad un poco aislado de ellos o eclipsado?” Ante su obstinación de decir poco, los demás seguían a hablando a sus anchas, como si él no existiera. También le molestaba el ambiente de frivolidad y los chismes que allí corrían. Bien que los temas literarios tenían su lugar.²⁵²

Arguedas hizo de París su base de operaciones, de allí efectuaba sus desplazamientos con alguna frecuencia, en un viaje a España conoció a Unamuno (1864-1936), con quien mantuvo una larga y afectuosa relación, a pesar de los brevedad de los encuentros que tuvieron. Gabriel Alomar (1873-1940), defensor del futurismo, creador de una obra literaria fluctuante entre el romanticismo y el helenismo, Rafael Altamira (1866-1955), historiador, autor del preámbulo de Raza de bronce, Ramiro de Maeztu (1875-1936), vigoroso ensayista y prologuista de Pueblo Enfermo figuraron entre sus amistades. En las opiniones favorables de ellos sobre sus obras encontró la comprensión y simpatía que creía le negaban los suyos, como señaló en varios pasajes de su Diario. R. de Maeztu decía en su carta prólogo: “Usted ha hecho por su país con este libro lo que unos cuantos españoles hicimos por el nuestro hace diez años a raíz de haberse perdido las colonias...Lo miramos desde fuera, y nos dijimos como Hamlet. “El mundo está desequilibrado” porque entonces no nos atrevíamos a completar la frase. “¡Y yo he nacido para ponerlo en orden!”

“Hicimos entre quince o veinte intelectuales, cada uno por su lado y procediendo con espontaneidad e independencia, lo que usted solo intenta, y acaso realiza en lo posible, más sistemática y más científicamente que nosotros”²⁵³.

Al recipiendario le encantaba citar esta carta. Mendoza, Chirveches, Alarcón también se conectaron con algunos de escritores españoles, al igual que otros miembros del círculo, que no dejaban de admirar la habilidad de Arguedas para anudar amistades con importantes intelectuales.

En París la comunidad de idioma facilitaba las tenidas, el intercambio de los avances de trabajo, la discusión de los méritos de los libros de moda, el descubrimiento de otros olvidados o apenas conocidos. Cuando salió la segunda edición de Vida Criolla, su autor la entregó a Blanco Bombona y Barbagelata, quienes no apreciaron el trabajo.”Acaso para muchos no sea Ud. sino el autor de Pueblo enfermo, le dijo no sin maldad el primero. Empero Arguedas continuó convencido que su escritura estaba ganando madurez.²⁵⁴

Las interacciones en el grupo informal proporcionaban el marco intelectual y emocional a los escritores instalados en un medio que no se abría de inmediato ni con facilidad. Arguedas relata el entusiasmo que produjo entre los amigos una distinción hecha a García Calderón por el Gobierno francés. Pero tampoco faltaban las rencillas, las separaciones. Las comparaciones de la obra propia con la ajena que suscitaba desavenencias, peleas. Las mezquindades nunca ausentes, aflojaban, las relaciones, formaban alianzas y oposiciones no siempre durables, cambiantes como la suerte de unos y otros. El reconocimiento a los méritos se hacía en público, si bien no se prodigaba, salvo entre las personas que mantenían lazos de simpatías durables. En privado no era raro que las opiniones cambiase o los juicios se hiciesen más severos.

La postulación de Blanco Bombona y después de García Calderón al premio Nobel motivó críticas duras entre los amigos contra los postulantes, cuya obra se consideró de poca

²⁵¹ A. Arguedas, Diario, 23-IV-1912.

²⁵² A. Arguedas, *Ibid.*

²⁵³ R. de Maeztu, Carta prólogo en Raza..., op. cit., p.13.

²⁵⁴ A. Arguedas, Diario, 17-IV-1912.

envergadura y calidad para tal reconocimiento. El boliviano no se abstuvo de manifestarlas y aquellos le pagaron con la misma moneda. El Diario recogió algunas opiniones duras con Blanco Fombona. “Veo el gesto agrio, oigo los comentarios de los colegas...Qué de cólera, de sarcasmos, de hirientes chirigotas.” Y los demás... “El pobre Fombona se ha metido en un callejón sin salida y yo no creí que la vanidad hubiese subido tan alto en él. ¿Con qué títulos tiene? ¿Con qué derechos pretende Fombona el premio Nobel? ¿Por su Obra? Copió indignado en sus notas.²⁵⁵Las víctimas se cobraron la factura a su tiempo. En charlas íntimas con T. Marof, G. Navarro, que no tenía simpatías por Arguedas ni por sus libros, Blanco Fombona y Ugarte le contaron sus impresiones sobre el hombre de quien dijeron que carecía de talento, que era medido en los gastos. La amistad de Arguedas con Blanco Fombona se enfrió definitivamente cuando aquel se desempeñó como embajador en Venezuela. Encontró al viejo camarada encasillado en un molde pasado, de trato difícil, ríspido y algo amargado.

Escribió sobre “el tiempo de las bellas relaciones,”pero tenían también su lado oscuro, que no dejó de anotar en el Diario. Tomó la pretensión de sus amigos de obtener algunas recompensas como una ambición desproporcionada con relación a los méritos reales de las creaciones. Se molestó por el afán de figuración de otros. Las ínfulas intelectuales corrientes en el grupo producían disgustos y alejamientos.

El tenerse presentes, empero, como referencia era un instrumento intelectual de comparación, que redundaba en beneficio de la obra, como se señaló. La emulación, acicate entre ellos e instrumento para redondear la imagen de intelectual internacional, con la cual se hacían conocer en la sociedad de origen y en el resto de países, configuraba el tejido de posiciones dentro del grupo y las interacciones que, por otro lado eran de naturaleza poco formal. Las exigencias del papel estaban vinculadas a la amistad y no a un código escrito, si bien sobre ellas se asentaba el sentimiento de conformar una agrupación particular, distinta a las asociaciones de otros residentes en Francia.

El nexo laxo que los unía fijó los límites a las ambiciones del círculo. A diferencia de otros cenáculos intelectuales y artísticos como el Surrealismo de Breton (1919), activo en ese mismo tiempo, o el grupo de Bloomsbury que se reunió desde 1905, del que hizo parte V. Woolf, nunca intentaron forjar un movimiento literario propio o marcar nuevos rumbos a la novela moderna, se contentaron con debatir sobre las novedades, dejando a cada uno la libertad de actuar a su gusto. Tampoco publicaron manifiestos ni una revista propia. La *Revue Hispanique* y La *Revue de L’Amerique Latine* les sirvieron como medio para difundir en Francia sus artículos. Los nombres de “Círculo de Paris” o “la Cofradía del Napolitano”, con los que se denominó al grupo en algunos estudios de historia literaria, no fueron auto-designaciones de los propios interesados, sino principalmente de los observadores, pues ellos, antes que poner nombres distintivos a sus encuentros, se satisfacían con tenerlos, con saber lo que hacían unos y otros, con comentar las novedades del momento. En toda su actividad hubo mucho de dispersión, de movimientos febriles, de búsqueda sin resultados tangibles del conjunto.

La cohesión procedía justamente de esa libertad. La estatura que tuvo durante años R. Darío como poeta no significó necesariamente para los demás seguir su línea, ni siquiera el modernismo. El interés sobre la situación y evolución de los países de la región constituyó otro elemento compartido que ayudó a soldar la identidad individual y grupal.

El conocimiento recíproco de los países generó vivos sentimientos latinoamericanistas. La situación de cada sociedad, los problemas que la aquejaban, las perspectivas que se dibujaban en el horizonte fueron motivo de conversaciones corrientes, de intercambios de correspondencia entre ellos o tema de los libros. A los escritores, a pesar de su distinta procedencia nacional y del alejamiento de la tierra, les gustaba tocar los asuntos de sus países, compararlos y establecer paralelismos sobre el estado de la política, de las actividades literarias y artísticas, sobre la

²⁵⁵ A. Arguedas, Diario, 28-II-1920.

formación de la juventud, así como sobre los desafíos que planteaban los acelerados cambios en el mundo a las distintas naciones. Quizá la mayor contribución del llamado “Círculo de París” a sus componentes, que rotaban con relativa rapidez fue contribuir, a mirar el mundo de afuera desde su propia cultura y encontrar por medio de la cultura extranjera las vías, los accesos a la suya reconociendo lo que no habían aquilatado antes o disminuyendo lo que otrora exaltaron.

El círculo abría las puertas para conocer la política europea y sus actores, el mundo del arte y del pensamiento y por supuesto prodigaba información útil sobre el mercado, los impresores y libreros. Ahí se gestó la aparición de la versión francesa de Raza de bronce, de la Historia de Bolivia, de los libros de Alarcón, Chirveches. Los bolivianos y los otros actuaron en Francia como observadores y como participantes, pero las informaciones, las observaciones que obtenían se condicionaban y se contextualizaban en gran medida en las charlas que tenían dentro del grupo.

Así, la lengua, las semejanzas de cultura constituyeron un vehículo de asociación en el extranjero, de intercambios ágiles, enriquecedores entre unos y otros, no ausentes de acidez y celos. Se descubrían ellos mismos en sus semejanzas, particularismos y al Otro, al extranjero, poseedor de un idioma y de tradiciones diferentes. Por entonces la mayoría de los expatriados se complacía en destacar los significados compartidos, a diferencia de lo que ocurre hoy, que los intelectuales se sienten ante todo inclinados a recalcar las diferencias, así sean de matices. Aquello hacía del Continente un todo unificado, con especificidades nacionales, pero movido por las mismas aspiraciones y temores. Blanco Fombona se calificaba de escritor hispanoamericano, convencido que con él y los demás se estaba creando un castellano original. Aspiraba conformar una comunidad con rasgos propios, asentada en la cultura común, en la originalidad de la raza o mejor de su gente. No estaba sólo en el propósito. Idéntico anhelo, aunque encuadrado en los ideales del socialismo expresó el argentino M. Ugarte. F. García Calderón, en París y Sánchez Bustamante, en Bolivia trabajaron en el mismo propósito siguiendo otras ideologías.

Varios intentaron escribir historias de la literatura, del pensamiento, del devenir latinoamericano. Así, por ejemplo Blanco Bombona, Barbagelata produjeron ensayos sobre las letras hispanoamericanas, Ugarte sobre la unidad del Continente. F. García Calderón en francés sobre las democracias latinoamericanas para ponerlas en guardia contra los peligros de las culturas extranjeras emergentes como Japón, Alemania, Estados Unidos y alentar la unión de pueblos de común origen.²⁵⁶ En los capítulos que éste dedicó al avance de las letras en la Región no figuraron los escritores del país. Pero hizo una mención a Pueblo enfermo y a su extraordinario escritor, en la sección referida a Bolivia.

Los intelectuales de París se vanagloriaban del conocimiento que cada cual tenía de su patria y de los demás países del continente. Sin duda, las síntesis históricas o literarias de Iberoamérica realizadas por ellos reflejaron ese estado de ánimo intelectual. Las cartas que se cruzaban entre los del “círculo” hacían comúnmente referencias a la situación de sus respectivas sociedades, como se constata en el epistolario de Arguedas. También se sentían bien informados sobre Europa, sobre las escuelas de pensamiento, los autores y la política. No negaban su influencia, visible en los trabajos, pero a la vez recalcaban el vuelo propio que las letras hispanoamericanas iban tomando. Casi ninguno cortó con las raíces que lo ataban a su patria. Hubo en esas actitudes una mezcla de un cierto nacionalismo cultural, y la necesidad de mirar a los modelos europeos que no se resolvió en todos los casos sin dejar secuelas en el individuo y en las relaciones con su gente. Blanco Fombona se indignaba con los que se europeizaban y miraban con desdén América. Yo la definiendo a capa y espada les dijo “encrespado y rugiendo” a Gómez Carrillo y Rubén Darío. Ustedes viven ambos de ella (América) y la menosprecian y Francia que adoran no les daría ni para comprar un sombrero. Allá son gente, aquí son nadie, un número en un hotel. Ustedes en el fondo son filisteos, aman la fuerza, la riqueza. Yo amo América, “aunque sea pobre, india, salvaje, piojosa, leprosa” No vengo a deslumbrarme con urinarios de mármol, ni con

²⁵⁶ F. García Calderón, *Les democraties latines de l’Amerique*, Ed. Flammarion, Paris, 1912, pp.364 y ss.

cortesanías o histriones. Moralmente, Europa es una pocilga.²⁵⁷ La larga y fogosa diatriba contra los dos amigos señala el americanismo del autor y el espíritu predominante en el grupo, hecho de un cosmopolitismo bien arraigado en la tierra, en la región, abierto hacia el mundo, que lo caracterizó.

De tal suerte, “el Círculo de París” ayudó a juntar las dos puntas de interés de quienes lo frecuentaban la que salía de la producción local y la que encontraban en Europa, la idiosincrasia de los autores de aquí con sus pretensiones y ambiciones, con la manera de ser predominante allá, que fue una caja de sorpresas para unos y otros, si bien en pocas ocasiones el encuentro fue completamente simétrico. La obra de Chirveches, su importante difusión en Francia, al igual que la de Arguedas con sus virtudes y defectos debió mucho a los amigos parisinos, sin llegar a la exagerada afirmación de los críticos nacionales sobre las obras de ambos y los escritores de París. Lo mismo sucedió con los demás autores que vivieron en esa ciudad, en las primeras décadas del siglo. Francia y otros países de Europa constituyeron los lugares donde adquirieron experiencia, a veces renombre que, salvo algunos poetas, nunca fue extraordinario. Pero la Patria fue la que amaron y quisieron comprenderla, transformarla. Fue ella también la que los honró o los penalizó. Así Blanco Fombona dijese que no escribía para los cuatro gatos de su país, lo hacía para los noventa millones de hispano hablantes²⁵⁸.

^o Entre la Churubamba y la Grecia Clásica: El estilo y el carácter de la palabra de los intelectuales.

Para cumplir su cometido los jóvenes intelectuales eligieron la palabra escrita y oral como medio de expresión, Varios de ellos dieron sus primeros pasos escribiendo poesía, marcada, en general, por el sello de las corrientes modernistas. El estilo de los versos, las armonías eran ya una crítica a las tradiciones, luego la mayoría abandonó la lírica. Mas Tamayo hizo sobre todo poesía. Chirveches asimismo no dejó de cultivarla durante su vida. Los poetas fundaron revistas en las ciudades más importantes, organizaron festivales para hacer conocer al público sus poemas. Chirveches, Tamayo, Reynolds, Jaimes Freire se elevaron en el ámbito poético a lugares destacados reconocidos por propios y extraños. Los demás se dedicaron a la novela, el ensayo, el periodismo con un estilo diferente al de sus mayores, cultivaron una prosa menos pomposa y más directa. Actuaron en reacción a la literatura precedente en especial la del romanticismo: “ampulosa, retórica, ilimitada”.²⁵⁹ Se sirvieron de la escritura para resaltar su personalidad.

El modernismo se caracterizó en el mundo hispano-americano por una particular atención a la forma antes que al fondo, producida por su desprecio a la prosa y al verso de las corrientes literarias pasadas, que se manifestó sobre todo en la lírica. ²⁶⁰ Aunque en Bolivia, algunos poetas cultivaron el modernismo de palabras y significados sorprendentes, la mayoría de los intelectuales adoptó los rasgos contrarios, es decir se inclinaron más por el contenido que por la empaquetadura. Probablemente porque se expresaron comúnmente en el artículo periodístico y el ensayo, donde lo que se dice cuenta más que cómo se lo dice, por supuesto dentro de ciertos límites. En su narrativa adoptaron el realismo, que lo juzgaron afín con la ciencia empírica de cuyos beneficios no dudaban, sin llegar a la crudeza de un Zola. Arguedas, Canelas, Finot, Mendoza, constituyen la confirmación del aserto. El realismo les permitía alejarse del empalagoso romanticismo que aún se enseñoreaba en la prosa y el verso de ciertos autores nacionales. La tendencia no se extendió a todos los poetas modernos algunos muy cuidadosos de las formas, de las leyes de la métrica. Chirveches trajo a la novela su pasión por la lírica, que ciertos críticos pensaron desvirtuaba el género novelesco.

²⁵⁷ Citado del Diario de Blanco Bombona por C. Medinaceli en “Literatura y novelística Venezolana,” en C. Medinaceli, La reivindicación de la cultura americana, Ed. Los Amigos del Libro, La Paz- Cochabamba, 1975. p.50.

²⁵⁸ F. Blanco Fombona, Letras..., op. cit., p.IV.

²⁵⁹ M. de Maeztu, Antología-Siglo XX, Prosistas españoles, Semblanzas y comentarios, Espasa- Calpe-Argentina, Buenos Aires, 1945, p. 16.

²⁶⁰ Cf., M. de Maeztu, op., cit. p.17 y ss.

Sánchez Bustamante acuñó sus frases con “verbos robustos, adjetivos coloreados y brillantes (que) exornan la cadencia de sus períodos empenachados de gallardía con el ritmo de armonías interiores”, según uno de sus críticos.²⁶¹ Optó por la prosa quizá por sus tareas de ensayista, de autor de manuales de enseñanza. Criticó el empleo de neologismos y de giros alambicados en ciertos escritores de la época. Gutiérrez se inició como periodista con artículos polémicos de tono sarcástico y agudo. La experiencia periodística preparó al historiador que guardó parte de su pluma acerada que le puso fuerza a su historia comprometida a la que se entregó en sus años maduros. Su estilo, a diferencia de su trato social complejo y difícil, se desprendió de la afectación y lució llano, cristalino, elegante e incisivo. Mendoza hizo un culto de la simplicidad, de la prosa clara, sencilla, casi esquemática.

Arguedas tuvo horror del verbalismo, de la retórica vacía. Prefirió la frase llana, sin adornos inútiles próxima de las “presencias reales” que describía. No siempre bien balanceada. Tamayo que no gustaba de la prosa simple, del castellano directo del autor de Pueblo enfermo le dedicó unos versos del Scherzo sinfónico, sin nombrarlo, mas nadie ignoró el blanco de los dardos: “Tu historia son historias./Tu cuenta cuentos./ Disfraza de aspavientos/ Tus pepitorias/ La musa cambia; más no tu castellano/ De Churubamba”.“Esa peculiarísima sintaxis,” que llamó igualmente la atención al crítico L. A. Sánchez, Blanco Fombona la defendió para sí y para todos. Alabó el estilo de escribir de los autores de la región y rechazó la afirmación de que escribían en un castellano afrancesado, con un vocabulario y una sintaxis prestada. “Hemos cumplido una revolución dentro del carácter y el alma de nuestra preciosísima lengua. La diferencia entre nosotros y los peninsulares es sólo el progreso...los que más han contribuido a la evolución de nuestra lengua son personas que si bien empapadas de literatura extranjera conocían al dedillo los clásicos españoles... los que cultivan la hermosa lengua neo-española con más fortuna no construyen sus frases en francés ni a la francesa, aunque no tengan el horror del galicismo y hayan hispanizado muchos. Nuestro castellano se diferencia del viejo español en que es más flexible, más rico en giros, más copioso en vocabulario”²⁶².

El escritor de Raza de bronce probablemente se encontró en esa línea. Tan criticado por el orden de sus palabras como por la selección de éstas, que no obstante conseguían el efecto buscado. Sus descripciones del paisaje, fuertes y poéticas lograron una rica plasticidad. Como su héroe de ficción, Ramírez, él siempre tenía consigo un ejemplar del Quijote.

Hizo una larga entrada en el Diario referida a una novela de Turgenieff en la cual el personaje principal: Demetri Roudine, un hábil hablador sobre todos los problemas del mundo que toma las ideas de otros como propias y las envuelve en un lenguaje brillante y colorido a fin de ponerse en ventaja, de sobresalir, le resultó atractivo por el parecido con los charlatanes del país, simuladores del talento con una verborrea hueca. El desenlace le gustó más porque Roudine reconoce la inutilidad de la locuacidad, de la palabra fácil para edificar algo sólido en la vida y concluye haciéndose matar en una barricada de París. Para Arguedas, el Roudinismo local abundaba en la política, en el periodismo, en la crítica. Los adeptos a él ni siquiera conocían el arrepentimiento. De ahí la consternación que mostró por el lenguaje hojarascoso.²⁶³

Tamayo, al revés, gustó del verbo poético, enjundioso, mítico. Su lenguaje poético, al decir de O. Cerruto²⁶⁴ era la antítesis del lenguaje coloquial, penetrado de una grandeza clásica. “Por su pureza evocativa”, por su vocación de trascender las circunstancias particulares hacia lo universal, la crítica actual lo ha comparado con la poesía de C. Vallejo y P. Neruda.²⁶⁵

Para todos ellos la palabra fue el instrumento básico de su oficio. De manera general, prefirieron una prosa cuidada, pero sin demasiado florilegios. La retórica altisonante creyeron

²⁶¹ G. A. Otero, Figuras, ...op., cit. p.48.

²⁶² R. Blanco Fombona, “La cuestión del neo-español”, en Letras..., op. cit., p.129.

²⁶³ A. Arguedas, Diario, 5-I-1923.

²⁶⁴ O. Cerruto, “Tamayo la mayor personalidad intelectual” en Signo N° 67-68-69, 2004-2005, La Paz, p.62 y ss.

²⁶⁵ H. Osborne, “Los scherzos de F. Tamayo” en El Diario, La Paz, 17 de abril de 1955. Citado por O. Cerruto, art., cit. p 62-63.

servía más a encubrir la verdad, las intenciones de los personajes que a descubrirlas. Tamayo fue entre los del grupo, el más entregado a la frase hiperbólica en sus polémicas y hasta en sus versos. El deseo de claridad, sin artilugios que animó a muchos de los intelectuales, rimaba en ellos con la veracidad.

No estuvieron lejos de pensar que sin sus libros, sus artículos, escritos en lenguaje llano, la posibilidad de cambiar las cosas quedaría recubierta por las prácticas cotidianas, por la ganga de los hábitos arrastrados de lejos o por los intereses actuales de las facciones. El tiempo de las pasiones políticas, con duelos personalizados dominó el ambiente, desde la aparición de los intelectuales, no las soslayaron y tampoco permitieron que la moral abandonara sus escritos. Vivieron en un período democrático con sus flaquezas, con sus asonadas, golpes de estado, no lo defendieron sin reservas.

Aunque cerca de la mitad de la generación había desaparecido en la década de los treinta, los que quedaron, desilusionados por la conducción de la contienda con el Paraguay, por la agitación política de corte populista de la posguerra, por el militarismo que volvía al poder, lectores de Taine, Le Bon desconfiaron de las masas en movimiento, simpatizaron con las ideas autoritarias para lograr un reordenamiento social, cierto con apuestas diferentes. Arguedas se arrepintió con horror en sus años postreros de no haber comprendido la naturaleza perversa de esos sistemas. Tamayo que compartió ideas del nacionalismo revolucionario, se enredó con las muertes de Chuspipata, Caquena realizadas por un grupo de militares de orientaciones nacionalistas autoritarias. Ambos denunciaron con vigor las dictaduras del siglo XIX, su arbitrariedad, su crueldad personalizada y torpe, pero no alcanzaron a ponderar la maldad de los sistemas totalitarios que irrumpieron en Europa, en los países de alta cultura o quizá solo lo entendieron muy tarde. Finot, que en los años 40 produjo su historia de Bolivia y de la literatura, obras maduras, colaboró con el socialismo incipiente de Toro, pero murió antes del triunfo de la corriente de la revolución nacional.

Los escritores nacidos con el conflicto del Pacífico, gente de pluma y verbo, se abocaron a los problemas que les preocuparon, desarrollaron argumentos en torno a ellos, exponiéndolos en los escritos y discursos, en un estilo directo que correspondía a la intención de revelar la sociedad en la cual se desarrollaron.

° Conclusiones: la posteridad de los intelectuales

Los intelectuales de esa tanda quisieron ser los abanderados de la modernidad que buscó cambiar la sociedad, por medio de la razón, la ciencia y la enseñanza, destinadas a forjar una mentalidad distinta. El primer cuarto del siglo XX fue un momento de grandes debates. Se sintieron cómodos en las polémicas de la época que fuesen sobre la educación, la condición del indio y el cholo, la democracia, la pena de muerte o los tratados internacionales. Mezclaron los resultados de las ciencias de su tiempo, con un desenfado iconoclasta, en un cocktail explosivo.

La controversia acerca de la educación movilizó a Sánchez Bustamante, Tamayo, F. S. Guzmán, Finot entre otros. Cada cual planteó con vigor sus puntos de vista en los cuales reaparece el tema del universalismo y el localismo, de manera específica en la enseñanza de los grupos indígenas. No desdeñaron en la confrontación con el adversario el recurso a los golpes más duros a las alusiones más personales. Los aludidos tampoco carecían de medios.

El ruido y las tempestades provocados por la sublevación indígena finisecular los condujeron a interrogarse sobre la explotación, los abusos que sufrían los pueblos indios, definidos por los rasgos que la herencia, el medio, así como la historia les impusieron. Un determinismo atemperado predominó en sus concepciones del problema. También se ocuparon de la subversión de rangos, como llamaron al ascenso del cholaje, del que desconfiaron. Arguedas pasó como el principal estigmatizador del indio y el cholo, en verdad, lo fue más del último que del primero. A Tamayo se le adjudicó el haber reconocido la fuerza y las virtudes del indígena, paralelas a la denigración del cholo y el blanco. ¿Pero cuán distantes se hallaban el uno del otro?

Seguramente menos de lo que supusieron ellos y el público. Si Arguedas retomó en Pueblo enfermo los estereotipos negativos de aimaras y quechuas, cholos y blancos que circulaban en su sociedad, en las novelas de ambiente rural inició la defensa del indio contra sus patrones. Mostró la sabiduría de sus conductores donde se amalgamaba la experiencia con los libros, con las tradiciones y leyes del mundo originario, capaz de inculcar a sus hermanos el sentimiento de dignidad, y responsabilidad, el amor a la libertad. Tamayo por su parte, destacó la energía del indio, sin olvidar de poner límites a su capacidad. Había, pues, entre los dos escritores elementos en común que provenían de compartir horizontes culturales y de su fe en la educación, si bien concebida de manera muy diferente por el uno y el otro. Ambos estuvieron persuadidos de la influencia de su obra en la evolución de la sociedad boliviana.

La novela realista que cultivaron Arguedas, Canelas, Chirveches, Finot, Mendoza, con la que expresaron muchas de sus preocupaciones, descubrió sus habilidades para pintar mundos y narrar historias. Con prosa clara y argumentos sencillos hicieron una crítica de las prácticas sociales y políticas, fustigando asimismo a los personajes en ascenso social, a los nuevos ricos, a los poderosos del día, a la hipocresía de la moral convencional. Captaron con ojo irónico la textura enrevesada del medio social de las pequeñas ciudades y poblaciones de Bolivia, a horcajadas entre dos épocas. Las imágenes y personajes eran sin duda simplificados y hasta deformados, pero efectivos para agitar la poltronería del ambiente.

Impulsaron los ensayos y los estudios históricos que entraron de lleno en el propósito que caracterizó al grupo de poner en claro la naturaleza y las causas de los problemas nacionales, pusieron una fuerte responsabilidad en la inestabilidad política y las dictaduras que campearon en la sociedad boliviana y en el Continente, durante el siglo XIX. Ese fue el ámbito de intereses donde se movió la intelectualidad que se iniciaba. Sus investigaciones pusieron de manifiesto el daño ocasionado al país por el despotismo. Sin embargo sin quitarles nada de su gravedad, crueldad a un Melgarejo, Morales o Daza no fueron éstos encarnaciones del totalitarismo absoluto que asolaría el mundo en las primeras décadas de la siguiente centuria, construido por una voluntad política e ideológica, impregnada de una visión dualista de la sociedad que pronto alcanzaría a los últimos hombres del contingente inicial, revelándoles una forma de violencia imparable, de una dimensión insospechada y para la cual no estaban preparados. Los que vivieron para ver sus encarnaciones históricas no las comprendieron en su total magnitud. Este sería el parteaguas con los intelectuales que llegaron después.

El horror que provocaron los regimenes totalitarios despertó con el tiempo las sensibilidades políticas, sociales y éticas de hoy, opuestas en todo a esas experiencias dolorosas para la humanidad. El despotismo decimonónico, arbitrario estuvo más ligado al carácter de quienes lo ejercieron, a la limitada educación de la sociedad que a ideologías como las defendidas por los socialismos o nacionalismos del siglo XX, que no acaban de desaparecer.

Al concluir el Conflicto del Chaco, surgió otro tipo de escritores, cuando el país y el mundo habían ya cambiado. El socialismo en Rusia y los nacionalismos fascistas en Italia y Alemania, que vehiculaban ideologías que separaban a las sociedades en mitades antagónicas e irreconciliables, que postulaban además un corte en la historia, un antes y un después que se inauguraba con esos regimenes, se volvieron realidades incontrovertibles. El horizonte político y social de los intelectuales de entonces se estrechó tanto que tuvieron que escoger entre una u otra, cualquier opción distinta apareció como irrelevante. El compromiso político partidario, que también caracterizó los primeros, pasó por delante, dominando los otros papeles, e los hombres de la segunda camada.

El legado de sus predecesores aún estaba en la escena, pero los recién llegados se sintieron inclinados a separarse y enfrentarlo de manera radical, con ideas, formas de escribir y entender el oficio, diferentes. Concibieron la ruptura con el pasado como completa en correspondencia con las mutaciones del mundo y con la Revolución que llegaría. Estuvieron convencidos que sus acciones y sus obras superaban, dejaban atrás, hundían lo hecho antes, que caía, según la posición adoptada, ora en el campo de la burguesía, ora en el de la anti-nación. En

muchos aspectos consiguieron mostrar las preocupaciones primeras como caducas, en otros más bien posibilitaron reencauzarlas hacia nuevos problemas y derivaciones.

El mundo de los años 30 para los intelectuales de la cohorte inicial estaba preñado de fenómenos inéditos de los que no se escabullieron para considerarlos, si bien no calibraron todas las implicaciones que acarrearían. Ellos también en su momento se definieron como innovadores, pero a diferencia de lo que les ocurriría con los que estaban recientemente saliendo, no intentaron hacer tabla rasa del trabajo de sus antecesores, ni podían hacerlo. La imponente obra de G. R. Moreno, por ejemplo, fue el modelo para varios historiadores como Gutiérrez, Arguedas, Finot. ¿Acaso Tamayo no se burló de la musa oriental (G. R. Moreno) de éste último. Los intelectuales surgidos en la época del Chaco pugnaban, en cambio, por crear a todo trance otras visiones de la realidad nacional y maneras nuevas de percibirlas, utilizando un lenguaje vivo, fuerte para borrar las anteriores. Los temas del ataque eran de sobra conocidos, pero los argumentos en los que se apoyaron eran novedosos. Para C. Montenegro, uno de los gestores de la ideología del nacionalismo revolucionario, la obra histórica "argueduna" era una suerte de brulote donde la naturaleza de los sucesos pasados ha sido suplantada por una aparente realidad creada por el propio historiador que sin falsificar los hechos, falsifica su valor con nefastas consecuencias para el futuro de Bolivia.²⁶⁶ "Su pecado capital no es el de sectarismo sino su completa desinteligencia para con el pasado... Todo cuanto existe bajo ese panorama se acusa...(de) grosero, siniestro, bajo, ruin o ,en el mejor de los casos, extravagante y risible...No hay otro pueblo del planeta cuyo pasado esté, como el de Bolivia, únicamente lleno de sucesos o seres ridículos o macabros. El pasado es hecho así en el presente... La conducta que atribuye Arguedas a P.D. Murillo, es fruto de esta especie evidentemente absurda de generación retroactiva...Vicios y taras que éste imputa porque sí al mestizo de nuestros días. Las imputa de modo gracioso a Murillo."²⁶⁷ Cabe, empero preguntarse si esos defectos eran solo del tiempo de Arguedas, como afirma su crítico, o más bien se acarrearían de lejos y continuaron después.

El patriotismo de la generación inicial que era un sentimiento de apego, de cariño a la tierra de nacimiento, se mutó en el nacionalismo o el socialismo en los hombres que vinieron luego. Aquel patriotismo con sus ingenuidades se quería incluyente de todos los bolivianos, la educación era un objetivo y un medio para superar los conflictos derivados de los ritmos diferentes con los cuales evolucionaban los pueblos del país. Los escritores que acababan de entrar, en cambio, enarbolaban la oposición, la ruptura, la lucha sin concesiones de una parte contra la otra y consideraron a los oponentes como enemigos de la nación o del proletariado. Reanudaron con la concepción de la Revolución como una marcha ascendente, que podía frenarse momentáneamente, pero nunca de manera definitiva. Idea que venía de la Revolución francesa y de la rusa. Cierta la violencia política no era nueva ni la persecución del adversario, frecuentemente en el pasado, encarcelado, confinado o desterrado, pero siempre fueron actos criticados en nombre de los principios democráticos o de la ética, al menos por una parte de los intelectuales, en tanto que ahora se justificaban ideológicamente, de ahí el carácter instrumental que asumió la nueva intelectualidad.

No todos los integrantes del conjunto original ni su obra recibieron el mismo trato que el autor de Pueblo enfermo. Las ideas de Tamayo fueron consideradas y rescatadas como precursoras del nacionalismo. No fueron las únicas. De suerte que lo que muchas personalidades de las camadas posteriores al conflicto del Chaco presentaron como el revés de una tradición también tenía un envés. La superación y la vuelta a lo ya hecho constituye un interminable ir y venir entre los autores que comienzan y los que terminan. La angustia de las influencias, sin cese renovada, que por supuesto va más lejos del ámbito local, impulsa a escribir a partir de otros escritos. Siempre se arranca de lo previo, por pobre que sea éste, que fija un derrotero difícil de contornear, como sostiene el filósofo S. Cabanchik.²⁶⁸ Y aunque también esto se dio entre los

²⁶⁶ Cf., C. Montenegro Nacionalismo y Coloniaje, Ed. Juventud, La Paz, 1998, p.75. 1º Ed., 1944.

²⁶⁷ C. Montenegro, *Ibid.*

²⁶⁸ S. Cabanchik, *El revés de la filosofía*, Ed. Biblos, Buenos Aires, 1993.

nuevos intelectuales, la intención de ellos fue diferente de la que tuvieron los que surgieron al voltear el siglo XX, tenía que realizarse necesariamente a través de la acción política partidaria. También su formación fue distinta, dependió en menor grado de los viajes al extranjero y más de las experiencias locales.

Desde los años 1980, se dibuja otro escenario, el de la posmodernidad, el de la multiplicidad de culturas, de éticas y de estilos de vida. El intelectual de hoy también actúa en otros ámbitos y con otros intereses, si bien no carece de ideologías que no son las de antes, la adhesión partidaria resulta menos frecuente, en contraposición a los dos primeros contingentes de hombres de pensamiento y escritura.

El universo actual es muy diferente al de los jóvenes de 1900 y al de posguerra con el Paraguay, aunque en los planteamientos de ambos todavía el buscador acucioso puede hallar claves para entender la posmodernidad actual. No solo en el juego entre lo local y lo universal con el que lidiaron los intelectuales de antaño o en el de lo propio y lo ajeno de los que siguieron, sino también en el interés por el lenguaje, sobre todo de la primera tanda, que buscó evitar el verbalismo desbocado, con el cual se deforma la lectura de los hechos, en el rechazo del caudillismo o en la idea de patria educada, no tan rancia como puede pensarse. Hay no poco del aporte inicial para reconsiderar en las actuales democracias. Es una herencia donde no solo quedan tratos viejos sino también fermentos para los debates actuales.

El trabajo intelectual contemporáneo tiene mucho que aprender del pasado, así sea solo por la importancia que han adquirido los medios masivos de comunicación que aprovechan de múltiples informaciones dándolas por propias o sin un trabajo crítico, ni las pruebas necesarias. Defectos que se denunciaron desde los inicios del oficio intelectual.²⁶⁹ Los principios morales, que predicaron los hombres que forjaron la categoría de intelectual, pretendían ser universales, si bien no siempre fueron de fácil aplicación a la situación del país y ellos mismos reconocieron las restricciones, pero frenaron, para la mayoría, una adhesión ciega al partido, como la que predominó entre los sucesores, y eso, a pesar de su militancia política. Tampoco hubiesen aceptado el relativismo de la hora presente.

El avance de las mismas disciplinas sociales, que ellos invocaron, con el tiempo descubrió las debilidades de los puntos de vista manejados, aunque el interés no ha desaparecido. Los reproches actuales que se les hace caen no pocas veces en el anacronismo.

El primer grupo de intelectuales nacionales se conformó en el momento en que el mundo seguía con apasionamiento el destino del capitán Dreyfus, alrededor del cual se organizó el combate del intelectual moderno mientras en Bolivia se vivía las transformaciones político sociales producidas por la Guerra del Pacífico, el triunfo de la Revolución Federal y el paso de la minería de la plata a la del estaño, conformó una categoría social, que más allá de las diferencias personales, de militancia, tuvo rasgos comunes en su acción, en su manera de pensar en la opinión por medio de la palabra impresa o dicha de viva voz y reivindicando principios éticos. Ya en ese tiempo, la prensa desempeñó un papel de intermediario sin el cual su afincamiento hubiese sido muy difícil. Tampoco hubiesen alcanzado sus objetivos.

Los medios de hoy, que no son los de antes, se han ampliado y cambiado, adoptado nuevos soportes, principalmente audiovisuales y propiciado la ampliación de la categoría del intelectual y de su público. La primera camada se manifestó con libros, artículos, discursos, las de ahora se sirven de la imagen sobre todo televisiva, construida a medida como el terno del viejo sastre.

Con el tiempo la intelectualidad adquirió un compromiso militante partidario o ideológico más orgánico que el que mostraron los iniciadores, en especial durante sus etapas formativas.

²⁶⁹ A. Arguedas, La danza..., (Aguilar), p.656.

Asimismo el término ahora incluye otro tipo de actividades distintas a las del escritor o del orador parlamentario, se abrió a los pintores y escultores, a los comunicadores, a los músicos y cantautores y no deja de extenderse. Se presentan como por encima de los partidos, pero no de las ideologías. Negar que los primeros asimismo tuvieron su compromiso político, sería falsificar los hechos, pero para algunos de ellos, por lo menos en los momentos fuertes de su existencia, la palabra escrita o dicha de viva voz preñada de valores éticos, estéticos, que concibieron como reveladora de lo real, pesó más que cualquier otro compromiso. Si bien la política, quizá entendida como medio para la consecución de objetivos nacionales, nunca quedó de lado.

La generación de Gesta Bárbara (1925) en sus comienzos se concibió alejada de los partidos. Sin embargo a medida que los lazos del grupo se debilitaban los miembros fueron incorporándose a diferentes agrupaciones políticas. Después del Conflicto del Chaco el compromiso político, ideológico, se hizo principalmente partidario y pasó a caracterizar la actividad intelectual. En los tiempos que corren ahora se colorea de ideologías que aparecen no tanto de manera explícita como implícita en las acciones del nuevo tipo de intelectual, formado para manejar símbolos y medios de difusión.

La historia de los intelectuales en Bolivia de las primeras décadas del siglo XX, enmarcada por la política y sus pasiones, fue igualmente la de la gente que luchó, que tuvo inquietudes que buscaron algo más allá de la política y la ideologías, sin dejar al mismo tiempo de hacerlas.

Con el avance de la sociedad tecnocrática, de los medios de comunicación, con el desarrollo urbano, la globalización, la mudanza de las sensibilidades surgen figuras distintas como la del especialista, la del artista, la del fabricante de opinión en la radio y la televisión, la de la estrella de la canción y aún la del deportista que toman el lugar del viejo intelectual. Estos, expertos en el trabajo de símbolos, se definen antes por su posición ideológica que política.

La figura del hombre de ideas y letras que pone su notoriedad al servicio de una causa de interés público, calificada de justa, parece algo ya superado. Será suficiente enrostrarle las equivocaciones, los errores que cometió para iniciar su duelo, como sugirió R. Debray,²⁷⁰ y fabricar otros papeles, otras responsabilidades, sin duda, no.

Los iniciadores pecaron por creer en la universalidad de los principios, los segundos por traicionar las exigencias de universalidad de los derechos humanos, supeditadas a su compromiso partidario militante, orgánico. Los actuales quizá yerran por sus apariciones en los medios, en las carteleras, por su apego a las ideologías sin la suficiente crítica, por tomarse sin querer, queriendo como guías de acción de todos. Lo novedoso de la tarea no excluye las responsabilidades, igualmente nuevas y amplias. Su papel aún no ha acabado de madurar, ya no será como el de antes, pero no bastará ni será suficiente agitar los signos, los símbolos o las palabras, tendrá que encontrar el contrapeso de los actos reales, como advirtieron tempranamente sus críticos.

La sociedad se llena de nuevos problemas," de significados en busca de significantes", de debates diferentes para los cuales el intelectual de viejo cuño no contaría más con el equipo apto para dar respuestas. Los instrumentos de aquel entonces la pluma, la máquina de escribir, el ensayo y la pieza de oratoria no atraen ni seducen más al público, que también creció, se extendió, conquistado por los audiovisuales, por la imagen, por los símbolos migrantes.

Empero, el recuerdo de la aparición del intelectual, como categoría social, en el ámbito nacional, hace ya más de un siglo, de los problemas que se planteó ayuda a descubrir que las luchas por la modernidad, ilustradas en sus obras, no han sido ganadas del todo y piden otra vez miramiento, en medio de las preocupaciones de la hora, pues mucho de lo que antes se dijo no ha perdido vigencia. Hoy como ayer "hay que defender las libertades más allá de los mercados, de las definiciones del comunitarismo, del culturalismo estrecho," como pide A. Touraine, uno de los

²⁷⁰ Citado por M. Leymarrie, op. cit., p.1119.

pensadores de la democracia moderna y sus desafíos. La multiculturalidad pone en la mesa otra vez los problemas de la educación, de las diferencias entre los grupos sociales, de la identidad que ya se dejaron entrever en aquel momento germinal, envueltas probablemente con etiquetas añosas, pero detrás de ellas el asunto sigue ahí, no soslayable, no superado, sin hacer de ese grupo los profetas del futuro.

Anexo I

Introducción

¡Polvo eres! (Apuntes de un **desmemoriado**)¹⁷⁴

Juventud, amor y bienestar, o sea, acaso, fuerza, dicha y riqueza, son circunstancias, accidentes y privilegios que impiden pensar en el viaje ineluctable por ese camino misterioso y sin polvo que sólo una vez se transita, y siempre de ida...

Cuando ninguno de esos dones viene a cerrarnos las perspectivas del lejano azul y la edad y la experiencia nos alejan o nos detienen al margen de las pasiones, entonces parece prudente tratar de quitar peso al fardo sentimental, más o menos encumbrante, que cada uno trae consigo, y arrumbar los recuerdos en algún discreto paraje de la ruta, para ya no tener la fatiga de volver los ojos atrás.

Aligerar el fardo antes de dejarlo en alguna parte, he aquí la gran cuestión para el que ya nada o muy poco espera.

El hombre de letras - tipo de rara especie en nuestros países criollos- no lleva en su carga peso de dineros, porque escribir en la América de estirpe ibera es oficio que no da de comer, es oficio sin beneficio y por ende malo, que diría el manco nuestro ejemplar y buen señor Don Miguel, el del caballero flaco y triste. Y quien no lo trae de herencia o por alianza y llene la audacia de pensar que, así como el zapatero come, gana y ahorra clavando suelas, el abogado picando pleitos y embrollando las cosas el albañil levantando muros o cavando cimientos, también el escritor debe comer, ganar y ahorrar edificando suntuosas moradas espirituales o dictando reglas prudentes de conducta humana, hace un mal cálculo y corre el grave e inminente riesgo de vivir en constante aprieto y morirse en la miseria, porque aún no se ha dado el caso en nuestra América, la bronceada y la parlera, que un escritor construya casa con su pluma, gaste carro mecánico o acreciente la dote de sus hijos... Y, oficio que no da de comer, ¿verdad, Sancho amigo? ...mal oficio.

Yo he conocido y tratado varios escritores que vivieron en la necesidad y murieron casi indigentes. Citaré a algunos por orden de categoría y talla: Rubén, Rodó, Bonafoux...

Gómez Carrillo, que era listo en todo, hasta en los negocios, dejó al morir un pequeño capital, creo que de seis mil pesos, y los amigos de pluma quedaron maravillados y... escandalizados.

¿Ciento cincuenta mil francos? ¡Qué caramba! ¡No había derecho a ser tan metalizado !

Sincera era su consternación y yo la explico porque el conocido 10 o 15% de los autores en nuestras ediciones muy limitadas -cuando los autores cobran, cosa no muy probada hasta hoy- es capital que se va en humo, porque basta apenas para comprar los cigarrillos del año, y no de la mejor marca, por cierto.

¹⁷⁴ Con este título escribió esta Introducción en 1930, luego de hacer transcribir en varias copias los volúmenes de si Diario escritos hasta la fecha Título que también intentó dar a su segunda novela de la serie Vida Criolla que quedó inédita.

Y entonces nuestros escritores, no pudiendo coleccionar monedas, guardan recuerdos...

Y, lo peor a veces, los guardan escritos...

Indudablemente ésta es una odiosa y fea manía.

Y es que, además, el hombre de letras está atacado de otro mal incurable: imaginarse que todo lo que le ocurre a él es particularmente excepcional y digno; que lo que él ve como testigo o asiste como actor son cosas que no tienen par en el mundo; que su yo, en suma, vale mucho y compendia el alma universal...

Yo también ¡ay! he cojeado de ese pie. Yo también, desde hace treinta años, he escrito para mí solo mis retacitos de papel. Y al cabo de ese tiempo los tales retacitos han llegado a formar cerros y hasta una montaña...

Devasté primero la montaña, hace poco, a raíz de una desgracia. Un amigo y paisano mío **se mató en París**¹⁷⁵. Era escritor y de los buenos y había alcanzado triunfos que muchos, y de los mejores, le envidiarían. Él vivía huraño, taciturno, enfermo y profundamente triste. Huía las gentes cual si siempre de ellas habría de recibir males; temía las mujeres como si hubiese tenido la desgracia sin consuelo de no tropezar nunca con una buena, generosa, piadosa y amante... Y ¡claro! Se mató. Debía matarse. Era necesario que se matara porque no tenía amor.

El último gesto de un poco de ternura o de piedad por los hombres me lo dio a mí. Yo fui acaso el solo confidente del pobre Armando Chirveches. y yo, algún día, si me queda tiempo, he de contar por lo menudo su pobre historia extrayéndola en parte de estos apuntes, pues así lo exige mi amistad yeso me lo ha pedido Laura, su hermana, que rueda y brilla por el mundo ligada en matrimonio a un fino diplomático brasileño...

E hice yo, con el cónsul, el inventario de los bienes de Armando; por mis manos trémulas y curiosas pasaron sus papeles... Y entonces tuve y sentí miedo... Y, bajo una impresión casi de terror, cogí mis papeles, los desmenucé para ir formando con los retazos tomos de materia distinta y deslindada y fui rompiendo aquello que era muy personal, muy íntimo o muy banal...

Pero acaso no destruí bastante, porque aún me quedaron unos veinte legajos. Y ahora esos veinte cuadernos que siempre arrastro conmigo como la tortuga su caparazón constituyen mi pesadilla y quiero deshacerme de ellos, de cualquier modo y lo más rápidamente posible, porque voces que no engañan -algo así como el tañido de campanas invisibles y lejanas de que nos hablan los viajeros del desierto y anuncian el mortal siroco- otras campanas misteriosas, sólo perceptibles para los propios oídos porque resuenan en el corazón, me dicen que sería prudente, útil y hasta higiénico trillar todavía en la montaña, como en una hacina de trigo, y del polvo de cáscara y paja; extraer el grano, si queda alguno de la mala cosecha.

Y nada mas fácil para esta labor paciente y aun penosa que los ocios de la diplomacia, a veces forzados cuando la vida social es apacible, o se la huye un poco y evita. Entonces el ánimo se conturba, acaso porque, así como sobre las piedras quietas de los barbechos prende el musgo, también sobre el alma del que se esconde prende ese otro musgo o sarro que aquí, en esta tierra del bien hablar¹⁷⁶, llaman, algo feamente, guayabo, o neura allá, y en todas partes, fastidio de vivir...

-¡Oh Dios mío! ¡Qué pobre cosa, qué animal tan presuntuoso y tan ridículo es el hombre!

Amiel, maestro de solitarios y de egoístas, escribió más de 14.000 páginas de su Diario en 60 años de vida, o sea, toda una biblioteca de cuarenta volúmenes de formato corriente. Sólo se

175 Chirveches, con quien Arguedas tuvo un estrecho vínculo de amistad, se suicidó en París en 1926. N. del Ed.

176 Se refiere a Bogotá donde Arguedas escribió estas páginas. N. del Ed.

han publicado tres tomos de fragmentos en la edición francesa, la más completa y la más decente hasta ahora...

Alfredo de Vigny dejó los manuscritos de su Diario en 78 cuadernos, muchos de los cuales se perdieron o destruyeron o fueron puestos a la venta. Impreso, queda únicamente el pequeño volumen conocido de los estudios.

Maria Baskirtseff, la virgen bella y la tísica famosa, ha dejado otro montón de cuadernos y de ellos han entresacado la materia de otros tres volúmenes, dolorosos por las ansias de inmortalidad que en ellos se confiesa.

Mauricio Barrés, ese obsesionado por la idea de la muerte, abarrotó un enorme armario normando con sus apuntes. Comenzó su Diario en 1896 y dejó cincuenta libros. Anotaba en ellos todo lo que se le ocurría, transcribía opiniones de prensa o lo que le decían sus amigos literarios en cartas y hasta pegaba recortes de periódicos...

Y entre nosotros, finalmente, entre mis amigos vivos, Rufino Blanco Fombona en La novela de dos años, ya nos ha dado el primer volumen de su Diario en 357 páginas, donde con estilo simple nos cuenta las aventuras de su vida en los años de 1904 y 1905.

Pero, ¿interesan de veras nuestras vidas a alguien? ¡Cómo quisiera uno creer, oh, Dios mío, que sí! Sólo que uno mismo hunde los ojos dentro y se pregunta: "Me importa algo a mí la vida de ese que pasa? ¡No; no me importa nada! ¡No sé siquiera quién es! Y si la vida de ese pasante no me importa nada, ¿por qué la mía ha de interesar a los otros?"

Porque todos resultamos pasantes al fin y al cabo, y lo queramos o no. La humanidad cuenta, dicen los especialistas, con un millar 950 millones de seres vivos sobre la tierra. Si resultase tarea cómoda y segura preguntar a ese triste hormiguero humano quienes fueron Homero, Dante, Shakespeare o Cervantes, pongo por caso, seguro que, de cada cien personas, sólo unas cuantas, dos o tres, sabrían responder con certeza y convicción. Otras ocho o diez responderían vagamente y el resto no respondería nada.

¿Y entonces? Y por qué tú, sabiendo esto, nos amenazas con...

Pues... Pues... ¡nada, en suma! ...Pues ¡caramba! ... pues que hoy se lee mucho la novela... En la novela, por lo general, se narran cosas que no han pasado, o que, si pasaron, no sucedieron exactamente como lo cuenta el novelista... Luego la novela es mentira; pero mentira que hace pasar el rato ya veces hasta agrada... Aquí las cosas que se cuentan no son mentira y se parecen, sin embargo, a la novela. Tampoco son mentira los nombres ni las fechas.

El único mentiroso resulta, a la postre, el autor; pero mentiroso con él mismo y no con los otros. Él mismo se mintió creyendo en la duración de sus amores, en la incorruptibilidad de sus ensueños, en la firmeza de sus convicciones y en la posibilidad de la dicha... Nadie ha sufrido de la mentira, sino él mismo; y sus males y sus dolores y sus tropiezos, a nadie han causado gran mal...

¿Qué ha de quedar de estos apuntes? Hoy, acaso un libro; mañana, si el libro resulta curioso, el título únicamente. Después de mañana, otro día, ni el título siquiera...

Y yo también he de pasar, como el libro y antes que el libro. Pasamos casi todos los días, con sólo mudar de sitio. ¿Quién, por ejemplo, ha de acordarse de mí en esta buena ciudad, mañana, cuando el humo de mi barco se pierda en el horizonte? El deseo quisiera que alguien, siquiera, alguien de alma buena y fervorosa; pero no todos los deseos se cumplen y a espaldas vueltas...

Estos olvidos momentáneos son anticipación del otro, del definitivo y eterno.

Y entonces, para consolarse con la idea de que todos hemos de ser olvidados, temprano o tarde, que todos hemos de pasar lo mismo, sólo queda la frase santa y desolada que enseña a resignarse y ser humilde: ¡Polvo eres!...

La Paz, enero 1 de 1900¹⁷⁷.

En este día de fiesta todos los pasantes lucen trajes nuevos y andan con cara alegre, como si el paso del tiempo les causase regocijo. Las campanitas de San Sebastián repican alborozadas. Grupos de indias ataviadas con trajes en que sobresalen los colores mas vistosos (rojo, verde, amarillo) van a la iglesia, en cuyo atrio ya han de estar instalados mis amigos para ver entrar a las chicas a la iglesia. Allí estarán el narigón Arturo, que le hace la corte a Concha; el valiente Exequiel, que persigue a Encarnación. Yo iré a ver a Julia, la linda morena. Estará también Elsa, la rubia teutona, con sus amigas las E...

Son las nueve de la mañana y debo vestirme. Me pongo mi traje nuevo de jaquet, y cuando entro a la iglesia la misa ya ha comenzado. Encuentro a mis amigos cerca de la lámpara de entrada, mezclados entre los indios que llenan toda la parte baja del templo, porque la parte superior de la nave está destinada a las mujeres únicamente. Las cholos e indias, que forman toda la masa, se arrodillan en el suelo pelado y enladrillado; pero las niñas decentes hacen llevar sus reclinatorios con la muchacha y al arrodillarse en ellos sobresalen y se destacan de la muchedumbre dibujando sus bustos envueltos en el mantón negro...

Después del almuerzo, a las doce y media, Arturo se presenta, como de costumbre, en casa para llevarme a la suya, que es como si fuera mía. Su madre, doña María, me trata con gran cariño sólo porque sabe que su hijo y yo somos inseparables. Y él, Guillermo, Exequiel y yo formamos una sola familia y jamás se nos ve separados. Donde está el uno tienen que estar los demás...

Salimos.

En la plazuela del barrio, sobre la que dan casi todas nuestras casas, hay ruedas de indios que bailan al son de sus flautas tristes. Los phusiphayas están revestidos de la cintura para arriba, hasta el cuello, con pieles de jaguares; los choquelas llevan pollerines blancos de tela encarrujada y sombreros con especie de diademas de plumas. Solo los khusillos ágiles y graciosos llevan cubierto el rostro. Todos corren de un lado a otro, en fila, sin dejar de soplar en sus flautas, y las mujeres van al fin, también en fila, o bien alternadas con los hombres.

Todas las muchachas que tienen sus casas sobre la plazuela han abierto sus balcones con el pretexto de ver a los bailarines indígenas. Concha ha dejado la ventana de farol de la alcoba de sus padres y que es su habitual y constante mirador, para instalarse en el balcón abierto de su salón, cuyas ventanas miran a la Calle Ancha, llamada así porque es la única en la ciudad que tiene, creo, más de veinte metros de ancho, y a la plazuela; María, en la casa que hace ángulo con la de Concha, ocupó todo un ancho balcón con sus amigas; Carmen Rosa, mi vecina, parece una muñeca de cera por su palidez de cadáver, sus ojos negros y profundos, su tenebrosa y abundante

177 I. Vargas. co-editorialista de estas páginas, cree que un prurito de precisión llevó a Arguedas a Iniciar el Diario en esa fecha. Por mi parte (S. R. P.) pienso que el autor aprovechó el atractivo simbólico del Nuevo Siglo para iniciar una actividad que prácticamente duraría toda su vida, no sin algunos cuestionamientos periódicos sobre el interés y el valor de la tarea. Quizá el Diario es la obra testimonial más importante de las letras nacionales del siglo XX, desgraciadamente no publicada en su integridad. Esta constituye la tercera entrega de páginas en su gran mayoría inéditas después de la danza de las sombras, publicada por el autor, y de los fragmentos seleccionados y publicados por M. Alcázar en 1963. Aquí se ha buscado dar a conocer dos tramos importantes en la vida del escritor: sus años mozos, con sus primeros entusiasmos de juventud, sus preocupaciones intelectuales germinales, el primer viaje a París y sus últimos años con las tribulaciones, dudas y temores acerca del país, de su obra, de los cambios de la época. N. del Ed.

cabellera y su sonrisa dulce y triste; Carmela, la dulce y buena Carmela, hermana de Exequiel, la tímida y huraña pero linda Carmela, también está en su balcón, muy formalita al lado de su madre, la otra doña María, acaso más buena conmigo que la madre de Arturo. Y por fin, Julia, mi adorado tormento, se muestra en las nubes, infinitamente lejos, infinitamente alto...

¡Qué barbaridad vivir así!...

Los balcones de las otras casas están a una decente altura del suelo, es decir, a cuatro o cinco metros. Los de Concha son los más racionales porque, bajándose ella y poniéndose uno sobre la punta de los pies en la vereda, acaso sea posible confiarse un secreto en voz baja y hasta darse un cálido apretón de manos. Pero Julia queda arriba, colgada entre el cielo y la tierra, a una distancia imposible. Y no es que la casa tenga tres o más pisos, sino que es de dos, como todas las de la plazuela; pero el albañil ha tenido la fantasía de hacer un ensayo de altura y les ha puesto a los pisos techos creo que de ocho o diez metros, de manera que mi novia domina los tejados de todas las casas y están a la altura del llano de Cusipata, que se descubre al frente, junto a los campos de combate de Caja del Agua, donde algunas veces vamos a batimos a honda con los rivales de esa región, y con éxito, porque siempre resultamos los más valientes...

Mis amigos y yo, trajeados de gala y de dos en dos, recorremos las veredas, luciendo nuestros doblados guantes de previl en el bolsillo del jaquet o de la americana, la flor en el ojal, el junquillo cimbrante en las manos y el pañuelo de seda de subido color verde o rojo, apareciendo junto a los guantes y cual otra flor. Nuestros pantalones tienen raya fresca, están bien cepillados nuestros sombreros y reluce al sol el charol de nuestros zapatos.

En las puertas de calle de algunas casas hay tiendas de suertes. Las chiquillas han sacado a lucir los adornos del salón para atrapar a los ingenuos compradores y el negocio es redondo, porque nunca sale ninguno, pues por cada cien papeles blancos se ponen cinco escritos con premios de chucherías baratas...

A eso de las dos. Arturo me lleva a su casa, que es la misma que ocupa Concha, de quien es inquilino. Charlábamos de nuestras novias, pero a poco se escuchó en la escalera ruido de menudos pasos. Me llevo a la puerta y veo subir las gradas a Julia. Un temblor singular me sacude el cuerpo y me entran locas ganas de huir...

Julia es de regular estatura, regordeta. Moreno es el color de su rostro, tiene pequeña y sensual la boca, recta y bien formada la nariz. Sus ojos son oscuros y de mirada no muy elocuente y a mí me parece la mujer más bella del mundo. Viene de visita a lo de su amiga Concepción y posiblemente no sabe que estoy en la casa.

¿Entro? ¿No entro? Las dudas son crueles y mi timidez ha aumentado de volumen. Al fin, venciendo temores, me presento en la puerta del salón y la criada anuncia mi nombre. Julia lanza una exclamación consternada, se pone de pie y quiere escapar; pero la detiene Concha...

Los dos hemos enrojecido hasta la sofocación. Se diría que el vernos es una falta imperdonable. Y, sin embargo, hasta ahora sólo hemos cambiado miradas sostenidas, sonrisas tenues y algún apretón de mano en los encuentros ocasionales. Nunca hemos dicho la más inocente frase de amor; pero ella, por sus amigas, especialmente por Concha, sabe que la quiero; y yo, por los míos, sé que no le soy indiferente...

Concha, muy seria y fingiendo algo que hacer, nos deja a solas... Yo tiemblo y Julia enrojece y abre los ojos espantada y cual si de pronto se hubiese visto al borde de un precipicio insondable. Callamos un rato mirándonos con angustia y sólo se oye el latir de nuestros pechos. Julia baja los ojos al suelo y el rubor le cubre la frente. Yo, pensando que de un momento a otro puede venir Concha y que ya no tendría más oportunidad de verme a solas con ella, hago un poderoso esfuerzo de voluntad y con voz tímida y balbuciente le digo:

-Julia... ¡Yo la quiero a usted!...

Ella tiembla, se estremece, enrojece aún más y levantando los ojos responde con voz queda:

-No creo... Yo soy incapaz de inspirar amor a nadie... Usted...

Concha reaparece con la misma seriedad y nosotros no podemos evitar un expresivo gesto de despecho. ¡Qué inoportuna, Dios mío! ¿Qué le costaba quedarse unos momentos más?...

La visita se prolonga hasta la oración. Julia se sale a las seis y yo una media hora más tarde Me voy hueco, orondo, hinchado de felicidad...

La Paz, enero 4 de 1900

Día tristón, opaco, lluvioso. He leído novelas toda la tarde y me siento con la cabeza hueca. En la tarde, a eso de las cinco, voy de visita a lo de doña Emilia, y su hija, la rubia Elsa, aprovechando un momento en que quedamos solos, me pregunta a boca de jarro:

-¿Verdad que tu amigo Arturo se casa con Concha y tú con Julia?

Yo me callo y Elsa sonrío con cierta pena o despecho. Se me imagina que ha creído que algún día pudiera resultar yo su novio y deben molestarle mis asiduidades por Julia...

Y Elsa es linda. Le llamamos la gringa, porque es hija de alemanes y la conocí mozuela, apenas casi llegada a la ciudad donde el padre venía a curarse de una tuberculosis atrapada en Chile. Era una bella criatura y parecía una de esas pastas que nos vienen del extranjero y se exponen en las vitrinas de las tiendas de lujo, pues tiene los ojos azules, la cabellera dorada, fresco y rosado el cutis, la boca roja y pequeña, bien formada la nariz. Ahora es una moza muy alta y muy delgada, con las claras mejillas teñidas de rosa y sólo tiene feos los dientes: grandes y un poco salidos.

Moralmente es una chica buena, llana, simple, afectuosa. Seguramente sería una compañera llena de devoción, abnegada y solícita.

La Paz mayo 27 de 1900

Julia me jura con toda solemnidad que me ama, y yo me siento héroe. Mis amigos han querido celebrar este solemne acontecimiento y esta noche nos hemos ido más temprano que de ordinario al Hotel Americano, para jugar nuestras consabidas Partidas de billar.

Es nuestra ocupación. Todas las noches, o las más de la semana, jugamos y bebemos cerveza. A medianoche, o hacia el amanecer, pedimos nuestros lomos montados, que es una chuleta preparada con salsa de cebollas crudas y revueltas en manteca, ají y tomate y un huevo frito encima. Este plato y los copiosos vasos de cerveza que bebemos nos ponen alegre el ánimo.

La Paz, junio 4 de 1900

A escondidas de mis padres, he pedido anoche la mano de Julia, y la madre, una matrona alta, seca, amarilla, de mirar torvo, severa, adusta, sonriendo con crueldad de pantera me ha dicho que ni ella ni su hija podían obrar libremente, porque ambas dependían de la voluntad de su hermano, alto y copetudo magistrado de la Corte Suprema. Luego me ha preguntado mi edad, y al saber que pronto he de cumplir 21 años, ha sonreído de manera extraña y me ha aconsejado que consulte primero con mis padres...

He aquí una cosa que yo no haré.

La Paz, agosto 6 de 1901

María está furiosa conmigo. Desde nuestra última entrevista no he vuelto sino una sola vez a su casa y esto para hacerla comprender que entre nosotros sólo deben existir relaciones de amistad y franca camaradería, pero no más.

Esta noche estuvo en la retreta. Andaba seria y parecía triste. Iba acompañada de uno de mis amigos, y como desafiándome. En una de las vueltas le hice con la cabeza una seña de inteligencia, cual si aprobase su conducta. En las otras vueltas me quitó los ojos y ya no volvió a mirarme más. Mejor, porque eso debe acabar.

La Paz, agosto 25 de 1901

Pasando momentos difíciles para escribir la introducción de mi libro Pisagua.

Cosa muy fácil parece escribir bien y con naturalidad, pero no es así. Las ideas, acaso porque son pobres, no vienen bien vestidas, falta la palabra justa en lo mejor o a veces se desborda sin objeto...

La Paz octubre 13 de 1901

Recepción en casa de Concha para festejar el cumpleaños de su padre... La muchacha baila y coquetea con uno y otro. Se divierte y hace bien, porque parece que ha nacido para eso. Le gustan la amistad de gentes encopetadas, las fiestas y, sobre todo, vestirse bien.

A mí me da a veces la impresión de una muñeca. Una muñeca bien arregladita por la vanidad de la madre y el ciego cariño del padre; una muñeca agradable para verla y hablarla una hora, un día, pero no toda la vida...

Yo la quiero, pero le tengo miedo y yo no sé lo que haría con ella si fuera mi mujer...

La Paz, octubre 15 de 1901

Doy mi último examen del 5º año, que me libra ya del yugo de la Universidad, y algunos amigos, dándoselas de hombres mundanos, me llevan a una casa de mujeres para festejarlo. He pretendido resistir en un comienzo, pero me han saltado que era un afeminado y he tenido miedo al ridículo.

Entramos a eso de la medianoche y salimos al amanecer. Y permanecí limpio, pero salí entristecido y disgustado...

La Paz, noviembre 6 de 1901

Una semana de campo con Exequiel y familia. Todos los días baños y merienda a la orilla del estanque, a la sombra de un sauce llorón, o en las galerías adornadas con viejas enredaderas de madre selvas. Las jóvenes bañistas, al salir del estanque, cruzan las galerías envueltas en sábanas que ponen al claro las redondeces de las carnes mojadas; y así descubre Carmen una estatuaria magnífica y atrayente.

La Paz noviembre 11 de 1901

Recibo una carta de Chuquisaca, sin firma, pero conozco la letra y sé de quien es. Es de Julia y me dice:

Sucre, noviembre 4 de 1901

Señor: Felicito a usted por el lúcido examen de tribunal que había rendido usted.

Mi deseo ha sido, es y será que el cielo lo llene de bendiciones al principiar a ejercer su profesión. Sea constante en todo y conseguirá los lauros de que es acreedor.

¡Sea constante en todo!

La Paz, enero 10 de 1903

Ayer rindió su examen de abogado mi condiscípulo Felipe Guzmán, y hubo con este motivo una comida en su casa. Yo no estuve, naturalmente, pero sé que a la hora de los postres se habló de mi ensayo de novela Pisagua. Se deslenguaron contra mí y los amigos eran los más afanosos en herirme y fijarse y poner de relieve mis defectos o inventarme los que no tengo. El único que me defendió fue mi joven profesor de literatura don José Palma y V. acaso porque se sentía algo tocado de la censura, porque Palma no deja de proclamar que yo fui uno de sus discípulos más aventajados...

París, mayo 6 de 1906

En el teatro Antoine he ido a ver representar El pato salvaje, de Ibsen, y el argumento de la pieza me ha preocupado mucho.

Cada hombre tiene su ideal y vive acariciándolo. Nada importa que ese ideal sea falso; la cuestión es tenerlo. Tampoco importa que tenga por base una mentira y sea una concepción falsa de la realidad o transija con el honor; lo esencial es sentirlo. Y el loco que pretenda arrebatarlo, aunque sea para ofrecernos uno mejor o más conforme con la equidad, la justicia o el mismo honor, comete una mala acción.

-No, contesta el idealista exaltado, hay ideales que degradan la especie humana y son aquéllos que se fundan en la transacción con el honor...

-¡El honor! Bonita palabra. El honor para la mujer está en el sexo; para el ladrón, en robar sin hacerse coger... Dejad que vivan los seres con aquello que creen constituir su dicha...

Y el exaltado, ante la razón fría del que no se apasiona, deja escapar su grito angustiado:

-Si tienes razón y esa es la vida, no merece la pena de vivirse.

El viejo Ekdal representa a los pobres de espíritu, a aquellos que se engañan a sí mismos pensando tener una alegría y se consideran dichosos. Tuvo antes el viejo Ekdal un espléndido bosque donde hacía sus cacerías de osos y en su espléndida vivienda gozaba de todo clase de comodidades y holguras; pero luego cayó en la miseria y ahora vive en el último piso de una casa de alquiler. Sus aficiones a la caza persisten y tiene una pistola y un fusil, y hace sus correrías imaginarias en un patiecito lleno de cajones de madera y donde hay unas gallinas y un pato salvaje que cuida y mimas. Y se cree dichoso el viejo, y cada vez que se acuerda de sus bosques, de sus correrías, se entusiasma, coge su pistola, se encierra en el patiecito, se revuelca en la avena, da grandes gritos, dispara al aire y revive su vida pasada. Hay que dejarle y no pretender convencerle que eso que hace es ridículo y que su alegría nace de la ficción; no. La mayor parte de la humanidad está compuesta de esta clase de seres. ¿Por qué afanarse en cambiarlos?

Gregers Werte¹⁷⁸, el mancebo exaltado que cree en la justicia, en el honor, en la dignidad, que lucha por sus convicciones y las defiende contra todos y a pesar de todo, defendiéndose del

178 Hay un ligero error de transcripción en el Diario, el apellido del personaje es Werle. N. del Ed.

padre y de la familia, simboliza a esa casta de soñadores exaltados, de iluminados y de ciegos que sólo tiene ojos para ver únicamente la luz proyectada por su ideal.

Y el doctor de palabra severa y grave y que con rudeza reprocha a Gregers, que venga a destruir la ilusión de Exdal (Ekdal) abriéndole los ojos a la realidad, es el pensador entristecido por el espectáculo de la vida pero que se conforma con sus contrastes y la toma como es; es el filósofo resignado y sereno que mira con piedad y simpatía a los hombres tan llenos de mentiras y de vicios. ¿Para qué luchar? Dejemos que cada cual viva como pueda y como mejor le cuadre; dejemos a cada uno con su mentira vital...

París; diciembre 31 de 1906

Hace más de quince días que los periódicos franceses disputan sobre un asunto de apariencia banal, pero que revela un profundo amor por conservar religiosamente el pasado, íntegro, sin variaciones, estrictamente cabal. Trátase de saber a ciencia cierta de qué color eran los bigotes de Napoleón; y hubo y hay todavía infinidad de escritores poetas, militares, artistas e historiadores que, encaramados en las columnas de los mejores y más elegantes periódicos, disertan largo y tendido sobre el tema, cuentan aventuras personales, narran anécdotas y evocan detalles menudos de la vida, costumbres, maneras y características del Emperador.

Esta disputa lleva trazas de resolverse satisfactoriamente para todos, o sea para los que creen que los bigotes eran morenos y los que dicen que eran rubios tirando a rojo, y hasta para los que sostenían que eran de un gris sucio, porque graves y eminentes personajes que gozaron de la intimidad del Emperador aseguran, gravemente también, que eran negros cuando el Emperador tenía 40 años y que fueron poniéndose grises y amarillos a medida que el hombre se hacía más viejo y más vicioso al cigarro.

Aparece ingeniosa y muy verosímil esta manera de dilucidar un delicado punto de la historia. Así tiene razón Emilio Faguet¹⁷⁹, que fue el iniciador de la polémica, y lo tiene igualmente el crítico de "Le Temps", que sostenía un punto de vista contrario. Cuando preparaba Pisagua, librejo cuya publicación fue un lamentable equívoco, me preocupé de averiguar de qué color eran los ojos de Melgarejo y me puse en busca de documentos sobre ese trascendental punto de historia; pero no pude encontrar uno solo decisivo. No existiendo documentos fehacientes sobre la materia, me puse a interrogar a las gentes viejas; pero mi confusión fue más grande todavía, porque unos me decían que eran negros; otros, pardos; estos, azules; aquellos, grises; y hasta no faltó quien me asegurara formalmente que eran rojos y juraba haberlos visto de tal color, con sinceridad y vehemencia, por lo que colegí que hubo de verlos en algún día en que el bueno de don Mariano estaba turbado por el alcohol y encendido por la llama de la concupiscencia, que ardía de continuo en él y violentamente...

Medio corrido por tanta incertidumbre, decidí, por último, recurrir a la única persona que, sin equivocarse ni vacilar un segundo podía darme razón cabal y exacta del color de los ojos de Melgarejo, pues los había visto siempre brillar sobre los suyos en raptos de pasión. Resolví dirigirme a doña Juana Sánchez, la amada de los mejores días y quizás la inspiradora del crimen... Y rogué a mi buena amiga doña María Calderón de Romecín, íntima suya, le pidiese aclarara este punto, de trascendencia histórica. Y así lo hizo y por ella supe que los ojos de Melgarejo eran... ¡verdes!

París, febrero 24 de 1907, domingo

179 E. Faguet (1847-1916) profesor y crítico literario-filosófico fue muy conocido en el país y en el Continente en los círculos intelectuales. N. del Ed.

La cosa marcha. Lentamente, pero marcha. Y es lo esencial.

Todas las noches, absolutamente todas, tengo sueños agitados y siniestros. Tan pronto caigo de alturas inconmensurables como lloro la pérdida de uno de mis padres. Mis sueños son amargos y tristes siempre la familia en duelo, el hogar en ruinas y yo cayendo, cayendo, cayendo...

Mi nerviosidad ha aumentado y también mi indecisión. Un momento pienso una cosa; luego, otra. Imagino viajes, preparo planes, pero a nada me resuelvo. Antes de comer, por ejemplo, hago la formal resolución de salir a pasearme; pero, pasada la comida, me invade una pereza invencible. Y, entonces, me tumbo en la cama con un libro en la mano.

Esta mañana me he despertado con la idea de viajar por Suiza y he resuelto llevar a cabo mi deseo en el mes de mayo. Esto ha de durar poco; mañana o cualquier otro día se me meterá en la cabeza ir a Londres o Barcelona y concluiré por no ir a ninguna parte y por embutirme cada día más hondo en este agujero hediondo donde el olor de papel impreso me va matando lentamente.

¡Cuán pobre cosa es un hombre enfermo por falta de voluntad!

París, marzo 8 de 1907, lunes

Sé que un amigo íntimo de la infancia se ha casado. Él nada me ha escrito y lo supe por un extraño...

Todos mis amigos, las que fueron mis amadas, mis conocidos, se han casado. He quedado solo... más solo que nunca.

Y es que hay, o mejor, de mí se desprende cierta frialdad ahuyentadora. Jamás afectos puros han idealizado mi vida: siempre desconocido y desdeñado sin ser comprendido nunca. ¡Y yo siento que hay caudal inmenso de cariño en mi alma! ¡Siento que si me viera querido, tendría fuerzas para realizar muchas cosas!...

París, marzo 18 de 1907

Pereza, fastidio de todo, inquietudes vagas, tristeza.

La esterilidad de mis esfuerzos me espanta. Estoy condenado a ser irremediabilmente vulgar como escritor. Escribir ya me da miedo: siempre el clisé usado, la uniformidad desesperante.

Quisiera ser rico. Vagaría por el mundo, en fiebre intensa. Compraría amigos, mujeres y perros, y éstos con preferencia a los otros. Soy pobre y débil: tengo por distracción el fatigar mis nervios con lecturas que no dejan su sedimento en mi espíritu colmado por el aburrimiento...

Ha pasado mi juventud y aún no tengo treinta años...

Melancólico por atavismo, casi enfermo, he recorrido los años de mi vida con los ojos fijos en las variaciones de mi alma siempre sedienta de emociones tiernas, intensas y durables; pero sin encontrarlas nunca...

No he sido útil a nadie ni a nada. Y pesa sobre mi un inmenso arrepentimiento.

París, marzo 22 de 1907

La primavera ha comenzado oficialmente ayer, a las 6 y 42 minutos de la tarde: así lo dicen los calendarios, documentos graves de profunda y paciente observación.

Es lo de menos, sin embargo, pues con sólo mirar este cielo de suaves y discretas tonalidades se sabe que hemos entrado al mes de las flores.

Pero el cielo aquí no ofrece la intensa coloración del cielo tropical, y menos del cielo andino. Allí tiene un azul casi agresivo, y en las noches calmadas, tórnase negro y sobre ese terciopelo oscuro, saltan potentes las estrellas.

Bello cielo es el cielo de mi tierra. Al decir del sabio Dereims, sólo el del África, sereno, placido, es comparable a ese mi cielo, éste de Europa o, mejor, de París, es pálido, casi desleído: en las lejanías toma color gris y las estrellas no fulgen intensas en él. Nosotros miramos a las estrellas de más cerca; somos más vecinos...

¡La primavera! En los prados, en los bosques de estas tierras medidas, regladas, cultivadas, descoloridas y raras avecillas, discurriendo entre las ramas de los árboles semidesnudos, ensayan humildemente sus trinos, sofocados a menudo por el estridente piteo de los trenes fugitivos y por el taf-taf de los automóviles vertiginosos y malolientes.

Cuando se recorren estos bosques de monótona flora, plantados de intento, cultivados con esmero, en que los arroyos corren por cauces artificiales y se abisman en lagos hechos por artificio también, se sorprende uno de no oír el canto armonioso de las aves, alma y vida del follaje, y se siente poseído de discreta, calmada melancolía.

A veces, recorriendo estos prados y estos bosques de Fontainebleau, de Meudon, de Vincennes y otros, me siento nostálgico de la tierra.

Allí, en mi tierra, todo es natural, espontáneo, abrupto. En nuestras montañas agrestes, en el fondo de nuestros valles cerrados y de huraño aspecto, los bosques crecen en potente manifestación de fecundidad. Los arroyos repiquetean precipitándose impolutos sobre roca dura o blando césped; hay gama de colores en el paisaje y de voces en la fronda. Aves e insectos se asocian para poner actividad expansiva en sus zumbidos y en sus trinos; las flores silvestres abren sus broches e inciensan la atmósfera, y hasta en la vasta aridez de la puna inclemente y austera hay rumor de olas, zumbido de aves marinas y silbidos del viento.

Esto está muy refinado, muy medido, y yo prefiero el salvajismo agreste de los paisajes de mi tierra a estos prados magníficos. Al taf-taf de automóviles y motocicletas, prefiero el canto de un mirlo huraño; a los caminos llanos, limpios, de estos bosques artificiales, la áspera rusticidad de nuestros senderos abiertos a cuchilladas por en medio de la selva virgen; a los cómodos bancos de estos parques, el rugoso tronco de un árbol viejo derrumbado por el huracán o la carcoma del tiempo, siempre devastadora...

¡La primavera! Bella es. Todo adquiere nuevo aspecto: la sangre circula con precipitación y pone agilidad en los músculos; la savia, sangre de los troncos, triunfa en botones y éstos en flores; el césped adquiere nuevo color, la vida, en fin, parece que se hiciera más agradable, más comunicativa, más generosa, si cabe generosidad en la vida. Los ojos, el olfato, es decir, los sentidos, se recrean...

Los míos gozan en esta mañana, en esta estación; pero allá adentro, en lo íntimo, siento avvicinarse prematuro otoño con el marchitamiento de pasiones y deseos, de fe optimista en las cosas y en los hombres, mis hermanos, según palabras divinas, pero mis enemigos, según mi experiencia de hombre...

París, abril 4 de 1907

Hoy, paseando por los muelles del Sena, he comprado por vil precio un lote de libros de escritores españoles y suramericanos. Fueron enviados estos libros por sus respectivos autores a un escritor famoso en el mundo, Max Nordau 180, el autor de Mentiras convencionales y de Degeneración, que tanto ruido metieron a la hora de su aparecimiento...

Nordau no se ha dado la molestia ni de hojear siquiera los libros, porque todos están sin recortar, y lo solo que hizo, acaso, fue leer las dedicatorias.

Las hay curiosas. La siguiente de José Enrique Rodó, en cabeza de Ariel, es notable.

"Al eminente pensador Max Nordau envía respetuosamente esta 'profesión de fe' propuesta a la juventud hispanoamericana, con el deseo de que merezca la aprobación de su noble espíritu". Díaz Rodríguez, en sus ídolos rotos, pone: "A mi querido e ilustre maestro Max Nordau, muy respetuosamente". Blanco Fombona, en su novela El hombre de hierro, dice: "al Dr. Max Nordau, con la admiración más entusiasta". Manuel Ugarte escribe en Enfermedades sociales: "A Max Nordau, son admirateur"... etc. etc.

Son ocho o diez los libros que he comprado en 2.50 Fr., y ninguno fue leído. El libro de Ingenieros, Las simulaciones de la locura, me ha costado 30 Cts; el Ariel, de Rodó, 20; Ídolos rotos, de Díaz Rodríguez, 75; La Duma, de Luis Morote, 10; Las enfermedades sociales, de Ugarte, 10. He leído dedicatorias de Bobadilla, Ingenieros, Gómez Carrillo, Arguelles, Rubén Darío y otros. Unas eran humildes, aduladoras, insinuantes. Otras, serias, graves y dignas...

¡La gloria literaria! Ha de costar mucho el conquistarla; mas, luego de conquistada, se me hace que no ha de aportar un lote seguro de alegría y satisfacciones, porque esta gloria es pasajera y pronto se esfuma.

No sé ni recuerdo si Taine o Renan¹⁸¹ ya lo dijeron: la memoria de la humanidad está recargada, porque es grande el catálogo de nombres célebres, y este catálogo aumenta todos los días de una manera formidable.

He aquí, por ejemplo, un cuadro estadístico publicado en estos días:

La producción literaria en Alemania ha sido de 44.398 obras nuevas de 1856 a 1860; de 109.788 de 1891 a 1895; de 156.607 de 1901 a 1905. La producción es más intensa que en Francia, donde, según Petermann, habría sido en 1901 de 10.133 obras; en Inglaterra, de 6.043; en Estados Unidos, de 7.141.

La excesiva producción intelectual hace caer en el industrialismo y el factor más importante de éste es la propaganda, el réclam. Y los literatos se lo dan hoy íntegro y despreocupado hasta el cinismo. He aquí, para que se vea, cuatro réclams tomados de dos periódicos, "Le matin" y "L'Echo de Paris", del mismo día, o sea de 28 de febrero último:

"¡Una buena nueva! Luis Dumont publica esta semana La Louve, una bella narración de amor, de voluptuosidad y de sangre, en la decoración más espléndida de la Roma decadente. El más bello triunfo espera a esta obra extraña, osada y magnífica¹⁸², que el maestro. Paul Adam, cuyos Fuegos de Sabat obtienen un éxito legítimo, ha precedido de un entusiasta prefacio".

180 M. Nordau (1849-1946), escritor austriaco, enormemente difundido y discutido por entonces, tuvo tempranas versiones castellanas en ediciones populares, algunos contemporáneos de Arguedas atribuyeron a aquel haber influido en las Ideas de éste en Pueblo enfermo. N. del Ed. 181

181 H. Taine (1828-1893) y E. Renan (1823-1892) escritores e historiadores franceses que marcaron con sus obras las décadas finales del siglo XIX en Francia. Tuvieron asimismo gran influencia en Arguedas, sobre todo el primero. Numerosas entradas del Diario se refieren a él. N. del Ed.

182 La predilección de Arguedas respecto a Dumont no se cumplió en el largo plazo. Mientras P. Adam (1862-1920) continúa a ser un autor publicado y leído. N.del Ed.

Y otro, del mismo periódico, "L'Echo de Paris";

"Un nuevo escándalo acaba de estallar. El culpable es conocido, pero no será molestado. Es nuestro colaborador Alberto Boissier¹⁸³, autor del Escándalo de la calle Boissier. Porque este escándalo es una novela alegre; y esta novela es un triunfo.

Ahora otro, de "Le Journal":

"En el curso de sus visitas nocturnas en los cuarteles parisienses, Mr. Cheron se asombró de encontrar las garitas de centinelas ocupadas por un soldado sin armas, el cual, a la luz de un linterna, leía la Novela de un joven bello.

-¿Dónde están, mi amigo, tu fusil y tu bayoneta?

-Ah, señor, respondió el funcionario, mostrando el alegre volumen de Willy¹⁸⁴ río, luego estoy desarmado.

Y un último, para concluir:

"La llave de la vida, de Lean Tinseau, es la muy picante novela de un solterón viejo, egoísta que, mezclado en intrigas complicadas, concluye por hacer un matrimonio de amor..."

París, mayo 26 de 1907

Carlos Morice, "el cerebro de la escuela simbolista", da una conferencia sobre la pintura de Carrière frente a la obra del artista reunida en exposición temporal en una sala exclusiva.

Morice es un hombre alto, seco, flexible, nervioso. Encuadra su rostro huesudo una barbilla rala, dos bigotes pequeños y también ralos y una cabellera escasa y canosa: diríase un D. Quijote joven y enérgico.

Fue Morice el discípulo ferviente, el amigo devoto de Carrière, y ha escrito todo un libro sobre la vida y las obras del artista. Ahora ha de condensar la materia de su libro en una charla sustanciosa a la que debe concurrir Mme. Carrière, la viuda, con sus hijas. Lentamente vamos llegando los curiosos y, al último, grave y triste, aparece la señora acompañada de sus hijas. Todo el mundo saluda poniéndose en pie.

Alta, gruesa, de continente sereno, grave, majestuoso, es la misma que aparece en la mayor parte de las telas del artista. La ha pintado con amor y respeto, acentuando los rasgos salientes, más que de su físico, de su fisonomía moral... Acaso para recordamos la maravillosa escena del cuadro del Luxemburgo, La familia, al sentarse la hermosa señora inclina la cabeza sobre el hombro izquierdo y apoya la mano en la mejilla, en actitud pensativa y triste. Allí, delante de nosotros, está, pues, el gran modelo. Y, pásese en viata todas las telas de Carriere y siempre se la verá a ella, así como ahora está delante de este público, poco numeroso, es verdad, pero devoto y comprensivo.

183 El escandalo del novelista duró poco, la posteridad no ha retenido ni el escándalo ni a su autor.

184 Probablemente se trata del escritor Willy, sobrenombre de H. Gauthier-Villars, esposo de G. Colette (1873-1954) la célebre autora de la serie de novelas de Claudina algunas de las cuales fueron co-escritas o al menos firmadas por él. Claudina en la Escuela data de 1900, fue la primera. El retiro sentimental, la última, de 1907. El personaje de Claudina tal vez pudo pesar en la selección de ese nombre para las heroínas de las ficciones de Mendoza. Costa du Rels, Medinaceli, aunque antes de la primera Claudina francesa, un autor nacional del XIX, José de Otelza, bautizó su novela con ese nombre, la obra es prácticamente desconocida hoy. N. del ed.

Esos sus ojos velados y melancólicos, esos sus labios místicos y hechos a besar cabezas de niños, esa nariz recta, bien perfilada, esa cabellera ondulada, abundante y hoy ya canosa, son los mismos que se ven en casi todos los cuadros pendientes ahora a lo largo de estos muros.

La preocupación constante de Carriere, según Carlos Morice, es la maternidad. Siempre han movido sus pinceles las intimidades familiares, el lazo afectivo que une en el hogar. Sus telas vaporosas y sombreadas poco dicen de materialidad: no se ve en ellas palpar la carne; pero se adivina que quiso traducir más bien estados de ánimo y el momento psicológico de intensidad afectiva del modelo. Recuérdese, sino, el retrato de Verlaine.

Según el profesor Seailles, "Carriere no quiere que el personaje va ya al encuentro del espectador, que sea pintado para los otros. Quiere que exista en él mismo y para él mismo, que respete el misterio de su propia vida, que guarde la sinceridad y la muda elocuencia de los seres que viven ti sin sentirse observados". "Desdeña lo que a primera vista se ve, todo aquello que de inmediato descubren los hombres, el brillo o el color de los ojos, el rosa de una boca, el matiz de una epidermis". "Lo esencial es la pasión donde la vida se concentra y se exalta, manifestando sus instintos primitivos no por signos superficiales sino por lo que hay de más real en las formas" (Prefacio al catálogo de las obras de Carrière).

Por eso los cuadros de Carriere turban y desconciertan a quienes están acostumbrados al colorido vigoroso de Delacroix, pongo por caso. En los cuadros de Carriere no hay sino dos o tres tonos: el blanco, el gris o el rosa, que se combinan y entremezclan hasta borrar las líneas del dibujo. No se ve sino una mancha gris o amarillenta, con contornos vagos, indecisos, simuladores de una cabellera desordenada, de un torso desnudo, de un seno lleno de savia pero ahogado en sombras, de un rostro, en fin, sumergido en la penumbra.

No hay pues, entonces, que ver en los cuadros de Carrière la representación sensible de lo externo. Carriere es un pensador y un poeta: ha pintado momentos psicológicos eligiendo siempre ése que se manifiesta vigoroso y sano en todo tiempo y lugar: la Maternidad.

Lo dice bellamente Morice:

"El artista recuerda a sus contemporáneos privado del consuelo de las revelaciones antiguas, que llevan en ellos mismos el principio eterno, eternamente fecundo, de la esperanza; que sus alegrías y deberes están inseparablemente mezclados. Él conoce y comparte su necesidad de vida intensa: les dice lo contrario de Tolstoi (la salud está en vosotros) y contra Ibsen (el hombre más fuerte es el que vive solo), que los elementos de una tal vida están en el centelleo inmediato de la personalidad, en su multiplicación por el amor y en esta perpetua presencia activa de todas las fuerzas que el amor y las peripecias del amor solicitan. Fiel a los principios que gobiernan su espíritu, invariablemente convencido que, por una parte, el consentimiento proyectado a las leyes de la necesidad y, de otra, el legítimo deseo de independencia y de reposo acondicionan al ser humano y su belleza, él nos muestra la más alta expresión concebible de belleza verdaderamente humana en esta sublime imagen de la Madre vigilante y repartida entre la orgullosa felicidad de sentir palpar, de ver desarrollar en sus brazos el pequeño ser hecho de su carne y el terror de las numerosas posibilidades negras. "¡Enseñanza de heroísmo dado por la ternura!; ¡la Madre! ¡La Religión de la humanidad buscaría en vano objeto más digno de adoración! Ella prodiga el entusiasmo a las inteligencias superiores, a estas divinas encantadoras de la poesía y de las artes y a las cuales debemos el mejor testimonio que podamos dar a nuestra dignidad.

Y sobre estos dos esfuerzos que reclaman desigualmente las energías, ella funda su templo ideal: sobre el altar o en el santuario, o sobre la cima de la torre, ella pone la imagen de este otro esfuerzo donde colaboran incesantemente todos los elementos del compuesto humano, en que se encuentran el pasado y el porvenir y que afirman la fe de la especie en su continuidad".

(Mercure de France, año 1906)

"Carriere, según el mismo crítico, es el maestro del porvenir". Cuando se quiere estudiar los reflejos físicos de las impulsiones afectivas, habrá necesidad de consultar su obra...

Concluida la conferencia de Morice, he comprado el retrato de Verlaine, considerado por la crítica como obra perfecta. Este retrato tiene su historia y la cuenta el mismo Morice.

Verlaine estaba en los últimos años de su vida. Enfermo y melancólico (año 1891), la mayor parte de su tiempo se la pasaba en el hospital, situado en un barrio extremo de París y a donde había que ir para verle cuando la enfermedad le tenía recluido en el lecho. Carriere quiso hacer su retrato y le mandó invitar con Morice, y para recibirlo había hecho instalar en su taller algunos muebles de reposo donde pudiera descansar su amigo el poeta. Morice iba a buscarle todos los días en coche; pero Verlaine se negaba casi siempre a ir con él, porque en el hospital no le permitían sino contadas horas de ausencia y él prefería pasarlas con sus amigos íntimos o bebiendo licor en las tabernas. Al fin un día, instado por los ruegos de su joven amigo, consiente en atravesar París e ir al taller del artista; pero una vez llegado a él, no posa un solo momento. "Durante toda esta única sesión de algunas horas -dice Morice- no cesa de recorrer de un lado a otro el taller hablando en voz alta, con este verbo efervescente -el suyo- fuerte y bello, que arrollaba los pensamientos, las anécdotas, las imágenes, los poemas: descansaba riendo y rebotando en un sollozo el caprichoso monólogo, despreocupado de los oyentes -los suponía uniformes de tema-, la vida del poeta, o cuando más los iniciaba, por sugerencias rápidas a puntos esenciales, para en seguida escaparse en divagaciones de ironía dolorosa. De vez en cuando la replicaba yo para atraer su mirada y su rostro hacia el caballete. Carriere no cesaba de trabajar ni un solo instante. Verlaine partió, yo creo, sin haberlo visto siquiera".

Éste es el retrato que me he comprado. Los ojos del poeta parecen humedecidos de llanto y en sus rasgos todos hay algo que habla elocuentemente de miserias físicas y morales, de padecimientos fisiológicos, de una larga serie de martirios. En este retrato está el alma del pecador, su alma buena, inofensiva y generosa.

París, septiembre 8 de 1907

Ceremonia grave y solemne en el cementerio de Pere Lachaise. Mucho sol, muchas flores, mucho silencio. Como es domingo, paseantes en las avenidas blancas, de color de mármol. El sol no invita a pasear cementerios, que siempre hablan de tristezas.

Junto a la tumba baja y modesta, se detienen los peregrinos. Casi todos son viejos. Barbas blancas, rostros pensativos. En los ojos, cansancio infinito de haber contemplado pasar la vida con su cortejo de dolores; en las frentes marchitas, huellas profundas del tiempo. La mayor parte de estos viejos lucen en las solapas cintas rojas, azules, verdes: a no dudarlo, han realizado muchas acciones buenas.

El más viejo y, por lo mismo, el más curvado, toma la palabra y dice un discurso bello y sustancioso. Sus ideas son sugeridas por la experiencia; ¡pero dice tantas cosas tristes! ¡Hablaba con voz tan cansada, tan lenta, tan grave!

Encima del mármol de la tumba, flores frescas y coronas de porcelana. Se lee en la piedra en letras grandes:

Auguste Comte

Sobre el nombre, una divisa ejemplar y austera:

El amor por principio, el orden por base, el progreso por fin

Estos hombres graves y viejos son discípulos y amigos del filósofo. Hace cincuenta años justos, humilde, calladamente, trasladaron sus restos a este rincón, junto a los de sus devotos amigos, de sus santas compañeras.

Comte murió en la miseria, desdeñado y olvidado por la gran masa del público. Fueron sus discípulos quienes, por suscripción, pagaron sus modestas deudas e hicieron imprimir sus libros. Casado con una mujer de vida alegre, egoísta y cruel, su vida de hogar fue una constante y tremenda catástrofe. Al casarse con la mujer fácil y de pasado luctuoso, creyó que la vida serena del hogar la redimiría, es decir, se casó por mostrarse fiel a su creencia en la perfectibilidad humana; pero fue defraudado por la penosa realidad. Y se sintió vencido por un instante; mas su misma desgracia le dio fuerza para afirmarse en sus convicciones doctrinarias y, algunos años antes de morir, encontró otra mujer, diligente y desgraciada, que le inspiró su creencia mística de la religión del amor...

París, octubre 30 de 1907

El Constitucional de Caracas, periódico servil que defiende la dictadura, publica a menudo crónicas de Rubén Darío, Ramiro de Maeztu, Carrillo, Bonafoux, Blanco Fombona y otros escritores del día, y en su número de 28 del mes pasado trae una crónica de Gómez Carrillo alada de estilo, insinuante pero falsa y hasta embustera.

Se empeña Carrillo en describir con el mejor colorido posible una conferencia de la Sorbona, y al punto descubrimos, los que asistimos a ellas, que Carrillo nunca ha estado en la Sorbona y que suple su ignorancia con el vuelo de su fantasía, que es prodigioso e incontenible. No conoce Gómez Carrillo lo que son los cursos en la Sorbona hoy día. Acaso asomó alguna vez, hace mucho tiempo, cuando Renan daba sus lecciones de Historia Sagrada en una cátedra del Colegio de Francia (no en la Sorbona, como asegura Gómez Carrillo); pero hoy, preocupado de cosas más sugestivas, tales como saber la evolución de las ideas de Willette sobre la psicología montmartresca, le falta tiempo para enterarse personalmente de la corriente de ideas que circula por colegios y universidades de París, y, al pretender reflejar la vida universitaria, consigna burdas falsedades nada propias de quien hace gala de interpretar la vida de París en todas sus manifestaciones.

El primer error, el error inicial de Gómez Carrillo, es creer que todavía los suramericanos y aun los mismos españoles sienten pereza, miedo y repugnancia por los viajes, como sentían sus contemporáneos de hace quince o veinte años... Ahora unos y otros se sienten empujados por la fiebre locomotiva, y quien disponga de algunos cientos de pesos se lanza en aventuras por el mundo y se echa a recorrer las capitales europeas hartándose en toda clase y calidad de sensaciones, según el temperamento, la educación y las aficiones de cada uno. Quien viene hoy a París ya no resulta un ser extraordinario y digno de toda clase de prerrogativas, como acontecía antes. Sólo en mi tierra aún gozan de algún privilegio quienes se alejan de sus fronteras. Y es que Bolivia ocupa el corazón de la América tropical, se halla cerrada entre montañas y desiertos verdes, y las novedades llegan allí con alguna demora. Además, predomina todavía el elemento indígena, y los indios consideran ser superior al que va vestido a la europea, gasta anteojos y chapurrea alguna lengua extranjera.

Por eso al gringo le reciben con toda clase de honores y halagos, y el gringo nos embauca, se apodera de nuestras riquezas y hasta nos quita nuestras mujeres. El hijo del país que se lanza a correr por el mundo y vuelve al cabo de años simple de maneras, simple en sus trajes, simple en sus charlas, está perdido; pero el que simula, finge haber olvidado el idioma de sus padres legítimos, los indios, y desconoce ya el sabor de los platos criollos o los encuentra feos o insípidos, ese es considerado como un hombre superior y aprovechado, y le aplicamos la teoría vulgar y estúpida de que quien viaja a Europa cambia de hecho de estructura mental, muda de alma, doma sus instintos raciales e injerta, por fin, otra sangre en sus venas hinchadas por glóbulos de sangre incásica...

Gómez Carrillo sigue pensando en cosas viejas y se imagina que los suramericanos aún ignoran las cosas de París; pero como tuvo el mérito indiscutible de revelarnos hace algunos años, aunque apropiándose de lo ajeno, los secretos del simbolismo, decadentismo y parnasianismo literarios, y de hablarnos por primera vez en castellano de Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, Samain, Oscar Wilde, Moreás y otros, quiere ahora iniciar a sus lectores habituales en el secreto de las universidades de París. Y véase la manera. Dice, por ejemplo, hablando de los anfiteatros de conferencias:

"Las butacas de las primeras filas nada tienen que envidiar a las de Vaudeville"

Y esto es del todo falso, porque ni en el Colegio de Francia ni en La Sorbona hay butacas. Sólo hay modestos bancos de madera con respaldos y, algunos, los delanteros, con mesillas para escribir.

Carrillo escribe maravillas del profesor Emilio Faguet y le supone único digno superviviente de una gloriosa falange de sabios; ridiculiza al profesor Dumas, y pone en sus labios frases galantes para halagar la vanidad de su público compuesto de la nobleza del barrio de Saint Germán, y no vacila en sostener que no hay entre ese público pálidas muchachas rusas que ponen nota alegre a las salas, por lo general, oscuras, con sus gorritas de astrakan.

Se lee esto y al punto se recuerda que Faguet emitió juicio en "Los Anales" sobre el libro de Gómez Carrillo en que relata su viaje imaginario al Japón... Y una alabanza se paga con otra. Y nada más...

Porque en esto de provocar alabanzas o de pagarlas en moneda corriente y de la misma ley maestro Gómez Carrillo, como lo prueba esta anécdota que me ha contado mi amigo Luis Santullano y tiene sabor original y picante.

Siendo Carrillo casi desconocido como escritor en España, escribió una carta comedia a Clarín, que entonces llevaba con don Juan Valera la férula de la crítica española y daba el tono de las opiniones de América y hacía o deshacía reputaciones. Le decía Carrillo en su carta que, habiendo recibido invitación de unos grandes capitalistas interesados en fundar una revista de difusión cultural, le habían encargado la sección española y pedido invitase a colaborar a los principales escritores de España, ofreciéndoles una espléndida remuneración. Y él, Carrillo, lo primero que había hecho era pensar en el gran maestro Clarín, de renombre universal, el más sólido prestigio literario de la península, para pedirle su colaboración a la revista. Sus artículos le serían pagados en la más alta tarifa del periódico, o sea 150 francos cada uno, etc., etc...

Leopoldo Alas, Clarín, era pobre y terriblemente avaro; a decir del maldiciente Bonafoux, se mataba con Dios por una peseta. Naturalmente, Clarín recibió con júbilo la noticia y le respondió una carta llena de agradecimientos y ofreciéndole su amistad en términos corteses y hasta entusiastas. Replicó Carrillo con otra no menos férvida y llena de promesas y ofrecimientos. Pasó un mes y dos meses también pasaron, al cabo de los cuales Carrillo le envió los originales de uno de sus libros, creo que Almas y cerebros, pidiéndole prólogo. Entonces don Leopoldo, alucinado ya con las perspectivas de un buen negocio, escribió uno entusiasta que divulgó el nombre de Carrillo en España y fue un gran clarinazo en América, donde la autoridad de Clarín se ejercía sin control y hasta despóticamente...

Era lo único que esperaba Carrillo, porque inmediatamente le dirigió una carta de agradecimiento donde le anunciaba que, habiendo tropezado la empresa con dificultades invencibles, se había suspendido de pronto la publicación de la revista... que solo existió en la imaginación fecunda de Carrillo...

París, octubre 4 de 1908

La Revue, en su número del 15 de septiembre último, publica algunas cartas de Nietzsche, dirigidas a su madre, a su hermana, a la condesa Salis Marchlins y a Pedro Gast, el músico y autor, creo, de una documentada noticia biográfica de Nietzsche.

Trágicas son las cartas publicadas. Por ellas se puede seguir el curso lento de la enfermedad que ahogó su conciencia y parte de sus facultades.

He aquí el fragmento de una dirigida a la condesa Salis-Marchlins:

"He estado muy asiduo en el trabajo, al punto que tengo derecho de retractar el gemido de mi última carta sobre "el verano caído en el agua". Hasta he logrado conseguir más allá de lo que esperaba de mí... Resultado: mi vida durante estas últimas semanas fue presa de algunos desórdenes. Me levantaba muchas veces en la noche a las dos "empujado por el demonio" y anotaba todo lo que me pasaba por la cabeza...".

Aquí, se ve, hay desorden en la sucesión de las ideas y frases absolutamente incomprensibles, salvo que esto sea debido a las dos traducciones, la una del alemán al francés y esta mía del francés al castellano.

En lo que no hay confusión y salta patentemente a los ojos es el hondo resentimiento que guardaba Nietzsche contra sus compatriotas, por los que fue maltratado, y la conciencia de su desgracia y la seguridad que tenía de no haber sido jamás feliz. Es conmovedora la carta que a este respecto le escribe a su hermana el 20 de octubre de 1888.

"Tú deberías ver cómo todo el mundo, aquí y en todas las clases, se alegra cuando yo aparezco; cómo involuntariamente cada uno muestra la mejor cara y la más llena de tacto de su carácter, toma las maneras más educadas y las más amables. Pero, además, esto pasa no solamente aquí sino donde me encuentre. Excepto la Alemania: allí yo no he vivido sino de cosas feas".

"Cuando más tarde se escriba mi historia, será necesario decir: no fue maltratado sino por los alemanes. ¡Cielo! cuán bizarros son estos alemanes y ¡ay! cuán aburridos. Ninguna palabra inteligente no viene más de allí para mí".

Éste es un reproche doloroso. Como Schopenhauer, como Heine, se siente amargado y dolido por la injusticia de sus compatriotas, la más dolorosa en verdad...

En cuanto a su obra misma, tiene frases turbadoras. A su amigo Pierre Gast le escribe el 9 de diciembre de 1888:

"Desde hace días fojeo mi literatura, a la cual por la primera vez no me siento inferior. ¿Comprende usted esto? Todo lo he hecho muy bien, pero sin tener nunca la noción, ¡al contrario!"

Y es más explícito y más turbador todavía esto que le escribe al mismo amigo, trece días después, el 22:

"¡Muy curioso!" Cuanto más comprendo mis escritos desde hace cuatro semanas, más los aprecio. Francamente yo no he sabido jamás lo que significaban. Mentiría pretendiendo que ellos me han impuesto, a excepción de Zarathustra. Es como la madre respecto de su hijo: acaso lo ama pero en la más estúpida ignorancia de lo que es el niño. Ahora tengo la más absoluta convicción de que todo ha venido bien, desde el comienzo todo concuerda y quiere concordar. Anteayer he leído El nacimiento... ¡Qué cosa de indescriptiblemente profundo, tierno, lleno de beatitud...!

El último billete a su amigo es trágico. Después cae en la locura y no escribe sino frases de imposible conexión, absurdas. Dice el billete:

A Pierre Gast

4.1.89.4h. mañana.

A mi maestro Pietri,

Cantadme un canto nuevo. El mundo está transfigurado y todos los cielos se regocijan.

El crucificado.

Nada más. Es la primera manifestación de su locura y el primer billete que firma con ese seudónimo que entraña una profunda amargura. Como Cristo, se siente mártir, solo, abandonado, crucificado. Ha padecido decepciones y angustias por la regeneración humana y muere loco, loco de atar.

Segunda parte

La Paz, marzo 24 de 1943

Polonia bajo el terror nazi

"Diez mandamientos para los nuevos alemanes". La campaña de exterminio contra los polacos. Un pueblo esclavo

Londres, marzo de 1943, a comienzos de diciembre de 1942, Ventzki, el alcalde de Lodz, anunció a comienzos de año se cerraría el registro en que debían inscribirse todas las personas que vivían en Polonia y que deseaban figurar como alemanes. Así se ha hecho. Un artículo del Gauleiter Forster, publicado en la "Deutsche Rundschau" del 19 de diciembre 1942, ha informado a estos ~~añeamet~~ que fueron forzados a inscribirse en el registro, aunque eran polacos, que desde el comienzo tendrían deberes, pero no derechos. "Me dirijo a aquellos, dijo Forster, que deseen volver a ganar su nacionalidad alemana, por el momento envuelve principalmente deberes. La gente debe dar prueba de que tiene sangre alemana por su disposición a trabajar y a hacer sacrificios, y por su activa cooperación. La indiferencia frente los grandes acontecimientos actuales, una actitud negativa respecto a la cooperación y la mala conducta hacia otros alemanes, y especialmente contra el propio germanismo, serán castigados con la expulsión de la comunidad alemana y la clasificación entre los elementos .extranjeros y hostiles".

"Todo aquel que se siente alemán, dice Forster, y desee ser alemán, debe hablar alemán exclusivamente. Quien hable polaco, ya sea por pereza o por otros motivos, comete un crimen contra el germanismo. Quien no conozca bien el alemán, debe aprenderlo sin tardanza. Es particularmente importante que los niños aprendan solamente alemán. Una madre que habla polaco con sus hijos, sobre todo con los pequeños, comete un delito contra la causa alemana. Los niños deben ignorar el polaco por completo, incluso cuando son pequeños".

Este tercero y último artículo de "La esfera", que no pude obtenerlo completo porque en el dorso iba el de Wells, contiene retazos del artículo publicado por el Gauleiter Forster el 19 de diciembre del año pasado en la Deutsche Rundschau, dando algunas instrucciones a las personas que viven en Polonia y se las obliga a inscribirse pidiendo la nacionalidad alemana,

"Aquellas personas -comenta el escritor que glosa este artículo, K. Novak- que no se creyeron obligadas a inscribirse en los registros y siguen siendo polacos, han sido castigados con la confiscación de todas sus propiedades. Decenas de militares han sido ejecutados. Cientos de miles han sido deportados a los campos de concentración. En la provincia de Zamosc solamente, 54 aldeas han sido expurgadas de polacos y 10.000 campesinos han sido privados de sus bienes y dejados en la calle. La Gestapo envió a estos desgraciados a campos de concentración especiales.

Los niños menores de seis años son llevados a campos situados en el Reich, con el propósito de desnacionalizarlos. Las madres que se niegan a entregar a sus hijos son asesinadas a sangre fría".

Yo me resisto a aceptar que esto sea totalmente cierto. Algo debe de haber; pero, por poco que haya, es monstruoso y me subleva y me espanta. Y es por eso que he dicho, y no me cansaré de repetirlo, que el triunfo de los japoneses y alemanes sería catastrófico para nuestros países y muy en especial para los que, como Bolivia, el Perú, el Ecuador, Venezuela y otros, son de tipo indígena o negroide, pues si a pueblos de raza blanca pretenden aniquilarlos porque piensan que no son rigurosamente arios y sienten descarado desdén por los llamados latinos, sin excluir Francia, ¡j lo que harían estos arios asesinos con nosotros, los pobres mestizos desarmados e indefensos! ¡Nos matarían y extirparían como se mata y extirpa una plaga de zancudos o de piojos!

Caracas, noviembre 4 de 1943

A medida que las mecanógrafas van copiando en cinco ejemplares estas notas, yo las releo y corrijo lo más cuidadosamente posible, aleccionado por la experiencia de las detestables copias hechas, primero en Bogotá, hace catorce años, por una chica que no sospechaba siquiera lo que era ortografía y, luego, en La Paz, años después, por un extranjero de buena voluntad pero que no conocía bien el idioma y que al copiar mis manuscritos cometieron los dos mil errores que sólo más tarde eché de ver...

Así, mal copiados y sin corregir, fueron despachados los volúmenes a las bibliotecas de Washington, Londres, París y Buenos Aires, antes de emprender viaje a Caracas. Y fue un error porque, repito, la copia de esos volúmenes está mal hecha, contiene faltas ortográficas y de sintaxis, hay supresión o cambio de palabras y mil otras cosas que en veces hacen ininteligible la comprensión de algunas frases.

Para evitar esto y enmendar las faltas que pudieran cometer ahora las nuevas mecanógrafas de Caracas, yo releo las copias y esta lectura no sólo no me divierte ni me interesa, sino que, la verdad, me produce un gran desasosiego porque recién echo de ver que he desperdiciado mi tiempo en un trabajo inservible que nunca ha de aprovechar a nadie porque nada hay en estas notas que sea digno de retener la atención, a no ser la chifladura de un maniático...

El deseo de imitar a Amiel, primero, y, luego, a la María Bashkirtseff me lanzó en el mal camino y en una edad en que lo único que podía ver era corazoncito latiendo por una chicuela y no sabía nada de nada, ni conocía otro horizonte que el cerrado de mi campanario, ni me importaban las agitaciones de los hombres públicos de mi país.

Las travesuras con mis amigos, nuestras famosas partidas de billar, nuestras borracheras con Exequiel, Oblitas, Prudencio, Lahore y otros en el Hotel Americano, que años después sería casa de los padres de mi mujer, paseos en las tardes por el pie de los balcones de Concha, Carmen Rosa, Julia y, de vez en cuando, los viajes al valle de Río Abajo, Caracato y Araca o al Lago Titicaca en excursión cinegética, eran los grandes sucesos que llenaban mi vida y ellos me dieron pie para escribir los primeros dos o tres cuadernos de estas notas y que luego, al cabo de años, destruí en Bogotá para formar dos o tres grupos de distintas materias. Lo que era muy personal lo hice desaparecer, creo que en mala hora, porque habría sido lo más sintomático y revelador de estas notas...

Fue pues, Amiel, leído en esa traducción fragmentaria de la España Moderna, que me fascinó de joven, pues le encontré profundo, poético y sentimental. Tenía veintiún años y yo también era sentimental... (¿era? ¡sigo siendo, Dios mío!)... tímido y enamorado.

A los veinticinco años me lancé a viajar por el mundo; y no bien estuve en París y pude comprender un poco del francés, compré el diario íntimo de la Bashkirtseff del que había leído referencias en los libros de Gómez Carrillo, el primero que dijo en América Hispana cosas sobre la

literatura francesa de hace medio siglo -y es el solo mérito del pobre Carrillo. Por ese mismo tiempo leí la relación de la agonía y muerte de María hecha por su pariente, príncipe Karageorgevitch en el número atrasado de La Revue que me impresionó mucho. Y mi asombro no tuvo límites cuando me enteré de que la moza había comenzado a tomar nota desde muy niña (doce años) y las concluyó ocho días antes de su muerte y cuando apenas tenía veintitrés años de edad...

El ejemplo de María anotando con minucia y deleite sus impresiones literarias y de arte, el color de sus vestidos, sus travesuras en el taller, etc. etc., y sobre todo el deseo de retener en mi mala memoria las cosas nuevas que veía en Europa, arraigaron en mí el perverso hábito de escribir notas.

El hábito, con los años, se convirtió en manía. Y hoy acudo a este libro para consignar cualquier tontería y decir, por ejemplo, que me duelen las piernas, que no puedo dormir o que un dentista me curó una muela. ¿Hay derecho de gastar el tiempo en estas cosas? ¿Pueden tener interés para alguien?

Cuando se llega al convencimiento de la inutilidad de una labor, hay que dejarla, y es lógico. Únicamente dos cosas se oponen en mí para hacerme adoptar definitivamente esa resolución: el hábito adquirido y mis costumbres sedentarias y sobrias que me alejan de la cantina y del club y del espectáculo ordinario de la calle y del paseo. Y pues no tengo aquí la gran distracción del jardín propio, ni del árbol puesto por mis manos y que en mi tierra o en Francia me ocupan, me divierten y me apasionan, no me queda mas recurso, para matar el tiempo, que engolfarme en lecturas, encuadernarlas en volúmenes y luego ficharlas y escribirlas.

Pero ya estoy cansado y aburrido. Lo que sobre todo me apena ahora es saber que nada de lo que he escrito aquí vale la pena de publicarlo. Quedará, quien sabe, como una curiosidad en las bibliotecas donde he mandado las copias, y eso será todo.

Por lo mismo, me propongo desde ahora anotar solamente datos escuetos sobre gentes y sucesos y no coleccionar de los periódicos sino lo de veras curioso e interesante.

La Paz, febrero 1 de 1944, martes

¡Trabajar!

¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué se saca trabajando en mi país y en el género en que trabajo yo?..

El que cultiva la tierra, se hace rico; el minero, se hace millonario; el industrial, prospera siempre; el político, nada en la abundancia; hasta el director de periódicos edifica casas y tiene automóvil; pero el escritor de mi categoría tiene contados amigos, vive aislado y combatido y los falderillos siempre andan ladrándole y hasta se atreven a insinuar infamias y bajezas, que es su pasto de todos los días.

Los falderillos de la prensa no vuelven todavía de su asombro al verse en el gobierno. La idea sola de que pudiera cambiarse el pastel les produce pesadillas y los trae energúmenos y enloquecidos. Y escriben disparates y hasta sus sombras les ocasionan sustos y temblores. No saben qué hacer ni qué resortes tocar para asegurarse su segura permanencia en el gobierno. No permiten que nadie diga nada de ellos y la idea de que pudieran ser combatidos, o siquiera discutidos, les hace lanzar insultos y amenazas.

Y hay que leer "La Calle", su periódico, para saber hasta dónde va su miedo.

Todo su afán consiste en hablar de la rosca. Y llaman rosca al que tiene algo, y, sobre todo, al capitalista, y contra él excitan la cólera popular pintando a los ricos como a seres depravados, sin noción alguna de moral; egoístas, avaros, antipatriotas...

Halagando el instinto gregario y nivelador de las masas es como estos cínicos pretenden quedarse en el poder, pues les basta repetir a coro todos los días y en todos los tonos que la rosca ha hecho encarecer la vida y está matando de hambre al modesto y laborioso hijo del pueblo, para que la chusma, sin discernir, sin razonar, acepte la cosa y la dé como un hecho comprobado...

Que los bellaquillos que rodeaban a Peñaranda han hecho su agosto y todos han resultado ricos, unos más que otros, tampoco se niega y se discute, pero lo grave es que eso se dice solamente y no se prueba de una manera concluyente y con documentos.

La Paz, febrero 25 de 1944

El Oficial Mayor de la Cámara de Diputados, Alcázar, me envía veinticuatro volúmenes de redactores, proyectos de ley, informes y otros documentos parecidos que se publican en las cámaras y que nadie lee y desaparecen al cabo de años, podridos por la humedad, quemados por las gentes de servicio, retaceados para diversos servicios, incluso los higiénicos.

Únicamente los diputados y senadores guardan esos tomos porque allí aparecen sus peroratas y muchos los hacen encuadernar, creyendo salvar su nombre del naufragio. Y no saben los incautos que sus discursos se pierden en el aire y que son consultados por los especialistas y eruditos, al cabo de tiempo y cuando toda agitación se ha apaciguado, aquellos que con su palabra produjeron crisis sociales, armaron el brazo de las turbas y dieron nuevos rumbos a los negocios públicos de un país...

Yo he tenido curiosidad de echar un vistazo a lo que dije o me hicieron decir los redactores en la interpelación que me hicieron algunos diputados el año 40, y he quedado desconcertado por la pasión y el desplante con que muchos de ellos me trataron...

Sin embargo, todo eso es viento y ruido vano... ¿Quién se ha de interesar o a quién ha de importar mañana lo que unos y otros dijimos?... Eso se queda ahí, en el libro. Y el libro será pasto del polvo y del moho...

La Paz, marzo 10 de 1944

Toda la semana ocupado en revisar periódicos, señalar los artículos de alguna importancia política, desglosar las páginas, numerarlas y, por fin, ficharlas. Todo esto ha de ser perdido, con el tiempo, y es mi pena el haber trabajado inútilmente.

Algo que no dicen los periódicos es que la división entre los civiles y militares de la Junta de Gobierno es todos los días más profunda y que hay la intención de eliminar a los civiles, o concederles, cuando más, las carteras de relaciones y de finanzas, porque entre los militares no hay técnicos de estas materias...

Hubo en días pasados alguna agitación y el Ministro del Interior reveló un plan subversivo de los piristas. Se cogieron a muchos de sus dirigentes y se les confinó a la isla de Coati, menos al jefe, José Antonio Arze. La tormenta parece que ha pasado.

La Paz, marzo 13 de 1944

Viaje de horas a la finca del valle, Lacalaca. Aquí, en mi jardín de la ciudad, tuve la sorpresa de cosechar algunos granos de almendras; allá, en la finca, de coger un kilo de nueces de arbolillos jóvenes puestos hace siete años.

Fue un momento de alegría que no tuvo el privilegio de borrar el hondo desencanto que sufrí al ver nuevamente la finca al cabo de casi tres años y en horas como éstas en que los huertos están con su fruto por madurar y peras, manzanos y duraznos llevan sus ramas rendidas por el peso de sus frutos.

Al ir, tropecé en la parte más fea, más tétrica y más peligrosa del camino. Una cruz blanca al borde del precipicio donde se deshizo el coche de la pobre y simpática Mme. Pinguet; a la vuelta y en otro lugar feo encontramos en el fondo de un barranco el coche desembarrancado del joven Burgoa, con quien en el camino sostuvo una breve charla mi yerno Pablo y, en media pendiente, el cadáver de un pasajero...

El camino, o lo que estas gentes llaman camino, es, pues, particularmente peligroso y al viajar por él uno expone la vida a cada vuelta de la rueda. Es de tierra, angosto, empinado, lleno de baches, cortes y bajos. No tiene cunetas y el agua de las lluvias corre por él abriendo grietas y zanjones que los viajeros tienen que rellenar a veces con piedras que recogen de los flancos del cerro o de los montones que los indios forman a la orilla de sus chacras. Este camino tiene la singular particularidad de que ha sido hecho por unos pocos propietarios de buena voluntad, casi sin dinero, y ofrece la sorpresa de sus curvas cerradas y, al cerrarse la curva, un precipicio horrendo. Tiene en las partes montañosas, que son las más, tres metros de ancho, y, de trecho en trecho, hay abiertos unos angostos desvíos para que los carros puedan cruzar...

Se emplean generalmente seis horas para salvar los 74 o 76 kilómetros que separan la ciudad del sitio donde antes se alzaba el alegre pueblecillo de Sapahaqui, reducido hoy a unas seis casas y poblado por unos 20 vecinos. De donde resulta que los camiones de marcas afamadas emplean mayor tiempo en recorrer esa breve distancia que las pesadas diligencias del tiempo de Luis XIV, que hacían 14 kilómetros por hora...

Esto es absurdo; pero esto entusiasma y seduce a las gentes del valle, acostumbradas a recorrer a lomo de caballo, por senderos difíciles y en dos días de viaje, esa distancia que las máquinas modernas salvan en 40 o 50 minutos, a lo sumo, rodando por verdaderos caminos..

Y el mal camino, la mala vecindad, la constante amenaza del río y otras cosillas semejantes se reúnen para que yo vea ahora sin el menor entusiasmo la idea de irme a vivir en ese campo.

Muchos son los inconvenientes contra los que uno tiene que luchar: el mal camino, donde en cada viaje se arriesga la vida, indefectiblemente;

El río torrencioso y voluntarioso que rompe los pobres reparos, socava la tierra de cultivo y se la carga con sus árboles cargados de fruta o de pasto, sus casas y convierte en playa pedregosa lo que antes era tierra de pan llevar; la peonada indolente, perezosa y viciosa que se confabula contra el patrón y le ofrece la enorme fuerza de su inercia;

Los malos colindantes cholos que roban el agua, destrozan por envidia las plantas, saquean los huertos, roban árboles o hacen robar, exigen agua de riego sin contribuir o contribuyendo apenas a la limpia de la acequia o al reparo de la toma de agua después de las lluvias y que echan la carga de los defensivos al mayor propietario, que por cuidar de sus tierras tiene que defender las de sus vecinos pagando jornales y talando los cerros o los huertos para proveerse de madera;

Los pasajeros de coches y camiones que, al pasar por las huertas, detienen sus coches para cosechar los árboles, o desgajarlos en invierno para llevarse las púas;

Los vecinos indios y cholos, que de noche se lanzan al robo de frutas o verduras;

Las aves, que constituyen una plaga encantadora pero terrible que en primavera devoran la flor de los árboles y, en verano, se come la mejor fruta y no deja sino el hueso pegado a la rama;

Los chicuelos de la región, en fin, que forman otra plaga, más destructora que la de las aves y contra la que no se puede luchar en forma alguna...

¿Puede ser rincón apacible de retiro un sitio como éste, asediado por tanta clase de enemigos? ¿Hallará reposo quien haya de estar a la defensiva constante y con la vara en la mano para que no le roben las plantas, no cosechen las frutas, no desvíen el agua y no echen encima el río?

Compré esa hacienda buscando un retiro de paz, y he encontrado la guerra sórdida, desleal, pequeña, ruin y canalla. Y ya no puedo más...

La Paz, marzo 29 de 1944

Comienza a preocuparme mi pereza. Se me pasan los días y las semanas sin hacer nada y la lectura de los periódicos es mi única ocupación durante el día. En la noche, leo algunas páginas de un libro cualquiera, y, desde hace una semana, me distraigo y sufro siguiendo la pereza y el abandono del pobre Oblomov¹⁸⁵, ese hombre bueno, simple y desgraciado que ayer parecía personificar el tipo del señor ruso.

Patética es la historia de este pobre hombre que pasa toda su vida tendido en su cama, cavilando y soñando siempre. Nunca entra en acción de una manera decisiva y enérgica. Combina planes, madura proyectos, piensa en negocios. Y, cuando pretende realizarlos, todo se evapora porque le falta la voluntad y le repugna la acción... Así pierde primero el amor, luego la fortuna y, por fin, el deseo de vivir.

Éste es uno de los libros más hermosos y tristes que he leído...

La Paz, junio 8 de 1944

Me visitaron en la tarde y me encuentran de trapillo y sin afeitarse Abraham Valdéz y el escritor y conferencista argentino Dardo Cuneo, que desea conocerme.

Yo, desde hace dos días, me hallo enfermo y me ocupo de abrir mi equipaje llegado de Caracas, o más bien de confrontar los manuscritos copiados por la señorita Maya Poliak. Se ha quedado en el tercer volumen y en la página 395.

Este volumen abarca diez años, de 1912 a 1922, y han de pasar de 400 las páginas escritas en renglón ceñido y sin interlineas, y daría, caso de publicarse, unos tres volúmenes de 300 páginas cada uno... Por coquetería les muestro a mis amigos todo lo que tengo inédito, y los dos se quedan verdaderamente asombrados de la abundancia de mi obra.

Cuneo es un mozo más alto que bajo, fuerte, cejijunto, moreno, de simpático aspecto y de muy amena charla. Ayer dio una conferencia sobre Sarmiento y don Miguel de Unamuno; y al saber que yo tenía algunas cartas de don Miguel, me pidió verlas, y se estuvo largo tiempo tratando de descifrarla algo enrevesada letra de mi querido e ilustre amigo.

Luego les enseñé algunas misivas de Rubén Darío, y los dos amigos hallaron que era poseedor de un tesoro de incalculable precio. Yo sé esto; pero ese tesoro se ha de dispersar y ha de desaparecer así que cierre yo los ojos.

185 Personaje de la novela homónima de I. A. Gontcharov, caracterizado por su abulia, falta de iniciativa, cree actuar, pero no hace nada, es en el fondo un ocioso y apático. N. del Ed.

Y esto puede ocurrir cualquier momento porque, la verdad, es que no me siento bien. Desde hace noches siento un dolor sordo y permanente en el occipucio y otro, rápido pero intenso, en la frente, cada vez que toso. Además, los calambres me han vuelto acaso con más frecuencia y no me dejan reposar tranquilo en la noche. Debo levantarme una o dos veces para dominar el dolor y desenredar los nervios anudados...

Todo(s) estos son síntomas de que las energías vitales están seriamente afectadas y que la cosa puede agravarse cuando menos lo espere...

Juan Francisco¹⁸⁶ ha viajado a Cochabamba también con motivos de salud. A mi viejo compañero lo encuentro de veras gastado, de veras viejo y caduco. Apenas anda y arrastrando los pies, y es menor mío de dos o tres años. Su caminar es lento y se le ve amoratado, porque el género de vida que observa ayuda la marcha de sus males, porque pocos llevan como él una vida tan sedentaria, tan sin movimiento.

Se la pasa sobre libros de estudio y entretenimiento. Le gustan los problemas lingüísticos y de gramaticalerías, y sus lecturas de distracción le hacen pasar horas de horas en su pequeño y modesto escritorio de ambiente envenenado por el tabaco.

La Paz, junio 23 de 1944

¡Fogatas de San Juan! De niño, me encantaban, de viejo, me abruman de tristeza.

Recuerdo mis primeros vacilantes pasos de enamorado, mis alegrías con los compañeros saltando sobre las fogatas encendidas en las calles de noche, mojándonos como patos en la fuente del viejo Challapampa, durante el día; recuerdo...

¿Dónde están los viejos amigos? El último se fue ayer y mi soledad se ha hecho más grande y más profundo el silencio que me rodea...

Siento cansancio, languidez, profunda desgana. Si no fueran mis hijitas, me iría lejos, buscando otros horizontes, otras gentes... ¡Y qué pena la que me agobia!

La Paz, agosto 1 de 1944

La novedad del día es que Hoschild, el minero, ha sido secuestrado y que hasta ahora nadie sabe nada de su paradero, desde el domingo... Así lo ha declarado el propio ministro de gobierno, teniente coronel Alfredo Pacheco, a un periodista de "La Razón". Le "dijo:

"Como sospechaba que el señor Hoschild iba a retirar sus intereses de Bolivia, le pregunté sobre este punto, habiéndome respondido textualmente: Es falso, por el contrario, traeré mayores capitales para intensificar la agricultura y la minería en Bolivia". Con esta respuesta le manifesté al señor Hoschild que le otorgaba las más amplias seguridades y en presencia de él ordené al capitán Escobar le entregara sus pasaportes.

"A las 15 del domingo -nos dijo- recibió del jefe de policía, capitán Escobar, sus pasaportes. Según sabemos por otros medios, el señor Hoschild se dirigió al consulado de Chile, con objeto de obtener la visación respectiva.

186 Se refiere a Juan Francisco Bedregal, amigo íntimo del autor desde sus años de juventud. Bedregal fue rector de la Universidad Mayor de San Andrés en 1930-1936.

"Lo misterioso -concluyó el teniente coronel Pacheco- es que el secuestro se produjo de día, pues el automóvil del señor Hoschild se vio desde esa hora frente al consulado de Chile. Desde ese momento nada más sabemos"...

Esta confesión del ministro, que es turbadora, por cierto, va dando lugar a una cadena de comentarios, entre los que sobresale la de que Hoschild ha sido asesinado.

La Paz, agosto 2 de 1944

El secuestro de Hoschild preocupa de veras a la opinión y ya veremos la actitud de la Convención, que ha elegido ayer su mesa directiva y ha designado por aclamación presidente a Tamayo, quien se ha declarado fanático partidario de la ley...

Es una de las leyes fundamentales, la de la libertad personal, la que se ha violado con el secuestro del millonario. Permanecer impasible ante el hecho es dar pruebas de una cobardía acabada, y pueden los hombres mostrarse tímidos y cobardes y callarse para no exponerse; pero un cuerpo representativo no puede ni debe callarse so pena de mostrarse servil, pequeño y ruin.

Los embajadores de Chile y de la Argentina han ido, me cuentan, a la Cancillería para ser informados sobre el paradero de Hoschild, y saber positivamente lo que le ha ocurrido. Baldivieso, con acento consternado, ha respondido que él no sabía nada y que luego de hacer averiguaciones en la presidencia y en el ministerio de gobierno, les comunicaría lo que supiese.

Y efectivamente se fue a ver al Presidente y a su colega de gabinete y ambos le confesaron, también contrariados, que ignoraban absolutamente lo que había ocurrido con el minero...

Sin embargo, aseguran las gentes que hay un testigo -una dama- que desde su ventana presencié la escena del secuestro. Y alegan que éste fue preparado por el Jefe de Policías, un mayor Eguino, que no conozco...

Sea lo que fuere, el hecho es que desde la revolución de estos señores de la izquierda revolucionaria el país atraviesa por días que nunca vio en su historia, pues a los presos políticos se les flagela, se les tortura y se les humilla; a los jefes de partido se les amenaza con eliminarlos o se pretende eliminarlos, como sucedió con el pobre Antonio Arze; a los adversarios políticos se les hace seguir sus pasos para saber qué hacen, dónde van y con quiénes se meten. El espionaje, la delación y la amenaza van haciendo estragos y todo el mundo siente miedo, se esconde o se calla.

A mi se me tiene entre ojos, y hace pocos días el muchacho Ignacio contó a mi hija que en el tranvía había oído la charla de dos sujetos que parecían agentes de la policía y que decían que era preciso no quitarme los ojos de encima y de tener mucho cuidado con mis artículos para descubrir lo que de subversivo había en ellos...

Por cierto que los míos inmediatos se afanan y esfuerzan en pedirme que se suspenda mi colaboración a "La Razón", pues temen que en lo mejor puedan cometer algún atropello conmigo...

Puede que esto sea así y yo comparto algo de sus temores; pero es la conciencia que me impone el deber de no guardar silencio ante las cosas enormes que se suceden ni de hacerme cómplice de las iniquidades que se cometen.

Pero lo que posiblemente me ha inclinar a prescindir de hacer comentarios políticos es ver la desfachatez, la impudicia y el cinismo con que proceden los correigionarios políticos que tienen asiento en la Convención, pues todos, o más bien los más, se han puesto a órdenes del Gobierno y han votado según sus directivas. Muchos que pasan por personajes y desempeñaban cargos diplomáticos vienen haciendo cabriolas para obtener una nueva misión...

¿Cómo, por qué hacer algo para redimir a estas gentes y darles lecciones de decencia, de pulcritud y de honestidad? Jamás las aprovecharían. Otra cosa, por último, que me ha de decidir a callarme es una lectura casual que hice anteanoche del magnífico libro de Gastón Boissier¹⁸⁷, el historiador para damas de mundo -que le llamaban sus émulos- y minucioso biógrafo de Tácito, y de quien cuenta León Treich una anécdota bastante original y muy divertida. Quiero recordarla.

Boissier era huésped de Napoleón III en Compiègne junto con Buloz, el famoso director de La Revue de Deux Mondes y otros notables personajes de la época. Y quiso Buloz jugarle una mala partida a su colaborador y le publicó en esos días un severo estudio sobre los emperadores romanos. Lo leyó Napoleón y se contentó con decirle a su huésped durante el almuerzo:

-Es usted muy duro para los Césares

Y un Ministro de Estado quiso congraciarse con el Emperador y agregó:

-Tácito es un panfletario y Suetonio no es sino un ayuda de Cámara.

Y Boissier, que era muy cortés y muy fino, se mostró cruel en esta ocasión, pues dijo simplemente.

-No, no, nada de eso. Suetonio era el secretario particular del Emperador, algo así como un ministro de Estado en estos tiempos...

Napoleón estalló en una carcajada, pero desde entonces el ministro no volvió a saludar a Boissier

Tal es la bonita anécdota que refiere Treich.

Entre las obras del historiador francés, hay una que se lee con placer y mucho provecho: es la biografía de Tácito. Y allí he leído esto del incomparable historiador latino, que también voy a copiar y que me ha inclinado a callarme para dedicar algo de mi tiempo a seguir anotando lo que me parezca interesante.

Tácito era orador en los últimos años del Emperador Domiciano, y cuando la tiranía del déspota traía aterrorizados a los romanos, Tácito iba al Senado y no podía hablar y era su gran tortura...

"Activo como era, de espíritu curioso y abierto, no podía quedarse sin hacer nada. ¿Y qué hizo realmente? No es nada probable que se haya ocupado de la elocuencia, que hasta ese momento había sido su gran pasión. La elocuencia es un arte que no se basta a sí mismo. Necesita un público y no se preparan discursos que no tendrán oportunidad de pronunciarse. Pero hay otros estudios que se acomodan a la soledad y al recogimiento y a los que uno se acomoda y de los que se goza en el hogar, mismo para contentarse a sí mismo, sin tener necesidad de comunicarlos a nadie. La historia pertenece a este número, y se puede siempre, con la ayuda de algunos buenos libros, darse el espectáculo del pasado cuando se desea apartar su pensamiento del presente.

Y el cuadro que en seguida traza Boissier del ambiente que dominaba en Roma me ha llenado de angustia, porque lo veo reflejado, en mínima escala, en escala infinitesimal, en estos momentos en este mi país. Y copio: "Había... una razón particular que debía en esos momentos inclinar a Tácito hacia la historia. Nada era más penoso para las gentes de esta triste época que ver realizarse los más grandes crímenes sin resistencia y casi con el asentimiento general. Todo se

187 G. Boissier (1823-1908) especialista de la literatura y cultura de Roma Clásica. N. del Id.

aceptaba sin quejarse, nadie se atrevía a hablar en público y ni aun entre amigos el espionaje había suprimido la intimidad. En medio de este silencio no se escuchaba sino las adulaciones del Senado temblante y los elogios de los poetas mercenarios. Y como por desgracia estos poetas, sobre todo Estacio y Marcial, eran gentes de talento, se podía temer que su voz, después de haber engañado a sus contemporáneos, engañasen también a la posteridad.

Para hacerle saber la verdad no podía contarse sino con la historia. ¿Acaso no es de ella que verdaderamente puede decirse que es "la conciencia de la humanidad"? Permittedo es creer que fue entonces que Tácito, entristecido por sus reflexiones entristecidas y solitarias, tomó definitivamente la resolución de escribir la Historia" (pag. 51)

"Quiso, agrega en otro sitio Boissier, restablecer la verdad indignamente disfrazada por las mentiras oficiales, porque Tácito ha sido el contemporáneo de la generalidad de los hechos que refiere y no estaba separado de aquellos que no había visto sino por una generación... Tenía 14 o 15 años cuando Nerón fue reemplazado por Galba. Ha sido, entonces, el testigo muy despierto de todo lo que refiere en la primera parte de sus grandes obras. En cuanto a los sucesos que llenan los Anales, si no asistido él mismo, ha podido conocer las gentes que los vieron. Ha charlado en su juventud con los sobrevivientes de la época de Tiberio... y, curioso como era, ha debido hacerles hablar y no ha olvidado lo que le refirieron. En muchas circunstancias alega su testimonio: He 'escuchado decir a los ancianos'; 'repito lo que los ancianos me han dicho'; 'es así como hablan las gentes de esa época que han vivido hasta nuestro tiempos...' (id-80)

Ahora bien, si Tácito, con alma de romano, se resignaba a callar para salvar el pellejo, no veo por qué yo, que algo de indio debo llevar en mis venas aunque con mucho de español, tenga que lanzarme lanza en ristre para atacar a malandrines y malhechores y en defensa de cínicos, logreros, oportunistas y vividores...

La Paz, agosto 4 de 1944

Todos los periódicos han publicado ayer, con grandes caracteres, la noticia de que la casa Hoshild ha ofrecido un millón de pesos a los que conduzcan a su casa a los desaparecidos...

No es la recompensa para los que denuncien el paradero del jefe de la casa sino para el que lo entregue a domicilio, que es diferente.

Todo el mundo vive temblando y es una ola de pánico que corre por la ciudad. Es el sistema del asesinato que se ha implantado en las prácticas políticas de este país. ¿Puede una logia de unos cuantos individuos desorganizar la vida social de un país y violar impunemente las más sagradas leyes de la seguridad personal y del respeto a la vida? ¿Pueden la vida y la fortuna de los hombres estar subordinados a la voluntad de unos cuantos que no tienen fortuna y sienten desprecio por la vida ajena cuidando como un supremo bien la propia?

La respuesta a estas preguntas tiene que darla, de inmediato, la Convención reunida en estos momentos y que se ocupa de organizar su cuerpo directivo.

Buenos Aires, noviembre 30 de 1944

Visita al editor Losada con mi amigo Atilio García Mellid, que está empeñado en hacer reeditar Raza de bronce.

Acudo a la cita con cierto temor y marcada desconfianza, pues me ha lastimado un poco la ruptura algo brusca con el editor Zamora, que me pareció hombre serio, reposado y cabal en mi primera visita y que encontré categórico, rotundo y dominador y engreído en la segunda y última... Temo hallarme con otro personaje igualmente pagado de sí, exigente, imperioso, engreído y, sobre

todo, muy amante del dinero, cual me habían asegurado algunas personas hablándome de Zamora.

En la sala del piso superior me espera García Mellid, que me hace notar mi retardo en la cita debido a la marcha retardada de mi reloj. A poco de hablar, aparece un señor, al que llama Mellid, para presentármelo, y resulta ser mi amigo don Pedro Henríquez Ureña, uno de los fundadores de la casa. Los tres nos llegamos a la puerta del despacho directorial, que se abre para dar paso a un hombre joven, de risueño aspecto. Es el editor, y me lo presentan... Poco, casi nada, se habla del libro; pero uno de sus lectores tiene noticias de él y el director le recomienda leerlo cuanto antes...

Arturo Capdevila, el poeta, me lleva en la tarde a una sesión privada de la Academia de la Lengua en homenaje al filólogo y eminente erudito don José Rufino de Cuervo.

Preside la Academia el señor y gran caballero don Carlos Ibargüen. Y tengo algunos amigos entre los académicos, cómo el poeta Luis Alberto Arrieta, el escritor Melian Lafinour y otros. Afectuosa es la acogida del Presidente y simpáticas son las palabras de bienvenida que me dirige al inaugurar la sesión.

Excelente el discurso del Padre Rodolfo M. Ragucci sobre Cuervo. Cuenta algunas fases de la vida moral e intelectual de ese verdadero gran señor del espíritu, y su trabajo es serio, bien meditado y bien escrito.

Buenos Aires, diciembre 2 de 1944

"La Nación" me consagra algunas líneas de afectuoso saludo respondiendo a la visita que me hizo hacer al principal redactor literario, Mallea, mi amigo y compatriota el joven escritor Oscar Cerruto, empleado en la Embajada y muy metido entre las gentes de pluma aquí...

A las cuantas horas, recibo un telefonazo de un redactor del periódico "La Razón", en que me pide una entrevista... Me dice que ocupó buena parte de la mañana en averiguar por mi paradero a todos los hoteles de Buenos Aires, ya que mi dirección no está registrada ni en la Embajada ni en el Consulado, y que por fin se le ocurrió dirigirse a Costa du Rels.

Buenos Aires, diciembre 4 de 1944

"La Nación" de hoy trae en una de sus páginas la noticia de la muerte de muchos personajes en distintos países en edad madura o avanzada.

En Montecarlo, el príncipe Andrés de Grecia, hijo del rey Jorge I, a la edad de 63 años.

En Milán, el poeta Marinetti, a los 67 años.

En Nueva York, el músico José Lhevine, a los 69.

En Santiago, el polemista español Rodrigo Soriano, a los 76.

En Londres, el novelista y dramaturgo Max Halbe, a los 79.

En El Paso, el político Alberto Fall, a los 83.

En Roma, el padre Bello, a los 62.

Y es que pasando de los 60 es útil, prudente y hasta necesario tener preparadas sus cosas, en orden los asuntos y en paz la conciencia. Poco tengo que arreglar yo: algo de los asuntos y algo de mis escritos. La conciencia queda libre y sana.

Justamente hace un momento he recibido una llamada telefónica de la casa Losada citándome para las once y media. Y como ayer recibí otra del amigo García Mellid, en que se me anunciaba que los editores le habían manifestado su deseo de publicar Raza de bronce, creo que sea para fijar las bases del contrato...

Para eso era, pero no me entendí con Losada, sino con su representante Guillermo de Torre, quien, a nombre del editor, me propuso lo siguiente:

Tirada en edición popular de 5 a 6.000 ejemplares.

Diez por ciento como derechos de autor.

Precio de venta, uno o dos pesos, según las páginas.

Derechos de traducción reservados al autor.

Pago de la mitad de los derechos al aparecer la obra y el resto en liquidaciones trimestrales.

Autorización para una sola edición y, en caso de agotarse la obra, nuevo contrato.

Buenos Aires, diciembre 12 de 1944

Anoche fuimos agasajados con una comida en el Jockey Club el director y dueño de "El Comercio" de Lima, Aurelio Miró Quesada y yo...

El grupo era pequeño -22 personas- pero selecto, y otra vez, como la otra noche, en la comida a Chávez, el paraguayo, encontré gente amable conmigo, afectuosa y muy comedida.

En esa comida a César Chavez, que fue ministro en Bolivia y vive ahora en Buenos Aires como exilado político y metido a editor, hubo enormidad de gente y en algún momento, al final de la comida y en la hora de los discursos, me vi en serios aprietos porque muchas voces se elevaron pidiendo oír mi voz; mas entonces el presidente Levene se puso en pie y cortó felizmente el chorro de la palabrería fácil...

Anoche todo fue discreto y elegante. El presidente volvió a sentarme a su diestra y Miró ocupó la diestra de su ministro, a nuestro frente y en la mesa ovalada. Tenía yo a mi derecha a un personaje de gran actualidad en la Argentina y aun en toda América en estos momentos, el Dr. Benjamín Villegas Basavilbaso, encargado por el gobierno, con otros tres jurisconsultos, para redactar un proyecto de estatuto orgánico de los partidos, porque aquí también, a raíz de la revolución del 4 de junio, y como en Bolivia hace años, se había declarado, por decreto, la muerte de los partidos políticos... y el gobierno quiere ahora resucitarlos...

-Ante todo hay que ver la realidad - me dijo - de cada país y apartarse de las teorías. Es el único medio de llegar a crear algo positivo y que responda a las necesidades de un país.

Creo lo mismo.

Buenos Aires, diciembre 13 de 1944

Confieso que me ha impresionado la frase que me dijo hoy un hombre inteligente, pulcro, honesto y batallador, el ex senador Benjamín Villafane, amigo mío.

-Le compadezco a usted que vive y escribe en un medio tan pequeño como La Paz...

Nada más dijo y fue bastante para fortalecerme en el propósito de revisar cuanto antes mi novela concluida y hacerla publicar, porque en ella se estudia el drama del escritor y del hombre capaz y pulcro que actúa en un escenario pequeño y corrompido... Se estudia el fracaso del hombre decente.

Buenos Aires, diciembre 16 de 1944

Hoy, sábado, en la mañana, se han embarcado mi hija Clelia en un barco argentino, el Río Tunuyán, para viajar con su marido a Venezuela.

Ella me llamó y por ella vine. Al irse, he tomado alojamiento en el hotel Richmond, de la calle Florida, la más concurrida arteria de esta ciudad enorme y por la que no circulan los coches desde las once de la mañana hasta altas horas de la noche. Los empleados me han recibido como a ningún cliente porque a un acaudalado amigo de Rafael, ruso, le he caído en gracia desde que le he hablado de mi predilección por los escritores de su país y le he dicho que Turgenieff era uno de los más grandes creadores, y el ruso me ha ofrecido su amistad y me ha abierto las puertas de su casa, y sabiendo que pensaba venir a alojarme en este hotel, él mismo se ha presentado a la dirección para pedir que se me atendiese con toda solicitud. Y el empleado me ha acogido con estas palabras:

"Ha venido a hablarme de usted un hombre al que yo y los míos le debemos mucho. Desde niños nos ha protegido y es para nosotros don Marcos como un padre. Bienvenido, señor: está usted en su casa... Debo decirle que don Marcos nos ha dado instrucciones para que el lunes le tome un billete y lo despache a Mar de Plata y de eso me ocuparé esta tarde misma".

Así lo hizo. Y en la tarde me entregó un billete de ida y vuelta y el lunes conoceré esa famosa playa.

Arturo Capdevila reúne en su casa unos cuantos amigos en mi honor. Hay varias señoras y a la única que conozco es a la viuda de Soto Hal. Entre los escritores amigos están Roberto Levillier y Ricardo Rojas, que me conduce en coche de alquiler hasta muy cerca de mi casa. Hablamos largo con él sobre asuntos editoriales y me confiesa que la edición de algunos de sus libros, como El santo de la espada, ha pasado la cifra de 120.000 ejemplares, cosa verdaderamente excepcional en nuestra América.

Ricardo Rojas es una de las figuras más interesantes del mundo intelectual argentino, y no precisamente por su obra -varia, densa y fuerte- como por su actitud señorial en la política, su rectitud moral, su honestidad de pensamiento. A Rojas todos le respetan, lo consideran y le admiran. A nadie he oído hablar mal de él.

Buenos Aires, julio 1 de 1945

Almuerzo en casa de Pinto Escalier y té en la de Manuel Gálvez. A ambos amigos les llevo Raza de bronce.

Tarde oscura; tarde de domingo, silenciosa y vacía. Cuando salgo de la casa del escritor, cerca de las siete, una lluvia menuda ha vaciado las calles y bajo la lluvia llego a mi hotel. A la hora siento que la lluvia arrecia y oigo repicar en el techo las pesadas, y en la calle la persistente llamada de los automóviles.

Penosa o trabajosa charla con Gálvez. Tengo que gritar sobre un receptáculo para que me oiga, pues su sordera parece que aumenta en los días húmedos y grises, y a poco hablar siento que las heridas de la garganta se ponen más sensibles y cada trago de té es un suplicio para mí. Hallo un momento de reposo cuando me deja solo y lo empleo en revisar las traducciones de sus libros en una infinidad de idiomas exóticos (fuera de los corrientes) y que mi amigo guarda en un estante especial. Hay traducciones al ruso, al sueco, al checo, al búlgaro y hasta al yidisch.

En su charla siempre hay la nota dolorida del hombre que no vive satisfecho en su ambiente y me promete enviarme su novela Hombres en soledad, en que se plantea el problema de este drama del hombre insatisfecho, desterrado moral e intelectualmente del medio en que vive y que él ha puesto mucho de su propia vida...

La Paz, agosto 10 de 1945

Estas notas han corrido la contingencia de quedar interrumpidas indefinidamente hace pocos días.

Una noche, la del domingo pasado, me metí en cama como de costumbre, bien, y pocas horas después, a las doce y media en punto de la noche, desperté con un fuerte ataque a la cabeza...

Me eché de la cama para ganar la puerta de salida y llamar a alguien en mi ayuda, y no pude vestirme. Tras muchos esfuerzos logré calzarme las babuchas, endosar un abrigo y arrastrarme con paso de ebrio hasta la puerta, pero cuando la abrí caí al suelo y, a gatas, pude llegar hasta el estanque en medio del jardín, de donde llamé al viejo sirviente y a mi hijita Clelia. Me acudieron a tiempo, por fortuna, porque luego sentí que arreciaba el ataque y que el estómago se me volcaba y que se me iba el conocimiento...

Así estuve todo el día lunes y los médicos que me atendieron lograron al fin darse cuenta de mi mal y acudir para ponerle remedio... Entretanto en estos pocos días han ocurrido trascendentales sucesos en el mundo.

Rusia le ha declarado la guerra al Japón y sus ejércitos avanzan impetuosamente a lo largo de la frontera con Manchuria; los americanos han lanzado una bomba sobre una ciudad japonesa y han extirpado toda manifestación de vida dentro de un gran radio de acción: es la bomba atómica, con una potencia destructiva dos mil veces superior a cualquier otra bomba conocida y el nuevo e infernal descubrimiento de los hombres de ciencia alemanes dicen que no pudieron aplicar a tiempo y antes del colapso de su país y que los americanos han perfeccionado con un resultado verdaderamente aterrador.

Y, por fin, la última noticia de esta tarde, la más importante y que encierra un gran alivio para la humanidad y es que el Japón ha manifestado su propósito de rendirse a la sola condición de que se respete la dinastía reinante y de que no se atente contra las prerrogativas de su Emperador.

La Paz, agosto 14 de 1945

La máquina que se descompone ya no vuelve a funcionar con la precisión y la regularidad de una máquina bien ajustada y que, aunque vieja, marcha sin grandes tropiezos, regularmente... Esto sucede con la máquina de mi cuerpo. Está ya desarreglada y dudo que los médicos la compongan. Una semana y más de mi ataque. Todos los días guardo cama y me levanto sólo por momentos, en las mañanas, para tomar y bañarme en el buen sol de otoño, luminoso y tibio en estas alturas. De noche duermo bien y no falta el apetito; pero mi estado de postración y debilidad es muy grande. Apenas puedo andar y siempre necesito el apoyo de un brazo. Me rodean mis tres hijas y me siento feliz.

La advertencia está dada. Ahora hay que prepararse para ordenarlo todo y no dejar enredos.

Lo que supongo que ya no pueda es corregir, ni modificar y componer mis libros inéditos. Y si no puedo nada en ellos, mejor es que los destruya. Estos libros son El vencido o El fracasado y Crepúsculo de oro.

La Paz, agosto 21 de 1945

Una música lenta, triste, desolada, que se acomoda bien al estado de mi alma. No sé de quién será; pero tiene trémolos desfallecientes, acentos dolorosos. Y pienso en todo lo que pudo ser y no fue; en mi vida sin accidentes, sin movimiento y sin pasión, monótona, casi vacía; pero siempre acuciada por la ambición del nombre y de la obra, aun sabiendo que son meros espejismos, burbujas de jabón. ¿Para qué, al final?

Pues... para esto, es decir, para verme abandonado por las fuerzas; convertido en una piltrafa y sin aliento para nada, a no ser para arrastrarme con paso lento y vacilante de la cama al sillón y del sillón a la cama.

Esta tarde he querido visitar mi huerto en la parte baja del barranco para ver en qué estado se encontraban los ocho almendros que hice traer hace algunos días de La Portada y plantar a lo largo del camino; pero las fuerzas me faltaron en la mitad de la primera zeta y hube de volver trabajosamente a mi alcoba, sin fuerzas para nada, agotado...

Creo, pues, que se acerca el fin...

Miedo, no tengo; pero sí una enorme aflicción. Me dan pena, una pena enorme mis hijas y mis nietecitos. Habría querido verlos formados a los pequeños, hechos unos hombrecitos, bien educados, fuertemente sometidos a los dictados del deber, del honor, de la responsabilidad, de la independencia del espíritu, de la dignidad personal...

La Paz, octubre 7 de 1945

Muchos días descompuesto por una inyección de Gortulina ferozmente destructora del organismo. No bien me la pusieron, sentí mareos, luego náusea, después calofríos y, por fin, tuve que meterme en la cama con fiebre... Cuatro días llevo ya con esto y no me pasa el malestar al estómago ni han desaparecido las náuseas...

Me dediqué a leer.

Los papeles de la tierra me producen repugnancia. Leer la crónica de debates con las sandeces de un Otazo, de un Arce, de un Siles, de un Finot 188, es enfermar de asco y de indignación. Lo único que interesa en estos papeles cobardes y serviles son las noticias de la Argentina. Allí el movimiento por la vuelta a la normalidad constitucional va tomando más cuerpo todo los días y ha habido en días pasados una intontona de revuelta militar que ha sido sofocada por el gobierno. Inmediatamente se ha vuelto a decretar estado de sitio y los refugiados en Montevideo que hacía pocos días habían regresado a sus hogares tuvieron que emigrar nuevamente o buscar el asilo de las legaciones. A la vez los estudiantes de todas las universidades se declararon en huelga y se apoderaron de los edificios de los que fueron desalojados a la fuerza. Hubo un estudiante muerto y su entierro sirvió para una nueva manifestación y más grandes alborotos en las calles.

Aquí los estudiantes organizaron una manifestación de solidaridad y desfilaron anteayer lanzando protestas contra el gobierno de Villarroel. "No queremos gobiernos de asesinos" dicen que era el grito predominante. Y nadie les dijo nada.

188 Se refiere a connotados miembros del Gobierno de Villarroel y del M.N.R. Rafael Otazo, Armando Arce, director del periódico La Calle. Don Hernán Siles, mas tarde presidente del país en dos oportunidades y Alfonso Finot (?).N. del Ed.

Es que esta gente vive ahora cohibida y acobardada. El ejemplo de la Argentina las trae locas y aturdidas. Saben, ya han visto que Estados Unidos y todos los pueblos de América se han pronunciado contra el gobierno militar de Farrel y Perón y esperan de un día para otro su caída. Y como saben que la caída de los soldados argentinos arrastraría, más o menos tarde, la suya, no se atreven ya a tomar ninguna medida que descubra sus procedimientos nazis y hasta permiten que la prensa diga algo sobre el asesinato de Calvo, Capriles, etc.

Y la prensa del interior habla sobre esto; pero ha sido tal el terror que con sus salvajismos han inspirado a la prensa sarcásticamente llamada independiente de esa ciudad, que ni un solo periódico se ha atrevido, que yo sepa, a recordar las circunstancias del asesinato estúpido y salvaje...

Pero lo que más me irrita a mí es la sangre fría y la despreocupación con que muchos escritores siguen llenando las columnas de los periódicos no sé si por ver sus nombres impresos en letras de molde o por ganar los cuatro reales que hoy acostumbran ya pagar algunos periódicos. De todos modos, su actitud me choca y me repugna porque yo tengo la idea fija de que escritor que se despreocupe de los sucesos que ocurren en el medio donde se desenvuelve y que influyen decisivamente en el bienestar material y moral de los suyos y que se lanza por los caminos de la fantasía para divertir a sus lectores, no cumple con su verdadera misión y emplea mal las dotes de su talento, es decir, que comete una mala acción.

Justamente en estos días de pena y quebranto he querido divertirme o distraerme recordando las características que algunos críticos y estudiosos señalan a la literatura de un pueblo que en estos días ha sorprendido al mundo por su sólida organización militar, su eficiencia técnica, su desarrollo industrial y su intenso y abnegado patriotismo: el ruso. He leído el libro de Iván Strannik, El pensamiento ruso contemporáneo, y allí he encontrado que lo que distingue a la literatura rusa de las demás de Europa es su afán por la exactitud y la ausencia total de coquetería, que no proviene de una incapacidad estética de los escritores, "sino de un desprecio" razonado del arte inútil".

"Quien sabe en ningún otro país el escritor está tan profundamente convencido de la importancia y de la utilidad de su obra y tan resuelto a llevarla a cabo, cueste lo que cueste. Y, sin embargo, en ningún país su acción es tan difícil y su tarea de apóstol más ingrata".

Ante todo, tiene que luchar contra la indeferencia del público, porque las clases superiores únicamente leen a autores extranjeros -ingleses, alemanes, franceses- que no reproducen la menor realidad social del país y el pueblo, las clases bajas no lee nada, en los campos y en las ciudades no existe la costumbre de la lectura de periódicos, o no existía, mejor, en 1903, hace más de cuarenta años, que es cuando se publicó la traducción francesa del libro de Strannik. "Jamás en Rusia -dice- se ve a un cochero, un obrero, un labrador, leer una hoja pública".

Luego, tiene la censura.

"Por su severidad y sus caprichos desconcertantes, es un terrible impedimento a toda manifestación literaria e intelectual". Todos los escritores, desde los más grandes, comenzando por Puschkin, han sido víctimas de esa atroz tiranía. En tiempos de la Gran Catalina, el formidable escritor Radistchev fue privado de sus bienes, de sus títulos de nobleza y de su libertad por haber publicado su libro Viaje de San Petersburgo a Moscú y tuvo, por fin, que matarse en 1802 antes que volver a Siberia, donde había sido destinado. Tiempo después, otros escritores de fama en el mundo, Tolstoy, Dostoievski, Turguenieff, Lermontov, Gorki, etc., etc., hubieron de pasar miserias y padecer angustias por escapar a las persecuciones policiales.

De ahí que "el verdadero escritor ruso es un apóstol. Ante la tarea que se ha impuesto, permanece valeroso y grave. Es ávido de verdad, cuidadoso de una documentación justa" (pag. 15). El crítico ruso reclama de todo escritor una profesión de fe e intenciones didácticas. El escritor

debe pertenecer a una escuela, a un partido y hacerse el apóstol de una doctrina. No tiene el derecho de elegir sus asuntos al grado de su fantasía por la simple alegría de narrar con arte para emocionar o divertir simplemente: se le pide cuenta de sus tendencias políticas y sociales.

Y esto tiene que ser así, después de todo, porque si el escritor cobra relieve en un medio, representa un valor y es alguien, es un deber intervenir en el manejo de los negocios públicos, opinar libremente sobre ellos y sobre todo no callar sus protestas por las iniquidades que se cometen en ese medio y que afectan el honor, la prosperidad y la vida de los componentes de un país.

La Paz, diciembre 31 de 1945

Último día del año...¹⁸⁹

Corrí el riesgo de no verlo y sería aventurado concebir ningún plan para el año de 1946. Dicen los médicos que mi sangre está alterada y que la abundancia de glóbulos rojos podría producir una nueva congestión...

He resuelto, por tanto, poner término a esta manía de tomar notas diarias y lo más que haré será, de hoy en adelante y mientras pueda, consignar escuetamente lo más importante que se produzca en el país.

Ahora mismo acabaré de copiar las últimas páginas correspondientes a este año, que en pocas horas más se hundirá en los abismos del tiempo, y mañana me ocuparé de establecer el índice de materias para en seguida encuadernar los volúmenes destinados a las bibliotecas extranjeras. Luego emprenderé la ruda tarea de refundir en uno o dos volúmenes más, el cuarto y el quinto, los materiales que en mala hora fueron separados hace quince años, en Bogotá, al hacer la primera copia de este Diario. Se puso entonces aparte y se separó lo puramente individual de lo colectivo y lo general, y ése fue un grave error, porque vino a desvirtuar completamente la índole de este género literario.

Los materiales políticos fueron reunidos en tres volúmenes marcados (1A, 2A y 3A), y fue en Bogotá y en mayo de 1930 que se cometió este pecado.

Ahora hay que repararlo, o más bien continuar la tarea comenzada en Caracas y en 1943 y seguir, repito, refundiendo las notas de los volúmenes 2A y 3A en los tomos cuarto y quinto, que están por copiarse. ¿Tendré tiempo de hacerlo?

Lo dudo y Dios dirá.

189 Con esta entrada Arguedas cerró su diario. Falleció meses después el 6 de mayo de 1946. Chulumanl. N.del Ed.

BIBLIOGRAFÍA

ABECIA V.

Historiografía boliviana, Ed., Juventud, La Paz, 1973.
-Valentín Abecia, Ed., Universo, La Paz, 1993.

ALBARRACIN J.

El gran debate, Ed., Universo, La Paz, 1978.
-A. Arguedas: La conciencia crítica de una época, Ed., Universo, La Paz, 1979.
-A. Chirveches, Ed., Réplica, La Paz, 1979.

ANDERSON IMBERT E.

Historia de la literatura Hispanoamericana, F. C. E., México, 1974.

ANSART P.

Ideologies, conflit et pouvoir, P.U.F., Paris, 1977.

ARGUEDAS A.

Diario 1900-1945, 12 volúmenes, mecanografiado. (No publicado)
-Pisagua, Ed., Juventud, La Paz, 1981, 1 ed., 1903.
-Wuata Wara, Ed., América, La Paz, 1995, 1 ed., 1904.
-Vida criolla, Ed. Camarlinghi, La Paz, 1975. 1ª ed., 1905, 2ª ed., 1912.
-Pueblo enfermo, Ed., Isla, La Paz, 1979, 1ª ed., 1909.
-Raza de bronce, Losada, Buenos Aires, 1979, 1ª ed., 1919.
-La danza de las sombras, Sobs. López, Barcelona, 1934.
-Obras Completas, Eds., Aguilar, México, 1959, 2 tomos. L. A. Sánchez (editorialista).
-Etapas en la vida de un escritor, s/e., 1963. (Págs., del Diario) M. Alcázar (compil.)
-Epistolario de Arguedas, La generación de la amargura, Fundación M. V. Ballivián, La Paz, 1979.

ARZE J. A.

La sociología en Bolivia, Paraguay, Uruguay en G. Gurvitch y W. Moore, Sociología del siglo XX, El Ateneo, Buenos Aires, 1965, Tomo II. (2 Vol.)

ARZE J. R.

Diccionario Biográfico boliviano, Figuras bolivianas en las ciencias sociales, Ed., Los Amigos del Libro, La Paz-Cochabamba, 1984.
-Diccionario Biográfico boliviano, Figuras centrales en la historia de Bolivia, Ed., Los Amigos del Libro, Cochabamba-La Paz, 1996.

ASCARRUNZ M.

El Partido Liberal en el poder, A través de los mensajes presidenciales, Amó Hnos, La Paz, Cochabamba, Oruro, tomo II, s/f.

BALLIVIÁN R.

Comentarios marginales, s/e., La Paz, s/f.
-Entreactos, Ed., Universo, La Paz, 1961.

BARNADAS J. M. (Dir.)

Diccionario histórico, s/e., Sucre, 2002.

BARRETO J. M.

Un año en Bolivia, Crónicas 1917, Amó Hnos, La Paz, 1919

BAPTISTA M.

La cuestión social, Renacimiento, La Paz, 1932. Tomo III, Obras Completas. (7 Vol.)

BAPTISTA GUMUCIO M.

Yo fui el orgullo, Vida y pensamiento de F. Tamayo, Ed., Los Amigos del Libro, La Paz, 1978.
-Atrevámonos a ser bolivianos, Vida y epistolario de C. Medinaceli, Biblioteca Popular Última Hora, La Paz 1979.

BARRIÈRE P.

La vida intelectual en Francia desde el siglo XVI hasta la época contemporánea, U.T.H.E.A., México, 1963.

BEDREGAL J.F.

La máscara de estuco, Arnó Hnos., La Paz, 1924.

BERARDINELLI A.

La Cultura del 900: Literatura, siglo XXI, México, 1985. Tomos I y II. (6 vol)

BLANCO FOMBONA R.

Letras y letrados de Hispanoamérica, Ollendorff, Paris, 1908.

-El hombre de hierro, Gamier Hnos., Paris, 1913(?).

BLOOM H.

El canon Occidental, Anagrama, Barcelona, 1995.

BOURGET P.

Essais de Psychologie contemporaine, ed., definitive, Plon, Paris, 1937. 1 ed, 1883.

-Le disciple, Nelson Ed., Paris, 1919. 1 ed. 1889.

CABANCHIK S.

El revés de la Filosofía, Lenguaje y escepticismo, Ed., Biblos, Buenos Aires, 1993.

CARLONI J.C.- FILLoux J.C.

La critique littéraire, P.U.F., Paris, 1963.

CERRUTO O.

"F. Tamayo: La mayor personalidad intelectual," en Signo N° 67-68-69, La Paz, 2004-2005.

CHARLE CH.

Les intellectuels en Europe au XIX siècle, Essais d'histoire comparée, Points, Ed., Seuil, Paris, 2001.

CHIRVECHES A.

Celeste, Ed. Isla, La Paz, 1973, 1ª ed. 1905.

-La candidatura de Rojas, Ed. Juventud, La Paz, 1996, 1ª ed. 1909.

-La casa solariega, Ed. Juventud, La Paz, 1992, 1ª ed., 1916.

-La Virgen del Lago, Ed. Juventud, La Paz, 1993, 1ª ed., 1920.

CHARTIER R.

El mundo como representación, Ed., Gedisa, Barcelona, 1992.

-Le livre en revolution, Textuel, Paris, 1997.

COSER L.

Sociology through Literature, Prentice Hall, Englewood, Cliffs, 1963.

-Hombres de ideas, F.C.E., México, 1968.

COSTA DU RELS A.

"La Miskki Simi", en A. Soriano B., El cuento boliviano: 1938-1967, UMSA, La Paz, 1968. 1 ed., 1921

CRESPO L. S.

"Imprentas en La Paz", en Historia y Cultura ~ 12, Ed. Don Bosco, La Paz, 1987.

DALLENBACH L.

Le récit spéculaire, Le Seuil, Paris, 1977.

DARTON R.

Gens des lettres, gens du livre, O. Jacob, Paris, 1992.

DE HOSTOS E.

Tratado de Sociología, Bailly-Balliere e hijos, Madrid, 1904.

DEMELAS M. D.

Nationalisme sans nation?

La Bolivie aux XIX-XX siècles, Ed. du C.N.R.S., Paris, 1980.

DE VEDIA Y MITRE M.

Historia general de las ideas políticas, Ed., G. Kraft, Buenos Aires, 1946, Tomo XIII. (13Vol.)

DIAZ MACHICAO P.

Prosa y verso en Bolivia, Ed., Los Amigos del Libro, La Paz, 1966. (3 vol.)

-El ateneo de los muertos, Buriball, La Paz, 1956

DIEZ DE MEDINA F.

Tamayo: Hechicero del Ande, Ed. Juventud, La Paz, 1968. 3 ed. 1 ed., 1942.

-"Para nunca", (folleto -1942) en E. Oblitas Fernández, La Polémica en Bolivia, g/e. La Paz, 1992.

-Literatura boliviana, Ed., Aguilar, Madrid, 1954.

- DURKHEIM E.
Les regles de la méthode sociologique, P.U.F., 15 ed., Paris, 1963.
- ECO U.
Lebtor in Fabule, Grasset, Paris, 1985.
- EI DIARIO, La Paz, 1906.
- ESCARPIT R.
Sociologie de la littérature, P.U.F., Paris, 1964.
- FAGUET E.
Politiques et moralistes du XIX siècle, Lecene, Oudin et Cia., Paris, 1891.
El arte de leer, El Ateneo, Buenos Aires, 1944. 1ª ed. Francés 1912.
- FINOT EMILIO
Antología boliviana, Lakermance Hnos., La Paz, 1913. (2Vol)
- FINOT ENRIQUE
-El cholo Portales, Ed. Juventud, La Paz, 1997, 1ª ed.1926.
Historia de la literatura boliviana, Ed., Gisbert, 2a ed., La Paz, 1956. 1 ed., 1944.
Nueva historia de Bolivia, Fundación Universitaria Patiño, Imp. López, Buenos Aires, 1946.
Tierra adentro, Ed., Ayacucho, Buenos Aires, 1946.
- FRANCOVICH G.
El pensamiento boliviano en el siglo XX, F.C.E., México, 1956.
-La filosofía en Bolivia, Ed. Juventud, La Paz, 1966.
-Alcides Arguedas, Ed., Juventud, La Paz, 1979.
- FUNDACIÓN MANUEL VICENTE BALLIVIÁN
Epistolario de Arguedas, La generación de la amargura, F.M. V.B., La Paz, 1979.
- GARCÍA CALDERÓN F.
Les democraties latines de l' Amerique, Flammarion, Paris, 1912.
- GISBERT J.
«Historia de la Librería Gisbert», en Barnadas J. (comp.) El libro, espejo de la cultura, Ed., Los Amigos del Libro, Cochabamba-La Paz, 1990.
- GOLDMAN L.
Pour une sociologie du roman, idées, Gallimard, Paris, 1969.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ D.
La poesía lírica de Franz Tamayo, Ed. Amigos de Libro, La Paz, 1968.
- GONZALEZ B. et al.
Esplendores y miserias del siglo XIX: cultura y sociedad en América Latina, Ed., Monte Avila, Equinoccio, Univ. S. Bolívar, Caracas, 1995.
- GUERRA J. E. Itinerario espiritual de Bolivia, Banco Central de Bolivia, La Paz, 1984, 10 ed., 1933.
- GUZMAN A.
La novela en Bolivia, Proceso 1847 – 1954 .Ed., Juventud, La Paz, 1955
- INCH M.
Casto Rojas, Banco Central de Bolivia, La Paz, 1889.
- KRISTEVA J.
Le texte du roman, The Hague, Mouton, Paris, 1970.
- LACROIX B.
Durkheim et le politique, Presses de la Fondation National des Sciences Politiques, 1981.
- LA REPÚBLICA
Primer Centenario de la República, La Paz, 1925
- LAURELA.
"Stendahal, De l' egotisme" en Magazine Littéraire, Mars- avril, 2007, N° 11, Hors Serie.

- LEYMARIE M.
Les intellectuels et la politique, P.U.F., Paris, 2001.
- LIPSET S. M.
Political Man, Doubleday and Co., 1961.
- LUKACS G.
La théorie du roman, "Meditations", Paris, 1963.
- LUKACS J.
Democracy and populism, fear and hatred, Yale University Press, New Haven, 2005.
- MAEZTU M. (de)
Antología-Siglo XX, Prosistas españoles, Semblanzas y comentarios, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1945.
- MACHINEREY P.
A quoi pense la littérature, P. U .F., Paris, 1990.
- MAGAZZINE LITTÉRAIRE
"Les enervés de la Belle Époque", N° 288, Mayo, 1991.
- MARCO J.
La literatura hispanoamericana: Del modernismo a nuestros días, Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1987.
- MARCOU L.
L'autobiographie, Garnier- Flammarion, Paris, 2001. 225
- MARTINEZ A.
"La ilustración latinoamericana y la modernización de la sociedad", en B. González et Al., Esplendores y miserias del siglo XIX: Cultura y sociedad en América Latina, Ed., Monte Avila, Equinoccio, Univ.,S. Bolívar, Caracas, 1995.
- MARTINEZ F. y QUISBERT P.
"Devanando el ovillo de la psique colectiva," en Campero Prudencio F. (Dirct.) Bolivia en el siglo XX. La formación de la Bolivia contemporánea, Harvard club de Bolivia, La Paz, 1999.
- MEDINACELI C.
Estudios críticos, Ed., Los Amigos del Libro, 1969. 10 ed., 1938.
-La educación del gusto estético, Cooperativa del Libro, La Paz, 1968. la ed., 1941.
-La Chaskañawi, Fundación Universitaria Simón I. Patiño, La Paz, 1947.
-Páginas de vida, Ed., Potosí, 1955. (Art., seleccionados por A. Alba de 1922- 1937)
-Medinaceli escoge, Antología, Ed., Los Amigos del Libro, La Paz-Cochabamba, 1967.
-Apuntes sobre el arte de la biografía, Colección Popular, La Paz, 1968. (Art., seleccionados)
-La alegría de ayer, Imp. Artística, La Paz, 1968.
-Inactualidad de Alcides Arguedas, Ed., Los Amigos del Libro, La Paz- Cochabamba, 1972. (Art., seleccionados)
-La Reivindicación de la cultura americana, Ed., Los Amigos del Libro, La Paz- Cochabamba, 1975. (Art., seleccionados)
-Chaupi p'unchaipi tutayarka, Ed., Los amigos del Libro, La Paz-Cochabamba, 1978. (Art., seleccionados)
- MENDOZA J.
En las tierras del Potosí, Ed. juventud, La Paz, 1992, 1º ed.1905
-"Hónrame" en P. Díaz Machicao, Prosa y Verso de Bolivia, tomo I.
- MONTENEGRO C.
Nacionalismo y coloniaje, Ed., Juventud, La Paz, 1998,1º ed.1944.
- MORENO G. R.
Bibliografía boliviana, Segundo suplemento, Fundación Vázquez Machicado, Sucre, 1996.
- OBLITAS FERNÁNDEZ E.
La polémica en Bolivia, s/e, La Paz, 1992.
- OCAMPO MOSCOSO E.
Historia del periodismo boliviano, Ed., Juventud, La Paz, 1978.
- OFICINA NACIONAL DE INMIGRACIÓN
Boletín n° 9 y 10 (Resultados del Censo Nacional 1900), s/e, La Paz, s/f.
- ORY P. SIRENELLI F.
Les intellectuels en France, de l'affaire Dreyfus à nos jours, A. Colin, Paris, 1992.

- OTERO G. A.
 El honorable Poroto, "La Prensa", La Paz, 1921.
 -Crestomatía boliviana, Amó Hnos., La Paz, 1928.
 -Figuras de la cultura boliviana, Ed., Juventud, La Paz, 1993,2" ed., 1° ed., 1952
 -Memorias, Lit., e Imprentas Unidas, La Paz, 1977.
- PAZ SOLDÁN E.
 Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma, Plural, La Paz, 2003.
- PEÑA RANDA MINCHIN J.
 Memorias 1902-1957, Una crónica vivida de Bolivia, C.B.A, La Paz, 2000.
- PEREZ VELASCO D.
 Las parvas de humo, Ed., López, La Paz, 1928.
- PROUST M.
 Crónicas, S. Rueda, Buenos Aires, 1947.
- RAMA A.
 La ciudad letrada, Edic. del Norte, Hanover, 1984.
- ROBINSON WRIGHT M.
 Bolivia, G. Barrie and Sons, Philadelphia, 1906.
- ROCA J. L.
 "Arguedas y la cofradía de "El Napolitano", en F.M. V.B., Epistolario de Arguedas.
- ROJAS C:
 Historia financiera de Bolivia, Ed., Universitaria, La Paz, 20 ed., 1977. 10 ed., 1915.
 -El Dr. Montes y la política liberal s/e, La Paz, 1918
- ROMERO J. L.
 "Ilustración y liberalismo en Iberoamérica", en F. Vallespin, Historia de la teoría política, tomo III, Alianza Editorial. S.A., Madrid, 1995.
- ROMERO PITTARI S.
 La recepción de la sociología en Bolivia, Fac., de Ciencias Sociales, U.M.S.A., Fundación Caraspas, 1997.
 -Las Claudinas, libros y sensibilidades a principios de siglo, Ed., Caraspas, La Paz, 1998.
- ROUMA G.
 Pedagogie sociologique, Les influences des milieux en éducation, Delachaux- Niestlé, Neuchatel, 1914.
- SAAVEDRA B.
 El Ayllu, Imp., Velarde-Aldazosa y Co., La Paz, 1903
 -La democracia en nuestra historia, Gonzáles y Medina, La Paz, 1921.
- SALINAS J. M.
 Historia de la Universidad Mayor de San Andrés, Imp., San Andrés, La Paz, 1967.
- SALMON J.
 El espejo indígena: El discurso indigenista en Bolivia 1906-1956, Plural, La Paz, 1997.
- SANCHEZ BUSTAMANTE D.
 Principios de Sociología, Imp. Artística, La Paz, 1903.
 -Opiniones y discursos, Imp., Velarde, La Paz, 1905.
 -Principios de Derecho, Gonzáles y Medina, La Paz, 1919.
- SIGNO, REVISTA BOLIVIANA DE CULTURA.
 N° 67-68-69, 2004-2005, La Paz
- SIRENELLI J. F.
 "Les intellectuels au miroir du siècle", Magazzine Littéraire, N° 248, 1987
 -Histoire de droites en France, Gallimard, Paris, 1992.
 -Generation intellectuelle, Khagneux et normaliens dans l'entre deux guerres, Fayard, Paris, 1993.
- SORIA M. T.
 Armando Chirveches, Novelista boliviano, Hiran College, Ohio, 1962.

SUETONIO

El Montismo, Datos para su historia, Renacimiento, s/e. La Paz, 1923.

TAINÉ H.

Historia de la literatura inglesa, La España Moderna, Madrid, s/f.

-Filosofía del arte, Ed., Iberia, Barcelona, 1960.

TAMAYO F.

Creación de la pedagogía nacional, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, La Paz, 1944, 1º ed.1910.

-Scherzos, Tipográfica Salesiana, La Paz, 1932.

-Tamayo rinde cuenta, Ed., Don Bosco, La Paz, 1947.

TESNIERE V.

"L'edition universitaire" en R. Chartier, H. Jean Martin, Histoire de l'edition française, Fayard, Paris, 1990, vol III.

TUCHMAN B.

The proud tower, Ballantine Books, New York, 1996.

UGARTE M.

Escritores Iberoamericanos de 1900, Santiago de Chile, 1943.

-El porvenir de América Latina, Ed. Indoamericana, Buenos Aires, 1953.

UNZUETA F.

La imaginación histórica y el romance nacional, Ohio State University, Columbus, 1994.(Mimeografiado)

URIOSTE O.

Mi Historia anecdótica de Bolivia, Art., Gráficas América, Sucre, 1951.

VÁZQUEZ MACHICADO H.

Los precursores de la sociología boliviana, Ed., Don Bosco, La Paz, 1991.

VILLENA M.

Las tentaciones de Don Ricardo, I. E. B., La Paz, 2003.

WALZER M.

"Les deux universalismes" en Esprit, Decembre, 1992.

WIETHÜCHTER B. et al.

Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia, P.I.E.B., La Paz, 2002.

WINOCK M.

Le siècle des intellectuels, Ed. du Seuil, Paris, 1999.

Les voix de la liberté, Ed. du Seuil, Paris, 2001.

ZAMUDIO Á.

Cuentos breves, ED. La Paz, La Paz, s/f.

ZERAFFA M.

Roman et société, P.U.F., Paris, 1971.